

POR MIL MILLONES DE DÓLARES

POR
MIL MILLONES
DE DÓLARES

Alberto Vázquez-Figueroa



Primera edición en esta colección:

©

© de la presente edición, 2007, Ediciones El Andén, S.L.
Avenida Diagonal, 520, 4.º, 1.ª - 08006 Barcelona

Printed in Spain

ISBN: 978-84-???????????

Depósito legal: B. ????????-2007

Fotocomposición: gama, sl

Arístides Maillol, 9-11 - 08028 Barcelona

Impreso por: LIBERDÚPLEX, S.L.U.

Ctra. BV 2249 Km. 7,4. Polígono Torrentfondo

08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

EA ???????

Salka Embarek se convirtió en mujer la noche que comenzaron a caer bombas sobre Bagdad.

No se trató únicamente de una reacción síquica, achacable a una situación nueva y del todo anómala que ponía fin a su despreocupada niñez, sino de un súbito y anormal adelantamiento de su primera menstruación, lo que motivó que durante el resto de su vida asociara mentalmente la idea de la sangre que manaba del interior de su cuerpo a la sangre de las miles de víctimas de una brutal masacre.

El insoportable estruendo de las explosiones, el resplandor de los incendios, los aullidos de las sirenas, y los desgarrados gritos de angustia de heridos y moribundos significaron una definitiva vuelta de página en su existencia por el hecho de pasar en cuestión de minutos de ser la niña mimada de una familia que residía desde tiempos inmemoriales en una fabulosa y antiquísima ciudad famosa por sus leyendas, palacios, califas y sultanes, a una aturrida y aterrorizada criatura que contemplaba estupefacta los cadáveres de sus padres y de uno de sus hermanos.

Las pesadillas pueden ser hermosas porque acaban en el momento en que se abren los ojos a la realidad.

La realidad suele ser espantosa porque al abrir los ojos continúa constituyendo una indestructible certeza.

Las pesadillas son fruto de nuestra imaginación; la realidad acostumbra a ser fruto de imaginaciones ajenas.

Aquella lluvia de bombas caídas del cielo o misiles lanzados desde cientos de kilómetros de distancia, lo era, y aquel infierno adelantado a la muerte y al juicio final también lo era, aunque en aquellos momentos la desconcertada Salka Embarek no consiguiera entender sus motivos.

Sobre los parterres de flores del pequeño jardín que su madre le había enseñado a cuidar con tanto esmero, reposaba ahora el destrozado cadáver de su hermano Alí, y tan sólo la ropa y el anillo que lucía en una mano que tantas veces la había llevado al parque, le permitían comprender que aquel otro disperso amasijo de carne ensangrentada pertenecía a su madre.

Su padre había sobrevivido durante casi diez minutos al efecto de la explosión que había destrozado su hogar, pero su corazón parecía haberse negado a aceptar la magnitud de la tragedia; ahora se encontraba sentado en uno de los cuatro escalones que daban acceso al porche, con los ojos muy abiertos, como si estuvieran observando el horror, aunque ya no veían más que el largo y oscuro sendero que conducía a la nada.

Estrellas fugaces cruzaban una y otra vez el cielo, pero ya no eran aquellas por las que tantas noches se sentaron en la terraza deseando verlas y pedir deseos que rara vez se cumplían, sino proyectiles que buscaban ansiosos las cabezas de otros ancianos y otros niños.

La guerra, odiosa palabra que su madre más que pronunciar escupía con asco, había irrumpido sin previo aviso en el pequeño mundo de una criatura a la que nadie había puesto en antecedentes de su letal significado.

Salka tardó casi una hora en reaccionar, se irguió a duras penas, cruzó junto al rígido cuerpo de su padre sin rozarlo, se abrió paso entre las ruinas, apartó los cascotes que cubrían su cama y se

acurrucó en ella ansiando quedarse dormida con la vana esperanza de que con la luz del nuevo día todo volviera a la normalidad.

A las ocho tenía que estar en pie y a las nueve en el colegio.

La maestra se mostraba muy estricta respecto al hecho de ser puntual.

Pero el sueño no ama a los desgraciados.

Al sueño no le gusta acudir en auxilio de aquellos que lo necesitan.

El sueño, último consuelo de los pobres, tanto más tarda en llegar cuanto más se le llama.

El sueño es un maldito traidor que acosa a quien le esquiva y esquiva a quien le acosa sin atenerse a razones, pese a que aquella que solicita sus favores sea una pobre niña que le espera como su única oportunidad de no volverse loca.

La luz del nuevo día no irrumpió como de costumbre por entre las rendijas de la persiana porque ésta había desaparecido como si una gigantesca mano la hubiera robado regalándosela a otra niña de un país muy lejano.

De igual modo habían desaparecido los cristales, por lo que la luz que penetraba en la habitación luchaba a brazo partido con el denso humo de un centenar de incendios.

Bagdad era una hoguera.

Millones de seres humanos de todos los países contemplaban en las pantallas de sus televisores cómo ardía la ciudad de *Las Mil y una Noches* en su noche más cruel; aquella que ni la desbordada imaginación de la dulce, bella y generosa Sherezade se atrevió concebir.

Acomodados en los salones de sus casas, se asombraban ante la magnitud de la tragedia, veían el fuego destructor y escuchaban el estampido de las explosiones, pero les resultaba imposible percibir el acre hedor de la muerte que impregnaba las calles que antaño recorriera el mítico sultán Aarun al-Rashid.

Ni tan siquiera el todopoderoso genio de la lámpara de Aladino hubiera sido capaz de evitar el amargo destino que lejanos gobernantes de otros países habían programado tan cuidadosamente, y ni los cuarenta ladrones de Alí Babá hubieran aspirado a robar la millonésima parte de lo que ellos esperaban robar.

Los famosos ladrones de Bagdad tan sólo robaban oro, diamantes y perlas, mientras que aquellos que invadían la hermosa ciudad robaban al mismo tiempo vidas humanas.

Tres de una sola familia, la familia Embarek.

Al amanecer, el mayor de los hijos, Turkey, que como de costumbre había pasado la noche en una cálida y amable cama ajena, consiguió abrirse paso a duras penas por entre la desolación de tan apocalíptico desastre, pero no acertó a pronunciar ni una sola palabra ni dejar escapar una sola lágrima ante el inconcebible espectáculo de lo que fuera su acogedor hogar hasta unas horas antes.

Acarició absorto la barba de su padre, se puso en el dedo el anillo de su madre, besó a su hermano en la frente y se aventuró en la casa sin esperanza alguna de encontrar con vida a la pequeña Salka.

En el momento de abrazarla, su alma estalló en sollozos para dejar escapar un incontenible alarido de dolor.

La mujer dormía inquieta, como si presintiera el peligro, y razón tenía en su inquietud puesto que una sombra se dibujó en el ventanal, hurgó con habilidad en la cerradura y penetró sigilosamente en la amplia y lujosa estancia que se encontraba dominada por una ancha cama de baldaquín de la que colgaban unas delicadas cortinas de color rosa.

El intruso permaneció largo rato observando a la durmiente con el oído atento a cualquier ruido que pudiera llegar del interior de la casa, pero lo único que se percibía era un lejano ladrido que provenía del jardín trasero.

Cuando pareció convencerse de que no cabía esperar ningún tipo de peligro, el hombre se inclinó y con una mano enguantada cubrió la boca de la mujer al tiempo que susurraba:

—¡No se asuste! No voy a hacerle daño.

Resultó inútil cualquier intento de resistencia puesto que el agresor era especialmente fuerte, y cuando llegó a la conclusión de que tenía completamente dominada a su víctima, señaló en el mismo tono, bajo y pausado:

—¡Tranquila! Soy la persona encargada de averiguar qué le sucedió a su marido y le repito que no pienso hacerle daño pero necesitaba verla a solas.

Cuando pareció comprender que quien se había despertado

de una forma tan poco habitual y desagradable se había tranquilizado lo suficiente como para no gritar, apartó la mano al tiempo que comentaba:

—Por favor, es muy importante que nadie sepa que estoy aquí.

—¿Y cree que ésta es manera de hacer las cosas? —protestó ella con voz entrecortada—. Me ha dado un susto de muerte.

—Lo lamento, pero era necesario.

—¿Y no le hubiera resultado más cómodo citarme en algún lugar? Mi teléfono figura en la guía.

—E intervenido. Graban todo lo que dice, e incluso graban en vídeo todos sus movimientos en cuanto pone los pies en la calle.

—¡Qué estupidez!

El intruso se encogió de hombros, regresó al ventanal, corrió las gruesas cortinas para que ni el más mínimo haz de luz se filtrara al exterior, y al regresar encendió la lámpara de la mesilla de noche al tiempo que replicaba:

—Crea lo que quiera, pero le aseguro que no me molestaría en entrar de este modo en su casa si no estuviera seguro de lo que digo, aunque lo cierto es que su sistema de seguridad es pésimo.

La mujer, que se había erguido tomando asiento en la cama con la espalda apoyada en el cabezal, observó con atención al hombre de anchos hombros y enormes manos enguantadas que se preocupaba en esos momentos de aproximar una silla, en la que se acomodó dejando el respaldo por delante, y, tras meditar unos instantes, quiso saber:

—¿Y a quién puede interesarle escuchar mis conversaciones o vigilar mis movimientos?

—A los mismos que mandaron matar a su marido.

La respuesta sonaba convincente, y la dueña de la casa no pudo evitar volverse instintivamente al teléfono que se encontraba sobre la mesilla.

—Suena absurdo —dijo.

—Parece absurdo, pero en el fondo responde a una lógica aplastante. Tan absurda y al mismo tiempo tan lógica que ni siquiera yo acabo de creer lo que está ocurriendo, o más bien debería decir, lo que puede ocurrir.

—¿Le importaría explicarse?

—A eso he venido —fue la tranquila respuesta—. Y en busca de ayuda, consejo o, en último caso, órdenes, puesto que al fin y al cabo usted es quien paga.

—Nunca le he visto y por lo tanto nunca puedo haberle pagado —fue la agría respuesta.

—No se inquiete —le tranquilizó él—. No soy tan estúpido como para llevar un micrófono encima, pero aunque se niegue a admitirlo lo cierto es que usted le pidió a un amigo que buscara a alguien capaz de averiguar lo que le había ocurrido a su esposo. ¿O no?

—Es posible.

—Y también pagó para que se castigara a los culpables sin tener que pasar por el duro, y en la mayoría de las ocasiones inútil, trámite de un juicio cuyo fallo, jamás le compensaría por el dolor de la pérdida de una persona a la que dicen que adoraba.

—¡Eso es absurdo! —protestó ella—. Yo jamás...

El otro la interrumpió alzando la mano enguantada.

—¡Déjelo ya! Insisto en que no estoy grabando una conversación que pueda incriminarle, y si abriga alguna duda estoy dispuesto a desnudarme para que compruebe que no escondo un micrófono.

—¡No, por Dios! No es necesario.

—En ese caso mi consejo es que renuncie desde ahora a saber qué fue lo que le ocurrió a su esposo, y se limite a disfrutar de la fortuna que le dejó, que por lo que tengo entendido es bastante considerable.

—Stanley no me dejó nada que yo no tuviera. Si, como aseguro, su trabajo es averiguar cosas, debería saberlo.

—Me consta que heredará una extensa cadena de hoteles de lujo, pero desde que se casó, su fabuloso tren de vida ha corrido por cuenta de la fortuna de su esposo. ¿O me equivoco?

—Así lo quería Stanley, y a mí me gustaba que así fuera —dijo con un leve deje de orgullo—. A las que no vamos por el mundo presumiendo de feministas nos agrada que nuestro hombre, aparte de hacernos feliz en una cama, nos cuide, nos mime y nos proteja.

—Estoy de acuerdo, un marido debe ser capaz de atender todas las necesidades de su esposa, y el suyo demostró que sabía hacerlo porque, por lo que he podido averiguar, durante estos tres últimos años su cuenta corriente se incrementó en unos cuarenta millones de dólares.

—Me pregunto si se ha dedicado a indagar sobre quién mató a Stanley o más bien a investigar sus asuntos personales.

—Una cosa va ligada a la otra.

—Admito que eso es cierto. ¿Me alcanza esa bata por favor?

El intruso hizo lo que le pedía, la dueña de la casa se la puso, abandonó la cama y, calzándose unas estilizadas zapatillas, tomó asiento frente al coqueto tocador que ocupaba una pared lateral de la estancia comenzando a cepillarse lentamente la larga y hermosa melena azabache.

Se detuvo a observar a su acompañante reflejado en el espejo, e inquirió al poco:

—¿Qué es eso tan terrible que tiene que contarme?

—Que a su esposo lo mandaron matar sus propios socios.

—¡Pues vaya una noticia! ¿Y para llegar a semejante conclusión ha necesitado tanto tiempo y dinero?

—¿Acaso lo sabía?

—Lo presentía.

—Existe una gran diferencia entre un presentimiento y una realidad.

—¡Cierto! Pero en casos tan evidentes como éste viene a ser

lo mismo. Lo que importa es que tenga pruebas de lo que dice. ¿Las tiene?

—¡Naturalmente! Es más, —hizo una corta e intencionada pausa para añadir—: tengo a quien le mató.

La dueña de la casa cambió de actitud, e incluso de tono de voz, y volviéndose por completo en su asiento inquirió ansiosa:

—¿Está seguro?

—Sin el menor género de dudas. Se llama Tom Cícero, es un excelente profesional especializado en amañar accidentes de automóvil, y me ha contado quién le pagó, por qué le pagó, cuánto le pagó, dónde le pagó, y cómo le pagó.

—El porqué ya lo sé —sentenció ella—. Por acabar con la persona más maravillosa de este mundo. ¿Quién le pagó?

—Un *gusano*. —Ante el gesto de desconcierto y desagrado de la mujer, añadió a modo de explicación—: En el argot profesional «gusano» es todo aquel que pertenece a una banda organizada de origen cubano.

—¿Y a qué se debe el nombre?

A que Fidel Castro suele llamar «gusanos» a cuantos escapan de su dictadura, y en el mundo de la delincuencia esa denominación ha acabado por distinguir a los que llegaron de Cuba de los procedentes de otros grupos mafiosos.

—¿Y cómo se llama el que pagó?

—Mariel.

—¿Eso es un nombre o un apodo?

—Un apodo.

—Pero ¿sabe a quién pertenece realmente?

—Aún no, pero si decide seguir adelante, intentaré averiguarlo.

—¿Y qué le hace suponer que no voy a seguir?

—El hecho de que empiezo a sospechar que todo este asunto es mucho más complejo y peligroso de lo que cualquiera puede llegar a imaginar.

—¿Complejo y peligroso? —repitió ella con la expresión de quien acaba de escuchar una estupidez de proporciones inconcebibles—. ¿Es idiota o qué le pasa? ¿Qué puede existir más complejo y peligroso que el hecho de que asesinen sin motivo al padre de tus hijos? —hizo una corta pausa, dejó el cepillo sobre el tocador y alargó la mano observándosela hasta que dejó de temblar—. ¡Perdone! —suplicó—. No he pretendido insultarle, pero es que este asunto me altera los nervios. ¿Cómo se llama?

—Es mejor para los dos que no lo sepa.

—De acuerdo —admitió—. ¿Cómo puedo llamarle sin comprometerme yo ni comprometerlo a usted?

—Digamos... Smith.

—Por mí, Smith es un nombre tan bueno como cualquier otro.

—¿Y cómo quiere que me dirija a usted?

—¡Por mi nombre, naturalmente! —replicó ella como si de nuevo fuera aquella una estupidez sin sentido—: Alejandra Zanaj, por si no lo sabía. ¿A qué demonios está jugando?

—A nada, señora... —le hizo notar con acritud—. Es a usted a quien le han asesinado al marido y quien corre el riesgo de seguir el mismo camino. Y es usted quien ha iniciado este juego al pagar mucho dinero para que encuentren y castiguen a unos culpables que no están en absoluto dispuestos a que se les castigue. Si imagina que puede meterse en un mundo tan sórdido como el de los asesinos a sueldo y los magnates que les contratan como quien se va de compras, es que es usted una inconsciente, y le aseguro que no estoy dispuesto a que me corten el cuello por algo que en el fondo ni me va ni me viene. Existen otros modos más cómodos y menos peligrosos de ganarse la vida.

—¿Realmente me considera una inconsciente?

—¡No se puede imaginar hasta qué punto! —respondió tranquilo pero rotundo—. He averiguado que en un momento de desesperación, que entiendo pero no apruebo, le confesó a alguien

que su marido le había contado cosas y le había dejado documentos que podrían enviar a la cárcel a un buen número de senadores y congresistas, así como a la mayoría de los dirigentes de la todopoderosa Dall & Houston —abrió las manos con las palmas hacia arriba en un significativo gesto y pontificó—: A mi modo de ver, y al de cualquier persona sensata, esa es la prueba de inconsciencia más flagrante que se ha visto nunca en el mundo de los negocios.

—¡Pero...!

—¿Acaso no es cierto?

—Lo es si se refiere a Richard. —Alejandra Zanaj pareció desconcertarse—. Pero no creo que tenga derecho a decir nada malo de él. Stanley y yo siempre le hemos considerado como a un hermano.

—Se olvida de que ese supuesto hermano, al igual que su difunto esposo, es un alto ejecutivo de la Dall & Houston, y le garantizo que el bueno de Richard no dudó en elegir entre la fidelidad al generoso Consejero Delegado que le da de comer caviar cada día, y la fidelidad a la viuda del «hermano» muerto. Al día siguiente de que usted le hiciera tan imprudente confesión se lo había contado todo a Wolf Lukas.

—¿A Lukas? ¡Hijo de puta! —no pudo por menos que exclamar la ahora atribulada mujer que parecía aceptar de pronto la magnitud del error que había cometido—. ¡Que el cielo me proteja!

—Mi impresión es que, en un caso como éste, ni siquiera el cielo cuenta con los suficientes ángeles protectores. —El visitante nocturno movió su silla aproximándola aún más a su interlocutora y, bajando la voz, añadió—: ¿Realmente tiene pruebas que pueden enviar a toda esa gente a la cárcel? —ante el mudo y en cierto modo desolado gesto de asentimiento no pudo por menos que mascullar—: ¡Pues sí que está jodida! ¿Tiene una ligera idea de la magnitud del lío en que se ha metido?

—Empiezo a tenerla.

—¿Y sigue pensando que juego a algo cuando le advierto que todas las precauciones son pocas?

—Ahora ya no.

—¿Sabe cuánto pagaron por quitar de en medio a su marido con un trabajo tan pulcro que nadie pudiera imaginar que no se había tratado de un desgraciado accidente de automóvil? —hizo una corta pausa antes de concluir—: Diez millones de dólares.

—Yo hubiera pagado cien veces más para que viviera.

—Lo supongo, pero en ese caso ellos hubieran pagado otras cien veces más para que muriese. Como supongo que sabe mejor que nadie, dinero, ingentes cantidades de dinero, es lo que les sobra.

—Manchado de sangre.

—¡No me venga con frases melodramáticas, señora! —le reconvinó el otro—. Ya es demasiado tarde. Sus casas, sus coches, su yate, sus joyas, sus fabulosas fiestas, y todo lo que ha constituido su forma de vivir durante estos últimos años se han pagado con ese dinero manchado de sangre, y no pretenda hacerme creer que lo ignoraba.

Alejandra Zanj apretó un botón que hizo que un cuadro girara sobre sí mismo dejando al descubierto un pequeño bar perfectamente surtido, y de una caja de plata extrajo unos polvos blancos, los extendió sobre un pequeño espejo y, con ayuda de un tubo igualmente de plata, aspiró con fruición.

—¿Le apetece?

—Prefiero un vodka con hielo.

Ella lo sirvió, se aproximó a entregárselo y, al tiempo que observaba cómo lo paladeaba lentamente, comentó:

—Me esforzaba por ignorar que en efecto era dinero manchado de sangre, pero lo cierto era que cada vez me resultaba más difícil. A diario la televisión emitía imágenes de cientos de muertos,

muchos de ellos mujeres y niños, o de nuestros propios soldados que regresaban dentro de brillantes ataúdes, y en esos momentos me venía a la mente que habían sido Stanley y los suyos quienes habían propiciado que semejante masacre sin sentido comenzara.

—¿Cuestión de conciencia?

—Lo peor que tiene la conciencia, ¡hija de puta!, es que es la única capaz de superar los efectos de la coca. Día tras día, tanto Stanley como yo aumentábamos la dosis en un desesperado intento de acallar nuestras conciencias, pero día tras día la prensa y los noticiarios continuaban publicando cifras de muertos, recordándonos que él había contribuido de forma muy directa a destapar una horrenda caja de Pandora que ya nadie sería capaz de cerrar.

—Creo que empieza a entrar en razón —admitió Smith al tiempo que se dirigía al bar con intención de servirse un nuevo wodka—. ¿Cuál era el papel de su marido en los inicios de todo este asunto?

—Fue uno de los tres altos ejecutivos de Dall & Houston que firmó con el Pentágono el famoso «Contrato de Servicios de Emergencia en caso de Necesidad», que constituyó el origen de todo cuanto vino más tarde.

¿Ha dicho «Contrato de Servicios de Emergencia en caso de Necesidad»?

—Exactamente.

—¿Qué estipula un contrato de esas características?

—Que en caso de producirse una guerra o una catástrofe natural de grandes proporciones, Dall & Houston recibiría mil millones de dólares para atender las necesidades de tipo logístico del ejército.

—¿Pretende decir que el ejército que cuenta con el mayor presupuesto del mundo, superior al de la mayoría de los países civilizados, no está en condiciones de atender a sus necesidades logísticas? ¡Cuesta entenderlo!

—Lo entendería si tuviese en cuenta que nuestro actual Vicepresidente fue, hasta un mes antes de su toma de posición, el presidente y mayor accionista de Dall & Houston. Renunció públicamente a sus acciones pero, según mi marido, aún conserva casi el doce por ciento a través de testaferros y compañías interpuestas.

—¡Pero eso es una auténtica barbaridad! ¿Está segura de esa cifra?

—Stanley lo estaba, y conocía mejor que nadie los entresijos de la casa, ya que durante años fue su jefe de contabilidad —hizo una pausa, para que lo que iba a decir a continuación causara aún más impacto—. Y si nosotros, con apenas el uno por ciento de las acciones, ingresamos durante estos últimos años esos cuarenta millones de dólares, ¿Cuánto le habrá correspondido al dueño de casi un doce por muchos testaferros a los que se vea obligado a silenciar?

—¡No me pida milagros! No soy una máquina de calcular, y esas cifras escapan a mi comprensión. ¿Qué ocurrió con ese famoso contrato?

—Que los altos cargos de la compañía llegaron muy pronto a la conclusión de que si no estallaba una guerra o hacía su aparición una catástrofe natural de enormes proporciones no valía ni lo que se había pagado por el papel en que estaba escrito.

—Y como no podían provocar una catástrofe natural...

—Decidieron provocar una guerra.

Alejandra Zanaj se dirigió de nuevo al bar con intención de prepararse otra raya de cocaína, por lo que su acompañante le advirtió:

—A ese ritmo pronto dejará de hacerle efecto, y tendrá que pasarse a la heroína.

—¡Eso nunca! —protestó ella—. Mi mejor amiga se aficionó a la heroína, fui testigo de su horrible final y soy consciente de que tengo dos hijos que dependen de mí. —Hizo un gesto hacia

los polvos blancos al tiempo que señalaba—: En ocasiones me paso dos o tres días sin recurrir a ella, pero su intempestiva aparición me ha puesto nerviosa.

—¿Mi intempestiva aparición, o el delicado tema de conversación?

—Ambas cosas.

—Lógico... Habíamos quedado en que la cúpula dirigente de Dall & Houston había decidido que la única forma de poder recibir los mil millones de ese draconiano contrato radicaba en conseguir que estallara una guerra. ¿Participó su marido en esa toma de decisión?

—¡Naturalmente! Era uno de los vicepresidentes ejecutivos.

—¿Se lo consultó?

—En cierto modo.

Smith apuró de nuevo su copa, la dejó en el suelo, y dirigió una larga y retadora mirada de reconvención a la mujer, que permanecía con la cabeza gacha.

—¿Qué ha querido decir con esa memez de «en cierto modo»? Es como si asegurara que está embarazada tan sólo «en cierto modo». ¡Déjese de evasivas! Nos encontramos en una situación en la que, o somos sinceros el uno con el otro, o acabaremos, como su marido, en una urna sobre la chimenea del salón. Sobre todo usted. ¿Qué fue lo que le dijo?

—Que la empresa estaba atravesando momentos muy difíciles, y que necesitaba imperiosamente que el contrato se ejecutase. Me aseguró que estaban en juego miles de puestos de trabajo, entre ellos el suyo propio.

—¿Y usted le creyó?

—Hay momentos en la vida en los que una persona está dispuesta a creer incluso lo increíble. Opinara yo lo que opinara, la decisión estaba tomada y llegué a la conclusión de que no debía intervenir. Al fin y al cabo se le iba a declarar la guerra a un dicta-

dor acusado de miles de crímenes, y Stanley me convenció de que se trataba de poco más que unas maniobras militares, ya que en menos de un mes todo habría acabado sin apenas derramamiento de sangre.

—¿A pesar de que se afirmaba que el enemigo disponía de fabulosas armas de destrucción masiva con las que defenderse e incluso contraatacar?

—Esa historia no es más que un cuento chino. Stanley me confesó en cierta ocasión que la excusa de las armas de destrucción masiva había partido de los despachos de la propia compañía, y conociéndole, sería capaz de asegurar que fue idea suya.

—Empiezo a reafirmarme en la creencia que me asaltó hace unos días de que su difunto esposo se ganó a pulso el final que tuvo.

—¡Por favor...!

—¿Acaso alguien que contribuye de forma directa al comienzo de una guerra que ha provocado miles de muertos, en su mayoría civiles, no merece un castigo?

—Prefiero no pensarlo.

—Pero lo piensa a diario, y su única respuesta la encuentra en la cocaína... ¿O me equivoco?

—No, por desgracia no se equivoca —admitió casi con un susurro Alejandra Zanaj—. Mil veces me he preguntado por qué no le supliqué a Stanley que abandonara la compañía, y mil veces me veo obligada a responderme a mí misma que en aquellos momentos la posición más cómoda era no interferir en el trabajo de mi marido. Me justificaba haciéndole la vida agradable y volcándome en el cuidado de los niños, escudada en esa absurda teoría de que una ignorante mujer debe mantenerse al margen de los asuntos de los hombres inteligentes.

—Pero usted no es una ignorante y tenía muy claro que lo que estaba ocurriendo, fuera o no asunto de hombres supuestamente inteligentes, era una auténtica canallada.

—Tonta no soy, si es a eso a lo que se refiere, pero en ocasiones resulta conveniente hacerse la tonta.

—Y ahora está pagando las consecuencias.

—¡Y a qué precio!

El intruso recogió su copa encaminándose de nuevo al bar, pero una vez allí pareció arrepentirse, limitándose a dejarla sobre el mostrador.

—No es un buen momento para emborracharse, aunque el cuerpo me lo esté pidiendo a gritos... —masculló con evidente mal humor—. Creo que hemos llegado a la conclusión de que tanto su marido como usted estaban arrepentidos del papel que habían jugado en todo este asunto. ¿Cierto?

—Cierto. Stanley se pasaba las noches dando vueltas y más vueltas en la cama sin pegar ojo. Incluso dejamos de hacer el amor.

—¿Cuestión de conciencia o cuestión de miedo?

—Supongo que ambas cosas.

—¿Sospechaba su marido que podía ocurrirle una desgracia?

—No, hasta hace tres meses —la mujer se tomó un pequeño respiro antes de admitir—: Le preocupaba acabar en la cárcel, no en el cementerio. Pero una noche apareció lívido, desencajado y mascullando que estaban llevando las cosas demasiado lejos. Creo que a partir de ese momento empezó a sospechar que, efectivamente, intentarían hacerle daño.

—¿No le aclaró de qué se trataba?

—Se negó a hablar de ello.

—¿Y no le extrañó que asegurara que estaban llevando las cosas demasiado lejos, cuando nos habían metido hasta el cuello en una guerra de la que evidentemente no hay forma ni de salir, ni mucho menos de ganar? ¿Qué puede haber «más lejos» que una guerra?

—Naturalmente que me extrañó y me alarmó —reconoció con agobio Alejandra Zanaj, lanzando un largo suspiro—. Siempre ha-

bía considerado a Stanley una persona muy segura de sí misma y capaz de enfrentarse a las situaciones más difíciles, pero a partir de aquella noche advertí que se estaba derrumbando, como si el peso de toda la humanidad le hubiera caído sobre los hombros... !Dios! —sollozó angustiada—. No creo que pueda imaginar lo que significa que cuanto has construido se desplome a tu alrededor y adviertas impotente que no puedes hacer nada para evitarlo. Mi Stanley, el hombre más apuesto, inteligente, dulce, cariñoso y apasionado que había conocido, se estaba convirtiendo en una piltrafa que no parecía tener otra tabla de salvación que la cocaína. Y lo peor del caso es que no conseguía saber por qué.

—¿Lo ha averiguado ya?

—No, aún no.

—¿Cree que conseguirá averiguarlo?

—Para eso le pago. Y muy bien, por cierto.

—A la vista de las cifras que se están manejando, y de que esa gente no duda cuando se trata de mandarte al otro barrio, lo que me paga es calderilla, pero de momento no me quejo.

—¿Y de qué iba a quejarse? —le espetó ella sin el menor miramiento—. Aparte de darme un susto que casi me cuesta un infarto no veo que haya avanzado mucho.

—Olvida que tengo al culpable.

—¿Culpable? —se asombró ella—. Ese cabrón quien quiera que sea no es más que un *mandao*. Conozco muy bien a los auténticos culpables; han cenado en mi casa y han jugado con mis hijos —sonrió con una mueca amarga—. Incluso uno de ellos me invitó a compartir su cama asegurando que su mujer estaría encantada de compartir la de Stanley. Esos son los que deberían pagar por todo el mal que han causado, pero ya no estoy en disposición de llegar hasta ellos.

—Tampoco yo. ¿Qué quiere que haga con ese tal Cícero?

—Matarlo.

—Yo no mato gente.

—Pues busque a quien sea capaz de hacerlo.

—Tampoco conozco a nadie que mate gente —le hizo notar con marcada aspereza el ahora incómodo Smith—. Bastante he hecho ya con encontrarlo y encerrarlo. ¿Quiere que se lo entregue a la policía?

—¡Pero qué tonterías dice! Si no tiene más pruebas que una confesión probablemente obtenida bajo coacción, los abogados de la compañía lo pondrían en la calle antes de dos horas y será usted el que acabará entre rejas. ¡Menudo equipo de abogados tienen!

—¿Entonces? —se impacientó el otro—. ¿Qué demonios pretende que haga?

—¿Y yo qué sé? ¿Puede retenerlo algún tiempo?

—¿Cuánto?

—El que necesito para reflexionar o para encontrar a alguien con menos escrúpulos que se haga cargo del asunto. ¿Le parece una semana?

—Será peligroso. ¡Muy peligroso!

—Le pagaré cien mil dólares.

—Seguirá siendo igualmente peligroso, pero cien mil dólares ayudan a combatir el miedo y permiten alejarse bastante en caso de que las cosas se pongan feas. Y mi impresión es que van por ese camino.

—Mañana mismo tendrá su dinero.

—Como comprenderá, no pienso venir a buscarlo —de un bolsillo extrajo un diminuto teléfono móvil y lo dejó sobre la mesa al tiempo que señalaba—: Está programado de tal forma que tan sólo puede recibir mis llamadas y llamar a un solo número apretando la tecla roja. Mañana le daré la clave de la cuenta a la que tiene que enviarme el dinero. De ahora en adelante sólo nos comunicaremos a través de ese teléfono pero, por si acaso, yo

siempre me presentaré como Smith, así que usted debería buscarse un nombre en clave.

—¿Un nombre en clave?

—Eso he dicho.

—De acuerdo. Ya que usted será «Smith» ¿qué le parece «Wesson»?

El intruso no pudo evitar dejar escapar una corta carcajada.

—Me alegra que al menos continúe teniendo sentido del humor. Smith & Wesson, la mejor arma que se fabrica en la actualidad. Confío en que no la necesitemos nunca.

El chirriar de las cadenas de los tanques al avanzar por las calles desiertas obligaba a entender, incluso a los más ilusos, que cualquier esperanza de volver a la normalidad era ya una quimera, porque quienes les invadían con tan espectacular despliegue de fuerzas lo habían hecho con la evidente intención de quedarse.

El tirano había huido y sus incontables estatuas rodaban ahora sobre el asfalto, pero las terroríficas máquinas de guerra continuaban día tras día su inexorable avance en pos de lo que en verdad venían buscando: los ricos yacimientos de petróleo que los motores de miles de tanques semejantes tanto necesitaban.

Desde la noche de los tiempos nada amenazó a la Tierra, que fue evolucionando hasta convertirse en un lugar en el que el hombre cazador, el hombre agricultor y el hombre pescador convivieron en perfecta paz y armonía con la naturaleza, aunque no entre sí, pero hacía doscientos años que había hecho su aparición el hombre industrial.

Y, curiosamente, en ese escaso cero, cero quince por ciento de la historia de la humanidad, destrozó más que durante todo el período anterior, poniendo en serio peligro la estabilidad del planeta a causa de su desesperada búsqueda de energía.

Desde el soleado día en que, en la primavera de 1774 y en un diminuto pueblo inglés llamado Kinneil, Matthew Boulton y James

Watt pusieron en marcha la primera máquina de vapor que demostraba una indudable eficacia, resultó evidente que lo que necesitaba el mundo era combustible con el que generar ese vapor.

Primero la madera, luego el carbón y por último el petróleo se habían convertido en el principal objetivo de la insaciable codicia de los poderosos. Cada metro que avanzaban aquellas chirriantes cadenas por las calles de Bagdad no constituían más que un nuevo paso en el largo camino que se iniciara en Kinneil hacía exactamente doscientos treinta años.

Salka Embarek observaba los tanques desde la ventana de una habitación que ahora carecía de cristales y persianas.

No entendía por qué absurda razón uno de aquellos enormes tanques había venido a ocupar el lugar en que antaño los muchachos jugaban al fútbol en el cercano parque, haciendo girar una y otra vez su torreta de tal modo que el negro ojo del grueso cañón le apuntaba directamente a los ojos cada pocos minutos.

¿La estaba amenazando o es que acaso le tenía miedo?

Ambas cosas, sin duda; sus ocupantes la estaban amenazando porque así eran ellos o así se lo habían ordenado, y le tenían miedo porque debían de ser plenamente conscientes que en una casa que mostraba tan evidentes muestras de haber sido arrasada por sus bombas debían de residir sobrevivientes ansiosos de venganza.

El calibre de un cañón y el blindaje de un carro de combate proporcionan seguridad, pero no impunidad.

El arma de destrucción es tan sólo una máquina sin sentido de la responsabilidad, pero quien mueve sus mandos tiene pleno conocimiento de sus actos, y por lo tanto es consciente de que tarde o temprano alguien le pedirá cuentas por el daño causado.

Nadie se resigna a vivir eternamente protegido por planchas de acero.

Nadie que está convencido de que ha destruido a una familia

puede pretender que en cuanto asome la cabeza fuera de su cubículo no le vuelen los sesos.

Ocurría a diario. Miles de Turkys que se habían visto obligados a enterrar a sus padres y hermanos acechaban desde ventanas como aquella el momento de cobrarse una deuda de sangre.

Salka le pidió a su hermano que le enseñara a manejar un arma, pero su respuesta no dejó lugar a dudas:

—La guerra es cosa de hombres.

—En ese caso ¿por qué razón han muerto mamá, Aziza, Aisha o tantas de mis amigas del colegio?

—Nosotros somos diferentes.

—No me parece buena idea «ser diferente» —le hizo notar la muchacha—. Ellos están ahí comiendo cuanto quieren, y nosotros aquí, muertos de hambre.

—Las cosas cambiarán.

—¿Cuándo?

—Cuando lleguen a la conclusión de que es la avaricia de sus dirigentes lo que está propiciando que nosotros los matemos.

—No creo que sirva de mucho que el negro de aquella esquina llegue a esa conclusión; sólo cuando matemos a quienes les ordenan matar empezarán a cambiar las cosas.

—No deberías hablar así —le recriminó su hermano—. No es propio de una niña.

—Ya no soy una niña —replicó ella—. E incluso una niña a la que le hubieran asesinado a su familia tendría derecho a hablar así. ¿O no?

—Es posible.

—¿A cuántos americanos has matado hasta el momento?

—A dos.

—Yo mataré al menos a treinta: diez por cada uno de los nuestros.

Turky Embarek observó con renovada atención a aquella

criatura, pequeña y delicada, de caderas estrechas, pechos diminutos, labios apretados y enormes ojos muy negros que reflejaban a todas horas la ira y el odio que encerraba en su interior, y un escalofrío le recorrió la espalda al abrigar el convencimiento de que estaba diciendo lo que realmente pensaba.

¿De dónde había salido aquel odio?

La suya había sido desde tiempo inmemorial una pacífica familia de acomodados comerciantes que habían demostrado una especial visión para hacer magníficos negocios, y por lo que él recordada no se tenía noticias de un solo miembro que hubiese dado muestras de una especial agresividad.

Pero allí estaba ahora él, ejerciendo funciones de francotirador, y por si fuera poco la dulce y cándida Salka, el ángel de la casa, hablaba como si no hubiera hecho otra cosa en su vida que disparar un arma.

Llegó a la conclusión de que lo peor de la guerra no era que destruyera vidas y edificios; era que destruía los corazones.

Tomó asiento en la destartalada cama de su hermana, la cogió de las manos, la colocó ante él de tal forma que pudieran mirarse directamente a los ojos y, tras unos instantes de duda, señaló:

—¡Vamos a hacer una cosa! Deja que sea yo quien mate a esos treinta americanos, y sólo en el caso de que no lo consiga te autorizo a que lo hagas tú.

—¿Cuánto tiempo debo esperar?

—El que sea necesario, porque para mancharte las manos de sangre lo que te sobra es tiempo.

—Un año.

—Dos.

La muchacha dudó, a punto estuvo de negarse pero advirtió que su hermano le apretaba las manos hasta casi hacerle daño, y al fin asintió con evidente desgana.

—¡Está bien! Dos años. Pero tienen que ser treinta.

Cubierto con un pasamontañas, ya que era plenamente consciente de la impresión que ello debía producir en un hombre que llevaba dos días esposado a una cama, Gregory Gregorian, alias *Smith*, penetró en la estancia, encendió el potente foco que iba a dar de lleno en el rostro del cautivo, y no pudo evitar lanzar una corta exclamación de manifiesta repugnancia.

—¡La madre que te parió! —exclamó—. Apeistas a perros muertos.

—¡Aquí te querría ver yo, hijo de puta! Dame agua. Me muerdo de sed.

—Lo haré cuando me aclares ciertos puntos que no me han quedado suficientemente claros respecto a la historia que me contaste el otro día...

—¿Qué puntos?

—¿Es cierto que alguien pagó diez millones de dólares por matar a ese tipo?

—Ya te lo he dicho: la mitad fue para Mariel, la otra mitad para mí.

—Mucho dinero es ese por un simple contrato.

—No era un simple contrato; tenía que ser un trabajo impecable, y lo fue.

El cautivo lanzó un reniego y añadió:

—Lo que no consigo entender es cómo hemos llegado a esto. Nadie podía sospechar que no se trató de un accidente.

—Únicamente alguien que hiciera ya mucho que temía que tarde o temprano iba a producirse algún tipo de «accidente».

—¿La esposa del muerto?

—Es muy posible.

—¿Fue ella quien te contrató?

—También es posible.

—Sea como sea, debo admitir que eres muy bueno en tu oficio —reconoció contra su voluntad Tom Cícero—. Hasta ahora nadie había conseguido descubrir mis trucos, y mucho menos echarme el guante. ¿Cuál fue mi error?

—¿Y eso qué importa si ya nunca tendrás ocasión de practicar de nuevo? —su carcelero chasqueó la lengua en lo que pretendía ser un gesto de lo más pesimista, y concluyó—: No sé por qué, pero barrunto que de ésta no sales por tu propio pie.

—Lo tengo asumido —fue la tranquila respuesta del malo-liente personaje—. Este trabajo es como una partida de póquer: unas veces se gana y otras se pierde. Lo malo es que cuando pierdes ya no se te ofrece la oportunidad de recuperarte.

—Son las normas.

—Sin embargo, dadas las circunstancias y visto que has demostrado ser un excelente profesional, te convendría meditar el hecho de que valgo más vivo que muerto.

—Excepto que esté rabioso, hasta un perro suele valer más vivo que muerto —replicó Gregory Gregorian con ironía, para añadir a continuación—: ¿O es que se te ha pasado por la cabeza la idea de regalarme tus cinco millones?

—De poco me van a servir cuando me encuentre a un par de metros bajo tierra. Pero no estoy hablando de cinco millones, sino de mucho más. ¡Veinte, incluso tal vez treinta!

—No me hagas reír que también yo ando algo flojo de las tripas —replicó su captor sin apenas inmutarse—. Tú no has visto tanto dinero en tu vida, y sospecho que ya no vas a tener oportunidad de verlo.

—Es lo que me iban a pagar por el siguiente contrato.

—Continúa en la mierda sobre la que estás sentado, y no intentes liarme con historias absurdas. Nadie paga esas sumas por un trabajo.

—Por éste sí. ¡Te lo juro sobre la tumba de mi madre! Hay cientos de millones en juego, y lo sé porque en este caso actuaremos como un equipo de apoyo logístico de por lo menos diez miembros.

—Por lo que he conseguido averiguar sobre ti, tu madre aún vive en Florida, o sea que todavía no tienes tumba alguna sobre la que jurar. Y ese cuento es tan burdo que ofende mi inteligencia. ¡Tantos millones por un contrato! ¿A quién se le ocurre?

—A una compañía que ha declarado unos beneficios de casi tres mil millones, libres de impuestos, durante los cuatro últimos años, y por lo visto confía en declarar mucho más si logramos llevar a feliz término su encargo.

—¿El nombre de esa compañía?

—Dall & Houston.

—¡Vaya! En ese caso se trata de palabras mayores, y con unos ciertos visos de credibilidad. Puede que el asunto empiece a interesarme. ¿De qué va el nuevo contrato?

—Eso aún no lo sé, pero por lo visto se trata de algo muy, pero que muy gordo, que tiene que estar planeado al milímetro.

—¿Mariel conoce el objetivo?

—¡Naturalmente. Él recibe las órdenes y se encarga de ejecutarlas, organizándolo todo a su manera, aunque nunca suelta prenda hasta el último instante. Entonces te dice lo que tienes que hacer exactamente, y puedes estar seguro de que si le fallas

eres hombre muerto. No perdona una, pero tiene una virtud: lo que promete, lo cumple.

—Me gustaría conocerle.

—¡Y a mí, no te jode! Pero no sé de nadie que le haya visto la cara y continúe con vida. ¡Por eso es el mejor!

—Reconforta descubrir que existen personas que admiran y respetan a quien les da de comer —admitió Gregory Gregorian—. Pero en lo que a mí se refiere no puedo compartir tu entusiasmo, puesto que lo único que sé del tal Mariel es que es un hijo de puta que vive de asesinar por encargo, y según me das a entender, ni siquiera lo hace personalmente. —Se recreó en llenar un vaso de agua de la jarra que tenía a su lado para aproximar al rostro de su prisionero al tiempo que añadía—: ¿Cómo acostumbras a ponerte en contacto con él?

—Nunca me he puesto en contacto con él —fue la inmediata respuesta, que sonó sincera—. Siempre es él quien se pone en contacto conmigo.

—¿Por teléfono? —Ante el mudo gesto de asentimiento, el encapuchado señaló con la cabeza los dos pequeños móviles que se encontraban sobre una mesa cercana—. ¿Por cuál suele llamarte?

—Por el verde. No sirve más que para recibir sus llamadas y debo llevarlo siempre encima, aunque tarde un año en volver a contratarme.

—Está visto que hoy en día todo se hace a través de los móviles. No entiendo cómo hasta hace poco vivíamos sin ellos. ¡De acuerdo! —masculló—. Esperaré a que el cabronazo de Mariel se decida a llamar —agitó de arriba abajo la cabeza en un gesto de rotunda afirmación a la par que chasqueaba la lengua—: Bien mirado estamos hablando de muchísimo dinero —concluyó.

Se inclinó sobre su prisionero con el fin de alzarle la cabeza y

acercarle el vaso a la boca para que pudiera beber, y cuando hubo concluido añadió:

—Y ahora reza para que tu *marielito* llame cuanto antes o se te va a poner el culo en carne viva. La mierda no suele ser buena para la piel.

Se metió el teléfono verde en el bolsillo, se dirigió a la puerta, apagó la luz y cerró tras de sí para comenzar a ascender por una estrecha escalera al tiempo que se despojaba de la negra capucha, que colgó de un clavo de la pared.

Desembocó en una amplia cocina y desde ella accedió a un luminoso salón en el que una atractiva muchacha de enormes ojos azules aparecía tendida en un sofá, absorta en la contemplación de una vieja película musical.

Tomó asiento a su lado, se colocó las piernas de ella sobre sus propios muslos, y empezó a acariciarlas con suavidad.

—Es duro el tipo —comentó al poco—. Muy duro.

—¿Ha dicho algo? —preguntó ella sin apartar la vista del televisor.

—Que le han ofrecido un nuevo trabajo extraordinariamente bien pagado.

—¿Cuánto?

—Por lo menos veinte millones.

—Supongo que será de bolívares. Tengo entendido que con eso hoy en día en Caracas no pagas ni un almuerzo.

—Veinte millones de dólares.

La muchacha lo miró con una expresión de absoluta incredulidad en sus atractivos ojos, al tiempo que inquiría:

—¿Estás de broma?

—Es lo que ha dicho.

—¿Y tú te lo crees?

Gregory Gregorian se limitó a encogerse de hombros, lo que al parecer tuvo la virtud de avivar la curiosidad de la muchacha,

que se apresuró a apretar el botón de apagado del televisor para ir a sentarse ahora muy recta en un rincón del sofá. Desde allí observó a su acompañante con renovada atención.

—Nadie tiene tanto dinero —comentó al fin.

—Los dirigentes de la Dall & Houston sí.

—Los dirigentes de la Dall & Houston son una cuadrilla de malnacidos que nos han metido en una guerra absurda en la que de momento se han dejado la vida tres mil de nuestros muchachos y casi medio millón de iraquíes.

—Lo sé mejor que nadie, querida. Ya te he dicho que fueron los que mandaron matar a Stanley Rove.

—No se te habrá pasado por la cabeza tratar con ellos...

—Ni por lo más remoto, pequeña. Ni por lo más remoto —fue la respuesta—. Pero no puedo evitar preguntarme por qué razón unos tipos a los que les gusta el dinero hasta el punto de ser capaces de organizar una guerra tan sangrienta están dispuestos a derrocharlo de ese modo.

—¡Olvídalo! —suplicó ella—. Es más, olvida este asunto, abandona a ese cerdo que tienes ahí abajo en cualquier cuneta y vayámonos de aquí, porque todo lo que toca esa maldita compañía lo pudre. ¿Sabías que durante meses estuvieron proporcionando agua contaminada y alimentos en mal estado a las tropas que luchaban en Irak? Nuestros soldados no sólo mueren por las bombas enemigas, sino por la porquería que les obliga a comer su propia gente, que le cobraban al Pentágono las botellas de agua supuestamente mineral como si se tratara de champán francés. ¡Deberían fusilarlos a todos!

—¿Incluido el Vicepresidente?

—¿Qué tiene que ver el Vicepresidente con todo esto?

—Que es el mayor accionista de Dall & Houston. En la sombra, naturalmente, pero el mayor accionista al fin y al cabo.

—¡La madre que lo trajo al mundo! —exclamó indignada—. ¡Así se entienden muchas cosas! ¿Lo sabe el Presidente?

—Es de suponer, puesto que para eso existen el FBI, la CIA y un sinfín de agencias de espionaje o información que nos cuestan una fortuna. Aunque por mi larga experiencia en los muchos casos en los que me han pedido que colabore con ellos, he llegado a la conclusión de que miran mucho para abajo pero muy poco para arriba —lanzó un bufido que ponía de manifiesto que todo aquello le producía un profundo desagrado—. Se afanan por limpiar la mierda que ensucia el suelo, pero jamás han intentado ponerle un tapón a los culos que la sueltan porque con demasiada frecuencia son los suyos propios.

—¡Eso te ha quedado muy gráfico! —protestó ella—. Repugnante, pero gráfico a más no poder... —se puso de pie, se aproximó a la ventana y atisbó hacia el exterior como si temiera que alguien pudiera estar vigilando la casa. Por último, y sin volverse, comentó:

—Odio Houston. Es una ciudad sin alma que no vive más que para el dinero. Y además tengo miedo.

—¿Y quién no? —reconoció su acompañante en un tono de absoluta sinceridad—. Jamás se me pasó por la cabeza que una simple investigación sobre un accidente en el que sólo hubo una víctima pudiera desembocar en algo tan repulsivo. Me precio de ser bueno en mi oficio, pero presiento que quienes se sientan al otro lado de la mesa son bastante mejores.

—No creo que lo sean; lo que ocurre es que no dudan en matar, lo cual es algo que quiero suponer que tú nunca has sido capaz de hacer.

—Únicamente en tiempos de guerra y por obligación.

—Siempre se ha dicho que las guerras no cuentan, aunque por mi parte no estoy de acuerdo. Un general puede otorgar una medalla por matar a alguien defendiendo a su patria, pero un juez puede mandarte a la cárcel por matar a alguien defendiendo a sus hijos. Sin embargo, a mi manera de ver, los hijos son siempre más

importantes que la patria —la muchacha se volvió a mirarle para preguntarle, más como súplica que como simple pregunta—: ¿Preparo las maletas?

—Le prometí a la señora Zanaj que le daría una semana de plazo para decidir qué hacer con el que tenemos ahí abajo. Está dispuesta a pagar cien mil dólares por la espera.

—Eso significa que nuestras vidas valen cincuenta mil por cabeza —puntualizó ella señalando con el dedo alternativamente a quien continuaba despatarrado en el sofá y a sí misma—. Siempre imaginé que se cotizaban bastante mejor.

—Eso depende del precio del mercado, querida. Las vidas humanas cada día valen menos, visto que ahí fuera matan a la gente por apenas diez dólares.

—Eso no ha tenido maldita la gracia.

—Ya me he dado cuenta; lo admito y me disculpo.

La muchacha acudió a tomar asiento en una butaca, casi frente a él, y, tras meditar unos instantes lo que iba a decir, inquirió:

—¿Cómo es posible que alguien como tú, que ha trabajado para los servicios secretos o las policías de un sinnúmero de países, actúe ahora por su cuenta y se vea metido en un asunto como éste?

—Porque mi oficio es analizar, y lo mismo da que lo haga para la policía que para Alejandra Zanaj. Voy allí donde me paguen.

—¿Y cómo llegaste a esto?

—Por tradición familiar.

—¿Te importaría explicármelo?

—¡Es absoluto! Mi padre llegó a los Estados Unidos con una mano delante y otra detrás. No tenía absolutamente nada, pero siempre había sido un magnífico jugador de ajedrez, quizá no el más brillante ni imaginativo, lo cual le impidió convertirse en el campeón de Armenia, pero sí el más analítico, aquel a quien los grandes jugadores acudían cuando se trataba de destripar una

compleja situación desarrollando con el mínimo detalle sus infinitas posibilidades.

—Es curioso que nunca me hayas hablado de él.

—No me gusta hablar del pasado.

—La familia nunca es el pasado, es el eterno presente de nuestras vidas.

—Puede que tengas razón, aunque no es cuestión de ponerse a discutir. Lo cierto es que mi padre fue siempre un hombre muy inteligente que pronto comprendió que su habilidad como analista podía extenderse a otros campos más rentables. Con el paso de los años se convirtió en el referente obligado de las compañías de seguros, e incluso de la policía, cuando se trataba de desentrañar algún problema especialmente complejo. —Gregory Gregorian hizo una pausa en la que se diría que estaba rememorando tiempos muy lejanos, pero al poco continuó con su relato—: Cuando acabé la secundaria, y como llegó a la conclusión de que había heredado parte de su talento, me llamó a su despacho y me dijo: «Hijo, el futuro de este país estará en manos de los especuladores, los abogados, los ordenadores personales, los latinos y las compañías de seguros. Como confío en que no te conviertas en especulador, y careces de la verborrea necesaria para llegar a ser un abogado tramposo, mi consejo es que aprendas español y cuanto puedas sobre ordenadores personales, pero que al final te decantes por los seguros. No como vendedor, que es para algo que a mi juicio estás negado, sino como inspector, porque cada día serán más los que intenten estafar a las aseguradoras y sé por experiencia que éstas pagan muy bien por impedirlo».

—Evidentemente era un hombre con visión de futuro —reconoció ella con una leve sonrisa—. Pegarse el día conectado a Internet o intentar estafar a las compañías de seguros se han convertido en deportes nacionales, y los abogados pierden el culo a la hora de plantear demandas de lo más pintorescas pero que pueden acabar costando auténticas fortunas.

—Aquella noche llegué a la conclusión de que mi padre tenía razón, me concentré en aprender todo lo que él podía enseñarme, así como la infinidad de nuevos trucos que inventaba la gente. A los veinticinco años lo sabía todo sobre accidentes de coches amañados, incendios provocados, falsos suicidios, caídas ilógicas, enfermedades ficticias, secuestros pactados, estafas a través de Internet, y cuanto fuera capaz de imaginar una mente decidida a obtener un beneficio ilícito.

—¿Y de ese modo llegaste a ser el mejor en tu campo?

—Hasta el punto de que, en efecto y modestia aparte, policías y servicios secretos de muchos países solicitan con frecuencia mis servicios, lo cual ha contribuido a aumentar mi experiencia. Normalmente son muy generosos, pero no tanto como la señora Zanaj.

—Pero la señora Zanaj nos puede traer problemas.

—Estoy acostumbrado a los problemas, querida —fue la tranquila respuesta—. Cuando alguien confía en obtener una jugosa indemnización de una compañía de seguros y advierte que un intruso que se cree muy listo está a punto de joderle el negocio, no suele tomárselo con demasiada calma. Como bien sabes, los intentos de soborno, las amenazas, e incluso los atentados son parte de mi trabajo, y así debemos aceptarlo.

—Pero me temo que este caso va más allá de cuanto hemos sufrido hasta el presente. Y no me gusta. ¡No me gusta nada!

—Jessica —admitió, inclinándose a besarla al tiempo que esbozaba una leve sonrisa—, empiezo a sospechar que este caso va mucho más allá de lo que nadie pudiera imaginar, y debo admitir que estoy preocupado, por no decir aterrorizado. Tener a un asesino en el sótano de casa no es mi estilo, ni me apetece en lo más mínimo, pero intentaremos mantener la calma por lo menos durante una semana.

El *green* del hoyo catorce constituía por lógica el punto más alejado del Pine Crest Golf Club de Houston, y al mismo tiempo el más desolado, visto que se encontraba rodeado de lagunas y *bunkers* de arena, sin tan siquiera un seto o un mal árbol que le proporcionara algo de sombra, de tal forma que resultaba posible divisar sin la menor dificultad a quien se aproximara a menos de doscientos metros de distancia.

Fue tras embocar sus respectivas bolas cuando tanto Wolf Lukas como su hombre de confianza, Tony Walker, entregaron sus respectivos palos a los *caddies* para rogarles a continuación que emprendieran solos el camino de regreso a los vestuarios, ya que se habían aburrido de jugar y preferían sentarse en la hierba a descansar antes de volver a la Casa Club, dando un tranquilo paseo al frescor del atardecer.

Los dos muchachos obedecieron sin rechistar y sin sorprenderse, puesto que aquella era una rutina semanal a la que se habían acostumbrado tiempo atrás.

Cada jueves, ambos socios, que solían gratificarles luego con generosas propinas, preferían quedarse a solas en un lugar en el que sabían a ciencia cierta que nadie alcanzaría nunca a escucharles.

Cuando las espaldas de los *caddies* comenzaban a perderse de vista tras la pequeña colina del hoyo doce, el Consejero Delegado

de Dall & Houston se acomodó sobre la hierba cruzando las piernas en postura de yoga, extrajo del bolsillo posterior del pantalón una petaca metálica, desenroscó el tapón que le servía a la vez de vaso y se sirvió una pequeña ración de whisky que apuró de un solo trago.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Cómo van las cosas?

Su acompañante, que había tomado de igual modo asiento frente a él, se limitó a encogerse de hombros al replicar:

—Por desgracia no todo lo bien que desearíamos. Es posible, y recuerda siempre que tan sólo digo «posible», que efectivamente Stanley guardara esos documentos que Alejandra le comentó a Richard.

—Según la dichosa Ley de Murphy, cuando algo puede salir mal, invariablemente sale peor —fue la áspera respuesta—. Stanley y yo entramos prácticamente al mismo tiempo en la empresa, y me consta que era un tipo extremadamente prudente y al que le obsesionaba cubrirse las espaldas por si las cartas venían mal dadas. ¿Dónde pueden estar ahora esos documentos?

—Por el momento lo ignoro.

—Confío en que no tengamos que averiguarlo cuando salgan a la luz y sea ya demasiado tarde.

—Eso dependerá únicamente de Alejandra.

—Odio que nada dependa de una mujer, sobre todo de una mujer que ha estado tan enamorada de su marido como ella. En esos casos resultan del todo imprevisibles, y si, como parece, Alejandra sospecha que nos cargamos a Stanley, puede reaccionar de la peor manera imaginable.

—Creo que ya no lo sospecha —puntualizó su acompañante al tiempo que arrancaba una larga brizna de hierba y comenzaba a mordisquearla—. Me temo que a estas alturas abriga una absoluta seguridad.

—Tenía entendido que el trabajo de la gente de Mariel había sido absolutamente perfecto. ¿Qué ha fallado?

—Tal vez nada. Quizá sólo se trata de que a la vista de cómo se han desarrollado los acontecimientos, y a partir de la documentación que Stanley le dejó, Alejandra haya hecho una serie de deducciones en cierto modo lógicas.

—Nunca he aceptado un «tal vez» como respuesta y lo sabes —masculló su jefe mientras se servía un nuevo vaso de la petaca—. No pago las sumas que pago por suposiciones, sino por hechos concretos.

—Los hechos concretos especifican de un modo indiscutible que Stanley se mató en un accidente de automóvil. Lo que pueda pasar luego por la cabeza de una mujer como Alejandra resulta del todo imprevisible.

—Bien, estamos de acuerdo en que Alejandra es mujer, y por lo tanto imprevisible, pero lo que está claro es que también es madre, y una madre sí que resulta previsible. Quiero que le hagas entender sin la menor sombra de dudas que lo que está en juego es la vida de sus hijos. O nos entrega esos documentos o va a tener mucho de lo que lamentarse. ¿Algún problema?

—Ninguno.

—En ese caso asunto zanjado. Segundo punto del orden del día: ¿cuántos congresistas, senadores y jueces están en contra de que traslademos nuestra base de operaciones a Dubai?

Tony Walker extrajo del bolsillo de su camisa un papel doblado y se lo entregó en silencio. Wolf Lukas lo estudió durante un largo rato y acabó por lanzar un resoplido que parecía indicar que no le agradaba el cariz que tomaban las cosas—. Demasiados —masculló a duras penas—. Demasiados.

—Se cometió un error al permitir que la noticia se aireara tan pronto. Deberíamos haber actuado de tal forma que las autoridades se enfrentaran a un hecho consumado que no tenía vuelta atrás.

—Los abogados argumentaron que eso no resultaba en absoluto factible. Lo primero que se necesita para ese tipo de trasla-

dos es una serie de permisos que no se pueden solicitar sin especificar los motivos del cambio de sede. No somos una empresa de tres al cuarto, somos la Dall & Houston.

—En ese caso el tema queda fuera de mi competencia y tienen que ser tus abogados, o en última instancia *Iceman*, quienes tienen que ganar esa batalla. Las leyes no son lo mío.

—De eso no me cabe la menor duda —fue el comentario no exento de un leve toque de humor—. Aunque, a decir verdad, eres quien más debe saber de leyes en este país, puesto que siempre has sido quien mejor y más a menudo se las ha saltado. —Agitó el trozo de papel al estipular de una forma que no admitía discusión—: Dentro de dos semanas esta lista tiene que haber quedado reducida a la mitad.

—¿Con qué medios dispongo?

—Con todos los que hagan falta. Y mil millones más.

—¿Manos libres?

—¿Alguna vez te he puesto trabas? Les dimos a esos hijos de perra lo que querían, una hermosa guerra con la que vengar el cobarde atentado del 11 de Septiembre, y que además sirviera para regenerar una industria armamentística que se estaba frenando en exceso. Todo el mundo aplaudía entusiasmado mientras se derribaban las estatuas de Sadam Hussein, e incluso cuando colgaba al extremo de una cuerda y no es culpa nuestra sino de una pandilla de inútiles que no han sabido rematar la faena pese a que han contado con todos los cañones, barcos y aviones que pidieron. El plan era apoderarse de Irak en menos de un mes para continuar luego hacia Siria e Irán, pero unos ineptos generales que lo único que saben hacer es tocarse el borde de la gorra poniendo cara de imbécil lo echaron todo a perder. ¡Jodidos mamones! —agitó de nuevo, ahora furiosamente, el pedazo de papel—. Y para colmo, esta partida de desagradecidos chupatintas pretende que paguemos los platos rotos. ¡Deberían fusilarlos a todos!

—Aún estamos a tiempo.

—¿Tú crees?

—No tienes más que decirlo. Estoy seguro que a cinco o seis les bastara con una seria *amonestación*; diez o doce cambiarán radicalmente de opinión a cambio de una suma a discutir en cada caso, y del resto me ocupo yo.

—¿Cómo?

—Cuanto menos sepas, mejor para ti.

—En eso estoy de acuerdo, ya ves tú. Ningún juez puede exigir a nadie que declare sobre algo que ignora —se sirvió un nuevo trago como si con eso diese por zanjado un nuevo capítulo de la conversación—. Nos queda por tanto el tercer punto del día, la Operación Proteo, que confío en que no tenga que ponerse en marcha más que como último recurso. ¿Cómo van los preparativos?

—A la espera de tus indicaciones, pero antes que nada, y por simple curiosidad, me gustaría que me aclararas por qué demonios la has bautizado con un nombre tan raro.

—¿Qué sabes sobre mitología griega?

—Casi nada si quieres que te sea sincero —se disculpó casi humildemente Tony Walker—. La historia nunca ha sido mi fuerte.

—La mitología no es historia, sino leyenda, pero no viene al caso —le corrigió el otro—. Según los antiguos griegos, Proteo era un viejo dios del mar al que su padre, Neptuno, le había dotado de tres poderes muy singulares: el primero, ser el único que conseguía ver con claridad en las profundas tinieblas de los abismos marinos; el segundo, adivinar el futuro; y el tercero cambiar de forma a su antojo, de tal manera que en un instante era capaz de transformarse en león, tiburón, delfín, cordero, mujer, árbol o en una simple roca.

—Entiendo; *Iceman* es una especie de Proteo de nuestro tiempo.

—Tú lo has dicho. Se desenvuelve mejor que nadie en las tinieblas, se adelanta a los acontecimientos, y cambia de imagen en

un abrir y cerrar de ojos. O sea que lo que de verdad importa, y de lo que dependemos, es de estar preparados por si llega el caso de tener que actuar rápidamente.

—Mariel asegura que pronto lo estará.

—¿Qué has averiguado sobre él?

—Nada.

—¿Nada? —repitió su asombrado jefe.

—Nada de nada.

—¿Cómo se entiende que le estemos entregando millones de dólares a alguien del que no sabemos nada de nada?

—Se entiende porque en los casi veinte años que hace que trabaja para nosotros, jamás ha cometido un error. Y el hecho de que nosotros, que tanto le hemos tratado, no hayamos conseguido averiguar quién es, constituye a mi modo ver la mejor garantía de que nadie más lo conseguirá —guiñó un ojo al concluir—: Lo cual constituye a su vez nuestra mejor garantía de seguridad.

—Visto de ese modo tengo que darte la razón, pero me creerás si te digo que siempre he sentido una casi morbosa curiosidad por saber quién se oculta detrás de ese extraño nombre.

—La curiosidad mató al gato.

—No lo mató del todo, tan sólo lo privó de una de sus siete vidas.

DE LA PRENSA DIARIA:

Corrupción, fraude al Ejército, beneficios ilegales en sus relaciones con Irán o distribuir agua y alimentos contaminados a las tropas destinadas en Irak es el currículum que pesa sobre la espalda de Dall & Houston, una multinacional con presencia en más de 120 países que normalmente ofrece servicios y productos energéticos especializados esencialmente en el sector del petróleo.

Hasta hoy, esta empresa cuyos orígenes se remontan a 1922, cuando su fundador, un ganadero tejano analfabeto que vivía a mitad de camino entre Dallas y Houston se hizo millonario cuando encontró petróleo en sus tierras, ha tenido que lidiar con numerosas críticas de las que ha salido más o menos airosa ya que, al fin y al cabo, el actual Vicepresidente fue en su día su consejero delegado. Ahora su nuevo proyecto de cambiar su sede a Dubai, donde espera trasladar el grueso de sus operaciones, ha sido calificado por varios analistas como un astuto movimiento para abandonar la escena del crimen, por medio del cual sus directivos confían en evitar la cárcel.

Con varias investigaciones abiertas y tras la venta de su filial BRA (la contratista militar de la compañía), el anuncio del traslado de su base de operaciones ha sorprendido a propios y a extraños. Pero si se hace un exhaustivo análisis puede determinarse que el motivo principal de Dall & Houston para hacer las maletas y poner rumbo a Dubai no reside en el mero hecho de que la firma ener-

gética quiera ampliar miras en Oriente, como acaba de asegurar su consejero delegado, Wolf Lukas.

Pese a que Dall & Houston continuará teniendo presencia a este lado del mundo, el traslado de su sede oficial fuera de las fronteras estadounidenses le libraría de tener que enfrentarse a las investigaciones federales y fiscales que actualmente pesan sobre la compañía en EEUU. La estructura de la firma, que cuenta con casi ciento cincuenta subsidiarias a lo largo y ancho de todo el mundo, le ha permitido hacer negocios con el Gobierno iraní o ha propiciado que la empresa evite pagar cuantiosos beneficios a sus antiguos empleados.

Muchos apuntan a que una maraña de subcontratas ha fomentado que la compañía evite cumplir con sus obligaciones fiscales, en especial desde que su trabajo se ha visto lucrativamente premiado con la guerra de Irak o tras el azote del huracán Katrina en el Golfo de México.

En Irak, Dall & Houston ha transportado carburante a las fuerzas armadas a un coste de 2,64 dólares por galón, mientras el Departamento de Defensa de EEUU ofrecía el mismo servicio a la mitad de precio. En un contrato, consiguió embolsarse 617.000 dólares para ofrecer bebidas no alcohólicas a 2.500 soldados. Una rápida división arroja 247 dólares por soldado. Nadie es capaz de consumir tantos refrescos sin ponerse enfermo.

También se acusa a la compañía de mover por Irak infinidad de camiones vacíos y cuando se les pincha una rueda o tienen que pararse al embozarse el filtro del aceite, se ordena a los conductores que quemen el camión. Cada uno cuesta 75.000 dólares.

El traslado de Dall & Houston a los Emiratos Árabes también haría muy difícil para las autoridades federales investigar los presuntos sobornos que ha realizado al Gobierno de Nigeria. Según se ha dado a conocer, Wolf Lukas —que antes de convertirse en Consejero Delegado de la compañía supervisaba la contabilidad de la misma— fue el encargado de controlar las cuentas de David Ha-

milton, Presidente del Consejo de Administración de BRA, cuando la constructora de Dall & Houston fue formalmente acusada de sobornar hasta en cuatro ocasiones al Gobierno nigeriano. Posteriormente, Hamilton fue despedido tras descubrirse que recibió cinco millones de dólares por su participación en dicha trama. En septiembre de 2004, un diario tejano publicaba que «el Vicepresidente estaba aún al mando cuando al menos uno de los pagos tuvo lugar».

Un detalle a tener en cuenta cuando se habla de la mudanza de Dall & Houston es que EEUU no cuenta con un tratado de extradición con los Emiratos Árabes, por lo que en caso de que se descubrieran futuros escándalos que salpicaran a sus principales ejecutivos, éstos no se verían obligados a comparecer ante la Justicia estadounidense.

Según el director del Política Corporativa, «dadas las numerosas investigaciones que pesan sobre Dall & Houston, los legisladores deberían mirar con lupa este último movimiento de la compañía para determinar si le permitirá seguir cometiendo abusos financieros. Además, esto pone de manifiesto la inminente necesidad de que el Congreso acuerde no beneficiar con contratos federales a las compañías que no cumplan la ley o eviten pagar sus impuestos».

Dubai es un paraíso fiscal en el que las compañías no deben pagar impuestos corporativos ni laborales. Aunque Dall & Houston siga registrada en EEUU, la empresa puede exigir que gran parte de sus beneficios sean sometidos a las leyes fiscales de los Emiratos Árabes.

Las sospechas sobre Dall & Houston no han hecho más que florecer en los últimos tiempos. Curiosamente, la compañía registró el año pasado un beneficio récord de 2.300 millones de dólares libres de impuestos, una cifra que casi iguala los 2.700 millones de dólares con los que el Pentágono calcula que la empresa ha sobrevalorado sus servicios en Irak. Coincidencias a un lado, muchos miembros del Congreso ya han exigido explicaciones para determinar por qué quiere poner rumbo a Dubai.

«¿Está intentando huir y evadir impuestos, o quieren fortalecer sus lazos con Irán?», se preguntaba un senador demócrata. Para otros senadores, esto supone «un insulto para los soldados norteamericanos que han muerto, así como para los ciudadanos estadounidenses que cumplen con sus obligaciones fiscales».

Ya lo dijo el propio Osama Bin Laden en unas declaraciones aparecidas en abril de 2004: «La guerra en Irak está beneficiando a las principales compañías estadounidenses con miles de millones de dólares». Los primeros contratos obtenidos por la multinacional en Irak han acumulado más de 13.000 millones de dólares en ventas hasta la fecha de las contrataciones que comenzaron a expirar allá por 2006.

Por su parte, BRA cuenta con contratos en la zona por un valor aproximado de 18.000 millones de dólares, incluyendo el conocido como «Programa para Restaurar el Petróleo Iraquí», valorado en 7.000 millones de dólares. Con todo, la Agencia Auditora de los Contratos de Defensa otorgados por el Pentágono determinó en 2005 que existían costes sin demostrar y aseguraba que todavía quedan muchos cabos sueltos en lo que a Dall & Houston se refiere.

Pero ¿cómo una compañía con tantos problemas es capaz de seguir sumando contratos federales? Muchos señalan que el factor determinante es que el Vicepresidente fuera consejero delegado de Dall & Houston hasta bien entradas las elecciones presidenciales, fecha en la que abandonó su cargo con un paquete de beneficios que alcanzó los 34 millones de dólares.

El problema es que el lazo de unión entre el Vicepresidente y la multinacional no ha terminado de romperse, algo que hoy en día sigue creando un deliberado conflicto de intereses.

La polémica sobre los servicios ofrecidos por Dall & Houston y su subsidiaria BRA en Irak ha dejado mucho que desear. Así, una de las polémicas con más repercusión en el Capitolio ocurrió en 2005 cuando se determinó que la compañía ofrecía comida y agua contaminada en diversos campos militares de la zona.

Algunos especialistas no han dudado en afirmar a la organización Dall & Houston Watch, que vigila de cerca cualquier práctica

ilegal que pueda llevar a cabo la compañía, que la empresa era consciente que exponía tanto al personal civil como al militar al consumo de agua contaminada del río Éufrates. Un correo electrónico filtrado desde BRA aseguraba que «probablemente durante más de un año el nivel de contaminación del agua en uno de los campamentos militares doblaba el mínimo considerado apto para el consumo».

Hasta el momento, el coste de la guerra de Irak oscila entre 410.000 y 450.000 millones de dólares, según informes del Congreso estadounidense, y casi medio billón de dólares, según algunas organizaciones civiles. El Nobel Joseph Stiglitz y la profesora invitada de Harvard Linda Bilmes presentaron en Boston un estudio que elevaba el coste total del conflicto a dos billones de dólares, teniendo en cuenta el dinero que se necesita para continuar la guerra y, a medio y largo plazo, los gastos para recomponer las Fuerzas Armadas, los cuidados y pensiones de los veteranos, y las demás facturas que vayan apareciendo.

Stiglitz y Bilmes han hecho estos cálculos sin olvidar que las operaciones del Ejército de EEUU sobre el terreno se irán reduciendo hasta acabar en un plazo de tres años.

El congresista demócrata Martin Meehan, tras conocer el análisis de Stiglitz, declaró que EEUU aún no ha comenzado a pagar las facturas más abultadas de la guerra. «Si la guerra terminara hoy, aún tendríamos que pagar miles de millones en el futuro», dijo Meehan.

Gregory Gregorian desconectó su ordenador y alzó el rostro hacia Jessica Delmónico que en esos momentos llegaba de la cocina portando una enorme bandeja con el desayuno.

—Estoy encontrando tanta información sobre Dall & Houston que empiezo a hacerme una ligera idea de lo que puede ocurrir, y a decir verdad no me gusta un pelo.

—¿Y es?

—Que las ratas se sienten acorraladas, pero en esta ocasión no parecen dispuestas a abandonar el barco como tienen por costumbre, sino que pretenden llevárselo con ellas a Dubai. Pero lo que aún no acabo de entender es cómo pretenden hacerlo.

—Se supone que cuentan con un ejército de abogados que se conocerán al dedillo todos los entresijos de la ley.

—También era de suponer que los directivos de la Enrom, que como recordarás era hasta no hace mucho la mayor empresa eléctrica del país, contaran con los mejores abogados, y ahí los tienes: uno murió de un infarto cuando supo que debería pasar el resto de su vida en la cárcel, y los demás morirán en una celda. —Comenzó a untarse una tostada de mermelada mientras comentaba—: Incluso en Estados Unidos a veces los abogados no lo solucionan todo. Eso, y el hecho de que Tom Cícero continúe insistiendo en que el tal Mariel dispone de cientos de millones para

ejecutar un fabuloso contrato, me obliga a sospechar que los ejecutivos de Dall & Houston no están dispuestos a seguir el camino de los juzgados, sino tomar algún tipo de atajo.

—Violento, sin duda, dado el tipo de gente que han contratado.

—Tú lo has dicho, pero por más vueltas que le doy no acierto a imaginar a qué tipo de violencia pueden recurrir. Lo de establecerse en Dubai se me antoja una argucia legal, pero presiento que deben guardar otro as en la manga, por si ese les falla.

—Tú eres el analista... —replicó Jessica Delmónico con una burlona sonrisa antes de apurar su primera taza de café y mientras se preparaba un enorme sándwich de jamón y queso—. Analiza.

—Olvidas que mi trabajo siempre se ha centrado en analizar hechos que ya han acontecido y sacar conclusiones con los que intentar desenmascarar a presuntos culpables. No tengo la menor experiencia como adivino y, por lo tanto, nunca me arriesgo a predecir el futuro.

—Apriétale las clavijas al de ahí abajo.

—Tampoco soy un torturador, aparte de que tengo la impresión de que no sabe mucho más de lo que ha contado. Hace lo que le mandan, mata a quien le indican, recoge el dinero en la consigna de una estación y se aplica a gastárselo en las mesas de dados, a la espera de un nuevo contrato.

—Ese tipo de gente no merece vivir.

—En eso estoy de acuerdo, pero no seré yo quien lo ejecute.

—Faltan cuatro días y tu amiga no ha dado señales de vida.

—Ha ingresado el dinero, que es la mejor forma que conozco de dar señales de vida —le hizo notar él—. Entiendo que su decisión no es fácil; sabe que no lo voy a matar y supongo que su única opción es pegarle un tiro ella misma.

—¿La crees capaz?

—Dímelo tú, que eres mujer. ¿Qué le harías a quien ha asesinado a sangre fría y por dinero al padre de tus hijos, que es el

hombre del que estabas enamorada casi desde que tenías uso de razón?

—¿Colgarle por las pelotas?

—Es una opción.

—¿Arrancarle la piel a tiras?

—Tampoco es una idea despreciable, pero el problema, querida, es que soy yo el que mantiene cautivo a ese fulano, y si se lo entrego a sabiendas de que va a acabar con él, me convierto en cómplice de un crimen, lo cual no me hace maldita la gracia.

—Deberías haberlo pensado al aceptar el encargo.

—Estaba convencido de que lo que pretendía era que se lo entregara a la policía.

—Ahora estás mintiendo, lo cual, conociéndote, no me sorprende, pero siempre me desagrada —señaló ella mientras se servía una segunda taza de café y un segundo sándwich igualmente abultado—. Si no recuerdo mal, cuando te contrataron te advirtieron muy claramente que la policía no tenía nada que ver con esto. ¿O no?

—¿Quieres que admita que me equivoqué? Tú ganas: me equivoqué. Nunca se me pasó por la cabeza que los de la Dall & Houston anduvieran por medio. ¿Crees que sabiendo cómo sé desde hace tiempo que son capaces de enviar a miles de personas a la muerte sin otra razón que aumentar su cuenta de dividendos soñaría con ponerte en peligro? Te quiero demasiado, supongo que lo sabes, pero estoy convencido de que éste es un buen momento para decírtelo una vez más.

—También es un buen momento para volver a casa —le hizo notar ella—. O mejor aún para emprender un largo viaje a un lugar en el que nadie nos relacione con tanta destrucción y tanta muerte —alargó la mano para colocarla sobre una de las de él, y susurró apenas—: Si quieres que te diga la verdad, lo que tengo no es miedo, es un agobiante presentimiento, ya que por las no-

ches sueño con una enorme ola de agua negra que se forma en el horizonte, viene hacia nosotros y nos engulle.

—Eso te pasa por empeñarte en ver una y otra vez aquellas escenas del *tsunami* de Sumatra en la televisión.

—¿Es que nunca puedes tomarte nada en serio? —se indignó la muchacha.

—Esto, querida, aunque no lo parezca, me lo estoy tomando muy en serio.

Y era cierto.

Por su especial trabajo, y por el hecho de haber participado en la ya casi olvidada Tormenta del Desierto, Gregory Gregorian había sido testigo de escenas muy duras, la peor de las cuales fue en su opinión el incendio provocado de una escuela en el que habían perecido catorce niños, cuyos calcinados cuerpos resultaban del todo irreconocibles. Aún se estremecía cuando recordaba la sensación de rabia, odio e impotencia que le invadía mientras intentaba averiguar cómo se había iniciado una explosión atribuida erróneamente a un escape de gas, teniendo que soportar un espantoso hedor a carne chamuscada mientras le atronaban en los oídos los llantos y los gritos de dolor de un sin fin de madres desesperadas.

Cuando le invitó a elegir su misma profesión, su padre no había hecho mención a la indiscutible realidad de que se vería obligado a ser testigo de escenas de extremada dureza, y aunque con el tiempo había aprendido a distanciarse del dolor y la muerte, siempre consideró que la coraza con que acostumbraba a cubrirse nunca llegaba a ser lo suficientemente resistente.

Automóviles destrozados que mantenían en su interior cuerpos despedazados, edificios arrasados y cadáveres putrefactos que parecían estar suplicando que no los enviaran a la fosa sin haber castigado a sus asesinos, habían constituido el pan nuestro de cada día, pero pese a ello, nunca se consideró lo suficientemente fuerte.

Y por si fuera poco, en aquella ocasión no tenía que enfrentarse a la conocida rutina de hechos consumados, sino a la inquietante incertidumbre de que algo terrible e inesperado estaba a punto de ocurrir.

¿Pero qué tenía que ocurrir?

Turky Embarek sólo consiguió acabar con cinco soldados americanos y un sargento inglés.

Nunca pudieron demostrar que hubiera disparado contra alguien, pero encontraron un arma en el coche, así que le torturaron hasta convertirlo en una especie de vegetal que apenas conseguía articular palabra.

Una mañana apareció muerto en su celda y dos días más tarde se encontró su cadáver en un vertedero.

A Salka ya no le quedaban lágrimas con que llorarle.

Tampoco le quedaba dolor.

Lo único que le quedaba era la aplastante soledad de una casa sin voces y una ventana desde la que observar, durante horas, las idas y venidas de aquellos a quienes se había propuesto matar.

Encerrados en sus tanques o protegidos por pilas de sacos de arena, los marines sudaban a mares en continua tensión, conscientes de que en cualquier momento una bala podía buscar su entrecejo, un coche bomba reventar a diez metros de distancia, o un terrorista suicida aproximarse ocultando un cinturón de explosivos.

La mayoría de los marines eran apenas unos muchachos y prevalecían los negros y los latinos, pero en los ojos de todos ellos podía leerse temor y desconcierto, porque al igual que los iraquíes, se preguntaban por qué razón tenían que morir.

En tres ocasiones invadieron la casa por sorpresa, revisándola del sótano a la buhardilla en busca de armas, aunque resultó evidente que lo hacían más por pura rutina o por mantenerse activos que por abrigar la sospecha de que desde allí pudieran acosarles.

Les extrañó descubrir tanto que Salka viviera sola como que hablara un perfecto inglés, lo que se les antojó a todas luces impropio en una nativa.

—¿Y eso?

—Mi padre era de la opinión de que en los tiempos que corren no se pueden hacer buenos negocios ni buenos matrimonios si no se habla inglés —replicó la muchacha sin inmutarse—. Durante el día, en casa podíamos hablar lo que quisiéramos, pero durante la cena sólo se permitía el inglés.

—¡Un tipo listo tu padre! ¿Dónde está ahora?

—Ha muerto.

—Si en esta puta guerra hasta los listos se mueren... ¿qué coño nos espera a nosotros? ¿Quién más vive aquí?

—Nadie.

Uno de ellos, un muchacho muy joven, regresó a examinar la casa en un par de ocasiones, y Salka tuvo la desagradable impresión de que no venía buscando ni armas ni explosivos, ya que por primera vez se sintió observada de una forma distinta.

Pero no sintió miedo: lo peor que podría ocurrirle a nadie en esta vida ya le había sucedido y el hecho de que alguien intentara violarla a aquellas alturas apenas podría considerarse un incidente al que no cabía concederle mayor importancia.

Cada día estallaban coches-bomba en las calles de Bagdad, y cada día docenas de muchachas de su edad saltaban por los aires en los mercados o perdían brazos y piernas en cualquier atentado sin sentido, y por lo tanto resultaba estúpido e incluso egoísta preocuparse por el hecho de que un degenerado decidiera arrebatarse a la fuerza una virginidad que para nada servía.

A una encantadora compañera de clase, la hermosa Shireem de las largas trenzas, «un misil perdido» la había dejado desfigurada y tuerta, y eso sí que ya no tenía remedio.

Siempre le había desconcertado el hecho de que los misiles pudieran perderse.

Si los mantuvieran quietos en sus cajas nunca se perderían, porque resultaba imprescindible que alguien los disparase previamente para que se «perdiesen» con el fin de ir a matar y desfigurar a gente Dios sabía dónde.

Algunas noches se sentaba en la cama a observar por la ventana cómo surcaban el cielo docenas de «misiles perdidos» que probablemente se disparaban sin otro objetivo que aterrorizar a la gente.

Pero Salka Embarek había descubierto tiempo atrás que el ser humano es tan adaptable que puede convivir incluso con un terror que acaba por convertirse en cotidiano.

Tony Walker parecía consciente de que aquella era una de las misiones más delicadas e incómodas a que se había visto obligado a enfrentarse desde que trabajaba en la compañía. Por eso aguardó a que la muchacha de servicio hubiera servido el café, revolvió el suyo sin advertir que no le había echado azúcar y, por último, se decidió a alzar el rostro hacia Alejandra Zanaj, que le observaba expectante, acomodada en una amplia butaca de cuero blanco.

Carraspeó un par de veces, bebió despacio sin percatarse del amargor de la infusión, y con un notable esfuerzo dijo:

—Si es cierto que Stanley guardaba en casa documentos de la empresa, tu obligación es entregarlos, y lo sabes.

—Stanley no era estúpido y nunca se le pasaría por la cabeza guardar documentos de la empresa en casa —le hizo notar ella—. De eso puedes estar seguro.

—¿Dónde entonces?

—El mundo es grande, existen miles de bancos y cientos de cajas fuertes en cualquiera de esos bancos. ¡Vete tú a saber!

—Yo no lo puedo saber, pero seguro que tú sí lo sabes. —argumentó él.

—Puede que lo sepa, y puede que no —replicó la dueña de la casa encogiéndose de hombros—. Incluso es posible que entre

esos documentos no exista ninguno que resulte comprometedor para la Dall & Houston.

—Estás cometiendo un grave error —le advirtió él secamente—. Lo que está en juego es demasiado importante como para que respondas con rodeos.

—¿No te gustan los rodeos? —preguntó agresiva—. Entonces tú, que eres quien ha pedido verme y has venido hasta aquí, dime a las claras, directamente y a la cara, qué es lo que quieres.

—Quiero que me entregues esos documentos.

—¿Y si no lo hago?

—Tendrás que atenerte a las consecuencias.

—O sea, que me estás amenazando.

—Tómalo como quieras, pero debes tener en cuenta que no eres más que una mujer con dos hijos, que ha perdido todas sus relaciones. No nos gustaría tener que causaros algún daño.

—¿Causarnos? —remarcó Alejandra Zanaj—. Eso significa que incluyes a mis hijos... —como respuesta no obtuvo más que un leve encogimiento de hombros, como si con ello se pretendiera puntualizar que no quedaba otro remedio. Dejó su taza sobre la mesa y cambió por completo su tono de voz al inquirir:

—¿Quieres que te sea absolutamente sincera?

—¡Por favor!

—De acuerdo entonces. Muy a mi pesar reconozco que Stanley cometió muchos errores en la vida, ya que se unió a una partida de desalmados que no dudaron en provocar una guerra cruel e injusta por simple avaricia. Pero pagó por ello el precio más alto que nadie puede pagar: su propia vida. ¿Estás de acuerdo?

—Si lo ves de ese modo...

—Es el único modo de verlo que existe. Y por mi parte, cometí casi idéntico número de errores, puesto que preferí cerrar los ojos a la espantosa realidad del dolor, la muerte y las salvajes torturas a inocentes, y en lugar de obligar a mi marido a elegir en-

tre dejarlo todo o perder a su familia, me convertí en cómplice de una de las mayores canalladas que se hayan cometido en la historia de este país —lanzó un corto resoplido, como si necesitara aire para proseguir—: Y también estoy pagando muy caro por ello, porque no dudaste un minuto en arrebatarme al hombre al que había entregado toda mi vida.

Tony Walker fingió ofenderse, depositó con un sonoro golpe su taza sobre la mesa de cristal, protestó:

—¡No te consiento que insinúes que yo...!

—¡Ni una palabra... —lo interrumpió ella con sorprendente brusquedad—. Estamos poniendo las cartas boca arriba, y los dos sabemos que esas son las que se han repartido en esta mano. —Acusándolo con el dedo, afirmó con absoluta rotundidad—: Me consta que ordenaste matar a Stanley porque no estaba de acuerdo en algo que estás tramando, y conociéndole como le conocía estoy convencida de que para que se negara a participar tiene que tratarse de una auténtica atrocidad. Ignoro lo que es, pero para mí ya es asunto zanjado. Tanto Stanley como yo hemos saldado nuestras deudas y punto. No hay que hablar más del asunto y no tengo intención de tomar ningún tipo de represalias. Por lo tanto, si me dejáis en paz, a mí, a mis hijos y a toda mi familia, aquí acaba definitivamente nuestra relación.

—¡No es tan fácil! —respondió el indeseado huésped—. Como comprenderás, nunca podremos estar tranquilos mientras abriguemos la menor duda sobre la existencia de esos documentos.

—Pues tendréis que vivir con ello.

—Me sorprende que digas eso conociendo a Wolf desde hace tantos años. Ya Stanley te habría hecho notar que nunca acepta un no como respuesta.

—Pues es hora de que vaya empezando a cambiar de forma de pensar —señaló ella con lo que jugaba a ser una sonrisa amistosa.

—Más sencillo me parece que el Niágara corra en dirección contraria.

—¡Todo puede ocurrir! Y para que empieces a entenderlo, te voy a contar una pequeña historia que puede aclararte muchas cosas: siendo apenas un muchacho, mi padre, Sokol Zanaj, tuvo que huir de su Albania natal porque allí existe lo que se llama el *Gjakmarrje*, que admito que es una palabra casi impronunciable, pero que traducida viene a ser algo así como «Venganza de Sangre», que ordena que se debe castigar a quien causa daño a un miembro de la familia. Pese a ser poco más que un niño, mi padre había sido condenado a muerte. Por eso se vio obligado a cambiarse el nombre y a vagar muerto de hambre por diversos países, hasta que al fin se asentó en Atlanta, y amasó, como supongo que sabes, una cuantiosa fortuna.

—Estoy perfectamente al tanto del montante de esa fortuna y del número de hoteles que heredarás algún día.

—¡Mejor así! —comentó la dueña de la casa que no perdía ni por un instante la compostura—. La otra noche mantuve una larga conversación con mi padre, quien me hizo comprender que, al ser Stanley americano, hasta ahora no se había derramado sangre albanesa y por lo tanto no podía aplicarse el *Kanun*, que es el código de honor que entre nosotros impone el ojo por ojo y diente por diente.

—¡Gracias a Dios! Empezaba a preocuparme la famosa «venganza albanesa» —intentó ironizar su interlocutor, aunque comenzaba a advertirse que no las tenía todas consigo.

—Sin embargo —insistió ella sin prestarle atención y alzando significativamente la mano—, mi padre puntualizó sin ningún género de dudas, que a aquel que se atreva a derramar una sola gota de sangre albanesa, es decir, la mía, la de mis hijos o la de él mismo, más le valdría descender por su propio pie a los infiernos si no quiere que en el viaje le acompañe toda su familia. ¿Lo has entendido?

El brazo derecho del Consejero Delegado de Dall & Houston tardó en responder como si de verdad no acabara de creer lo que había escuchado. Por último, casi en tono de incredulidad, preguntó:

—¿Acaso pretendes darme a entender que realmente me estás amenazando?

—¡Por supuesto, querido! —respondió con frialdad—. ¡Por supuesto que te estoy amenazando! Y no sólo a ti, sino a tu encantadora esposa Mary, a tu hija y su amante la pintora lesbiana, que por cierto, y por si no lo sabías, se acaba de hacer la inseminación artificial, así como naturalmente a Wolf Lukas, su mujer, sus hijos que estudian, dos en Ginebra y uno en Los Ángeles, y a la secretaria de Lukas, Rita Casablanca, con la que tiene otro hijo que vive a seis manzanas de aquí. E incluso si me apuras estarían también en peligro vuestros padres, porque cuando el *Kanun* se pone en marcha no existe fuerza capaz de detenerlo.

—¡Es que te has vuelto loca! —exclamó su interlocutor entre incrédulo y amedrentado—. ¿Cómo te atreves...?

Alejandra Zanaj se aproximó a la pared, apartó un cuadro que dejó al descubierto una caja fuerte, la abrió, extrajo de ella un abultado sobre y regresó a desparramar sobre la mesa las docenas de fotografías que contenía.

—Me atrevo porque ya mi vida no tiene sentido y no me has dejado otra opción —dijo mientras señalaba una por una las fotos—. Aquí puedes ver a tu mujer saliendo el martes de una boutique, a tu hija comiéndole el coño a su novia en su propio dormitorio, y al pequeño hijo natural de Lukas con su entrenador de baloncesto, que por cierto se tira a Rita mientras tu jefe está pescando en el Caribe a bordo de este precioso yate. Todos estáis controlados día y noche por una banda de albanos-kosovares frente a los cuales los famosos *gusanos* provenientes de Cuba que so-
léis contratar constituyen poco más que dulces hermanitas de la

caridad. Estos son auténticos veteranos de la guerra de Bosnia, asesinos natos ansiosos por cobrar el millón de dólares que es el precio que hemos puesto a las cabezas de cada uno de vuestros familiares —agitó su larga melena muy negra al tiempo que ensayaba una sonrisa que era más bien una mueca y puntualizó—: Naturalmente, tu cabeza y la de Lukas se cotizan el doble. Ya no se trata de mudarse a Dubái o acabar en la cárcel, querido. Se trata de un auténtico exterminio, de una sangrienta masacre en la que no quedará títere con cabeza. ¿Te ha quedado lo suficientemente claro?

Golpearon la puerta, la abrió y lo descubrió en el porche, en posición de firmes, apoyado en su pesada arma de reglamento y un paquete en la otra mano que le ofreció a modo de pago o de regalo.

Cuatro latas de carne, cinco de refresco, una caja de chicles y media docena de huevos, obtenido todo ello de forma gratuita en el economato del regimiento, era lo que en opinión de aquel jovencísimo marine valía la virginidad de una muchacha iraquí en tiempos de guerra.

Si al fin y al cabo era el Pentágono, y en última instancia el contribuyente americano, quien subvencionaba esa guerra, ¿qué importancia tenía que subvencionara de igual modo los lógicos desahogos de las tropas combatientes?

No todo iba a ser morir por la patria.

Le dejó pasar, subieron a su habitación, permitió que la desnudara y observó sorprendida cómo se desprendía únicamente del casco, los pantalones y las botas, manteniendo la parte de arriba del uniforme con toda su parafernalia de armamento así como los calcetines.

Luego le asombró advertir el desesperado nerviosismo con que intentaba colocarse en el erecto pene una especie de globo transparente que rompió por dos veces entre malsonantes maldiciones, recriminaciones «al pésimo material del ejercito» y gestos de urgente necesidad.

De improviso el marine se apoyó en el borde de la cama, lanzó una especie de prolongado gemido y observó con ojos de profunda desolación cómo un chorro de un líquido blanco y espeso se desparramaba de forma aparentemente incontenible por la pequeña alfombra.

—¡Joder! —exclamó fuera de sí—. ¡Un mes esperando este momento, y mira...! ¡Menudo desperdicio!

Volvió a ponerse los pantalones y las botas, recuperó el arma que había dejado apoyada en una esquina y se precipitó escaleras abajo al tiempo que gritaba:

—¡Volveré mañana! ¡Y ni una palabra de esto!

Salka se vistió sin prisas, bajó a la cocina, hizo fuego con una de las tablas del armario de sus padres que había convertido en astillas y se calentó una lata de carne de las que le había traído tan frustrado amante, que le supo a gloria, puesto que se trataba de la primera comida medianamente decente que probaba en meses.

A continuación paladeó muy despacio uno de los refrescos mientras masticaba una tira de chicle.

No acababa de entender muy bien lo ocurrido.

Tanto en el colegio como su propia madre se habían referido en alguna ocasión, pocas a decir verdad, a lo que constituían las relaciones entre un hombre y una mujer con vistas a la posibilidad de tener descendencia, pero a ese respecto las costumbres de su país siempre habían sido muy estrictas, ya que partían de la idea de que era preferible que el día de mañana fuera el marido el que demostrara de una forma práctica y expeditiva cuál debía ser el camino a seguir según sus apetencias.

Tiempo atrás, antes de que comenzara la invasión, había mantenido con sus mejores amigas, Aisha y Shereem, algunas conversaciones al respecto, pero lo cierto es que ninguna de las tres adolescentes tuvo nunca muy claro en qué consistía exactamente el acto de acostarse con un hombre.

Y con aquél ni siquiera había llegado a acostarse.

Resultaba evidente que en tiempos de guerra las cosas ocurrían de forma muy diferente pero, a su modo de ver, en aquellos momentos todo ello carecía de la menor importancia.

Lo único que le importaba era la imperiosa necesidad que experimentaba en todo momento de vengar a su familia, ahora incluyendo además a Turkey, y podría creerse que el resto de cuanto pudiera ocurrir en el mundo no existía.

Desde el momento en que cayó la bomba sobre su casa, Salka Embarek discurría por la vida como un conductor que avanzara en una noche oscura por una carretera muy recta: tan sólo acertaba a distinguir lo que sus faros iluminaban, sin percatarse de qué era lo que había más allá del borde del camino.

Igual le daba que fueran árboles, que prados, montañas, ríos o precipicios, lo que contaba era el destino final.

De regreso al dormitorio se sentó a observar con detenimiento los restos de la mancha blanca que quedaban sobre la alfombra, pero decidió que era mejor no tocarlos no fuera el caso de que pudiera quedarse embarazada. ¡Nunca se sabía!

Por último, se aproximó a la ventana para observar a los soldados que comenzaban a atrincherarse aún mejor porque con la oscuridad podrían iniciarse los ataques.

Minutos después se ocultaba el sol sobre los techos de Bagdad mientras un muecín llamaba a la oración desde el minarete de una mezquita.

Antes de que la luna hiciera su aparición, comenzaron a escucharse disparos muy lejanos.

Sentado en posición de yoga junto al hoyo catorce y con el sobre de fotografías en la mano, el hombre que se preciaba de ser quien marcaba desde la sombra el rumbo a seguir por la política norteamericana, y por lo tanto del mundo, aparecía concentrado y ceñudo, meditando en silencio sobre cuanto acababan de decirle.

Al cabo de un largo rato y tras aspirar profundamente como si se encontrara necesitado de oxígeno, preguntó.

—¿Albano-kosovares?

—Eso ha dicho.

—¿Y lo crees?

—Si no lo creyera no te preocuparía en unos momentos tan delicados como éstos. Alejandra siempre se me antojó una chupapollas que lo único que sabía hacer era pasarse el día de compras, jugando al golf o en el salón de belleza, pero te garantizo que de pronto fue como si le hubieran dado la vuelta a un guante. Le echó un par de cojones.

—No tenía ni la menor idea de que su padre fuera albanés, y si quieres que te sea sincero ni siquiera tengo muy claro dónde demonios queda exactamente Albania, qué sistema político tiene, ni que religión practica, pero sí he oído decir que esas mafias de ex combatientes albano-kosovares son unas malas bestias.

—Eso es lo que me preocupa —admitió el otro—. Parece ser que por dinero le sacarían los ojos a sus propios hijos, y si algo tiene esa cretina es dinero.

—En gran parte salido de nuestras propias arcas... —Wolf Lukas se sirvió una copa, observó largo rato la superficie del líquido como si a través de él estuviese intentado comprobar la firmeza de su pulso y, sin alzar la cabeza, quiso saber—: ¿Crees que Mariel podría hacer algo al respecto?

La respuesta no dejaba lugar a dudas:

—Se niega a intervenir alegando que esos salvajes son incontrolables, no se puede negociar con ellos, y no se muestra en absoluto dispuesto a iniciar una guerra de bandas de consecuencias imprevisibles, sobre todo cuando tiene que concentrar todos sus esfuerzos en la Operación Proteo.

—Y tiene razón —reconoció sin ambages Wolf Lukas—. Esa operación es demasiado importante y más vale que se ciña a ella. ¿Ha encontrado ya a la persona adecuada?

—Por lo visto, sí

—Pues que empiece a moverse rápidamente porque no me gusta el rumbo que están tomando los acontecimientos. Los enfrentamientos entre senadores, congresistas y el Presidente cada vez cobran más virulencia, y si continúan negándole los fondos para la guerra, algunos de nuestros negocios pueden irse al traste. ¿A cuántos has conseguido borrar de la lista de oponentes?

—De momento a seis.

—Con eso no basta.

—La cosa no es fácil, y te consta.

—Si fuera fácil no necesitaríamos invertir millones en solucionarla. Con ese dinero se pueden comprar muchos países.

—A condición de que estén en venta y, aunque parezca mentira, algunos de nuestros políticos no lo están.

—¡Bobadas! No he conocido a ninguno que no tenga un pun-

to débil, aunque no tiene por qué ser necesariamente el dinero. ¡Ofréceles poder, mujeres, muchachos, cocaína o simplemente la posibilidad de continuar respirando, pero bórralos de esa lista porque si no lo conseguimos nos quedan dos opciones: o abrasarnos al sol del desierto o pudrirnos de asco a la sombra. Dubai tiene unos palacios fabulosos, pero no deja de ser una jaula de oro.

—Siempre nos queda la tercera opción.

—Que también es la más peligrosa... —Señaló con el dedo una de las fotos—: ¿Es verdad que este flaco de aquí se acuesta con Rita?

—Eso dice Alejandra.

—¿Y tú no lo sabías? —Ante la negativa, inquirió—: ¿Y para qué te pago?

—Para todo, menos para investigarte a ti o a tu vida privada. ¿O no?

—En eso tienes razón.

—¿Quieres que mi gente lo compruebe?

El máximo dirigente de la Dall & Houston no respondió porque su atención estaba ahora pendiente de las evoluciones de un helicóptero que tras girar por dos veces sobre la Casa Club se dirigía directamente hacia ellos, deteniéndose al poco sobre sus cabezas.

—¿Qué quieren estos? —dijo un tanto alarmado.

La respuesta le llegó casi de inmediato puesto que una mano soltó una pelota de golf que fue a caer a unos cinco metros de donde se encontraban, y a continuación el aparato siguió su camino.

—¡Maldita hija de perra! —exclamó un excitado Wolf Lukas—. ¿Con quién cree que está tratando?

—Con alguien a quien tiene agarrado por los cojones y lo sabe... —reconoció su acompañante esforzándose por mantener la calma—. Nos indica que sabe dónde nos reunimos y que este lugar ya no es seguro—. Me temo que el cerdo de Stanley le debió

contar demasiadas cosas y dejarle demasiados documentos, o sea que procura llegar a un acuerdo con ella.

—¡Esta bien! Asegúrale que le doy mi palabra de que la dejaremos en paz, pero que no vuelva a organizarnos estos numeritos... —hizo un gesto con la barbilla señalando a las dos docenas de personas que llegaban corriendo—. Lo que menos necesitamos en estos momentos es publicidad gratuita.

Alejandra Zanaj —que se presentó a sí misma y con un ligero tono humorístico como «Wesson», marcó el único número útil del móvil que le había proporcionado su socio Smith, concertando una cita en un apartado rincón del Park Memorial, lejos de toda mirada indiscreta, aunque relativamente cerca del Pine Crest Golf Club.

—No se preocupe —le advirtió—. He tomado precauciones para que no me sigan.

—Siempre pueden localizar su coche por medio de un GPS.

—Está previsto, cambiaré de coche por el camino y le aseguro que éste no lo conocen.

A la vista de ello Smith aguardó pacientemente en el lugar indicado y a la hora indicada, pero ningún coche hizo acto de presencia.

No obstante, por un sendero que discurría por entre los árboles hizo de improviso su aparición un ciclista que al despojarse del casco dejó a la vista la abundante melena negra de la mujer que le había contratado y que no pudo evitar sonreír ampliamente.

—¡Qué! ¿A que no se lo esperaba?

—En absoluto.

—¡Me encanta montar en bicicleta!

La apoyó en un árbol y tomó asiento a la sombra de otro mientras se secaba con un pañuelo el sudor de la frente.

—No recordaba que fuera tan agotador —añadió—. Nos hacemos viejos.

Smith abrió el maletero de su coche, extrajo un par de sillas de tijera, desplegó una afirmándola en el suelo, e indicándole que se sentara ocupó la otra al tiempo que comentaba:

—Así estará más cómoda.

—Veo que es usted tremendamente previsor.

—A mi esposa y a mí nos encanta observar a los pájaros, y cuando nos sentábamos sobre las rocas acabábamos con el culo molido.

—¿Está casado? —Ante el gesto de asentimiento, añadió sorprendida—: ¡Qué curioso! No sé por qué absurda razón siempre imaginé que los que se dedicaban a este tipo de profesiones solían ser gente solitaria o con complejas vidas amorosas.

—¿Qué clase de profesiones?

—Investigación, espionaje, servicio secreto... ¡Ya sabe, todo eso!

—Pues lamento decepcionarla, ya que mi vida amorosa es lo más placentera, apacible y burguesa. Llevo ocho años casado, adoro a mi esposa, y no se me pasa por la cabeza tener una aventura pese a que se supone que en este oficio se deberían conocer mujeres peligrosas. La más peligrosa a la que me he enfrentado fue una vieja borracha que quiso atropellarme con una máquina de cortar el césped porque demostré que era ella quien había provocado el incendio de su garaje.

—¿Tiene hijos?

—Nos lo estamos pensando. De momento nos encontramos muy bien así y habrá tiempo para todo.

—Pero no espere demasiado —le recomendó la viuda de Stanley Rove—. Los niños dan mucha guerra y conviene tenerlos de joven.

—Mi mujer aún es joven. Nos casamos cuando acababa de cumplir los dieciocho, o sea que nos queda un cierto margen.

—¡Les envidio! No puede imaginarse lo que significa quedarse sin pareja cuando casi toda tu vida la has compartido felizmente con una misma persona. ¡Pero dejemos eso, que ya no tiene remedio! —dijo haciendo un gesto como si pretendiera apartar los recuerdos de un manotazo—. Le he mandado llamar porque he tenido una larga e interesante conversación con el cabrón que mandó asesinar a mi esposo.

—¿Wolf Lukas?

—Más bien con su brazo ejecutor, Tony, al que todos llaman «La Voz de su Amo»

A continuación le hizo un detallado relato de cuanto le había dicho tan a las claras al desconcertado Tony Walker, lo que tuvo la virtud de que su interlocutor lanzara un sonoro silbido de admiración.

—¡Carajo! —exclamó—. ¿Pretende hacerme creer que realmente ha contratado de una pandilla de asesinos?

—¿Para qué está el dinero sino para permitirse pequeños caprichos? —replicó ella aparentemente divertida—. Y no cabe duda de que ha dado resultado, porque Tony me ha telefonado esta mañana para comunicarme que Wolf acepta mis condiciones.

—¿Y usted le cree?

—Con las lógicas reservas, aunque entiendo que a nadie le guste ver a sus hijos en el punto de mira del teleobjetivo de una máquina fotográfica porque le consta que de igual modo puede estar en el punto de mira de un rifle de largo alcance. Confío en que a la vista de que tengo a su familia controlada se quede tranquilo y no se arriesgue a vivir en tensión durante el resto de sus días.

—¿Y qué hacemos con el matón que tengo en casa? El sótano apesta.

—Déjelo en este mismo punto mañana por la noche y mis albaneses se ocuparán de él, no se preocupe —Se apresuró a tran-

quilizarlo—. No voy a hacer que le maten, sólo que le mantengan fuera de circulación hasta que todo esto acabe.

—¿Hasta que todo esto acabe? —repitió Smith un tanto sorprendido—. Había creído entender que con una amenaza tan tajante el asunto se daba por concluido.

—Pues se equivoca. Y mucho.

—¡Vaya por Dios! —se lamentó él—. No sé por qué presiento que esto va a traer malas consecuencias.

—Y no se equivoca... —admitió Alejandra Zanaj con desconcertante naturalidad—. Efectivamente y tal como le he prometido a Tony, por lo que a la muerte de Stanley se refiere, el asunto ha quedado definitivamente zanjado. No pienso tomar represalias.

—¿Entonces?

—Es que hay algo más.

—¿Cómo qué más?

—Como la deuda que Wolf, Tony, y lamento admitir que mi difunto esposo, han contraído con tres mil muchachos americanos y cientos de miles de iraquíes que han encontrado la muerte.

—¿Y pretende ser usted quien les obligue a pagar esa deuda? —Se escandalizó llevándose las manos a la cabeza—. Continúa siendo una peligrosa inconsciente. ¿Por qué le ha dado ahora por meterse a justiciera?

—Porque tanto mi padre como yo consideramos que le debemos mucho a un país que lo acogió con los brazos abiertos cuando no tenía adonde ir y le brindó la oportunidad de hacerse rico. Cerrar los ojos a lo que está ocurriendo sería un acto de cobardía y desagrado que no estamos dispuestos a afrontar.

—¡Joder! ¿Se da cuenta del lío en que se va a meter?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —quiso saber ella—. He dedicado estos últimos días a analizar con mucho detenimiento los documentos que dejó Stanley, y he llegado a la conclusión de

que, en efecto, algo muy gordo se está preparando, algo que supera incluso ese repugnante asunto de la invasión de Irak.

—¡Pues ya tiene que ser gordo! ¿Alguna idea sobre de qué se trata?

Ella afirmó con un decidido ademán de cabeza, lanzó una ojeada a su alrededor como si pretendiera cerciorarse de que no había nadie en las proximidades, y cuando habló lo hizo en un tono especialmente serio.

—La tengo, pero antes de continuar quiero saber si está dispuesto a apoyarme. Como comprenderá, no es algo que pueda ir contándoselo a quien no quiera correr el riesgo de involucrarse.

—Me preocupa.

—Y razón le sobra.

—¡Hermoso consuelo!

—No quiero que se llame a engaño; el asunto es tan grave que todo aquel que intervenga corre un innegable peligro, y el hecho de que yo haya decidido afrontarlo no significa que nadie más deba hacerlo.

—¿Qué es lo que está en juego?

—Probablemente miles de vidas.

—¿Otra guerra?

—Es posible.

—¡Dios! ¡No puedo creerlo! ¿Hasta cuándo? ¿Es que nunca se sacian?

—¡Nunca! Por desgracia hoy en día la economía de este país se basa en el dominio de las fuentes de energía y el desarrollo de una sobredimensionada industria armamentística a cuyos productos es necesario dar salida. Los japoneses fabrican coches y televisores mejores y más baratos que los nuestros y pronto los chinos inundarán el mundo de productos manufacturados a tan bajo coste que nunca podremos competir con ellos. Sólo controlando

las fuentes de energía y destruyendo somos francamente competitivos, y por lo tanto hay quien opina que ahí reside el futuro.

—Suenan diabólico.

—*Es* diabólico, pero es la pura realidad, y debemos aceptarla por mucho que nos duela. Quien domine los campos petrolíferos tendrá esclavizado al resto del mundo, y nuestras armas de destrucción masiva, que nosotros sí tenemos, y muchas, son el medio de conseguir ese control. Lo único que se necesita es una disculpa, real o imaginaria, para comenzar una invasión. E Irán está ya en la agenda de nuevos clientes.

—Cuesta aceptarlo pero cuando descubres que el país que prácticamente inventó la democracia moderna es casi el único que no respeta la Convención de Ginebra encerrando en Guantánamo a presos sin los más mínimos derechos humanos, se empieza a aceptar que lo que dice es posible.

—Lo es, y por eso necesito saber si está dispuesto a seguir adelante o prefiere retirarse a tiempo... —hizo una larga pausa antes de añadir—: No es necesario que me conteste ahora, tómese un par de días para pensarlo tranquilamente, consúltelo con su esposa y ya me dirá lo que piensa.

—¿Está mal de la cabeza? Si se lo consultara a Jessica me empujaría escalera abajo. Aborrece Houston y está aterrorizada porque opina que los millonarios tejanos se han convertido en el cáncer de la humanidad. Según ella, el Estado de la Estrella Solitaria, uno de los últimos que se adhirió a la Unión, será el que acabe con una Unión a la que nunca ha respetado.

—Lo cierto es que tras tantos años de vivir aquí y tratar muy de cerca a esa gente no puedo negar que tiene parte de razón. Su soberbia y prepotencia no conoce límites, porque casi desde la cuna les inculcan el convencimiento de que son los elegidos para gobernar el mundo. Para ellos, todo el que no disponga de cien millones de dólares es un inútil y un imbécil que ni siquiera mere-

ce ser tenido en cuenta. Aspiran a comprarlo todo porque lo que les importa no es ser, sino poseer.

—¿Y qué sentía usted al tratar con ellos a diario?

—Lo mismo.

—¿Lo mismo? —repitió Gregorian un tanto confuso—. ¿Era como ellos?

—¿De qué sirve negarlo? El ambiente que te rodea te condiciona y te contagia hasta el punto de que acabas asociando la idea de inteligencia a la de dinero y poder. Hasta hace poco era de las que aceptaban esa premisa, y fue necesario que asesinaran a mi marido para que comprendiera hasta qué punto el ansia de poder y dinero se sobrepone a todo, y en el fondo no es más que la mejor forma de demostrar una infinita estupidez. Los verdaderamente inteligentes no necesitan que cien millones de dólares les aseguren que son inteligentes. Lo son y punto.

—Y veo que ha tomado la arriesgada decisión de enfrentarse a ellos.

—Alguien tiene que hacerlo —fue la firme respuesta—. Alguien tiene que dar el primer paso con el fin de devolverle a este país el honor que tuvo en un tiempo. Estados Unidos acogía a los desgraciados del mundo, los cuidaba, los alimentaba, les ofrecía un futuro mejor, y se convirtió en el espejo en el que la humanidad se miraba y el destino final de todos los soñadores, ¡La mejor nación imaginable y de la que nos sentíamos orgullosos! Pero en la actualidad una odiosa e implacable tribu tejana salida de cavernas recubiertas de oro, los auténticos bárbaros de nuestro tiempo, la ha convertido en el terror de aquellos que antes la admiraban. Las cosas tienen que cambiar.

—¿Y no se le antoja una tarea demasiado ambiciosa?

—Cuando los hombres hacen dejadez de sus funciones, las mujeres debemos tomar el mando, porque lo que está en juego es el futuro de nuestros hijos y somos, ante todo, madres. Quiero

que Junior y Xandra vivan el día de mañana en el país de la esperanza, no en el de la desesperación.

Gregory Gregorian se irguió con intención de estirar las piernas, dado que la silla plegable no era excesivamente cómoda, y se entretuvo en dar un corto paseo durante el que se mostró ensimismado, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

Al poco se ocultó entre los árboles orinó fuera de la vista de su acompañante, y cuando regresó tomó de nuevo asiento para señalar con una sorprendente seriedad:

—Curiosamente, mi padre también fue uno de esos millones de emigrantes a los que Estados Unidos brindaron la oportunidad de empezar de nuevo, y aunque desde luego no se hizo rico, vivió sin apuros de su trabajo, me proporcionó una buena educación, y me inculcó ese sentimiento del que habla, de amor y agradecimiento hacia su patria de acogida. —Tomó aire y añadió—: No tengo hijos, pero confío en tenerlos, del mismo modo que usted confía en que los suyos puedan crecer lejos de la barbarie de esa implacable tribu tejana.

—¿Eso quiere decir...?

—Qué estoy con usted.

—Me alegra oírlo, no sólo porque le considero una persona imprescindible para esta tarea, sino porque me demuestra que no estoy del todo equivocada, y serán muchos los que opinen que ha llegado la hora de decir basta.

—¿Qué cree que ha averiguado?

—Que están dispuestos a eliminar, físicamente, al Vicepresidente.

—¡Bromea!

—¡Qué más quisiera yo!

—¡Pero suena absurdo! —protestó Smith—. Precisamente el Vicepresidente es su hombre clave, el mayor accionista de la compañía y el único que puede conseguir que les permitan trasladarse a Dubai sin acabar en la cárcel.

—Eso mismo pensaba yo, y es la conclusión a que se llega con una cierta lógica. Pero tras tantos años de tratarlos y de dormir en la cama de Stanley, he aprendido mucho sobre lo retorcidos que pueden llegar a ser. El Vicepresidente ya no es su valedor, sino su peor enemigo.

—No lo entiendo.

—¡Piense como ellos! *Iceman*, el sobrenombre con que llaman al Vicepresidente los de Dall & Houston, ha comenzado a perder prestigio porque la opinión pública le acusa, y con razón, de ser el causante de que nos hayamos metido en una guerra de la que nadie sabe cómo salir sin tener que aceptar una humillante derrota.

—En eso estoy de acuerdo.

—Además es un hombre que no ha dudado en afirmar, él, y sobre todo sus secuaces, que el Presidente no es más que un borrego que se limita a aceptar todo lo que le propone porque lo pusieron en la Casa Blanca para eso, ya que es incapaz de tener una sola idea propia.

—He leído algo al respecto y hay muchos periodistas que no tienen pelos en la lengua, incluso se le acusa de ser el Vicepresidente quien destapó el nombre de una agente secreta de la CIA.

—De momento ha conseguido que su hombre de confianza cargue con el mochuelo y ahora esté en la cárcel, pero todo el mundo sabe quién es el auténtico culpable, y eso es algo que la CIA nunca le perdonará. En definitiva, para la Dall & Houston, *Iceman* constituye en la actualidad una carga más que un salvavidas.

—Es una forma de verlo, pero de ahí a matarlo media un abismo.

—No para quienes no han dudado en propiciar una absurda aventura que ha provocado miles de muertes. Una más, aunque se trate de uno de los suyos, carece de importancia, y la mejor prueba la tenemos en mi propio marido.

—Continúo sin ver claros los beneficios de semejante manio-
bra. Continuarían en la misma situación.

—Únicamente si la desaparición del Vicepresidente fuera na-
tural y no traumática. Pero si lo mataran en acto de servicio, ejer-
ciendo sus funciones como alto cargo del gobierno, se convertiría
automáticamente en héroe nacional, un personaje que pasaría a la
historia, y en tal caso nadie se atrevería a ensuciar su memoria
acusándolo, a él o a sus secuaces, de haber cometido delitos inca-
lificables.

—Empiezo a entender su punto de vista.

—Puede parecer retorcido, pero tremendamente eficaz. En
ese caso, llevar a juicio a la Dall & Houston significaría tanto
como llevar a juicio a su heroico ex Director General, con lo que
sus actuales directivos sacarían de inmediato a la luz que se trata-
ba de su mayor accionista, alegando además que seguía siendo él
quien daba las órdenes, con lo que la nación se enfrentaría a una
realidad difícilmente asimilable: contarían con un nuevo héroe
absolutamente canallesco.

—Y eso es algo que la Casa Blanca nunca estaría dispuesta a
aceptar.

—Ni ella, ni el más implacable de los jueces, así que se limita-
rían a echarle tierra al asunto, a amonestar más o menos severa-
mente a los actuales dirigentes, y aquí paz y en el cielo gloria.

Desde su puesto de vigilancia en la torreta de un carro de combate, el joven marine hacía inequívocos gestos de que más tarde iría a visitarla y Salka Embarek se preguntó si se vería obligada a ser testigo de una escena tan deprimente como la del día anterior.

Contemplar a un hombre desnudo de cintura para abajo sin otro adorno que unos sudados calcetines mientras luchaba a brazo partido con un globo demasiado pequeño y que por lo tanto se negaba a adaptarse a las generosas proporciones del miembro al que estaba supuestamente destinado no constituía en verdad un plato de su gusto, ni se le antojaba en absoluto excitante.

La violenta eyaculación precoz únicamente le había provocado sorpresa y un cierto desasosiego al advertir cómo el muchacho se había sumido en la desesperación a tal extremo que cabría pensar que aquel pintoresco incidente se convertía en su peor experiencia desde que le enviaran a tomar parte en una sangrienta guerra.

Y tal vez fuera así, puesto que del largo mes que llevaba destinado en Bagdad, la única experiencia agradable del frustrado amante se limitaba al hecho de haber contemplado muy de cerca los diminutos pero excitantes pechos, así como el firme trasero de una misteriosa muchacha en cuyos enormes ojos oscuros podía leerse con absoluta claridad su total inexperiencia.

Haber tenido al alcance de la mano por primera vez en su vida a una auténtica virgen y no haber sabido disfrutar de tan prodigioso momento mantenía al fogoso marine tan furioso consigo mismo y ensimismado en sus recuerdos, que ni siquiera tuvo tiempo de presentir el peligro.

Desde su ventana, Salka advirtió, sin darle la menor importancia, cómo un encorvado anciano se aproximaba con paso vacilante a la trinchera de sacos de arena tras la que descansaban los americanos, cómo se abría paso por entre la alambrada sin que quien debía darle el alto, su visitante del día anterior, reparara en su presencia, y cómo de pronto estallaba todo en una espantosa detonación que lanzaba al aire media docena de cuerpos despedazados.

El paisaje, incluidos los árboles y los columpios en los que jugaba de niña, se cubrió de inmediato de rojo, una especie de mano gigantesca la empujó hacia atrás hasta tumbarla de espaldas sobre la cama, y otra mano, esta vez humana y a la que le faltaban dos dedos penetró por la ventana y fue a golpear contra la pared para quedar al fin en el suelo y boca arriba, como si estuviera pidiendo una limosna.

Ni siquiera advirtió que tenía media docena de pequeños cortes en la cara, y cuando se arrastró de rodillas a contemplar lo que quedaba de lo que había sido un hermoso parque infantil se negó a dar crédito a sus ojos.

Sobre la arena, sobre el tanque, desparramados sobre el asfalto de la calle o colgados de las ramas aparecían chorreantes restos humanos, mientras los cabellos de una cabeza arrancada de cuajo de su tronco ardían en mitad de la acera.

Algo de todo aquello debía de pertenecer sin duda al marine que había prometido volver a visitarla.

Algo, pero no mucho.

Si la noche en que murieron sus padres y su hermano el estu-

por impidió a Salka Embarek comprender lo que había sucedido en toda su espantosa dimensión, aquella terrorífica escena de exceso de sangre y cuerpos desmembrados le abrió definitivamente los ojos al auténtico significado de la palabra «guerra».

Evidentemente, para un joven marine, «guerra» había sido tanto como pasar en cuestión de segundos de la ilusión de una apasionada tarde de amor y sexo a carecer ni tan siquiera de un cuerpo que encerrar en un ataúd que pudiera descender a una tumba en presencia de unos desolados padres.

«Guerra» era desaparecer de la faz de la tierra a los veintidós años.

«Guerra» era no ver llegar a la muerte en forma de un anciano achacoso.

«Guerra» era perder la esperanza de tener hijos y nietos y dar origen a una estirpe que llevara sus propios genes hasta el fin de los siglos.

«Guerra» era la palabra que habían pronunciado una aciaga noche unos hombres que sabían que aquel era el camino más corto a la hora de saciar su avaricia.

Aquellos elegantes caballeros eran conscientes de que toda guerra resulta beneficiosa y rinde magníficos dividendos siempre que se desarrolle al otro lado del océano.

Cuanto más lejos mejor.

Al cerrar la noche, rodeada del hedor a pólvora y a carne humana achicharrada que penetraba por la ventana que ahora ya ni siquiera tenía marco, Salka Embarek se acurrucó en su cama, confiando en que el sueño acudiera en su ayuda.

Pero era cosa sabida que el sueño no ama a los desgraciados.

Al sueño no le gusta acudir en auxilio que aquellos que más lo necesitan.

El sueño, consuelo de los pobres, tanto más tarda en llegar cuanto más se le llama.

El sueño es un maldito traidor que acosa a quien le esquivo y esquivo a quien le acosa, sin atender a razones, pese a quien por enésima vez solicite sus favores sea una pobre niña que lo aguarda como su única oportunidad de no volverse loca.

El hediondo personaje abrió los ojos y observó al hombre cubierto con un pasamontañas que había tomado asiento en un taburete, justo junto a la cabecera de la cama a la que se encontraba esposado.

—¿Qué coño quieres ahora? —masculló—. ¿Por qué no me pegas un tiro de una vez y acabamos con esto?

—Porque estoy pensando que tal vez exista una esperanza para ti.

—¡Vete a la mierda!

—Te estoy hablando en serio. ¡Muy en serio! Si colaboras y respondes con sinceridad a unas cuantas preguntas, entra dentro de lo posible que tu pena se reduzca a pasar unos cuantos meses encerrado, en un lugar que será desde luego más cómodo y más limpio que éste, y que al final deje que te vayas muy lejos, siempre que prometas no volver nunca a este país.

—¿Qué quieres saber?

—Cosas sobre Mariel.

—Ya te dije todo lo que sé —protestó el otro.

—No me creo esa historia de que lleves años trabajando para él y no tengas ni idea de quién es, dónde vive, o cuál es su edad o nacionalidad... —Gregory Gregorian extendió la mano, la posó con estudiada delicadeza sobre el antebrazo de su prisionero y

casi suplicó humildemente—: Dame algo útil que me sirva de excusa para salvarte la vida.

Resultaba evidente que el infeliz Tom Cícero hacía un esfuerzo sobrehumano rebuscando en su memoria en un desesperado intento por encontrar algún detalle olvidado que le abriera la puerta a la esperanza.

—Yo nunca he hablado directamente con él —dijo finalmente—. Quien me llama debe de ser un tipo bastante joven con un ligero acento latino que me trasmite las órdenes. Lo deduzco porque en cuanto le planteo alguna duda me pide que espere, resulta evidente que lo consulta con alguien, y al poco me comunica la respuesta.

—¿Acento cubano?

—Tal vez, pero creo que más bien debe de ser portorriqueño o dominicano, aunque se le nota muy poco; ni mexicano ni argentino, de eso estoy seguro. Y desde luego vive en la costa oeste.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en una ocasión en que me encontraba en San Luis le pedí que me aclarara una duda y me respondió: «Te volveré a llamar después de comer», lo cual me hizo comprender que si aún no había comido se regía por el horario de la costa oeste.

—¡Bien pensado! ¿Qué más?

—Paga mejor que nadie pero no admite fallos. Si haces bien tu trabajo incluso te sorprende con dinero extra, pero si te retrasas al cumplir sus órdenes o no lo haces al pie de la letra, puedes darte por muerto. Y debe tener acceso a los archivos de la policía porque lo sabe absolutamente todo sobre cuantos trabajan para él y sobre aquellos a los que quiere eliminar.

—¿Qué te ordenó respecto a Stanley Rove?

—Que *arreglara* un Rolls blanco aparcado en la tercera planta del estacionamiento de la Dall & Houston de tal forma que nadie, ¡absolutamente nadie!, pudiera sospechar que había sido amaña-

do. Soy el mejor en esa especialidad, y aún no entiendo cómo diablos pudiste descubrirlo.

—Siempre hay alguien mejor que el mejor, querido mío, y como sigues siendo de la vieja escuela no tuviste en cuenta la importancia que tiene hoy en día el ADN.

—Explícate.

—Reconozco que no encontré la trampa, encontré al trampo-
so, porque es cosa sabida que no se puede trabajar con guantes,
ni siquiera de látex, en el sistema electrónico de un motor tan
complejo y delicado como el de un Rolls, así que no pudiste evitar
que se te quedaran vellos de las muñecas en el interior. Hoy en
día a través de Internet se consigue cualquier tipo de informa-
ción, incluso de cómo fabricar una rudimentaria bomba atómica,
y allí, en un archivo de la policía inglesa al que tengo acceso esta-
ban los nombres de los tres mejores especialistas en amañar Rolls-
Royce conocidos —le golpeó de nuevo casi cariñosamente en el
brazo y añadió—: Quizá te enorgullezca saber que, en efecto, uno
de ellos eres tú. Sabiendo tu nombre me bastó con cotejar tú
ADN con los vellos encontrados para deducir que no se había
tratado de un auténtico accidente.

—¡Ya me extrañaba a mí!

—Despejadas tus dudas te aclararé que si salvas el pellejo y
vuelves a intentarlo eres hombre muerto.

—Si salvo el pellejo me retiraré a una casita que tengo en Cos-
ta Rica.

—Pues si quieres volver a ver Costa Rica cuéntame algo más
sobre Mariel.

—Sólo se me ocurre un detalle: en uno de los primeros traba-
jos que hice para ellos mi compañero era un veterano del grupo.
Durante las seis o siete horas que estuvimos esperando a que el
pájaro se pusiera a tiro, le comenté que tal vez la información era
errónea y el tipo nunca aparecería, a lo que mi compañero me

respondió que Mariel jamás se equivocaba porque estaba convencido de que procedía de la antigua Corporación.

—¿Qué es eso de la Corporación?

—Por lo que aquel fulano aseguraba, era una asociación de cubanos anti castristas que habían realizado trabajos tan perfectos como el de Kennedy.

—¿Te refieres al asesinato del Presidente Kennedy?

—Yo creo que más bien se refería al de su hermano Bob, pero en aquellos momentos no presté mucha atención porque lo cierto es que me encontraba un poco nervioso... —La expresión de sus ojos pretendía reflejar absoluta sinceridad al añadir en tono suplicante—: Eso es todo lo que recuerdo, se lo juro.

—¿Nunca intentaste averiguar nada sobre esa tal Corporación?

—¿Yo? ¡Ni loco! Lo mío son los coches y los mandos a distancia: consigo que una rueda estalle a tres kilómetros sin dejar huellas de la explosión, pero de ahí no paso, porque en boca cerrada no entran moscas. Y en este oficio hay demasiadas moscas.

Gregory Gregorian observó a aquel desecho humano, tanto física como moralmente, pareció aceptar que en efecto no tenía nada más que contar, y pese a que aborrecía la idea de dejarlo sin castigo, sabía muy bien que sólo se le ofrecían dos opciones: o pegarle un tiro, o cumplir con lo que le había pedido Alexandra Zanaj.

—¡Bien! —masculló al fin—. Como no me has proporcionado ninguna información que valga la pena, vamos a llegar a un acuerdo: tu vida por la de Mariel, o para ser más exactos, tu libertad por la de Mariel.

—¿Qué diablos pretende decir con eso? —se horrorizó el otro.

—Que permanecerás encerrado mientras tu jefe continúe haciendo de las suyas. Te voy a dejar el teléfono verde, y si cuando llame te las ingenias para conseguirme alguna pista que me permita atraparlo, dejaré que te marches. De lo contrario me temo que no volverás a ver la luz del día.

—¡Pero eso es injusto...! —sollozó el prisionero—. ¿Qué puedo hacer yo?

Lo interrumpió con un gesto.

—Tú sabrás lo que eres capaz de inventar o lo que puedes recordar, pero lo que debes tener muy claro es que aquel a quien le preparaste el accidente ya no volverá a ver la luz del día, así que lo lógico y justo sería que acabaras en el corredor de la muerte. Tienes suerte de que te dé una oportunidad, o sea que más vale que espabilas.

Sacó una llave del bolsillo, le libró de la esposa de la mano derecha y le entregó otra llave indicando la opuesta al tiempo que ordenaba:

—Cuando cierre la puerta te sueltas y te lavas bien con aquella manguera hasta que quedes reluciente. Sobre la mesa tienes el teléfono verde, una capucha y ropa limpia. Al acabar te sientas en esa silla y te colocas tú mismo la capucha y las esposas. Volveré a buscarte dentro de una hora y no quiero problemas o te vuelvo la cabeza.

—No te preocupes... —fue la respuesta que venía acompañada de un largo suspiro de alivio—. ¡Aquí estaré!

El hedor de los restos humanos que se pudrían al sol en el tejado, los árboles y el jardín le hacían la vida insostenible. Un ejército de ratas que había acudido atraído en busca de un cómodo festín le obligaba a estar en continua alerta, puesto que parecía dispuesto a atacarla al menor descuido.

Aquel ya no era su hogar.

La ruina, la suciedad y la podredumbre en nada recordaban el hermoso lugar en que había nacido y había crecido, y que su madre se esforzaba a diario en mantener acogedor y reluciente a toda costa.

La hermosa casa, tan destruida y sin futuro como su propio espíritu, parecía estar pidiéndole a gritos que se fuera, que intentara olvidar su deterioro actual y la recordara en un futuro como había sido antaño.

Pocas cosas resultan tan difíciles como desprenderse de aquello a lo que amamos, sobre todo, como en el caso de Salka Embarek, de cuanto quedaba de todo lo que había amado en este mundo. Pese a que intentó aferrarse a las paredes y a los muebles como a una postrera tabla de salvación, acabó por aceptar que aquel era ya un barco hundido que amenazaba con arrastrarla al fondo del océano.

Se había convertido en una especie de fantasma que vagaba

como sonámbulo de una habitación a otra, de la cocina al dormitorio de sus padres, o del salón a la habitación de Turkey, siempre esperando escuchar una voz conocida, descubrir la presencia de algún miembro de su familia o percibir el reconfortante olor que solía llegar desde la cocina cuando regresaba del colegio.

Pero su familia había muerto, y con ella los olores y las voces, al igual que había muerto el lugar en que habitaron, puesto que un edificio al que han abandonado sus habitantes no es más que un conjunto de paredes y techos que no tardan en convertirse en ruinas, del mismo modo que un ser humano al que le ha abandonado el alma no es más que un montón de carne y huesos que no tardan en convertirse en polvo.

Una amarga mañana —las mañanas, como las tardes y las noches, eran ya sobre todo amargas—, Salka Embarek introdujo en una mochila lo poco que quedaba de su pasado y abandonó su cuarto, su casa, su calle, su parque y su barrio sin derramar una lágrima y sin volver ni una sola vez el rostro.

Iba muy lejos.

Se había hecho el firme propósito de devolver todo el dolor que le habían ocasionado a quienes se lo habían causado, y tenía muy claro que el suyo sería un largo, muy largo viaje al otro lado del mundo.

DE LA PRENSA DIARIA

La policía española detuvo en las Islas Canarias al presunto asalariado de una organización criminal que se encarga de blanquear dinero. La operación se denominó Battle, que es el segundo apellido del cabecilla de una organización estadounidense que obtenía ingentes sumas de dinero procedente de la extorsión, el narcotráfico y los asesinatos por encargo.

Dichas cantidades se desviaban a paraísos fiscales y se intentaban blanquear. Y ahí intervenía el detenido, L.A.R. de 62 años, y su esposa, de 61, a los que se han incautado propiedades por valor de más de 20 millones de euros. Se les acusa de blanqueo de capitales y de ser miembro del mayor grupo mafioso cubano—estadounidense: la Corporación.

La operación se puso en marcha gracias a las buenas relaciones entre el FBI y la policía española. Los primeros informaron a los agentes españoles de que tenían la sospecha de que los tentáculos de la banda podían extenderse a las islas.

Tras diversas investigaciones llevadas a cabo por el instituto armado, se determinó que el detenido había constituido junto con el cabecilla de la organización, José Rodríguez Battle, de nacionalidad norteamericana pero de ascendencia cubana y ahora encarcelado en Estados Unidos, un entramado societario de vastas proporciones.

La Corporación desviaba hacia España importantes sumas de dinero procedentes de paraísos fiscales como Panamá, Antillas Holandesas e Islas Vírgenes, que se invertía en negocios relacionados con la construcción y la promoción de viviendas, explicó la policía española en una nota oficial.

El dinero, a través de diversos métodos de blanqueo, se reenviaba a la organización en EEUU totalmente justificado.

Como consecuencia de la operación, la policía efectuó registros en el domicilio del detenido y en nueve sociedades (la mayoría de ellas relacionadas con la construcción) del entramado societario creado para el lavado del dinero negro.

De las propiedades intervenidas, tres millones de euros fueron localizados en diversas cuentas bancarias, un millón en acciones de distintas empresas y otros 15 millones en propiedades y promociones inmobiliarias.

La organización criminal conocida como la Corporación se creó a mediados de los años cincuenta, y su primera actividad ilegal fue un juego muy popular en Cuba, similar a la lotería, denominado «La Bolita».

Posteriormente, esas actividades fueron extendiéndose a las apuestas, blanqueo internacional de capitales, narcotráfico desde Hispanoamérica a Estados Unidos, extorsiones y asesinatos por encargo.

En el pasado año, el jefe de la organización, José Rodríguez Battle, de 77 años, fue declarado culpable de crimen organizado ante las autoridades judiciales de Estados Unidos. Recientemente, su hijo Miguel, encargado de los avanzados sistemas de lavado de dinero de actos delictivos en Estados Unidos, Islas Caimán, Islas Vírgenes, España, Perú, Panamá, República Dominicana y Suiza, fue condenado a 15 años de prisión, también en Estados Unidos.

Una hora después y tras haber impreso una copia de la valiosa información que había conseguido tras más de cuatro horas de navegar por la compleja red de Internet, y recibir una serie de res-

puestas a sus preguntas que le permitieron confirmar que el citado Rodríguez Battle estuvo tiempo atrás asociado a un peligroso criminal en paradero desconocido, igualmente de origen cubano al que tan sólo se le conocía por el curioso apodo de Mariel, Gregory Gregorian desconectó su ordenador portátil, y volvió la cabeza hacia su esposa, que se encontraba, como de costumbre, entretenida en la contemplación de una vieja película musical.

—Nos vamos a Cuba —dijo.

—¿De vacaciones?

—¡No digas tonterías! —protestó ruidosamente Gregory Gregorian—. No estamos en situación de ir de vacaciones. Vamos a trabajar.

—¿Trabajar en Cuba? —fingió asombrarse Jessica Delmónico—. ¡Eso sí que es noticia! Supongo que seremos los únicos, porque tengo entendido que allí nadie da ni golpe. Explicáte un poco mejor, si no es mucho pedir.

—Aún mantengo buenos contactos con algunas policías extranjeras que me han confirmado que, en efecto, un tal Rodríguez Battle y el escurridizo Mariel fueron socios años atrás. Y lo que es más importante, que ambos eran compinches en La Habana durante su ya lejana juventud, y fue allí donde fundaron la denominada Corporación. Por lo visto, Rodríguez Battle nunca ha dicho una sola palabra acerca de su relación con Mariel, convencido de que si lo hace, tanto él como su hijo aparecerán en sus celdas con el cuello abierto de oreja a oreja. Pero en Cuba debe quedar gente que sepa algo sobre las andanzas juveniles de ese par de hijos de mala madre. Y en la Cuba actual basta con un billete de cien dólares para que hasta el último gato cante *Guantanamo*.

—¿Y no tendrán miedo a hablar?

—En Cuba no le tienen miedo más que a Fidel Castro y a sus secuaces, querida mía. Comparados con ellos, todos los asesinos de este mundo, por muy sanguinarios y profesionales que sean, se

les antojan niños de pecho. Tras cuarenta y siete años de dictadura castrista, o estás curado de espantos o estás muerto.

—No sé si me gustará Cuba, pero al menos significará un cambio de aires, que buena falta nos hace.

A Jessica Delmónico le hubiera gustado Cuba medio siglo atrás. Es más, le hubiera fascinado, puesto que a pesar de no haber conseguido estudiar la carrera por culpa de haberse casado muy joven, la arquitectura siempre había constituido una de sus grandes pasiones.

Y la arquitectura colonial cubana hubiera conseguido dejarla boquiabierta de estupor, a no ser por el hecho evidente de que en aquellos momentos no era ya más que pura ruina.

—Me recuerda Palermo... —comentó cuando llevaban más de tres horas pateando las calles de La Habana Vieja —La misma dejadez, la misma suciedad, el mismo deterioro inconcebible... ¡Mira ese palacete! —masculló indignada—. Observa la silueta de su escalera, la línea de los arcos del porche, la gracia de la cúpula... ¿Cómo puede nadie permitir que se caiga a pedazos?

—El arte, y en especial la arquitectura, es cosa de ricos querida —señaló su marido—. La miseria no tiene tiempo de extasiarse ante «la línea de los arcos del porche» porque se tiene que ocupar de las necesidades de la cúpula de su estómago. El hambre siempre ha sido un mal crítico, pequeña; el peor de todos.

—Pero cuidar el lugar en que vives con un poco de cemento y una mano de pintura no cuesta tanto... —protestó ella—. Es sólo cuestión de buena voluntad.

Gregory Gregorian le indicó a los cuatro policías que con gesto de profundo aburrimiento montaban guardia en cada una de las esquinas de la ancha plaza.

—¡Míralos! —dijo—. ¡Hay miles de ellos en la isla! Todos van uniformados y perfectamente armados porque en la Cuba de hoy resulta mucho más sencillo conseguir armas y uniformes que

un saco de cemento o un bote de pintura. Aunque se lo propusieran y dejaran de comer tres meses, quienes habitan esa casa no conseguirían el dinero suficiente como para pagar los materiales de construcción que les permitirían dejar de vivir como cerdos.

—¿Y cómo es que lo consienten?

—De la misma manera que estamos consintiendo que manden a nuestros muchachos a que los maten en Irak... —fue la tranquila respuesta de Gregory—. No tenemos derecho a criticar los abusos y arbitrariedades de la dictadura castrista cuando nuestro propio gobierno ha montado aquí mismo, en la base militar de Guantánamo, el presidio más cruel, bárbaro, injusto e ilegal que ha existido desde la época de los campos de exterminio nazis. Comparado con Guantánamo, donde tienen a los presos encerrados durante veinte horas diarias en habitáculos de metal que se convierten en auténticos hornos, las cárceles de Castro son como colegios de párvulos.

—Siempre supuse que aborrecías a Castro y su sistema —se sorprendió Jessica—. ¿A qué viene ahora ese cambio de opinión?

—No he cambiado en absoluto de opinión, queridísima esposa y alma de mi corazón —la contradijo atrayéndola hacia él y estampándole un sonoro beso en la frente—. Lo único que he dicho es que siempre es posible conocer a unos hijos de puta más hijos de puta que los mayores hijos de puta que hayas conocido, y que en este caso particular se trata de nuestro muy legal y supuestamente democrático gobierno —guardó silencio un instante porque estaban pasando junto a uno de los policías uniformados pero en cuanto lo dejaron atrás añadió—: Se están saltando todas las leyes internacionales, se arriesgan a que el día de mañana les acusen de crímenes contra la humanidad, y todo ello no es más que el resultado directo de la guerra que iniciaron nuestros queridos amigos, los altos ejecutivos de la Dall & Houston. De no ser por ellos, las atrocidades que se están come-

tiendo en Guantánamo o en las cárceles de Irak jamás hubieran tenido lugar.

—Pero la mayoría de los presos de Guantánamo son talibanes de Afganistán, no prisioneros iraquíes... —argumentó Jessica.

—Es cierto, pero en Irak, incluso la tortura rinde beneficios, querida. Tras el escándalo de la cárcel de Abu Ghraib, el informe redactado por el general Taguba para el Pentágono reveló la existencia de adjudicaciones otorgadas a la compañía Caci para ejercer interrogatorios. Y el contrato no obligaba a Caci a ofrecer personal con experiencia o entrenamiento específico para ejercer estas tareas.

—¡Cuesta creerlo!

—Pero aunque duela, es la verdad —insistió su marido—. De los treinta empleados que contrató el ejército, la tercera parte carecía de experiencia. Los militares implicados en los casos de tortura, como la soldado England, o la única general del ejército, Janis Karpinski, fueron condenadas y perdieron sus puestos, pero nadie puede imputar cargos al personal de Caci gracias a una ley según la cual los beneficiarios de las adjudicaciones estadounidenses en Irak no están sujetos al código militar americano ni a las leyes de aquel país.

—¿Y quiénes son los beneficiarios en el caso de Afganistán?

—Los Estudios de Walt Disney no, desde luego. El Contrato de Servicios de Emergencia con el Ejército para Afganistán se encuentra a nombre de una empresa subsidiaria de la BRA, que es a su vez una subsidiaria de Dall & Houston. Se trata de continuar con un negocio tan viejo como la humanidad: chalanear con los mismos mulos cambiándoles el color.

—Con la diferencia de que en este caso muere mucha gente. Y a otra se la tortura.

—¡Exacto...! —la besó de nuevo en la frente al tiempo que alzaba la mano con la intención de detener a un destartalado taxi

que se aproximaba dejando a sus espaldas una oscura nube de humo y añadió—: Y ahora te agradecería que regresaras al hotel y disfrutaras de la piscina mientras yo me ocupo del asunto que nos ha traído aquí. Aquel señor de la camisa azul que está junto al puesto de frutas debe ser el que me va a presentar al hombre que he venido a buscar.

—Me gustaría acompañarte.

—No creo que sea buena idea, querida, hazme caso. En primer lugar no hablas español, así que no te enterarías de nada, y además no conviene mezclar el placer con el trabajo, y tú constituyes el mayor de los placeres.

—No sé cómo te las arreglas, pero siempre tienes en la punta de la lengua la frase que más pueda agradarme... —señaló ella.

—Debe de ser porque cada noche sueles ponerme en la punta de la lengua lo que más puede agradarme... —replicó él acariciándole con disimulo la entrepierna en el momento de ayudarla a subir al taxi—. Después de comer te explicaré con todo detalle a lo que me estoy refiriendo.

—¿Es que no puedes dejar de pensar siempre en lo mismo? —le reconvino ella con un mohín de fingido enfado.

—Puedo... Pero no quiero.

En cuanto el taxi, o mejor dicho la nube de humo que dejaba tras de sí el vetusto vehículo, se hubo perdido de vista al final de la ancha avenida, Gregory Gregorian se dirigió directamente hacia el anciano de sudada camisa azul que le aguardaba a la sombra de un araguaney, junto al puesto de frutas.

—¿Don Facundo Montalvo? —inquirió alargando la mano, y como el otro asintiera con la cabeza, añadió—: Gregory Gregorian; el comisario Benavides me ha contado maravillas de usted.

—Benavides siempre tan amable... —tomó por el brazo al recién llegado y le condujo hacia una calle lateral flanqueada de ár-

boles mientras comentaba—: Me telefoneó para ponerme al corriente de a quién busca, y por eso me he permitido citarle aquí a esta hora en concreto. Ramoncito está ya muy mayor, por lo que en cuanto aprieta el bochorno comienza a apagarse y se le van las ideas. Siempre fue un gran madrugador.

Lo condujo por entre callejuelas de las que el asfalto había desaparecido tiempo atrás y la mayor parte de las losetas de las aceras habían sido arrancadas hasta desembocar en un amplio y acogedor jardín, en uno de cuyos rincones un anciano de cabello ralo se balanceaba lentamente en una quejumbrosa mecedora que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento.

—¡Buenos días compadre! —lo saludó afectuosamente don Facundo en el meloso acento propio de la isla—. Aquí te traigo al amigo del que te hablé; Benavides te agradece que lo atiendas tal como sabes hacerlo.

—¿Aún vive Benavides? —pareció sorprenderse el hombre de la mecedora—. El muy pendejo se ha propuesto acudir a mi entierro y me temo que va a conseguirlo... —señaló con la cabeza a Gregorian mientras preguntaba—: ¿Gringo o gallego?

—Gringo.

—En ese caso hablaremos en gringo aunque cada vez me cuesta más trabajo... —indicó con un gesto que tomaran asiento frente a él, para puntualizar en un inglés casi perfecto—: Vayamos directamente al grano porque a mi edad ya no hay mucho tiempo que perder. ¿Qué es lo que quiere?

—Información sobre quiénes fundaron la Corporación, quiénes manejaban el juego de la Bolita, y quiénes formaban la pandilla de José Rodríguez Battle.

—¿Rodríguez Battle? ¿Pepe el Miserias? —repitió sorprendido—. ¡Menudo *comemienda*! Acabó donde debía, o tal vez me equivoco, porque no merece morir tranquilamente en su cama, aunque se trate del camastro de una celda.

—¿Fue, como se asegura, uno de los fundadores de la Corporación? —quiso saber su interlocutor.

—Y de otras seis o siete asociaciones igualmente ilegales, pero por suerte esa ha sido la única que se ha mantenido activa durante más de medio siglo. Su pandilla de degenerados empezó con la Bolita, pequeños robos y prostitución, todo bajo la protección de la policía de Batista, que los tenía a sueldo como sus chivatos más fiables. Luego levantaron vuelo y pasaron al narcotráfico, el rapto, la extorsión e incluso a los asesinatos. No había nada, nada en este mundo, que no estuvieran dispuestos a hacer si les proporcionaba beneficios.

—¿Cuántos eran?

—Alrededor de una docena, aunque eso es algo difícil de precisar. Unos iban y otros venían; los mataban, los encerraban o simplemente desaparecían sin dejar rastro. Fijos, lo que se dice fijos, creo recordar que eran siete, pero no me haga mucho caso, mi memoria ya no es lo que era.

—No seas tan modesto —intervino don Facundo palmeándole afectuosamente la rodilla—. Siempre se ha asegurado que tu memoria es más de fiar que el archivo nacional.

—En los tiempos que corren, amigo mío, más de fiar que el archivo nacional cubano lo es cualquiera; incluso la frágil memoria de esta pobre momia contemporánea de Tutankamon —sonrió mostrando que le faltaban tres dientes y varias muelas, al insistir—: Sin embargo, sabido es que los viejos recordamos cosas de hace sesenta años mientras que con frecuencia no nos acordamos de que tenemos que desabrocharnos la bragueta para mear.

—¿Qué fue de esos siete?

—Todos menos uno, al que encerraron doce años y creo que ahora vive cerca del puerto, si es que aún vive, cosa que sería un milagro, escaparon como conejos cuando cayó Batista. Y a Mauro Rivero lo mataron durante el desastre de Bahía Cochinos. —Con-

tó con los dedos como si temiera olvidarse alguno—: Con Rodríguez Battle en la cárcel hasta que se pudra, quedan tres.

—¡Cuatro! —le contradijo Gregory Gregorian—. Quedan cuatro.

—No hijo, no, quedan tres.

—Cuatro.

—Tres, porque a Ceferino el Pingadura, un sádico que había violado a más de veinte muchachos, le pegué seis tiros a las puertas de su hotel en Miami Beach. O sea que, según mis cálculos, únicamente quedan tres.

—No tenía ni idea de que hubieras estado alguna vez en Miami... —señaló su sorprendido compadre—. ¿Cuándo fue eso?

—Hace ya mucho tiempo, querido amigo. ¡Mucho tiempo!

—¿Y cómo es que no te quedaste?

—Porque por aquel entonces yo era de los que aún creían en la Revolución, pendejo. Igual que tú, e igual que tantos otros a los que a cambio de nuestra *fidelidad a Fidel* ya no nos queda más que una vieja hamaca a la sombra de un árbol, sombra por la que hasta tenemos que pagar alquiler. Al menos con Batista la sombra de los árboles era gratuita —se limpió con el dorso de la mano un hilo de baba que se le escurría por la comisura de los labios y musitó bajando la voz—: Sólo estuve dos días en Miami: el tiempo justo para localizar al Pingadura y dejársela floja para siempre.

—¡Qué jodido viejo del carajo! —exclamó su amigo mientras le volvía palmear la rodilla—. ¡Eso no me lo habías contado!

—Tampoco te he contado cuántas veces me cogí a tu mujer.

—Es que nunca me he casado.

—¡Ah, diablos! —rió a carcajadas el desdentado como si aquello fuera lo más divertido del mundo—. Ahora entiendo por qué no conseguía acordarme de cuántas veces me la cogí —hizo un significativo gesto con la mano para que se alejaran—. Y ahora es mejor que se marchen; estoy cansado, y cuando me canso se

me afloja el culo y mis pedos apestan tanto que ni yo mismo lo aguanto.

—¿Cuándo podemos volver?

—Mañana. Como siempre en Cuba, querido amigo, tendréis que volver mañana.

Gregory Gregorian se levantó y, dejando sobre la mesita que se encontraba junto al anciano tres billetes de cien dólares, comentó:

—Volveremos mañana a la misma hora.

Don Ramón cogió los billetes y exclamó asombrado:

—¡Madre de Dios! Esto es más de lo que ha ganado mi médico durante el último año... A este precio puede volver siempre que quiera.

La primera etapa de su viaje fue la tienda de alfombras de Ibrahim Salha, aquel que había acompañado a Turkey en sus andanzas nocturnas a la caza de soldados americanos, y que a la vista del trágico fin de su compañero de aventuras había optado por retirarse a tiempo de tan peligrosa actividad.

—Quiero ir a América —le espetó sin más preámbulos—. Quiero ir a matar americanos.

El espigado ex francotirador no pudo evitar abrir la boca de asombro ante el frío desparpajo de aquella criatura escuálida, menuda y frágil, que más parecía necesitar un plato de sopa caliente que un arma con la que hacer realidad sus deseos, por lo que tardó un buen rato en acertar a replicar:

—Matar americanos no es tarea fácil, pequeña. No se dejan: tu hermano lo intentó y ya ves donde está ahora.

—Resulta mucho más fácil que ellos nos maten, pero he pensado mucho, y he llegado a la conclusión de que deben estar preparados para que un ejército lo intente, o lo intente un hombre adulto y desesperado, pero no para que lo haga una muchacha aparentemente inofensiva.

—Como reflexión parece acertada —admitió Ibrahim Salha—. La sorpresa es siempre un arma eficaz, pero no creo que necesites ir tan lejos para lograr tu objetivo; Irak está repleto de americanos.

—Esos no me interesan.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no te interesan?

—Porque ya los he visto morir y no se diferencian mucho de nosotros —respondió—. No son auténticos americanos; sólo son víctimas.

—¡Bien pensado, en efecto! —se vio obligado a reconocer su interlocutor—. Desde el momento en que ponen un pie en Irak comparten nuestro destino pasando a ser cadáveres en potencia. La única diferencia estriba en que los devuelven a su país en ataúdes recubiertos con la bandera americana.

—Cuando consiguen encontrar sus restos...

—Cierto. Muchos acaban en las tripas de los buitres, los perros o las ratas.

—Por eso quiero dejar que nuestros buitres, nuestros perros y nuestras ratas se coman a los que nos han invadido. Yo prefiero atacarlos en su país y destruir sus casas.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Aprendiendo a fabricar bombas; Turkey me contó que sabes cómo hacerlo.

—Mis bombas serían como la picadura de un mosquito en el culo de un elefante, pequeña. Si quieres que te diga la verdad, nunca conseguí hacer más que un poco de ruido. Odio tanto como tú a esos cerdos pero como no los mate de un infarto no veo otro modo.

—Alguien habrá que sepa fabricar buenas bombas. El otro día, una de ellas despedazó a media docena de marines. Sus pedazos aún cuelgan de los árboles.

—¡Tristes tiempos estos en los que una muchacha que debía estar soñando con preparar su ajuar habla de muerte y no de amor! —se lamentó un desolado Ibrahim—. Lo que deberías hacer es buscar un buen hombre que comparta tu cama, expulsando de ella a la venganza, porque mi padre me enseñó que quien

duerme con la venganza despierta en el infierno, y quien duerme con el perdón despierta en el paraíso.

—Tal vez por eso haya tanta gente en el infierno y tan poca en el paraíso.

—Parece que nunca te callas, pero una cosa es hablar y otra muy diferente matar a alguien. ¡Olvídalo! Eres demasiado pequeña.

—¡Escucha! —insistió machaconamente Salka—. Una tarde que estaba sola en casa pusieron un programa de televisión en un idioma que no entendía, pero en el que un hombre bajito y muy delgado se enfrentaba a un toro siete u ocho veces más grande que él, que corría mucho y que iba armado con enormes cuernos como dagas. No podía creer que se tratara de una lucha a muerte porque el hombrecillo se estaba quieto y no contaba más que con un pedazo de trapo rojo con el que engañaba una y otra vez al toro, hasta que cuando éste se cansó y ya no podía moverse, el hombre sacó una espada y lo mató tranquilamente.

—Sí, ya sé lo que es una corrida de toros. Pero los toreros son gente ágil, valiente y astuta que está entrenada para eso.

—En cambio, yo creo que el problema del toro se centra en que su enemigo era muy delgado y el trapo muy ancho. Si el hombre hubiera sido tan grande como él, lo habría corneado a la primera embestida. Estoy segura de que si voy a América verán el trapo, pero no me verán a mí.

No encontró taxi para volver, y la larga caminata bajo el sofocante calor de un soleado mediodía caribeño dejó al sudoroso Gregory Gregorian tan extenuado que apenas tuvo fuerzas para darse una ducha y almorzar un pequeño plato de antipasto del bien surtido buffet del restaurante italiano del Hotel Meliá Cohiba.

Jessica, a la que al parecer el hecho de nadar en la piscina que comenzaba casi justo al otro lado del ventanal le había abierto aún más su ya de por sí excelente apetito *se conformó* con una enorme pizza Cuatro Quesos y un jugoso osso-bucco acompañado de una abundante ración de fetuchinis, dos cervezas y un helado de chocolate.

—¡Nunca he entendido como no estás hecha una vaca! —le espetó su marido al verla devorar con verdadero entusiasmo cuanto le ponían delante—. Comes el triple que yo y en ocho años que te conozco no te he visto engordar ni un solo kilo. ¿Dónde lo metes?

—¡Envidia cochina! —comentó su mujer con una sonrisa de lo más provocativa—. Ahora sois los hombres los que os embadurnáis de crema y cuidáis la línea a base de ensaladas. ¿Has averiguado algo?

—Que por lo visto tres malas bestias abandonaron la isla al estallar la revolución castrista en el cincuenta y nueve, y probable-

mente uno de ellos acabó por convertirse en el tal Mariel, lo que significa que debe tener aproximadamente la edad de Rodríguez Battle, es decir, entre setenta y tres y setenta y seis años.

—¡Muchos años son esos para mantenerse activo! —masculló ella en el momento de meterse en la boca un pedazo de osso-bucco.

—Lo malo de los asesinos es que ni tienen fecha de caducidad ni suelen jubilarse —fue la agría respuesta—. En cierta ocasión ayudé a la policía a atrapar a un octogenario que se había cargado a un mafioso rival desde su silla de ruedas. Pero el muy imbécil cometió el error de utilizar un fusil de tanta potencia que el retroceso mandó la silla rodando hasta el otro extremo de la habitación, se golpeó la nuca contra la pared y dejó una mancha de sangre que le delató. El ADN nunca miente.

—Siempre hablas de la infalibilidad del dichoso ADN. ¿Por qué no intentas conseguir el ADN de esos tres tipos? Te ayudaría mucho.

—Ya lo he pensado, aunque únicamente podría conseguirlo en el caso de que quedasen parientes suyos en la isla. —Asintió repetidas veces con la cabeza para concluir—: Mañana se lo preguntaré a Don Ramón.

—No, que yo sepa... —fue la respuesta del anciano a la demanda—. Si la memoria no me falla, Emiliano Céspedes se había criado en un hospicio; de Bruno *Fulldejotas*, un fullero que escamoteaba las cartas como nadie, pero tonto de baba, nunca supe el apellido; y el último de la lista, el jodido Nick, había llegado en un barco griego. Si no recuerdo mal tenía una cartilla de embarque a nombre de un tal Kanakis, pero pronto averiguamos que se la había robado a su contra maestre. Tenía de griego lo que yo de turco.

—No me ayuda mucho —se lamentó Gregory Gregorian.

—Hago lo que puedo y de verdad lamento no serle de utilidad, porque siempre me dolió en el alma que aquella escoria hu-

mana continuara haciendo de las suyas por el mundo. Nos dan mala fama a los cubanos.

—Para darle mala fama a los cubanos les basta con su Comandante.

—Eso es muy cierto, y lo que me entristece es que tardé tanto tiempo de darme cuenta —el anciano guardó silencio un largo rato, se meció adelante y atrás a riesgo de salir despedido de su destartalada hamaca, y al fin señaló en un tono de profunda amargura—: ¿Sabe qué es lo peor de haber llegado a viejo en Cuba? —ante la negativa de su interlocutor, musitó—: Comprender que has malgastado tu vida para que un puñado de farsantes tiranicen a tu propia gente... Hay días en que me gustaría arrodillarme en mitad de la plaza y pedir perdón a cuantos pasan porque fuimos nosotros los que propiciamos que esta canallada llegara a semejantes extremos... —alzó unos ojos aguados por las lágrimas hacia Montalvo y preguntó—: ¿No es cierto lo que digo, Facundito?

—¡Y tan cierto, compadre! Pero nadie puede echárnoslo en cara, puesto que actuábamos de buena fe.

—La buena fe de los idiotas suele hacer más daño que la mala fe de los inteligentes, ya que al menos estos últimos se benefician de lo que hacen, mientras que a nosotros nos utilizaron «gratis» para tirarnos luego a la basura —pontificó el pobre hombre como si aquella fuera una verdad incuestionable. Se volvió luego al americano para añadir—: ¿Sabía que cada vez que el Comandante da un mitin, un Comisario del Pueblo me obliga a acudir a cantar y agitar banderitas aunque no pueda ni mantenerme derecho? Una vez me cagué patas abajo y tuve que regresar a casa a pie dejando un rastro de mierda a mis espaldas.

—¡Ya le queda poco!

—¿A él o a mí?

—Usted es más joven.

—Sólo en edad, hijo, ¡sólo en edad! En estos últimos años he tenido que comer tanta basura y tragar tanta ira que extraño se me antoja que no me haya envenenado con mi propia bilis. El muy cabrón llegó gritando que Cuba había dejado de ser el prostíbulo de América y acabó por convertirnos en el prostíbulo del mundo. Ahí enfrente vive una mulatita que aún no ha cumplido los diecisiete pero que se acuesta con el primer turista hediondo que encuentra a cambio de que la inviten a cenar. Las pupilas de la Corporación cobraban en buenos dólares, no en arroz con higadillos de pollo.

—No se me caliente, compadre, que le va a dar un *yeyo*... —le aconsejó don Facundo, al que se le advertía sinceramente afectado por las palabras de su viejo compañero de fatigas—. Lo que tiene que hacer es calmarse y echarle una mano aquí a nuestro amigo. ¿Qué más recuerda de aquellos tiempos? ¿No conoce a nadie que estuviera en contacto directo con la Bolita o con la Corporación?

—Ya te he dicho que Baldomero Carreño, el único que no consiguió escapar, puede que aún viva, y también recuerdo que hace unos tres años me tropecé cerca del Floridita con la tal... —chasqué los dedos como si con ello pudiera hacer que el nombre le acudiera a la mente— ¡Candelaria! Eso es, Candelaria Torre, Torre, Torre... Torrenueva, Torrevieja, Torreblanca o Torre *no sé qué coño*, que por aquel entonces era la puta más cara de la isla; un mujerón de la que se aseguraba que cuando paseaba por el malecón los delfines daban saltos para verla y castañeaban los dientes de entusiasmo.

—La recuerdo... —intervino de nuevo don Facundo—. Estuve ahorrando un mes para poder cogérmela.

—¡Ah, pedazo de cabrón! —exclamó el anciano de la mecedora dejando escapar una alegre carcajada—. ¡Qué callado te lo tenías! ¿Así que a la vejez vengo a descubrir que hemos comparti-

do ladillas? ¿Recuerdas que par de tetas tenía...? Eran como dos pitones apuntando al cielo, y que si te despistabas podían saltarte un ojo.

—¡A mí lo que me volvía loco era su culo! ¡Y cómo lo movía al caminar con aquellos pasitos cortos con las nalgas marcándose como si fueran de piedra...! Recuerdo que una vez...

—¡Un momento! —le interrumpió Gregorian—. Admito que la tal Candelaria debía de ser un portento de mujer, pero me gustaría que me aclararan qué diablos tiene que ver en el asunto que nos ocupa.

—Que se los pasó a todos por la entrepierna —argumentó seguro de sí mismo el viejo de la mecedora—. Y si hay alguien que puede contarle algo más sobre aquella pandilla de hijos de puta, esa no es otra que la puta Candelaria.

Salka Embarek pasó casi un mes en la tienda de Ibrahim Salha.

Dormía sobre un montón de alfombras y en las noches que hacía frío se protegía con otra.

Eran tiempos de guerra, que es tanto como decir tiempos de penuria, y nadie parecía disponer del dinero suficiente para comprar una de las hermosas alfombras de Ibrahim.

La muchacha comía lo poco que la madre del amigo de su hermano le enviaba, y de vez en cuando se acercaba a casa de su antigua compañera de colegio, Shereem, aquella a la que un misil perdido había destrozado media cara, dejándola tuerta, y que compartía sus sueños de viajar a América, a desfigurarle el rostro a las hijas de quienes habían pagado aquel maldito misil.

Al igual que Salka, Shereem habían pasado a formar parte de la legión de adolescentes iraquíes a los que el odio y el deseo de venganza habían arruinado la vida casi con la misma furia con que las bombas habían aniquilado a sus familias.

Y lo más grave del caso residía en que los muertos dejaban de sufrir, bajaban a la tumba y pasaban al olvido, pero los supervivientes infestados por el odio continuaban respirando y acababan por convertirse en bombas humanas dispuestas a explotar en cualquier momento.

En el recuento oficial de las víctimas de aquella injusta contienda se iban sumando los nombres de los físicamente fallecidos, pero no de cuántos, ¡muchísimos más sin duda alguna!, tan sólo estaban medianamente muertos.

Y es que alguien dispuesto a ofrecer su vida en aras de la venganza únicamente respira, y con eso no basta.

Una mañana, Ibrahim llegó acompañado de un hombre vestido a la europea, que lucía una cuidada barba blanca y al que presentó simplemente como Mufti y que tomó asiento sobre una de las pilas de alfombra que nadie compraba para permanecer largo rato estudiando a la muchacha.

Por último, inquirió en un excelente inglés:

—¿De modo que estás dispuesta a dar la vida por la causa?

—Únicamente si la causa es matar americanos —fue su tranquila respuesta en el mismo idioma.

—Ese es, sin duda, uno de los objetivos de nuestra causa... —le hizo notar él—. Pero hay otros, como por ejemplo...

Salka Embarek alzó la mano en un inequívoco gesto de impedirle continuar hablando.

—No me interesan —dijo—. Mi madre siempre aseguraba que el principal problema de los iraquíes es que se plantean tantos objetivos que a la larga no consiguen ninguno. El mío es uno solo.

—¡Muchacha decidida, hija de una mujer inteligente! —reconoció el hombre de la cuidada barba alzando el rostro hacia Ibrahim, que escuchaba en silencio—. Y razón no le falta; con demasiada frecuencia tratamos de abarcar más de lo que nos alcanzan los brazos, y eso nos pierde. Tal vez haya llegado la hora de corregir nuestros defectos.

—Le ayudaré si me ayuda a llegar a América.

—Hablas muy bien su idioma y si te aclaras el pelo y vistes a su estilo nadie sospechará de dónde provienes. Son puntos

muy a tener en cuenta... —Mufti se puso de pie dando por concluida la conversación al tiempo que añadía—: Te prometo que pensaré muy seriamente tu propuesta. Algunos deben empezar a entender que ni son invulnerables, ni los dueños del mundo.

—Baldomero Carreño murió hace un par de años; de hambre supongo, porque la última vez que le vi pesaba menos que mi conciencia, lo cual ya es mucho decir... —la desgredada mujeruca cuyas ajadas facciones y encorvado cuerpo no conservaban el menor rastro del espectacular mujerón por el que al parecer saltaban los delfines cincuenta años atrás, guardó silencio mientras alargaba los huesudos dedos y los mantenía abiertos como si se tratara de una pinza, aguardando que colocaran entre ellos un grueso habano, o mejor aún un billete de banco, en clara demostración de que si no recibía la respuesta que esperaba no pensaba decir una sola palabra.

Gregory Gregorian atendió al significativo gesto que le hacía don Facundo y le entregó cincuenta dólares, que tuvieron la virtud de que los cansados ojos de Candelaria Torrero brillaran de codicia y su lengua se desatara en el acto.

—Del resto de aquella cuadrilla de macarras, sólo tuve noticias del griego, que me escribió ofreciéndome trabajo en una ciudad que por lo visto se llama algo así como Sábanas, lo cual no cabe duda de que es un nombre muy apropiado para el lugar en que piensas instalar un burdel de lujo.

—Supongo que se refería a Savannah, una ciudad de Georgia, pequeña y bastante provinciana, pero muy agradable.

—Eso es lo que me dijeron. Me imagino el nombre: «El Burdel de las Savannahs Limpias» —bromeó la ex prostituta, para añadir de inmediato—: Hubiera sido mi salvación, pero por aquel entonces resultaba casi imposible salir de la isla, y pese a que me acosté sin cobrar con medio gobierno intentando que me concedieran un visado, lo único que hicieron fue comerme el coño y tomarme el pelo, o comerme el pelo y tomarme el coño, según los casos. Al fin tuve que decidirme a intentarlo por las bravas en un barquichuelo de mierda, me agarraron, pase tres años a la sombra y allí se acabó mi historia porque ya nadie volvió a pagar un peso por llevarme a la cama.

—¿Y eso es todo? —quiso saber don Facundo evidentemente decepcionado.

—En lo que se refiere a mí, es todo... —volvió a alargar la mano con los dedos abiertos al tiempo que añadía—: Pero sé algo más de alguien.

El americano le colocó un nuevo billete, la mujeruca se lo guardó en el acto y, sonriendo ladinamente, dijo: —Yo era la reina de la Corporación, eso nadie lo duda, pero el último año apareció una putita con cara de mosquita muerta, Eulalia Prieto, que le hizo perder la cabeza a Emiliano hasta el punto de que la retiró del oficio, la instaló en una casita en las afueras y la dejó preñada.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Eulalia sabía que yo tenía experiencia en ese tipo de cosas, así que un día vino a pedirme ayuda. No quería tener el niño porque estaba convencida de que en cuanto empezara a crecerle la tripa, aquel macarra sin corazón la dejaría en la estacada, que fue lo que finalmente ocurrió. El muy cerdo nunca quiso saber nada de su hijo.

—¿Dónde podríamos encontrar a Eulalia?

—Subiendo por la siguiente calle, justo al final de todo.

—Al final de la siguiente calle sólo está el Cementerio Colon...

—le dijo don Facundo Montalvo en un tono que parecía echarle en cara que intentara engañarles.

—Pues ahí la encontrará, mi viejo. Trabajó muy duro para sacar al niño adelante hasta que le pegaron el sida y se fue consumiendo como un pajarito. A su entierro sólo acudimos el chico y yo.

—¿Tiene alguna idea de dónde puede estar ahora ese chico?

La que fuera medio siglo atrás la jinetera más hermosa y mejor pagada de La Habana frunció el ceño, pareció concentrarse como si estuviera pidiéndole un último esfuerzo a su cansada memoria, y al rato movió arriba y abajo la cabeza en lo que podría interpretarse como que aceptaba que aquella podía ser la respuesta justa.

Por tercera vez alargó la mano, por tercera vez atenzó el billete que se guardó en un bolsillo, y a continuación pareció regodearse en la tarea de extraer un cigarro habano muy oscuro, muy grueso y muy corto, que se colocó entre los labios, indicando con un gesto que se lo encendieran.

Como sus acompañantes se palparon repetidamente los bolsillos en clara demostración de que no tenían con qué hacerlo, alzó la cabeza para gritar en dirección a un pequeño descampado que se extendía al otro lado de la calle:

—¡Braulio, cielo! ¿Puedes venir un momento, por favor?

Un hombrecillo escuálido y cubierto de grasa de los pies a la cabeza, que no vestía más que un pantalón corto de color indefinido por culpa de la mugre, dejó de hurgar por un momento en el interior del motor del antediluviano automóvil, un Chevrolet de los años cincuenta, que al parecer pretendía poner en marcha pese a que se encontraba tan oxidado y carcomido que probablemente no resistiría un kilómetro sin caerse a pedazos, para responder visiblemente malhumorado:

—¿Qué tripa se te ha roto? ¿No ves que estoy trabajando?

—Ven de una puñetera vez y no te quejes tanto.

El llamado Braulio cruzó la calle arrastrando los pies con el fin de que no se le quedaran atrás unas chancletas demasiado grandes y aceitosas, saludó con un gesto hosco a los desconocidos y preguntó casi con un gruñido:

—¿Qué coño quieres ahora?

—Dame fuego.

—¡Joder Candela...! —protestó ruidosamente el grasiento esmirriado—. Tantos miles de kilómetros de acera como dices que te pateaste de joven, y ahora no puedes acercarte a la cocina en busca de una cerilla. ¡Tú sí que le echas huevos a la vida!

Extrajo del bolsillo un viejo encendedor de los de gruesa mecha de cuerda, sopló para avivar la incipiente brasa, y se lo entregó a la anciana, que de nuevo se regodeó encendiendo su habano con exagerada paciencia.

—¡Gracias! —dijo.

—¡Que te jodan! —el frustrado mecánico se volvió a don Facundo mientras señalaba despectivamente a quien tanto le incordiaba—. Se fuma veinte petardos de esos al día, y ahí está, tan fresca como una rosa. ¡Y luego aseguran que el tabaco mata! Ésta mata al tabaco.

Hizo ademán de cruzar la calle de regreso a su ardua tarea de intentar resucitar a un vehículo definitivamente muerto, pero Candelaria Torrero lo detuvo con un gesto.

—¡Espera un momento! —pidió—. Hay algo más.

—Te he dicho mil veces que ya no me queda ni una gota de ron...

—No se trata de ron —le corrigió ella con una sonrisa socarrona—. Es que estos señores quieren que les cuentes algo sobre tu padre.

—¿Sobre mi padre? —pareció asombrarse el tal Braulio, porque sin duda aquello se le antojaba lo más estúpido que nadie pudiera imaginar—. ¡Pues como no sean ellos los que me las cuenten a mí!

—¿O sea que, según usted, este señor es el hijo de Emiliano Céspedes? —inquirió Gregory Gregorian que al parecer dudaba entre echarse a reír por el descaro de la mujeruca o saltarle al cuello exigiendo que le devolviera el último billete que le había entregado—. ¡No me lo creo!

—¿Conoció a Emiliano? —quiso saber ella, y ante la silenciosa negativa comentó—: Pues si a éste cerdo le quita el dedo de mierda que lleva encima, le pone un traje blanco y una camisa negra, y lo peina con todo el pelo pegadito hacia atrás con mucha gomina, al estilo Carlitos Gardel, tiene ante usted al chulo de putas con más mala leche que haya parido madre; es decir, su padre.

—¡Gracias por el cumplido! —comentó Braulio lanzando un sonoro escupitajo en dirección al coche—. Recuérdame que la próxima vez que vaya a buscar trabajo te lleve como relaciones públicas.

—Ten presente el viejo dicho: »Quien a los suyos se parece, honra merece«, pero por suerte tú únicamente te pareces a tu padre en lo físico... —hizo un gesto como indicándoselo al americano y aclaró—: Es un gran tipo y más bueno que el pan, es decir, que el pan de antes de la revolución, porque el actual no hay quien le hinque el diente. Tiene la gran desgracia de haber sacado el físico de su padre, pero la enorme suerte de haber sacado el corazón de su madre —lanzó un apestoso chorro de humo de su grueso cigarro al tiempo que pontificaba—: Quizá por eso mismo le va tan mal en la vida.

Gregory Gregorian observó de arriba abajo al escuálido personaje cuyas piernas semejaban palillos y que tenía la cara tan chupada como si se estuviera mordiendo por dentro los carrillos, y tras unos momentos de duda inquirió:

—¿De verdad es usted hijo de Emiliano Céspedes?

—¡Y yo que sé! Candela lo dice, lo cual no es desde luego ninguna garantía, pero lo cierto es que mi madre también lo decía, y ella sí que era de fiar.

—En ese caso creeré a su madre... ¿Me permitiría que le hiciera unas fotos, y estaría dispuesto a venderme un poco de sangre?

—¿Venderle sangre? —se horrorizó el otro—. ¡No joda! ¡Es lo único que me queda! ¡Caray con el vampiro!

—Sólo un poco, un frasquito pequeño. Le pagaré mil dólares.

—¿Cuánto ha dicho? —se asombró el esmirriado que se apresuró a buscar asiento en el banco que corría a todo lo largo de la fachada de la destartada casucha como si tuviera la impresión de que iba a darle un vahído.

—Mil dólares.

—¿Americanos?

—Americanos.

—¡Por mil dólares americanos le vendo la sangre, la carne y hasta el esqueleto! Apuesto a que consigo uno mejor por la cuarta parte. ¿Habla en serio?

—Absolutamente.

—¿Pero de verdad hay alguien que tenga mil dólares? —quiso saber el mugriento hombrecillo con el tono de quien no puede acabar de creérselo—. ¿Mil dólares, así, en billetes?

Gregory Gregorian le puso uno en la mano.

—Aquí tiene cien, como adelanto. Le aconsejo que se dé un buen baño y se compre ropa nueva; mañana a las once le espero en el bar del Meliá Cohiba.

—Pues tendrá que prestarme algunos pesos para comprar ropa, porque si aparezco en la tienda con cien dólares siendo cubano me los quitan y me condenan a cortar caña por lo menos tres años.

«El cerebro de la mayoría de los tejanos es tan plano como el paisaje de Texas, en el que el único horizonte que se vislumbra es el dinero»

Ese antiguo y malintencionado dicho se refería al hecho de que para la mayoría de los habitantes de la Unión, el Estado de Texas no era más que una inmensa llanura poblada por avariciosos nuevos ricos que apenas había proporcionado al resto de la nación un solo artista o intelectual digno de ser tenido en cuenta.

Ahora, una furgoneta gris se encontraba detenida en mitad de la nada de aquella interminable llanura en la que se podría asegurar que las carreteras iban siempre de ningún lado a ninguna parte, y allí continuó como un mero accidente del monótono paisaje hasta que tres vehículos negros hicieron su aparición llegando del este.

Dos de ellos aparcaron a poco menos de un kilómetro de distancia, y el tercero continuó solo, se detuvo un instante junto a la furgoneta, permitió que Wolf Lukas se apeara y prosiguió lentamente su camino para ir a detenerse unos ochocientos metros más allá.

Tony Walker abandonó la furgoneta para recostarse en la portezuela y comentar:

—A veces tengo la impresión de que te pasas en lo que se refiere a las medidas de seguridad.

—Nos acosan —fue la seca respuesta—. La mitad del país quiere culparnos del desastre y bastará un solo paso en falso para que se precipiten sobre nosotros como buitres... —el Consejero Delegado de Dall & Houston extrajo de un bolsillo su inseparable petaca y se sirvió un trago al tiempo que señalaba—: Las cosas van mal, Tony, muy mal.

—Lo sé. —admitió el otro—. Y por eso le he pedido a Mariel que acelere los preparativos, pero asegura que aún no está lo suficientemente preparado.

—¡Mariel, Mariel! Te aseguro que algunas noches sueño con ese maldito nombre y llego a preguntarme si en realidad trabaja para nosotros, o somos nosotros los que trabajamos para él. Si todo sale tan mal como parece, acabaremos en presidio mientras él continuará disfrutando del anonimato y de los cientos de millones que le hemos pagado.

—Por desgracia en estos momentos no nos encontramos en condiciones de cambiar de compañero de juego —respondió resignado—. Sabe demasiado sobre nosotros, mientras que nosotros no sabemos nada de él.

—¡Maldito sea mil veces!

—Escucha, Wolf... —pidió su acompañante tomándole del brazo con intención de dar juntos un paseo por la interminable llanura—, la decisión de iniciar esta aventura fue tuya, y recuerdo bien que en un principio Mariel consideró que el plan que habías diseñado presentaba enormes peligros y dificultades, por lo que me costó bastante trabajo que accediera a ejecutarlo. Entiendo su posición, cumplirá con su parte, y cuando lo haga lo hará bien, pero está en su derecho de mantenerse en la sombra por si el asunto se tuerce.

—¿Cómo puedes confiar en un socio al que jamás le has visto la cara?

—¿Y qué importa una cara? —protestó Tony Walker—. Su-

pongo que después de quince años de acostarte con ella conoces cada centímetro de la cara y del cuerpo de Rita pero te la pega con ese baloncestista en cuanto te descuidas. A veces incluso me pregunto si confías plenamente en mí.

—Lo hago, aunque admito que resulta difícil confiar en un hombre que no bebe, no fuma, no se droga, no juega, no se acuesta más que con su mujer y no ha cambiado de casa en diez años pese a que gana millones... ¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te comportas de ese modo si podrías pasarte el resto de tu vida sin mover un dedo ni arriesgarte a acabar en la cárcel?

—¿Realmente quieres saberlo?

—Siempre he querido saberlo.

—En ese caso te diré que, a diferencia de ti, Stanley, *Iceman* o cuantos iniciasteis esta terrible guerra por una simple cuestión económica, yo creo en lo que hacemos.

Wolf Lukas no pudo por menos que detenerse, de tal modo que su acompañante dio cuatro pasos en solitario antes de hacerlo a su vez y volverse.

—¿Qué has querido decir con eso de que crees en lo que hacemos? —quiso saber—. ¿En qué diablos crees?

—En la ineludible necesidad de haber iniciado esta guerra y otras muchas que impidan que el día de mañana nos convirtamos en un país de segunda fila. Sin energía no somos nada, Wolf, absolutamente nada, y se me antoja injusto que una partida de pastores de cabras analfabetos que ni siquiera sospechaban que tenían ese petróleo bajo el culo, ni saben cómo extraerlo o refinarlo, estén comprando ahora nuestras empresas y nuestros bancos hasta el punto de que dentro de unos años descubriremos que en realidad que son los auténticos dueños de Estados Unidos.

—¿Lo consideras posible?

—¡Está siendo posible! —respondió Tony Walker con sorprendente firmeza—. Judíos y árabes se odian a muerte y se enfrentan en todo menos en el hecho de repartirse amistosamente cuanto hemos creado. No existe una sola gran empresa, salvo Dall & Houston, Microsoft, Coca-Cola y media docena más, de las que árabes o judíos no sean accionistas mayoritarios, así que estoy convencido de que, o actuamos con decisión o muy pronto lo único que haremos será ofrecer servicios y refrescos. Lo que intento es evitar que ese futuro se convierta en realidad, y no lo hago por un dinero que ni sabría en qué demonios gastar.

—¡Me sorprendes! —replicó su jefe—. Nunca imaginé que estuvieras en esto por simple altruismo.

—Defender tu país, tu fe, el color de tu piel o los principios que tus padres te inculcaron en la cuna no es simple altruismo, Wolf, es la obligación de todo aquel que se precie de ser un buen patriota. No soy tan cándido como para creer que los mismos políticos indecisos o los mismos inversores que no dudaron en vender sus empresas sin preguntar la nacionalidad o la ideología de quienes las compraban serán los que nos salven de caer en el abismo. Resumiendo, podría decir que prefiero ser halcón a ser paloma, pero que no lo hago ni por dinero ni por ambición política: lo hago porque creo que Estados Unidos tiene futuro como halcón pero no como paloma.

Al parecer había llegado la hora de que algunos empezaran a entender que ni eran invulnerables, ni los dueños del mundo.

El elegante Mufti hizo su aparición una bochornosa mañana de principios de julio, tomó de nuevo asiento sobre las alfombras y se encaró directamente a Salka Embarek espetándole sin el menor preámbulo y casi con agresividad:

—¿Continuas dispuesta a sacrificarte?

El silencioso gesto de asentimiento no dejaba lugar a dudas.

—¿Sin vuelta atrás?

—Sin vuelta atrás.

El anciano, aunque a decir verdad no era un anciano sino tan solo un hombre al que evidentemente los años de guerra habían agotado prematuramente, pareció querer descubrir en el fondo de los ojos de la muchacha hasta qué punto era sincera, para acabar por rascarse una y otra vez la barba como si el hecho de arañarse la piel pudiera indicarle el mejor camino a seguir.

Resultaba evidente que no quería decir lo que iba a decir, pero al fin musitó:

—Desde el momento en que salgamos por esa puerta tu vida ya no te pertenecerá y podremos pedirte que nos la entregues en cualquier momento. ¿Entiendes lo que pretendo decirte?

—Lo entiendo.

—¿Y estás de acuerdo?

—Siempre que sea para matar americanos en América.

—¡Muchacha de ideas fijas! —masculló el otro impaciente—.

¡De acuerdo! Siempre que sea para matar americanos en América, pero ten en cuenta que vamos a emplear mucho tiempo y dinero en prepararte y en conseguir que llegues a Estados Unidos, o sea que, insisto, no hay vuelta atrás.

—¿Nos vamos ya?

Mufti le dirigió una severa mirada que tal vez no fuera de reproche sino de admiración, para acabar por replicar mientras se encogía de hombros:

—De acuerdo. Recoge tus cosas.

La respuesta tuvo la virtud de desconcertarle de nuevo.

—No tengo nada que recoger.

De ese modo, únicamente con lo puesto, dado que en los últimos tiempos había dado un estirón y la ropa que le comprara su madre con tanto cariño ya no le servía, Salka Embarek abandonó la tienda de su amigo Ibrahim en lo que constituía tal vez su último lazo de unión con el pasado.

Y en esta ocasión tampoco miró hacia atrás.

Avanzaba con paso decidido a la derecha del elegante barbuco y sin prestar atención a cuanto ocurría a su alrededor, como si el caos en que se encontraba sumida la que fuera hermosa y legendaria ciudad del sultán Aarum Al—Raschid, ahora ruinosa, ensangrentada, hedionda y repleta de vehículos calcinados, no le afectara en lo más mínimo.

Ni siquiera parecía reconocer calles antaño familiares o plazas en las que había asistido a desfiles en los que miles de soldados perfectamente uniformados e hileras de relucientes cañones y carros de combate tardaban horas en pasar con las banderas desplegadas al viento, acompañados de atronadores cánticos marciales, en un despliegue de fuerza encaminado a impresionar a supuestos enemigos.

¿Dónde estaban ahora?

¿De qué había servido tan absurda y desmesurada parafernalia?

¿Por qué se habían invertido tanto esfuerzo y dinero en armar y adiestrar soldados que no habían sabido defender su patria cuando estaba en peligro?

¿Tenía que ser ella, una criatura esquelética que ya ni bragas tenía, la encargada de lavar con sangre la ofensa de tan humillante derrota?

Pero estaba segura de que lo conseguiría.

Tal vez tardara semanas, meses o años, pero abrigaba la absoluta certeza de que algún día sembraría el caos en la capital de los Estados Unidos, del mismo modo en que los estadounidenses lo habían provocado en la capital de su país.

Además de su sangre, Braulio le había proporcionado una vieja fotografía que conservaba entre las escasas pertenencias que le había dejado su madre, y en la que se la podía ver, joven, bonita, coqueta y sonriente, en compañía de un hombre de pelo engominado e innegable aspecto de macarra barriobajero que sujetaba entre los dientes un enorme habano, y que apoyaba displicentemente una mano sobre el hombro de ella y la otra en el respaldo de un alto sillón de mimbre.

El parecido entre padre e hijo era evidente, y a partir de esa foto y de las que le hicieron al grasiento escuálido en los jardines del Meliá Cohiba, Gregory Gregorian dispuso de material suficiente a la hora de aplicar un eficaz y fiable programa informático que solían emplear las policías de medio mundo.

Tras seis o siete horas de intenso trabajo obtuvo una imagen que a su modo de ver se aproximaba mucho al aspecto físico que debería tener el chuloputas Emiliano Céspedes a los setenta y muchos años.

—¡Aquí lo tienes! —exclamó orgulloso de sí mismo girando el ordenador hacia donde se encontraba Jessica—: ¡Mariel!

La muchacha observó con especial detenimiento la imagen reproducida en la pantalla, y al fin comentó un tanto incrédula:

—Sin ánimo de ofender, ni a él, ni mucho menos a ti, si ese es el criminal más astuto y sanguinario de este país yo soy Mata Hari.

—Dejando a un lado el hecho de que serías una magnífica Mata Hari, lo cierto es que los criminales sólo tienen aspecto de criminales en las películas, querida. ¡Fíjate en Wolf Lukas sin ir más lejos! Tiene cara de cura de pueblo pero envía a miles de personas a la muerte con la misma naturalidad con que podría repartir estampitas de San Blas a la puerta de una iglesia.

—¿O sea que la cara no es necesariamente el espejo del alma?
—dijo ella con una sonrisa burlona.

—Sólo en los tontos, cielo, sólo en los tontos.

—Pues tú tienes cara de buena persona, y además me consta que eres una buena persona.

—Y tú tienes cara de golfa, y además me consta que eres una golfa, lo cual viene a certificar que los dos somos tontos.

—Por lo menos estamos de acuerdo en algo —admitió ella al tiempo que le acariciaba descaradamente la entrepierna—. ¿Qué piensas hacer ahora y cómo esperas encontrar a ese cerdo?

—Sé dónde se oculta.

Jessica Delmónico apartó la mano antes de que sus caricias surtieran demasiado efecto al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Lo sabes? —preguntó desconcertada.

—¡Naturalmente!

—¿Y dónde está?

Su marido golpeó con el dedo índice el teclado de su ordenador al tiempo que replicaba:

—¡Aquí dentro! En los tiempos que corren, todo se encuentra aquí, querida mía, en las tripas de tu propio ordenador, en las millones de páginas de información de Internet, y en los infinitos recovecos de una red que llega al último rincón del mundo —su tono de voz cambió al insistir absolutamente convencido de lo que decía—: Sé que está aquí, y lo único que tengo que hacer es encontrarlo.

—Pues aprovecha tus extraordinarios conocimientos para en-

contrar antes que nada el teléfono del supermercado porque se me ha perdido y nos hemos quedado sin cervezas.

—¡Tú siempre tan prosaica!

—Puede que yo sea la prosaica, pero eres tú el que se niega a comer si no hay cerveza fría, o sea que espabila y búscame ese número porque no quiero que esta noche me montes un circo.

Encontrado el número del supermercado y solucionado por tanto el problema de las cervezas, Gregory Gregorian, alias Smith, se concentró en la tarea de ponerse en contacto con un sinfín de viejas amistades que le debían favores o que le constaba que algún día tendrían que pedírselos.

Su padre le había dejado en herencia una extensa lista de direcciones esenciales para localizar delincuentes en los más remotos rincones del planeta, y a lo largo de los últimos años él mismo se había preocupado de que la longitud de dicha lista aumentara de forma espectacular.

Con la irrupción de Internet en la vida cotidiana, pederastas, ladrones, extorsionadores, estafadores y criminales de toda clase y condición habían encontrado un nuevo campo para sus actividades delictivas, pero al propio tiempo esa misma red permitía que el mundo se hiciera mucho más pequeño y accesible, de tal modo que en cuestión de segundos las autoridades de un determinado país podían acceder a los archivos de cualquier policía amiga.

Las bases de datos alcanzaban dimensiones inimaginables para quien supiera bucear en ellas, y aunque oficialmente nadie se atreviera a reconocerlo, prácticamente no existía un solo ser humano de los países considerados civilizados que no se encontrara en alguno de esos archivos, sobre todo si tenía la mala suerte de haber sido fichado alguna vez durante los veinte últimos años, aunque tan sólo fuera por una simple multa de tráfico.

No es que existiera un Gran Hermano que todo lo veía y todo lo sabía; es que existían miles de Pequeños Hermanos capaces de

relacionarse instantáneamente entre sí por el sencillo método de pulsar una determinada combinación de teclas.

Debido a ello, docenas de personas, a la mayoría de las cuales Gregory Gregorian nunca había conocido en persona pero con los que mantenía una fluida relación de trabajo, habían recibido en la pantalla de su ordenador un nombre, una foto y, por si fuera necesario, los datos de un ADN único e inconfundible.

También se había puesto en comunicación con la policía de Savannah, preguntando si tenían alguna noticia sobre un supuesto griego que se hacía pasar por cubano, y que cuarenta años atrás había regentado un prostíbulo de lujo en su ciudad.

Esa fue la primera respuesta que obtuvo:

«Efectivamente, Nicolás Pardellas, más conocido como Nick el Griego, fue dueño de un burdel de lujo hasta que hace unos seis años, se retiró, en compañía de una de sus antiguas pupilas, a un pequeño rancho en las afueras de la ciudad. No se le conocen actividades delictivas, y no hay duda de que vive de las rentas, sin apuros, pero sin excesivos lujos.

Un abrazo y siempre a tu disposición: Robert»

—¡Bien! —exclamó Gregory al conocer la noticia—. ¡Uno menos! Quedan por tanto Bruno *Fulldejotas*, muy hábil con las cartas pero un perfecto tonto de baba, lo cual le excluye automáticamente de la posibilidad de ser el inteligente Mariel, y por último Emiliano Céspedes, un auténtico «macarra hijo de puta» en palabras de la vieja Candelaria.

Si, efectivamente, el tal Mariel había sido uno de los fundadores de la Corporación, el círculo se iba estrechando de forma har-
to satisfactoria.

Bastaba por tanto con hacer salir al escurridizo Emiliano Céspedes del rincón del ordenador en que se encontrara oculto.

Y eso era únicamente cuestión de tiempo.

Debido a ello decidió que mientras le concedía ese tiempo a sus incontables colaboradores de todo el mundo, había llegado el momento de mantener una conversación con Alejandra Zanaj explicándole de palabra y cara a cara el rumbo que estaban tomando sus investigaciones.

Evidentemente, hubiera resultado mucho más sencillo llamarla por teléfono y concertar una cita, pero optó por volver a colarse de noche en su casa, subir sigilosamente a su habitación, tomar asiento junto a la cabecera de la cama y despertarla tocándole el brazo.

La pobre mujer dio un salto, y observó aterrorizada a su indeseado visitante.

—¡Madre de Dios! ¡La puta que...! —exclamó—. ¿Qué coño hace aquí a estas horas?

—Necesitaba hablar con usted.

—¿Y no ha encontrado otra forma más sencilla de hacerlo? Me va a matar de un susto.

—Para mí, ésta es la más cómoda, porque al mismo tiempo me sirve para demostrarle que el sistema de alarma de su casa continúa siendo pura basura, lo cual no es bueno para nadie, incluyéndome a mí —respondió con tranquilidad—. Cualquier ladronzuelo de tres al cuarto puede entrar y salir de ella sin el menor problema. Alguien de su fortuna y que en estos momentos se encuentra en una situación hartamente delicada debería contar con mejor seguridad, o una noche no volverá a despertarse.

—¿Y qué puedo hacer?

—Le enviaré a un auténtico profesional que le instalará un sistema fiable, pero no estaría de más que también pusiera a un

par de esos famosos matones albaneses en la puerta. Hoy en día, el que no se gasta el dinero en protegerse acaba por gastárselo en médicos... O en funerarias.

—De acuerdo. Y ahora cuénteme qué es eso tan importante que no puede esperar.

Gregory, ahora Smith de nuevo, le puso al corriente de cuanto había averiguado hasta el presente y cuando hubo acabado, la viuda de Stanley Rove inquirió tuteándole por primera vez:

—¿Y estás convencido de que ese tal Emiliano Céspedes es Mariel?

—Es el único candidato que me queda. Todos los demás han sido descartados.

—¿Y qué pasará si te equivocas?

—Pues que me habré equivocado. Por si fuera poco habré malgastado mi tiempo y tu dinero y estaremos como al principio —se encogió de hombros en lo que pretendía ser un ademán de impotencia, para concluir—: Es todo lo que se me ocurre porque si no conseguimos averiguar quién es Mariel, lo único que puedes hacer es ir a contarle tus sospechas a los del FBI.

Ella lo observó de medio lado y, como si considerara que desvariaba, dijo:

—¿Sin pruebas? El hecho de que exista un plan para asesinar al Vicepresidente tan sólo son conjeturas mías; basada en los documentos de Stanley, eso sí, pero simples conjeturas al fin y al cabo.

—Entrégales los documentos al FBI y que ellos saquen sus propias conclusiones.

—Prometí conservarlos a cambio de que no hicieran daño a mi familia, y un trato es un trato —le recordó ella—. Y debes entender que no me gustaría que saliera a la luz una comprometedorra información que demuestra que el padre de mis hijos urdió

una sangrienta conjura que ha costado cientos de miles de vidas. —Su voz casi se quebró al musitar—: Es una carga que deberé sobrellevar el resto de mi vida, pero no quiero que caiga sobre los hombros de unos niños que no tienen la culpa de que sus padres fueran un par de desgraciados que lo único que supieron hacer fue refugiarse en la cocaína.

—¿Cómo lo llevas?

—¿Lo de la cocaína? No he vuelto a probarla. Hubo momentos en los que creí que no podría resistir la tentación, así que decidí tirarla por el retrete. ¡Lástima que no pueda hacer lo mismo con los recuerdos! Algunos, como son pura mierda; siempre flotan.

Smith esbozó una sonrisa ante una frase que se le antojaba de todo impropia de una dama, pero había llegado a la conclusión de que en determinadas situaciones hasta las grandes damas dejan de serlo, y aquella era una situación hartamente difícil.

Se pasó repetidas veces el dedo por la parte baja de la nariz, quizás imaginando que al frotársela se le aclararían las ideas, y cuando hubo concluido dijo:

—Mi mujer tiene la fea costumbre de andar por la vida como si no se enterara de nada y todo le importara un pimiento, pero la conozco y me consta que tiene los pies muy bien asentados en el suelo. En su opinión, que a menudo comparto, ésta es una batalla perdida de antemano y haríamos bien en abandonarla para evitar salir malparados. —Lanzó un sonoro resoplido al señalar—: Tal vez deberíamos hacerle caso.

—Prometiste ayudarme.

—Y lo hago de la única forma que conozco. Si consigo desmascarar a ese hijo de puta, tus albaneses se ocuparán de quitarlo de en medio y en ese caso es muy posible que Lukas y Walker decidan cancelar la operación.

—Lo dudo.

—¡Ten fe! Han demostrado ser muy buenos mintiendo a la opinión pública, estafando al gobierno y amañado documentos, pero no creo que lo sean a la hora de organizar algo tan complicado y peligroso como asesinar sin ayuda de nadie a un Vicepresidente de Estados Unidos de América.

La casa de Mufti era amplia, cómoda, luminosa y se encontraba enclavada en uno de los barrios de la ciudad que, incluso sin pertenecer a la muy exclusiva Zona Verde, aún podían considerarse relativamente seguros.

Le permitieron darse el largo baño que tanto tiempo hacía que necesitaba, le proporcionaron ropa nueva, le dieron bien de cenar y le recomendaron que tratara de dormir hasta que vinieran a buscarla al día siguiente.

Quien acudió fue un hombre del que nunca supo más que el primer nombre, Hilu, y que apenas verla frunció el ceño mostrando un frontal rechazo y desagrado, para volverse de inmediato a Mufti.

—¿Pero, cómo? —protestó indignado—. Me has traído a una sunnita.

—¡Naturalmente!

—¿Acaso estás mal de la cabeza?

—En absoluto... —fue la tranquila respuesta del hombre de la cuidada barba—. Pero si conoces a una chíita educada en buenos colegios, que hable correctamente inglés, que pueda pasar por una chica occidental, y que esté dispuesta a sacrificar su vida en defensa de sus ideales, te la traeré con mucho gusto.

—¡Pero los sunnitas nos han perseguido y esclavizado durante siglos!

—Dudo que Salka haya tenido ni tiempo ni interés en perseguir chiítas ni durante siglos, ni incluso durante días... —Se dirigió ahora directamente a la muchacha—: ¿Qué opinas de los chiítas? —preguntó.

—Mi amiga Shereem es chiíta, pero me tienen sin cuidado tanto los sunnitas como los chiítas —fue la helada respuesta impregnada de indiscutible sinceridad—. No creo que en Norteamérica existan ese tipo de distinciones. Creo que allí la mayoría son cristianos, unos católicos y otros protestantes, pero supongo que no parecerán muy diferentes una vez que los haya hecho saltar por los aires.

Fue el tono, y la impasible expresión con que había hablado, más que sus palabras, lo que impresionó al llamado Hilu, que tras unos instantes de duda dijo:

—¿Y no te importa que quien te instruya sea un chiíta?

—Prefiero a un chiíta que sepa lo que hace, que a un sunnita que no entienda de bombas. ¿Entiendes de bombas?

—Más que cualquier sunnita.

—En ese caso aplícate a enseñarme cómo fabricarlas y no me vengas con tonterías. Las bombas y los misiles americanos no hacen ningún tipo de distinción entre nosotros, y por lo tanto no tengo el menor interés en enfrascarme en una discusión que ha venido dividiendo a nuestro país desde hace mil trescientos años. Probablemente sin tan inútil discusión sobre quién debió haber sucedido al Profeta, nada de esto habría sucedido.

—¡Blasfemas!

Salka Embarek volvió apenas el rostro hacia Mufti mientras señalaba acusadoramente con el dedo a su interlocutor.

—¿Es así cómo se construye una bomba? —quiso saber.

—Supongo que no —respondió resignado.

—Pues te advierto que yo no he venido hasta aquí, ni te he ofrecido mi vida para perder estúpidamente el tiempo. Si ésta es toda la ayuda que puedes prestarme prefiero las alfombras.

—¡Hilu...!

El demandado dedicó unos instantes a observar alternativamente a la muchacha y al barbudo, abrió la boca con intención de protestar, pero de pronto pareció cambiar de idea para acabar por afirmar con la cabeza:

—¡Qué Saitán el Apedreado me lapide! —exclamó dándole una especie de sopapo al aire—. Ya me advertiste de que era una criatura difícil, pero nunca imaginé hasta qué punto.

—Las criaturas fáciles no parecen dispuestas a inmolarsse.

—¡Cierto!

Al conectar el ordenador apareció una leyenda:

Tiene un mensaje.

Y al abrir el susodicho mensaje surgió en letras de molde la noticia que tanto esperaba:

Un individuo muy parecido al de la foto que enviaste ha sido visto con frecuencia por las calles de Papeete. ¿Hago algo al respecto? Un abrazo, René.

Respondió en el acto:

Limítate a reservarme un buen hotel. Llegaré el viernes. Gracias por todo, Gregory.

—¡Hijo de...! —exclamó Jessica Delmónico—. No ha elegido mal sitio para esconderse... ¡Tahití! Siempre me ha apetecido conocer Tahití.

—Pues te vas a quedar con las ganas, porque en esta ocasión no pienso llevarte —le replicó de inmediato su marido—. Puede ser peligroso.

—Escucha —respondió con frialdad—, si se trata del auténtico Mariel, más peligro corres llegando solo a Papeete que si llegas con un supuesto ligue, porque nadie tiene que saber que llevamos ocho años casados —sonrió astutamente y añadió—: Y si no es el hombre que buscas, el peligro lo corro yo, porque eres capaz de liarle con una tahitiana de esas que se pasan la vida bailando el *ula-ula* y meneando el trasero. O sea que pídele a René que reserve una suite que tenga salida directa a una playa con palmeras o que anule tu reserva porque te garantizo que solo no vas.

Lógicamente la discusión se prolongó durante casi dos horas pese a que aquella sí que era una batalla perdida de antemano. Gregory Gregorian lo sabía, pero aun así, y ya totalmente derrotado, continuó mostrándose hosco, ofendido y distante, más que nada por el hecho de que su mujer parecía haber decidido pasar de él, como acostumbraba con demasiada frecuencia, absorta en esta ocasión en la lectura de un libro que parecía reclamar su atención a todas horas y casi en exclusiva:

«La boda tuvo lugar en una minúscula capilla de brillantes colores y arquitectura típicamente colonial de la acogedora villa de Mahina; los novios se hicieron fotos rodeados de buganvillas al pie del blanco faro de la Punta de Venus, y dedicaron los dos días que siguieron a recorrer la isla, comprar frutas, recuerdos y pareos en el famoso mercado de flores de Papeete y a visitar el decepcionante Museo Gauguin en el que les sorprendió descubrir que podían contemplar su estudio e incluso acariciar sus pinceles, pero no existía ni un solo cuadro original del excéntrico artista que había decidido, cien años atrás, vivir y morir en la lejana polinesia francesa.

Abordaron un pequeño avión de hélice con intención de dirigirse a la mítica Bora Bora, «La Primera Isla Nacida» según la mitología de los aborígenes, y el lugar perfecto que habrían elegido todas las parejas de enamorados para disfrutar de una auténtica Luna de Miel.

Se hospedaron en la más amplia, alejada e íntima de las cabañas del Bora Bora Beach Club, clavada sobre las transparentes aguas de la quieta laguna pudiendo contemplar bajo sus pies y a través de un grueso cristal, las idas y venidas de cientos de peces de todos los colores que acudían en tropel en cuanto les arrojaban migas de pan.

Aquel lugar, con su suave temperatura, su brisa refrescante, sus arenas coralinas de un blanco deslumbrante y sus escarpadas cumbres cubiertas de flores y espesa vegetación, constituía lo más parecido al paraíso que ser humano alguno pudiera imaginar, y cuando en los atardeceres paseaban hasta la cercana punta Matira a contemplar, cogidos de la mano, cómo el sol iniciaba su tranquilo baño diario antes de irse a dormir, se preguntaban por qué razón no decidían quedarse allí, olvidándose de los infinitos problemas que acuciaban al resto de los mortales.

Poco más tarde, cuando las primeras sombras se apoderaban del inimitable paisaje, se encendían grandes hogueras en la playa, al pie de las palmeras, comenzaban a resonar los tambores y las flautas para que esbeltos mozarrones y exóticas muchachas que se adornaban con guirnaldas y coronas de flores iniciaran la cadenciosa danza del amor, que solían concluir retozando apasionadamente entre la espesura.

Aquel era un pueblo y aquella una isla creados por el más bondadoso de los dioses como ejemplo vivo y palpable de lo bien que sabía hacer las cosas cuando se decidía a hacerlas bien, y sentados sobre un tronco caído, bebiendo el dulce jugo de un coco recién cortado, la pregunta que todos los extraños se hacían era por qué injusta y cruel razón el resto del mundo no se parecía algo más a Bora Bora.

Taaroa era su nombre, y nada había a su alrededor.
No existía la tierra, ni el cielo del que cuelgan las estrellas.
No había mar surcado por blancas estelas de naves.
Ni hombres que marcaran sus huellas en la arena.

Le respondió su propia voz cuando gritó en las oscuras sombras.

Y su inmensa soledad le llenó el corazón de tristeza.

Entonces, Taaroa nos dio el sol que ahuyenta las tinieblas.

Nos dio el mar que deja correr los delfines sobre su lomo.

Nos dio la tierra que alimenta las raíces del cocotero.

Y nos dio la vida, la música y la danza para que seamos felices hasta que nos conduzca al paraíso de Noa-Noa

No era extraño que al ponerse el sol, los habitantes de Bora Bora experimentasen aquella especie de imperiosa necesidad de dar gracias por tan maravillosa existencia, y ahora experimentaban de igual modo el irrefrenable deseo de bailar descalzos y con una roja flor de pascua tras la oreja.

Hicieron el amor en la playa, en la laguna, bajo los cocoteros, sobre una frágil piragua, e incluso en su enorme cama.

Hicieron el amor a cualquier hora y de cualquier forma y manera imaginables.

Estaban allí para hacer el amor.

Y lo hicieron a fondo y a conciencia.

Tres días más tarde, noche de luna nueva, y cuando ya las tinieblas comenzaban a adueñarse del paisaje, una embarcación acudió al pie de la corta escalinata que descendía directamente de la cabaña al mar.

El remero, un fornido y silencioso nativo, bogó muy despacio, sin apenas agitar el agua ni hacer un gesto brusco para concluir por arbolearse a un blanco catamarán que permanecía anclado en el centro de la laguna.

Treparon a bordo, se escuchó el rumor del ancla al ser izada, se largaron las velas y a los pocos instantes la nave comenzó a deslizarse muy despacio hacia el estrecho de Teavanui, que separaba las tranquilas aguas interiores del atolón del mar abierto.

Cuando las luces de la isla se perdieron por completo a sus espaldas, los seis hombres de la tripulación entonaron a coro una

vieja canción, suplicando al dios del mar que les protegiese durante el transcurso de la larga travesía.

Las miríadas de estrellas del hemisferio sur, infinitamente más rico en ellas que el del norte, habían acudido a su eterna cita, por lo que el capitán del majestuoso catamarán eligió la que le marcaría el inicio de las negras rutas del agua, el antiquísimo sistema de navegación que había hecho de los de su raza los más geniales peregrinos del mar.

—Si pretende dirigirse, tal como ahora hacemos, a una isla que se encuentra en algún punto al oeste, debe escoger una estrella y seguirla en su viaje hacia poniente —indicó a quien desde que subió a bordo se había colocado a su lado, ansioso por aprender una forma de orientarse que no se parecía a ninguna otra—. Y cuando esa estrella se oculte en el horizonte es necesario buscar a su enamorada, puesto que cada estrella tiene una enamorada que va tras ella, como atada a su cola. Y a ésta le seguirá otra, y luego otra y así hasta el amanecer, porque Taaroa creó las estrellas con el único fin de que los polinesios lleguemos siempre a buen puerto.

—¡Pero es que hay millones de estrellas! —se lamentó su interlocutor—. ¿Cómo puedo saber a cuál de ellas tengo que seguir?

—Habiendo aprendido a distinguirlas antes que a hablar —fue la respuesta—. Cuando se sabe qué lugar ocupa cada constelación en la cúpula del firmamento en cada época del año, sus señales son tan claras como los letreros de las calles de Papeete. Quien sepa leer nunca se perderá en Papeete, y quien conozca las estrellas nunca se perderá en el mar.

Cuando llevaban ya seis horas de vuelo, Gregory Gregorian había hojeado todas las revistas de a bordo, no conseguía pegar ojo y se aburría a muerte, así que no pudo contenerse por más tiempo y acabó diciendo malhumorado:

—¿Se puede saber qué diablos lees que no puedes dedicarme ni un jodido minuto?

—Una novela que transcurre en las islas —respondió Jessica dejando el libro abierto y boca abajo sobre su regazo—. Es una buena manera de ambientarme.

—¿Y lo consigues...?

—Hasta el punto de que pediré el divorcio si no me haces el amor en una cabaña de Bora Bora, si al atardecer no me permites escuchar las canciones de los nativos que hablan del dios Taaroa, o si no me llevas a navegar en un catamarán siguiendo el camino de las estrellas.

—¿De qué coño hablas? —masculló su marido al que la duración del viaje le estaba sacando de sus casillas—. Vamos en busca de uno de los mayores asesinos conocidos, no a hacer chorradas.

—Si hacer el amor en una romántica cabaña de los mares del sur se te antoja una chorrada te veo cascándotela durante las próximas dos semanas —sentenció su esposa esbozando una de sus aviesas sonrisas—. Tu problema, querido mío, es que te pasas el día con la nariz pegada al ordenador o estudiando plúmbeos informes sin dedicar al menos un par de horas a leer, escuchar buena música o disfrutar de una película. A este paso tendré que inscribir sobre tu tumba: «Aquí yace el que más sabía de todo, excepto de vivir».

—Como epitafio no está mal —admitió él en idéntico tono—. Yo sobre tu tumba escribiría: «Aquí yace la que más sabía de vivir, pero de poco más».

Ella le golpeó afectuosamente con el libro en la cabeza, lanzó una ojeada a la inmensidad del mar que se extendía debajo de ellos, y al poco señaló:

—A mí lo que me asombra es que tras tantas horas de vuelo, el piloto sea capaz de encontrar una isla tan pequeña en la inmensidad de este increíble océano. ¿No nos habremos pasado de largo?

—Quien encuentra la isla no es el estúpido piloto que te da la bienvenida al entrar al avión, sino el sistema de navegación. Pero lo que sí es cierto, es que si los dos se equivocan acabaremos durmiendo con los pingüinos.

—No te preocupes... —le tranquilizó ella aproximándose y susurrándole al oído—. Esta noche dormiremos sobre la arena de la playa con medio cuerpo dentro de un mar tibio, y si dejas de tener esa cara de mono enfurruñado, permitiré que busques con la punta de la lengua eso que tanto te gusta.

Hilu observó, con aire ensimismado, a la muchacha de hosco semblante que acababa de sentarse frente a él. Con estudiada intención, se tomó un largo tiempo antes de decidirse a hablar, y cuando al fin lo hizo su tono de voz sonó poco amistoso:

—Bien, jovencita —comentó—, llevo meses lidiando con tu maldito carácter y una forma de comportarse impropia de una muchacha que ha asistido a buenos colegios, y admito que pareces inteligente y decidida, pero una cosa es tener la lengua muy suelta y alardear de que vas a aterrorizar a la gente, y otra muy diferente demostrar que eres capaz de hacerlo.

Salka Embareck se limitó a observarlo tan impasible como siempre, y de igual modo se tomó su tiempo antes de preguntar sin demostrar excesivo interés:

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que ha llegado el momento de que comprobemos que a la hora de la verdad no te vas a mear encima. El siguiente paso consiste en conseguirte documentación y organizar tu viaje a Estados Unidos, pero no pienso hacerlo a no ser que esté convencido de que tienes un par de cojones.

—Un par de cojones los tienen aproximadamente la mitad de los seres humanos y no por eso están dispuestos a dejarse despedazar por una bomba —respondió ella con acritud—. Pero en

este caso admito que tienes razón, porque al fin y al cabo yo soy la primera que debe estar segura de mí misma. ¿Qué quieres que haga?

—Entrar con una bomba en la Zona Verde y dejarla en el Parlamento. Alguien pasará a recogerla al día siguiente.

La muchacha meditó unos instantes como si estuviera calculando los riesgos que eso implicaba, y tras lanzar un leve suspiro dijo:

—La Zona Verde está extraordinariamente protegida, ¿no es cierto?

—Es una de las regiones del mundo que más lo está en la actualidad, y dentro de ella el Parlamento y la Embajada Americana son como fuertes inaccesibles. Por eso mismo, si lo consigues, aceptaré que vale la pena enviarte a América, porque habrás demostrado que eres capaz de llevar adelante cualquier misión.

—¿Y qué pasará si me descubren?

—Que haré estallar la carga con un mando a distancia porque supongo que comprenderás que no debo permitir que te cojan viva. Sabes demasiado sobre nosotros.

—Tampoco yo querría que me cogieran visto lo que le hicieron a Turkey.

—¿Quieres decir con eso que aceptas?

—¿Y qué remedio me queda? —quiso saber ella con absoluta naturalidad—. Sola, sin dinero y sin documentación, jamás llegaría a América. Lo peor que puede ocurrir es que me descubran, o que una vez que esté dentro aproveches la ocasión para hacerme volar antes de tiempo, pero no veo la forma de saber si esa es tu verdadera intención. Tendré que vivir con ello hasta el momento en que decidas si debo dejar de vivir o no.

El otro le dirigió una larga mirada, y en esta ocasión no podía negarse que se advertía en él una profunda admiración.

—¡Lástima que seas sunnita! —exclamó.

—Ya te he dicho más de una vez que no soy ni sunita, ni chiíta; ni tan siquiera me considero musulmana o iraquí. Lo que voy a hacer lo hago sólo porque soy una Embarek —Hizo una corta pausa para concluir con voz ronca—: Mi estirpe, que se remonta a cientos de años y que por si no lo sabías te aclararé que proviene de pueblos nómadas del Sahara, va a desaparecer conmigo, y lo único que pretendo es que lo haga de un modo digno, no aniquilada por un misil caído del cielo en mitad de la noche.

—No tenía ni la menor idea de que provinieses del desierto.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí y que tampoco merece la pena que las sepas, porque presiento que de ahora en adelante nos vamos a ver muy poco. ¿Para cuándo lo de la Zona Verde?

—Para mañana al mediodía.

—Estaré en mi habitación.

—¿Necesitas algo?

—Lo único que necesito tú no lo tienes.

—¿Y es?

—Valor.

René Farepeti, siempre amable y sonriente, constituía un típico ejemplo de tahitiano hijo de nativo y francesa: alto, moreno y de ojos claros, bien parecido, pero con una inevitable tendencia a engordar que parecía constituir una pesada herencia genética de los antiguos polinesios.

Las muchachas, bellísimas y de cuerpos esculturales hasta que empezaban a tener hijos, adolecían de una imparable tendencia a desbaratarse a partir de los veinticinco años, como un viejo colchón de plumas al que se le hubieran roto las costuras. Desarrollaban inmensos traseros, y de igual modo, aunque en menor proporción, la mayoría de los tahitianos mostraban idéntica propensión al exceso de grasa.

René Farepeti compensaba su desproporcionada humanidad con una arrolladora simpatía y unos sinceros y apasionados deseos de ser útil.

No dudó a la hora de acompañarles a asistir a una boda entre nativos en la minúscula capilla de brillantes colores y arquitectura típicamente colonial de la acogedora villa de Mahina, a observar cómo los novios se hacían fotos rodeados de buganvillas al pie del blanco faro de la Punta de Venus, o a recorrer la isla, comprar frutas, recuerdos y pareos en el famoso mercado de flores de Paapeete, para visitar por último el decepcionante Museo Gauguin

en el que a Gregory y Jessica les sorprendió descubrir —como a los protagonistas de la novela— que podían contemplar su estudio e incluso acariciar sus pinceles, pero no existía ni un solo cuadro original del excéntrico artista que había decidido cien años atrás, vivir y morir en la lejana polinesia francesa.

Pero se vieron obligados a contentarse con ello, dejando para otro momento el capítulo de las noches de amor en las playas de Bora Bora, escuchando canciones en honor del dios Taaroa, puesto que al tercer día René Farepeti les telefoneó para comunicarles que había localizado al sospechoso cuando abandonaba el edificio del Ayuntamiento, y que en esos momentos se encontraba almorzando en la terraza de un conocido bistró, no lejos de la estación de autobuses.

Se dirigieron hacia allí en un taxi con el fin de reunirse con el gordinflón, que les aguardaba en la esquina y que hizo un disimulado gesto hacia el hombre de floreada camisa y pantalones cortos que se encontraba enfrascado en la lectura de un periódico, a la espera de que le trajeran un café con el que al parecer daba fin a su almuerzo.

—¿Es él? —quiso saber.

—Desde aquí no puedo verle bien —fue la respuesta de Gregory Gregorian—. Hay que esperar a que levante la cabeza.

Cuando la camarera le sirvió el café, el hombre dejó a un lado el periódico, dirigió una larga mirada a lo largo de la calle mientras hacía girar distraídamente la cucharilla, y por último encendió un impresionante habano del que aspiró por dos veces y con evidente delectación antes de llevarse la taza a los labios.

—¡Cubano hasta la muerte! —comentó Jessica Delmónico—. Hay costumbres que no se pierden ni al otro lado del mundo. ¡Es él!

—¿Estás segura?

—Es casi idéntico a la foto, y el detalle del cigarro resulta significativo.

—Lo que me sorprende es que no lleve guardaespaldas —puntualizó su marido—. Al fin y al cabo se trata de un peligroso asesino.

—Si los llevara llamaría la atención —le hizo notar René Farepeti en lo que se les antojó un comentario de lo más lógico—. En Tahití somos conscientes de que la isla atrae a delincuentes de todo el mundo cuyo sueño es retirarse a un paraíso como éste, y por lo tanto solemos fijarnos en ese tipo de detalles. Si pretenden vivir aquí sin sobresaltos, lo esencial es pasar desapercibidos y tan sólo se pueden permitir un Ferrari o un yate de treinta metros si demuestran el origen de sus ingresos sin el menor género de dudas.

—Pues en el puerto atracan varios de esos yates y los coches de lujo abundan.

—Hay mucha gente rica en el mundo, querida, mucha más de la que imaginamos. El mayor de los yates pertenece a una china que se dedica a reciclar papel usado, y el segundo a un fabricante de sostenes alemán. Por lo visto eso de mantener las tetas en su sitio da para mucho.

—Es que por desgracia incluso las mejores tetas tienden a caerse tarde o temprano. ¿Qué hacemos ahora?

—Entrar en esa zapatería y dedicarnos a probarnos zapatos hasta que decida marcharse, porque parados aquí como tres pasmarotes acabaremos por llamar su atención.

Jessica aprovechó para comprarse cuatro pares de sandalias típicas de la isla, y tuvo que apresurarse a pagar cuando de pronto el hombre del habano se puso en pie, cruzó la calle, desapareció en un aparcamiento cercano y salió al poco conduciendo un Renault verde.

—¿Lo seguimos? —quiso saber Gregory Gregorian.

El tahitiano se limitó a negar mientras se entretenía en apuntar la matrícula en un pedazo de papel.

—Si es quien tú crees no tardaría en darse cuenta de que le siguen —dijo—. Y en la isla no puede ir muy lejos. Te garantizo que en un par de horas localizaremos ese coche.

No obstante, tardaron casi cuatro horas en comunicarles que el Renault verde se encontraba aparcado a la puerta de un pequeño bar en las proximidades de la laguna de Punaauia, uno de los lugares realmente paradisíacos de la isla, famoso por sus puestas de sol.

René Farepeti les llevó en su viejo descapotable, pero fue de la opinión de no dejarse ver, puesto que todo el mundo, y en especial un presunto delincuente, debía saber quién era, y probablemente eso le haría ponerse en guardia.

—Entrad como un par de turistas sedientos de alcohol y atardeceres, procurad no levantar sospechas, pero recordad que estoy aquí, y armado, por si es necesario echaros una mano.

Lo hicieron y tomaron asiento junto a la cristalera que se alzaba sobre la laguna, admitiendo que realmente el paisaje no tenía parangón con cuanto hubieran visto hasta el presente.

El hombre de la camisa floreada, el único ocupante del local a aquellas horas, se encontraba sentado en el más apartado de los rincones, absorto en la tarea de apuntar algo en una sobada libreta, pero al poco se aproximó:

—¿Qué van a tomar? —quiso saber

La sorpresa les impidió reaccionar. Aquel era sin duda el hombre de la foto y si contara con más pelo, negro y peinado hacia atrás, sería el vivo retrato del infeliz Braulio. Pero salvo el eterno habano que por lo visto jamás abandonaba, no parecía quedar nada de aquel al que Candelaria definiera como «el macarra más hijo de puta que haya parido madre».

Jessica y su marido se miraron, lo miraron de nuevo, volvieron a mirarse, y como el otro permanecía a la espera se limitaron a rogar que les sirviera dos pastís con hielo y agua.

Mientras se alejaba para pasar tras el mostrador y preparar lo pedido, Gregory Gregorian se rascó la barbilla y susurró por lo bajo:

—¡La cagamos!

—¿Estás seguro de que es él?

—¡Mírale! Incluso arrastra los pies como el grasiento; tenías razón, y si éste es Mariel, tú eres Mata Hari.

—Puede que este bar no sea más que una simple tapadera.

—¡No digas bobadas! —se indignó él—. ¿Cuándo has visto a un peligroso asesino sirviendo pastís?

—¡Nunca! Pero también es cierto que nunca he visto a un asesino.

Guardaron silencio porque el hombre se aproximaba con una bandeja, y cuando les hubo atendido con la naturalidad propia de un experimentado profesional, Jessica lo detuvo con un gesto.

—¡Perdone...! —preguntó—. ¿El local es suyo? —ante el mudo gesto de asentimiento añadió—: ¿Hace mucho que lo tiene?

—Unos catorce años.

—¿Pero usted no es tahitiano?

—¡Desde luego que no!

—¿Y se ha acostumbrado a vivir en la isla?

El otro hizo un gesto hacia el rojo disco del sol que pronto comenzaría a ocultarse tras las montañas de la cercana isla de Mororea.

—Tendría que estar loco para no acostumbrarme —señaló con una sonrisa—. Este es el lugar más bello que existe.

—Pero supongo que vivir siempre en una isla resultara en cierto modo agobiante. ¿Suele salir con frecuencia?

—Ni atado. Desde que llegué, lo más lejos que he ido es a Bora Bora, y de eso hace por lo menos diez años. ¡Créame! El paraíso nunca resulta agobiante.

—¡Ya! ¿Me permite que le invite a una copa? —intervino Gregory Gregorian—. Me gustaría hacerle unas preguntas.

El hombre dudó, pareció a punto de negarse, pero al fin hizo un gesto hacia el habano que se encontraba sobre la bandeja.

—¡Si no les importa que fume...!

—¡En absoluto!

Se fue, regresó con un largo vaso de ron en la mano y tomó asiento frente a ellos al tiempo que señalaba:

—Si lo que quieren es saber si vale la pena quedarse en la isla les diré que por un lado me molestaría que lo hicieran porque está empezando a superpoblarse, pero por otro no me queda más remedio que reconocer que es el mejor lugar que nadie pueda imaginar para vivir.

—No es de eso de lo que pretendía hablarle.

El dueño del local les observó un tanto confundido, dedicó un instante a contemplar el paisaje y por último inquirió:

—¿Entonces...?

Su interlocutor tardó en decidirse porque necesitaba medir muy bien sus palabras, pero tras apurar su bebida, señaló:

—Tenemos un buen amigo en Cuba, se llama Braulio, vive en la miseria, sin tan siquiera un par de zapatos que ponerse porque hay meses que no alcanza a ganar ni ocho dólares. Es uno de los seres humanos más infelices que nadie pueda imaginar, ya que ni siquiera llegó a conocer a su padre... —hizo un gesto a Jessica indicándole el bolso y ella extrajo una fotografía que dejó sobre la mesa—. Es ese... —concluyó.

El hombre se quedó muy quieto, como si se hubiera convertido en piedra, porque no era capaz ni de mover un músculo. Cabría imaginar que de improvisto todo su pasado estaba cruzando por su mente, y ello le impedía reaccionar.

Al fin, muy tímidamente, se atrevió a alargar la mano, coger la fotografía y observarla más de cerca. De improvisto, gritó:

—¡Bruno! ¡Bruno, ven aquí!

Un tipo muy flaco, completamente calvo y desnudo de cintura para arriba hizo su aparición surgiendo de una portezuela lateral, al tiempo que exclamaba:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

El otro le entregó en silencio la fotografía, el recién llegado la estudió un instante y casi de inmediato comentó en español:

—¡Joder, compadre! ¿Quién es este?

—¡Mi hijo, cretino! ¿Quién más puede ser?

—¿El de la Eulalia?

—Que yo sepa no tengo otro. Y menos en Cuba.

—¡Carajo! ¿Y dónde está ahora?

—En Cuba.

—¡Pues va de culo! ¡En Cuba y con tu misma cara...! Los hay que nacen gafados.

—¿Por casualidad es usted Bruno el Fulldejetas? —quiso saber Gregory Gregorian.

—El mismo, pero no por casualidad, aunque hace años que nadie me llamaba así... —se volvió a su compañero y dijo—: ¿Y estos quiénes son?

—Ni puñetera idea —admitió el otro—. Sólo sé que por lo visto conocen a mi hijo y aseguran que está en la miseria.

—Con que esté en Cuba ya es bastante... —puntualizó el calvo aproximando una silla y acomodándose en ella—. ¿Qué es lo que quieren? —preguntó—. Si pretenden sacarnos dinero también van de culo, porque esto no da más que para vivir; sin apuros, pero sin lujos. Y hace años que saldamos nuestras deudas con la justicia.

—Ni pretendemos sacarles dinero, ni tenemos nada que ver con la justicia —respondió con tranquilidad—. En realidad veníamos buscando a otra persona.

—¿A quién?

—No viene al caso. Se trata de un error, pero ya que estábamos aquí hemos considerado que tal vez usted quiera hacer algo por su hijo. Lo está pasando francamente mal.

—¿Y su madre?

—Murió. De sida.

—¡Vaya por Dios! Era una buena chica, y admito que me comporté como un cerdo —Se volvió a su amigo para añadir—: Lo cierto, compadre, es que éramos un par de cabronazos de mucho cuidado.

—¿Y qué quieres que te diga? —masculló el otro encogiéndose de hombros—. La verdad es la verdad y no es más que la verdad. Lo éramos y nos encerraron por ello; a ti nueve años y a mí seis, pero por eso mismo, porque pagamos por lo que hicimos, no creo que nadie tenga derecho a pedirnos cuentas a estas alturas.

—Le repito que no hemos venido a pedir cuentas de nada —insistió Gregorian señalando la foto—. Si deciden hacer algo por él es su problema, no el nuestro.

Se irguió al tiempo que le hacía un gesto a Jessica indicando que había llegado el momento de marcharse, pero Emiliano Céspedes le retuvo colocando con suavidad una mano sobre su antebrazo:

—¡Espere hombre, no se vaya tan pronto! Y no le haga caso a este animal, que ya está tan chocho que el miedo le hace ver fantasmas del pasado en todas partes.

—¿Te parece poco fantasma del pasado un hijo que parece recién salido de Austerlitz? —se indignó el otro.

—¿Austerlitz? —repitió sorprendido su amigo—. ¿Qué coño tiene esto que ver con Austerlitz?

—¿Cómo que qué tiene que ver? ¿Acaso no has visto las fotos del holocausto? Los jodidos nazis los dejaban morir de hambre.

—Austerlitz fue una batalla que ganó Napoleón, y no un campo de concentración nazi, animal. ¡Eso era Auswitch!

—¡Carajo, y qué más da!

—No, si ya sé que a ti todo te da igual. ¡Por favor, señor! —suplicó de nuevo—. ¿Me puede contar algo más sobre el chico?

—¿Y qué quiere que le diga? Cuando murió su madre lo recogió una tal Candelaria, que hizo lo que pudo, que en verdad no fue mucho porque supongo que ya sabe cómo andan las cosas en Cuba.

—¿Candelaria Torrero? ¿La puta?

—La misma. Viven en un cuarto con cocina y un retrete en el patio.

—¡Jodido Fidel, cabrón de mierda!

—Braulio podría echarles una mano aquí —intervino Jessica—. Es un buen chico y muy trabajador cuando le dejan trabajar. Y llegará un día en que ustedes ya no se encontrarán con fuerzas a la hora de servir mesas.

—Eso es muy cierto.

—¿Entonces?

—Tendríamos que pensarlo... —Emiliano Céspedes hizo una pausa antes de añadir—: Sin embargo, hay algo que no me acaba de encajar en toda esta historia y me tiene cabezón. ¿Cómo diablos dieron con nosotros?

—Buscando a otra persona, ya se lo he dicho.

—¿A quién?

—A un auténtico hijo de la gran puta.

—Para encontrar a auténticos hijos de puta no es necesario buscar mucho; se encuentran en cada esquina. ¿A quién se refiere exactamente?

—A uno al que llaman Mariel.

—¿Mariel...? —se sorprendió Bruno Fulldejotas—. ¿Un marielito?

Sentada a oscuras en su habitación, contemplando a través de la abierta ventana la media luna que se había detenido sobre los tejados de Bagdad como si el signo del Islam estuviera tratando de hacer comprender a sus infelices habitantes que había llegado a protegerlos de tanto mal como les estaba afligiendo, Salka Embarek no podía evitar preguntarse si aquella sería la última noche de su vida.

Hacía días que había perdido la confianza en Hilu, y casi de igual modo en Mufti, que ya raramente acudía a visitarla, y un extraño desasosiego, como un doloroso presentimiento, se había adueñado de su espíritu, asaltada como estaba por la sospecha de que, en realidad, aquellos hombres no pretendían ayudarla a vengarse, sino que habían decidido utilizarla para un fin que no acertaba a comprender.

Tal vez fuera aquél el destino que le tenían reservado.

Tal vez nunca habían tenido intención de llevarla a Estados Unidos, sino de utilizarla provocando un atentado en el único punto de la ciudad al que los terroristas no habían sido capaces de acceder.

La Zona Verde, y en especial el Parlamento en el que se reunían a discutir durante interminables horas cuantos aseguraban que pretendían convertir Irak en una república democrática a

imagen y semejanza de los países occidentales, se habían convertido en la última frontera contra el imparable avance de la violencia terrorista de quienes no dudaban en sacrificar sus vidas en defensa de unos determinados ideales.

Como hongos tras la lluvia, hombres y mujeres dispuestos a inmolarsse habían comenzado a surgir en cada rincón del planeta desde hacía poco más de una década, y era como una plaga, el quinto jinete del Apocalipsis, al que nadie sabía cómo enfrentarse porque aún no había nacido un solo ser humano que consiguiera entender por qué razón alguien decidía morir por el mero hecho de que ello provocase la muerte de otros a quienes probablemente ni siquiera conocía, pero que aun así consideraba sus enemigos irreconciliables.

El instinto de conservación, primordial en todo ser viviente, había desaparecido en ellos, y pese a pertenecer al grupo de quienes lo habían perdido, Salka Embarek seguía preguntándose la causa de semejante actitud.

¿Eran todos, al igual que ella, seres desesperados que se habían quedado sin razones por las que vivir, o simples fanáticos a los que se les habían lavado el cerebro hasta el punto de dejarse conducir al matadero como estúpidos borregos?

Raro era el día en que alguien no provocaba una masacre en calles o mercados, arrastrando consigo a docenas de víctimas de su propia raza, su propio país, su propia ciudad e incluso a veces de su propio barrio.

¿Por qué lo hacían y de quién se estaban vengando?

Sabido es que los seres humanos suelen entender sus propios motivos, pero a menudo les cuesta entender los de los demás, por muy similares que lleguen a ser, y tal vez se deba a que con excesiva frecuencia tales motivos tienen poco que ver con la razón y mucho con los sentimientos.

Debido a ello, Salka Embarek sólo era capaz de entender que

estuvieran dispuestos a inmolarse aquellos a los que les hubieran aniquilado a su familia de la noche a la mañana.

Ni tan siquiera se le había pasado por la mente la idea de que el hecho de convertirse en mártir fuera el camino más corto al paraíso.

El paraíso era cosa de hombres que soñaban con que se les premiara con un sinfín de hermosas vírgenes.

¿Qué muchacha se dejaría matar por pasar el resto de la eternidad en semejante lugar y compañía?

Para Salka Embarek el paraíso era regresar a casa, aspirar los aromas que llegaban de la cocina, besar a su madre, recibir la bendición de su padre, jugar con sus hermanos, pasear a orillas del Tigris con sus amigos, ir al cine y lanzar de vez en cuando una mirada furtiva a su joven vecino Mubarrak, que tenía unos ojos preciosos.

Mubarrak no estaba en la ciudad la noche que cayeron las bombas, y nunca volvió a ella.

La juventud había sido el paraíso perdido de Salma Embarek, pero no le constaba que Mahoma hubiese prometido jamás que el verdadero paraíso fuera regresar a los maravillosos años en que se es joven.

De hecho, ninguna religión conocida prometía tal cosa, y parecía muy probable que si lo hiciera conseguiría millones de adeptos.

Sentada a oscuras en su cuarto durante la que probablemente era la víspera de su muerte, llegó a la conclusión de que ella, al igual que tantos otros, había cruzado de lado a lado el paraíso sin darse cuenta de que lo había dejado a sus espaldas hasta que ya no existía forma de regresar a él.

Nadie conseguiría rehacer el destrozado cuerpo de su madre, nadie levantaría de los escalones el cadáver de su padre, nadie devolvería la sonrisa a sus hermanos, ni nadie restauraría el destrozado hogar en que había nacido.

Las voces, las risas, los sonidos y los olores de su niñez y su pubertad se habían volatilizado tras el impacto de un misil, y jamás volverían.

Valía la pena dejarse matar por el simple hecho de no continuar añorándolos.

La indiscutible evidencia de que los dos viejos ex presidiarios, que según pudo comprobar de inmediato René Farepeti no habían abandonado la isla en años, nada tenían que ver con un posible organizador de asesinatos por encargo sumió a Gregory Gregorian en un profundo desconcierto.

Tantas horas de esfuerzo y tanto dinero invertido no habían servido de nada, ya que se encontraba tan a oscuras sobre la identidad del escurridizo Mariel como el primer día.

Decidió encerrarse en la habitación del hotel, a solas con su inseparable ordenador, permitiendo que fuera Jessica la que disfrutara de la hermosa playa que comenzaba a menos de veinte metros de distancia.

La Suite Presidencial que les habían proporcionado por influencia directa de René se encontraba justo al nivel del mar, provista de una enorme terraza adornada con cocoteros y buganvillas, así que de vez en cuando Gregory Gregorian hacía un pequeño alto en el trabajo a fin de darse un chapuzón y tenderse unos minutos junto a la hamaca de su esposa, regresando de inmediato a la inútil tarea de intentar que las tripas de su ordenador le desvelaran sus secretos.

Cierto era que, según asegurara días atrás, Emiliano Céspedes se encontraba efectivamente en su interior y había sido capaz de

hacerlo salir a la luz, pero quien en realidad le interesaba era Mariel, y éste no aparecía por parte alguna.

¿Dónde se había equivocado?

Meticuloso hasta la saciedad, lo que le había permitido convertirse en uno de los investigadores mejor pagados de su tiempo, repasaba una y otra vez sus notas, pero por más que se esforzaba no conseguía descubrir dónde radicaba el error y en qué punto se había desviado de la dirección correcta para acabar haciendo el ridículo en un tranquilo bar de la romántica laguna de Punuauia, en la lejanísima polinesia francesa.

Interminables y pesadas horas de vuelo, de Houston a Miami, de Miami a La Habana, de La Habana a Los Ángeles y de Los Ángeles a Papeete, habían concluido en un fiasco que consideraba totalmente impropio de una mente tan privilegiada como la suya.

Y dicha evidencia tenía la virtud de ponerle de un humor de perros.

Su esposa, que le conocía a la perfección pues no en vano llevaba ocho años compartiendo su cama, sabía muy bien que lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias era enfrascarse en la lectura de una buena novela o dedicarse a tomar el sol escuchando música, puesto que la más mínima alusión a un indiscutible fracaso daba pie a una agria discusión que nunca conducía a ninguna parte.

A Jessica Delmónico le constaba que en el mismo momento en que su marido descubriera cuál había sido ese error, que estaba segura que acabaría por descubrir, diseñaría una nueva estrategia de trabajo, porque entre sus méritos o deméritos destacaba la cruda realidad de que era más terco que una mula, y no recordaba una sola ocasión en su vida en la que hubiera decidido darse por vencido.

Resultaba factible que en un momento dado aceptara que había sido derrotado, pero tras una tumultuosa noche de insomnio

volvía a la carga con renovados bríos por imposible que se le antojara el reto.

Jessica le admiraba por ello y por el hecho de que siendo evidentemente un hombre de acción y notable fortaleza física, condecorado por su valor en el combate durante la Guerra del Golfo, optaba no obstante por la pacífica vía del análisis y la reflexión, con el argumento de que la violencia estaba al alcance de cualquier mentecato, mientras que la inteligencia era un privilegio reservado a unos pocos.

—Incluso el obtuso herrero que maneja un martillo tiene que saber dónde y cuándo debe golpear y forjar una herradura, o sólo obtendrá un pedazo de metal —le dijo en cierta ocasión—. Mi padre me enseñó que en nuestro tipo de trabajo el martillo debe estar siempre dispuesto, pero a ser posible en reposo.

—Por eso hasta ahora no he conseguido que arregles la estantería de la cocina —le replicó con malvada ironía.

—¡A que te atizo con el mango del martillo...!

—Ese sí que te encanta empuñarlo a todas horas...

Bromas y discusiones aparte, resultaba innegable que en esta ocasión Gregory Gregorian, alias Smith, se encontraba absoluta y definitivamente empantanado en sus investigaciones, y lo que era peor, furioso consigo mismo por el hecho de haber elegido un sinuoso camino que no había servido más que para tomar el sol en una exótica playa del confín del planeta.

Admitida muy a su pesar la indiscutible derrota, llegó a la conclusión de que lo mejor que podían hacer era pasar un par de noches en Bora Bora con el único fin de que la quisquillosa Jessica no le amargara el resto de la vida argumentando que no había podido hacer realidad el sueño de bailar el «ula ula» en su famosa laguna, escuchando las cadenciosas canciones de los nativos, cuando tan sólo se encontraban a veinte minutos de vuelo de la mítica isla.

Ya tendría tiempo de regresar con el rabo entre las piernas, a dar cuentas a Alexandra Zanaj de los decepcionantes resultados de tan costoso viaje.

Decidió por tanto invitar a René Farepeti, Emiliano Céspedes y Bruno Fulldejotas a una de las cenas típicamente tahitianas que tenían lugar tres noches por semana en la playa del hotel, y en la que el plato fuerte lo constituía un enorme cerdo envuelto en hojas de platanero y asado a la brasa bajo la arena.

Hermosas nativas cantaban y bailaban sin más vestimenta que una diminuta falda de hierba y rojas flores en el pelo mientras se cubrían los erguidos senos con pedazos de coco que amenazaban con salir volando a cada giro.

Concluida la pantagruélica y animada cena, y mientras los cubanos disfrutaban de sus inevitables cigarros instalados ahora en la terraza de la suite, Emiliano Céspedes sonrió ampliamente, bebió despacio de su vaso de ron, y al poco comentó como si aquella fuera una de las frases más importantes que hubiera dicho en su vida, y de hecho probablemente lo era:

—He decidido reconocer a mi hijo y traérmelo. Y ya puestos a ello nos traeremos también a Candelaria; visto que fue ella quien cuidó del chico, justo es que nosotros cuidemos ahora de ella.

—Me parece una acción muy hermosa y Dios se lo agradecerá... —sentenció Jessica Delmónico.

—No buscamos agradecimiento, y de Dios menos que de nadie —sentenció Bruno con su hosquedad habitual—. Lo que ocurre es que hemos llegado a la conclusión de que, después de tanta cabronada, deberíamos hacer algo decente en la vida. Y me gustaría ver en qué se ha convertido la que hacía salir del agua a los delfines.

—Me temo que cuando ahora pasea por el Malecón los delfines se sumergen a más de trescientos metros —le advirtió Gregory Gregorian—. Ya nada es lo que era.

—Tampoco yo soy lo que era y se me descubren los trucos en cuanto agarro una baraja —mostró las manos engarfiadas y temblorosas—. Tenía unas manos ágiles y preciosas y ahora me cuesta trabajo incluso abrocharme los botones de la camisa.

—Cierto que tenía unas manos preciosas —reconoció su compadre—. Y sobre todo ágiles: le birlaba la cartera a quien se distrajera un segundo, pero ahora se ve obligado a usar camisas de las que se meten por la cabeza y no tienen botones. —Lanzó una espesa bocanada de humo y sentenció—: Nos hacemos viejos, y el pasado vuelve pese a que no nos guste el aspecto que tiene... —Luego hizo una larga, muy larga pausa, dio una profunda calada a su cigarro y por último añadió—: Pero hay algo en todo esto que continúa sin encajar.

—¿Y es...?

—Que su famoso Mariel nunca pudo pertenecer, como asegura, a la Corporación.

—¿Por qué?

—Porque me consta que la Corporación estuvo involucrada de algún modo en el asesinato de Bob Kennedy, mientras que, según usted, el tal Mariel también.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

—Que los marielitos no comenzaron a llegar a Miami hasta abril del ochenta, es decir, doce años después de la muerte de Bob Kennedy. ¿Cómo se entiende esa enorme diferencia en el tiempo?

—No lo sé, y es una cuestión que siempre me he preguntado —admitió Gregory Gregorian—. ¿Se le ocurre algo?

—He estado pensando mucho en ello, y la única explicación válida es que ese hijo de la gran puta decidiera adoptar a posteriori el nombre de Mariel intentando despistar a la policía. Probablemente pretendía que todo el mundo pensara que era uno de los ciento cincuenta mil marielitos recién llegados de Cuba, y no

un cubano que llevaba mucho tiempo en el país y al que al parecer se relacionaba con el asesinato de Bob Kennedy. Un auténtico miembro de la Corporación.

—Pues que yo sepa de la famosa Corporación sólo quedan vivos ustedes dos y ese tal Rodríguez Battle.

—Pepe el Miserias nunca se metería en algo tan gordo como el asesinato de un Kennedy —intervino Bruno Fulldejotas—. Le falta inteligencia y sobre todo agallas. Y además lleva mucho tiempo en la cárcel.

—¿Entonces?

—Nos han venido a la mente unas iniciales que continuamente veíamos cuando éramos jóvenes —susurró Emiliano Céspedes como si temiera que pudieran oírle—: Su dueño las llevaba bordadas en las camisas y los pañuelos, inscritas en los gemelos de oro, e incluso en el reloj, la cartera y los cuadernos que usaba para apuntarlo todo, porque era puñeteramente ordenado y cuidadoso... «MRE».

—¿M.R.E? —repitió René Farepeti interviniendo por primera vez en la conversación—. ¿Y qué significan?

—En sí mismas no significan más que las iniciales de un nombre, pero también constituyen el apócope, o como quiera que se llame eso, de Mariel. Me apuesto una caja de Partagás a que el muy presuntuoso escogió las dos primeras letras de su nombre y sus apellidos con el fin de diseñar un apodo que además confundiera a sus enemigos. Y no me extrañaría porque no cabe duda de que siempre fue el más listo de todos nosotros...

—¿De quién demonios habla?

—De M.R.E... Es decir, Mauro Rivero Elgosa.

—¿Y quién es ese?

—Uno de los miembros fundadores de la Corporación, y el pichafría más impasible, avaricioso y soberbio que me haya echado nunca a la cara.

—Pero según Don Ramón, Mauro Rivero murió durante la invasión de Bahía Cochinos —se apresuró a señalar Gregory Gregorian—. Y estoy convencido de que no mentía.

—Probablemente Don Ramón no mentía, pero a él sí que pudieron mentirle. ¿Acaso vio el cadáver de Mauro?

—No lo sé.

—Apuesto a que no, y dándole vueltas al tema, Bruno y yo hemos recordado que por aquellos años corrió el rumor de que Fidel contaba con un topo que le informaba con todo lujo de detalles sobre cómo y cuándo tendría lugar el desembarco de las fuerzas anticastristas. Al parecer fue ese topo quien le aconsejó que permitiera el desembarco, pero que a continuación hundiera dos viejos mercantes aparentemente inofensivos que venían desde Nicaragua, el *Houston* y el *Río Escondido*, que eran los que transportaban las armas y las municiones que debían abastecer a las fuerzas invasoras. De ese modo, unos mil quinientos hombres quedaron a merced de las fuerzas de Fidel, porque el presidente Kennedy, que había prometido su respaldo a los anticastristas, se echó atrás en el último momento. Los *gusanos* nunca se lo perdonaron y hay quien asegura que fue por eso por lo que colaboraron en los atentados que les costaron la vida a los hermanos Kennedy.

—¿Insinúa que ese topo podría ser Mauro Rivero?

—No me extrañaría, porque era una babosa capaz de traicionar a su propio padre. Pero tanto si fue Mauro como si no, lo más lógico es que Fidel inscribiera a su topo en la lista de bajas proporcionándole una nueva identidad. El jodido Comandante es muy retorcido, y esa es una de sus formas de actuar.

—Una forma de actuar realmente retorcida, sí señor... —reconoció una admirada Jessica Delmónico—. ¡Menudo personaje si lo que cuenta es cierto!

—¿Y cómo cree que ese maldito viejo ha conseguido mantenerse en el poder durante casi medio siglo teniendo a los america-

nos en contra? —quiso saber un furibundo Bruno Fulldejotas—. Sobornando, traicionando, asesinando y aliándose con el mismísimo demonio cuando es necesario. Mauro Rivero era de la clase de escoria con la que Fidel siempre ha sabido entenderse y el mero hecho de hacer pensar a la gente que uno de los marielitos a los que tanto odia es el peor criminal de Estados Unidos, le debe resultar de lo más divertido.

—¡Joder!

—Usted lo ha dicho. ¡Joder! Esa es una pareja capaz de joderle la vida a medio mundo, tal como se la jodieron a tantos infelices en Bahía Cochinos.

—¡Bien! —admitió Gregory Gregorian en un intento de poner sus ideas en orden—. Suponiendo, y que conste que tan sólo digo «suponiendo», que lo que sospechan fuera cierto ¿resultaría factible que Mauro Rivero continuara manteniendo una relación tan directa con Castro como para implicarle en un tema que afecta a la seguridad de Estados Unidos?

Los dos cubanos se miraron meditabundos, fruncieron el ceño, rellenaron sus vasos de ron mientras parecían reflexionar sobre el tema, observados en silencio por sus tres acompañantes, y tras un nuevo intercambio de miradas negaron casi al unísono.

—Es poco probable —puntualizó convencido Emiliano Céspedes.

—¿Y eso por qué?

—En primer lugar porque Fidel está viejo y enfermo, lo que quiere decir que su régimen agoniza, ya que casi ninguna dictadura sobrevive a sus creadores. Si su hermano pretende perpetuar el castrismo tendrá que hacer milagros prometiendo una nueva política de apertura y libertades. El simple rumor de que en esos precisos momentos se encuentran involucrados en algo que afecta a la seguridad de los Estados Unidos acabaría con todas sus esperanzas de continuismo.

—Suena lógico.

—¿Y por lo que respecta a Mauro, si es que en realidad Mauro fuera Mariel?

—Menos aún, porque con Fidel enfermo y gente nueva a la que probablemente no conoce en la cúpula del poder, no querrá correr el riesgo de que alguien se vaya de la lengua buscando congraciarse con los americanos. Mauro siempre fue muy pragmático, y recuerdo que aseguraba que «todo aquel que no ayuda, estorba». Como Fidel ya no puede prestarle ayuda debe considerarlo un estorbo.

—Tal para cual, sin duda alguna —sentenció el francotahiti— no chasqueando la lengua en un gesto de evidente desagrado—. De Fidel sabemos que convalece en un hospital de La Habana. ¿Pero dónde podría encontrarse Mauro Rivero?

—Al sol.

—¿Al sol?

—Eso he dicho.

—Explíquese...

—Mauro era un auténtico lagarto, y recuerdo que de muchacho se pasaba las mañanas al sol embadurnado de arriba abajo con unos aceites que le preparaba su madre para que no se le estropeara la piel. Doña María se había quedado viuda muy joven, o tal vez la había abandonado el marido, no lo sé, pero se ganaba la vida preparando cremas, coloretos y toda clase de potingues a base de aceite de palmera, raíces y frutas, que las mulatas que querían aclararse la piel o desrizarse el pelo le quitaban de las manos.

—¿Qué edad podría tener ahora?

—¿Doña María...? Más de cien años; no creo que viva porque por lo visto padecía la misma enfermedad que Mauro.

—¿Qué clase de enfermedad?

—Dicen, pero no me haga mucho caso, que tenían la sangre más fría de lo normal, y lo que sí recuerdo es que se les amora-

ban las manos y eran incapaces de hacer nada con ellas en cuanto bajaba la temperatura. Por eso Doña María debió de dejar París y se fue a vivir a Cuba.

—Si no soporta el frío se entiende que nuestro buen amigo Mariel se haya establecido en la costa oeste —reconoció Gregory Gregorian—. No es mucho, pero es un dato a tener en cuenta, pese a que todo eso de la sangre más fría de lo normal no es cierto. Lo que puede ocurrir es que padezca el llamado «Síndrome de Raynaud».

—¡Pero es cierto! —intervino Bruno en defensa de la tesis de su compañero—. Recuerdo que cuando íbamos a la playa, Mauro salía del agua a los dos minutos, blanco como un papel, tiritando y con la nariz, las orejas y los dedos morados. ¡Y mira que el agua del Caribe es como sopa!

—Pero en cuanto la temperatura desciende afecta mucho a los que padecen ese síndrome. No es grave, pero suele ser molesto y doloroso. ¿Por casualidad no tendrán una foto, aunque sea de aquella época de muchachos?

Los dos cubanos negaron al unísono.

—No recuerdo que de muchachos nos hiciéramos ninguna foto juntos. No es como ahora, que todos van por ahí con una cámara a cuestas.

—Ni siquiera necesitan cámara, les basta con el teléfono móvil.

¡Tal vez si consiguiera algún pasaporte antiguo!

—Difícil lo veo si se supone que hace cuarenta y seis años que «murió» en una playa cubana.

—En ese caso lo tiene crudo, amigo mío. ¡Muy crudo!

DE LA PRENSA DIARIA:

Washington. Un informe interno sobre la matanza de 24 civiles en la localidad iraquí de Hadiza en 2005 por soldados estadounidenses acusa a los mandos militares de negligencia y de haber fomentado un ambiente en que no se valoraban las vidas de civiles iraquíes, informa *The Washington Post*. El informe, elaborado por el Mayor General del Ejército de Tierra Eldon Bargewell, sostiene que en la Segunda División de los Infantes de la Marina «los mandos de todos los niveles estaban dispuestos a considerar la muerte de civiles, incluso en números importantes, como algo rutinario» en la lucha contra la insurgencia.

Declaraciones hechas por distintos mandos en el curso de esta investigación sugieren que las vidas iraquíes no son tan importantes como las vidas estadounidenses, sus muertes suponen sólo el precio a pagar para seguir adelante con las operaciones y los Marines tienen que cumplir sus tareas. El informe reservado de 104 páginas, completado en junio de 2006 pero cuyo contenido no se hizo público hasta ahora, no acusa a los mandos de los Marines de haber intentado encubrir la masacre en Hadiza del 19 de noviembre de 2005, sino de una falta total de interés por lo ocurrido. Concluye que el deber de indagar en este caso fue tan obvio que una persona razonable con conocimiento de estos acontecimientos los habría investigado.

Lo más llamativo sobre las bajas civiles fue la ausencia de casi

ningún tipo de indagación a nivel del mando sobre las circunstancias que rodean las muertes.

The Washington Post señala que los militares ni siquiera se plantearon una investigación hasta que el asunto trascendió a la prensa, en enero de 2006. En diciembre pasado, el Cuerpo de Marines presentó cargos por la matanza de Hadiza contra ocho militares: un teniente coronel, dos capitanes y un teniente, acusados de negligencia, y dos sargentos y dos cabos acusados asimismo de asesinato.

Los cargos contra un sargento fueron retirados cuando recibió inmunidad a cambio de prestar testimonio contra los siete militares restantes. En el incidente ocurrido el 19 de noviembre de 2005, dos miembros de una patrulla de Marines murieron en un ataque lanzado por desconocidos cerca de Hadiza, una localidad sunní, y acto seguido sus compañeros irrumpieron en el pueblo y mataron a tiros a 24 civiles desarmados, incluidos mujeres y niños.

Por su parte, el *New York Times* publica que ha tenido acceso a un informe del Gobierno que asegura que entre cien mil y trescientos mil barriles de petróleo diarios no han sido declarados en los libros de la contabilidad oficial, lo cual significa que miles de millones de dólares en petróleo están siendo robados o escamoteados por las compañías privadas supuestamente encargadas de controlar ese dinero.

Según el diario, semejante latrocinio le cuesta a las arcas del gobierno iraquí entre cinco y diez millones de dólares diarios que nadie sabe a dónde van a parar pero que dificultan de forma harto notable la recuperación económica de uno de los principales productores de crudo del mundo que ahora se encuentra al borde de la ruina.

Aquel era el río por cuyas orillas tantas tardes paseó en compañía de sus padres, el mismo en que en ocasiones nadaban sus hermanos, el viejo Tigris de la mítica Babilonia al que a menudo se hacía referencia en los relatos de la princesa Sherezade.

Aquel era el río al que se encontraba ligado su pasado, y aquel el puente que cruzara en incontables ocasiones cuando iban a vi-

sitar los más bellos parques, edificios y monumentos de la ciudad, que se alzaban en la parte en la que tradicionalmente habitaban los poderosos que al parecer aborrecían la aglomeración, el bullicio y los fuertes olores del resto de la calurosa ciudad.

La Zona Verde era el único lugar en el que no se hacían especiales distinciones entre los chiítas que habitaban en la orilla oeste, y los sunnitas establecidos desde siempre en el lado este: el indiscutible corazón de Irak.

Respiró hondo, se volvió a mirar por última vez a Hilu, que la observaba a su vez desde la ventana del tercer piso del edificio que quedaba a sus espaldas, advirtió que el sudor le corría bajo el delgado chaleco de explosivos que ocultaba tras una sencilla blusa de color azul, y al fin echó a andar con paso decidido en dirección a la barricada de sacos de arena que cortaba en dos el puente y junto a la que se distinguían un tanque, pesadas ametralladoras que le apuntaban directamente a la cabeza, dos perros y una docena de marines que en poco se diferenciaban del que se había quedado semidesnudo y en calcetines en su propio dormitorio.

Un sargento muy alto que también sudaba a mares se adelantó alzando la mano, y antes de que se lo solicitara Salka Embarek le entregó el salvoconducto que le había proporcionado Hilu, al tiempo que mostraba un abultado sobre repleto de documentos.

—¿Qué es eso? —quiso saber el marine.

Se encogió de hombros.

—Tengo que dárselos a un conserje de la embajada americana —replicó.

—¿Quién lo envía?

—Creo que alguien de la Dall & Houston.

Podría creerse que aquel simple nombre constituía el ábrete sésamo de *Las Mil y una Noches*, porque tras estudiar detenidamente un salvoconducto en el que se advertían multitud de sellos y firmas de la embajada, el sargento observó de arriba abajo a la

desnutrida muchacha de apariencia inofensiva que le miraba con aire de profundo aburrimiento, e hizo un gesto a sus hombres para que la dejaran pasar.

—¡Gracias, señor!

—De nada, preciosa. ¡Vuelve cuando quieras!

Siguió su camino, procurando ignorar a los perros que ni siquiera hicieron ademán de aproximarse a olfatearla, ignoró de igual modo los comentarios, algunos francamente soeces, de los militares que parecían más atentos a sus bien torneadas piernas y a su trasero respingón que al resto de su persona, y se alejó sin prisas calle adelante consciente de que su vida dependía de su capacidad de mantener la compostura.

Aquel hubiera sido el momento exacto en el que Hilu debería haber activado el detonador que la haría volar en pedazos llevándose por delante a una docena de marines, y si no lo había hecho significaba que podría continuar respirando hasta llegar a la embajada.

Al doblar la esquina salió del campo de visión de quien le constaba que la estaba espionando con ayuda de unos prismáticos, y al advertir que las calles aparecían casi desiertas en comparación con el bullicio de años atrás, comprendió que de momento no tenía nada que temer, puesto que aquel no era un lugar propicio para hacer estallar una bomba que causara algún daño.

Procuró avanzar sin prisas y con absoluta naturalidad, pero a los diez minutos experimentó un insoportable escozor en la entrepierna.

Se detuvo, se rascó con disimulo avergonzada de que alguien pudiera advertirlo, y al poco rato comprendió la razón de tan desagradable sensación; el sudor que le resbalaba por el pecho y la espalda habían hecho que diminutos granos de pimienta finamente molida hubieran resbalado hasta introducirse en el sexo.

Recordó las palabras de Hilu en el momento de aplicársela.

—La pimienta bien molida con un poco de clavo es lo único que impide que los perros detecten el olor de los explosivos, les atrofia el olfato.

Puede que fuera verdad y que aquel sencillo truco de ladrón nocturno o cazador furtivo hubiera conseguido que los perros del puente ni tan siquiera se le aproximaran, pero el resultado era que ahora cada paso que daba le obligaba a apretar los dientes porque lo que realmente hubiera deseado era tirarse al suelo, despojarse de las bragas, rascarse como un mono y rogarle al primer viandante que pasara que le soplara con fuerza en sus partes más íntimas.

—¡Que Alá me proteja! —exclamó perdiendo por primera vez en mucho tiempo su exquisita educación y su natural compostura—. ¡Se me debe de estar poniendo el coño en carne viva!

Lo que siguió fue un auténtico suplicio en el que cada paso provocaba que gruesos lagrimones le corrieran por las mejillas. Al fin olvidó por completo la misión que le había llevado hasta allí, golpeó desesperadamente la puerta más cercana que le pareció oportuna, y cuando por fortuna una anciana hizo su aparición en el umbral, suplicó con toda la humildad de que se sintió capaz:

—Perdone que le moleste, señora, pero inesperadamente me ha bajado la regla y necesito lavarme. ¿Sería tan amable de permitirme ir al baño?

—¡Naturalmente, hija! Yo ya no tengo ese problema pero aún recuerdo lo molesto y doloroso que podía llegar a ser. ¡Ven por aquí!

Pasó casi quince minutos sentada en una palangana de agua fría.

Se hospedaron en la más amplia, alejada e íntima de las cabañas del Bora Bora Beach Club, clavada sobre las transparentes aguas de la quieta laguna, pudiendo contemplar bajo sus pies y a través de un grueso cristal, las idas y venidas de cientos de peces de todos los colores que acudían en tropel en cuanto les arrojaban migas de pan.

Efectivamente, aquel lugar, con su suave temperatura, su brisa refrescante, sus arenas coralinas de un blanco deslumbrante y sus escarpadas cumbres cubiertas de flores y espesa vegetación, constituía lo más parecido al paraíso que ser humano alguno pudiera imaginar, y cuando en los atardeceres paseaban hasta la cercana punta Matira a contemplar, cogidos de la mano, cómo el sol iniciaba su tranquilo baño diario antes de irse a dormir, se preguntaron por qué razón no decidían quedarse definitivamente allí, olvidándose de los infinitos problemas que acuciaban al resto de los mortales.

Poco más tarde, cuando las primeras sombras se apoderaban del inimitable paisaje, se encendían grandes hogueras en la playa, al pie de las palmeras, comenzaban a resonar los tambores y las flautas para que esbeltos mozarrones y exóticas muchachas que se adornaban con guirnaldas y coronas de flores, iniciaran una cadenciosa danza del amor, que solían concluir retozando apasionadamente entre la espesura.

Aquel era un pueblo y aquella una isla creados por el más bondadoso de los dioses como ejemplo vivo y palpable de lo bien que sabía hacer las cosas cuando se decidía a hacerlas bien, y sentados sobre un tronco caído, bebiendo el dulce jugo de un coco recién cortado, la pregunta que todos los extraños se hacían era por qué injusta y cruel razón el resto del mundo no se parecía algo más a Bora Bora...

Cumplido por tanto el sueño de Jessica de vivir aunque tan sólo fuera por dos días los románticos momentos que habían vivido los personajes de aquella vieja novela, emprendieron el regreso al Continente y a la dura realidad de que tanto más se alejaban del paraíso cuanto más se aproximaban a un infierno en el que los hombres se despedazaban unos a otros por un puñado, en este caso un gigantesco puñado, de sucios dólares.

De momento se establecieron en el lujoso Regency Beverly Wilshire de Los Ángeles, y mientras Jessica Delmónico se dedicaba a buscar una casa agradable, cómoda, y sobre todo discreta en la que establecer su cuartel general durante lo que muy bien pudiera ser una larga temporada, su marido empleó todo su tiempo en intentar localizar al único hombre que en aquellos momentos podía ayudarle en el difícil empeño de averiguar quién se ocultaba tras el sobrenombre de Mariel.

Al cuarto día de indagar e insistir, Nelson Miller accedió de mala gana a reunirse con él en un pequeño bar de la Avenida Figueroa, no lejos del hotel, pero nada más sentarse se apresuró a aclarar que no estaba dispuesto a correr riesgos.

—He pasado dos años en prisión y te aseguro que no resultó nada agradable —dijo a modo de disculpa—. Y el juez me lo advirtió muy claramente: si me vuelven a coger con las manos en la masa, es decir, con los dedos sobre el teclado de un ordenador, me caerán por lo menos otros diez años.

—Lo sé; seguí de cerca tu caso y estudié a fondo la sentencia

porque se me antojó un caso digno de analizar, pero te aseguro que en esta ocasión no cometerías ningún delito, sino todo lo contrario —le hizo notar su viejo amigo—. Le estarás prestando un enorme favor a tu país y a la justicia.

—Ignoro de lo que se trata, y ni siquiera pretendo que me lo aclarares —fue la seca respuesta—. Me encantaría serte de utilidad, no sólo por ti, sino porque me siento tan inútil como un muerto, pero el FBI, el Pentágono, la CIA, el Departamento de Justicia, la Asociación de la Banca, y la mitad de las fuerzas vivas de este país me la tienen jurada, y lo único que esperan es que dé un paso en falso para ajustarme las cuentas definitivamente.

—Lo cierto es que le hiciste muchas cabronadas a demasiada gente... —reconoció Gregory Gregorian—. A nadie, y a esa clase de tipos menos que nadie, le gusta que se burlen de ellos como solías hacerlo.

—¿Y qué culpa tengo de que sean unos ineptos? —protestó el otro—. La mayor parte de las veces lo único que pretendía era demostrarles que lo que podía hacer yo, también podía hacerlo otro que tuviera mala intención.

—Sabes que eso no es cierto. No juegues conmigo a la falsa modestia y reconoce que no existía, ni aún existe, nadie más con tu nivel de conocimientos.

—Está saliendo gente nueva, muy valiosa y que cuenta con material cada vez más sofisticado —argumentó Nelson Miller en un tono que indicaba que aquella era una realidad incuestionable—. Tarde o temprano algunos me superarán.

—Sabes que nadie te superaría jamás si te permitieran seguir trabajando.

—¡Es posible! Pero lo tengo claro: si me acerco a menos de doscientos metros de un ordenador, pasaré los próximos diez años entre rejas. Y no me seduce la idea.

Gregory Gregorian observó largamente al *hacker* más hábil, astuto y peligroso que hubiera existido sobre la faz de la Tierra, y le apenó descubrir que había perdido el entusiasta brillo en la mirada y el ímpetu con que se enfrentaba al mundo en unos tiempos en los que le bastaba un simple ordenador y su diabólica habilidad para enfrentarse a cualquier sistema de protección que mentes realmente brillantes hubieran sido capaces de imaginar.

Nacido en Silicón Valley, de padres informáticos, criado entre sofisticados programas de última generación, y enamorado desde que contaba con apenas cinco años del mundo de las pantallas y los teclados, se aseguraba de él que en el cerebro no tenía neuronas, sino microchips y que le habían sustituido las venas por cables por los que únicamente circulaba información.

Podría haberse convertido en multimillonario diseñando y vendiendo sus propios programas informáticos, pero en lugar de ello optó por convertirse en la pesadilla de cuantos vivían aterrorizados por la idea de que su temida firma, *El Matamoscas*, hiciera su aparición en una pantalla.

Miles de horas de esfuerzo de equipos especializados en protección de datos acababan indefectiblemente en la basura en el momento en que el diabólico *Matamoscas* tomaba la decisión de atacar sus sistemas. Pero como jamás lo había hecho con intención de lucro, sino como simple advertencia de la inutilidad de tanto esfuerzo, los jueces no habían encontrado otra forma de castigarle que aquella rigurosa imposición de que no volviera a aproximarse a un ordenador durante el resto de su aún joven vida.

Con ello habían conseguido destruir su razón de existir, y ahora se limitaba a vegetar, viviendo sin lujos, aunque sin apuros económicos, a costa del generoso fideicomiso que le había dejado en herencia su padre.

Sus neuronas habían vuelto a ser neuronas, y sus venas, venas. Pero, a decir verdad, de poco le servían, puesto que se limitaba a

deambular por el mundo como un alma en pena, dado que aquello para lo que había nacido le estaba definitivamente vedado.

—¿O sea que no puedes aproximarte ni de lejos a un ordenador? —insistió Gregory Gregorian.

—¡Exactamente! Y lo peor del caso es que el FBI me vigila. ¡Vaya si me vigila! Cuando menos lo espero irrumpen en casa y lo ponen todo patas arriba buscando uno. ¡Los jodí a conciencia y en venganza me quieren joder metiéndome entre rejas!

—¿Y todo el problema se centra en que no puedes ponerle las manos encima a un teclado de ordenador?

—¿Te parece poco? —se indignó.

—Para ti debe de ser lo peor que pueda ocurrir pero, como ya te he dicho, estuve estudiando tu caso y resulta evidente que dicha prohibición no se extiende al hecho de poseer un coche, un televisor, un teléfono, un cortacésped o un sinfín de aparatos por el estilo.

—¡No! Naturalmente que no. Me han condenado a ser un proscrito, no un cavernícola.

—¿O sea que si no manejas un ordenador no pueden hacer-te nada?

—Ya te lo he dicho...

—¿Y seguirías dentro de la ley?

—¡Naturalmente...! —se impacientó el californiano—. Joder, Gregory, ¿a qué viene dar tanto el coñazo?

—A que, según esa ley, nadie puede oponerse a que utilices un teléfono móvil de los que transmiten imágenes.

—¿Por qué habrían de oponerse?

—Por nada, lógicamente. Y de igual modo, según esa regla de tres, tampoco pueden oponerse a que conectes ese teléfono móvil a tu televisor cuando pretendas ver las imágenes que te envían con mayor nitidez. ¿Me equivoco?

—¡No! No te equivocas. Dentro de mi casa puedo hacer lo que quiera, siempre que no introduzca un ordenador.

—¿Y qué ocurriría si la imagen que estuvieras recibiendo en tu teléfono, y por lo tanto en tu televisor, correspondiera a la pantalla de un ordenador que se encontrara a varios kilómetros de distancia? Se supone que te han prohibido acertarte a ellos y tocarlos, pero no verlos. ¿Me equivoco, de nuevo?

—No, no te equivocas, y empiezo a sospechar por dónde quieres ir —lanzó un corto silbido de admiración al añadir entusiasmado:— ¡Tú sí que eres listo, hijo de puta!

—¡Gracias! —Gregory Gregorian sonrió con picardía y añadió:— Una vez que ha quedado claro lo del televisor, ¿existe alguna ley, orden o mandamiento que te prohíba hablar por teléfono e indicarle a alguien que se encuentra muy lejos de tu casa, qué tecla exacta debería apretar en el ordenador que estás viendo en la pantalla si lo que pretende es obtener una determinada información?

—Ninguna que yo sepa.

—En ese caso resulta evidente que lo que estás necesitando no es un ordenador; lo que estás necesitando es un intermediario.

—¡Qué jodido liante! —exclamó el otro—. Tu padre se equivocó, porque hubieras sido un magnífico abogado litigante de los que siempre encuentran un resquicio en las leyes. Está claro que el juez me obliga a mantenerme lejos de los ordenadores, pero no tuvo en cuenta que con la tecnología actual nada está nunca lo suficientemente lejos.

—Si nos han mostrado en primer plano una piedra de Marte a la que se aproxima hasta tocarla un robot que se maneja por radio a millones de kilómetros de distancia, ¿qué sentido tiene la prohibición de una proximidad física? Es una sentencia más propia del siglo pasado que de éste, y por lo tanto nos vamos a aprovechar de su incongruencia.

—¿Y dónde conseguiríamos un intermediario de absoluta confianza?

—Ya lo tengo: Jessica.

—¿Jessica? —se sorprendió el otro—. ¿Vas a meter a tu mujer en esto?

—¡Ya va siendo hora! —fue la respuesta—. Menos bailar «ula ula» en Bora Bora y más echarle una mano a su marido... Es bastante buena manejando un ordenador, aunque al principio tendrás que tener paciencia: nadie sería capaz de seguir tu ritmo.

—Eso lo entiendo... —admitió Nelson—. Pero antes de seguir con esto necesito que me cuentes qué es lo que buscas exactamente.

Gregory Gregorian observó largo rato a su interlocutor, conocía muy bien su modo de pensar y le constaba que era un loco soñador que siempre se había enfrentado al sistema, así que en un principio se limitó a comentar:

—Necesito localizar a un tipo que al parecer piensa atentar contra la vida del Vicepresidente.

—En ese caso no cuentes conmigo si no es para ayudarle. ¡Ese cerdo que nos ha llevado a una guerra está mejor muerto que vivo!

—El problema estriba en que si nuestro hombre consigue su objetivo desembocaremos en una situación aún peor.

—¿Peor? —se asombró el otro—. ¡Difícil lo veo!

—¿Has oído hablar de la Dall & Houston?

—¿Y quién no? Hace unos años estuve a punto de introducirme en su sistema de seguridad, pero al final, y en mala hora, me decidí por el del Pentágono, lo cual me trajo todos los problemas que me cayeron encima.

—Pues fue un lástima, porque tal vez hubieras averiguado algo que habría evitado miles de muertes...

—¿Te refieres a la guerra de Irak? —ante el gesto de asentimiento añadió—: Osama Bin Laden asegura que la Dall & Hous-

ton es la principal beneficiaria de esa guerra, pero nunca he sabido hasta qué punto es cierto.

—Es totalmente cierto, y la razón por la que me resulta imprescindible tu ayuda.

—¡Aclárate!

Gregory Gregorian se decidió a hacerle un detallado relato del estado en que se encontraban sus investigaciones, así como de la insalvable dificultad que se le presentaba para localizar al denominado Mariel, a lo que Nelson Miller se limitó a responder en tono de sincera admiración:

—¡Lindo reto!

—Lo que para ti significa un reto, para mí se convierte en una necesidad. Cada día mueren docenas de inocentes en Irak, y ya se habla de casi cinco millones de refugiados que han tenido que huir a los países vecinos. Si, como sospecho, la Dall & Houston pretende extender la guerra a Siria e Irán, que son quienes están acogiendo a la mayor parte de esos desgraciados, la catástrofe humanitaria alcanzará proporciones apocalípticas.

Tanto Mufti como Hilu observaban, estupefactos, dudando entre indignarse o echarse a reír, a una pálida, desencajada y ojerosa Salka Embarek que parecía haber sufrido en horas todas las penas del infierno.

—Verdad es el viejo dicho de que no hay boda sin lágrimas ni entierro sin risas —comentó al fin el primero—. Lo que acabas de contar es al propio tiempo lo más trágico y lo más grotesco que he oído en años. ¡Clavo y pimienta! ¿A quién se le ocurre?

—¡A un imbécil que no tuvo la precaución de advertirme que la crema que me estaba untando se disolvería con el sudor! —se lamentó la muchacha con un hilo de voz—. De haberlo sabido hubiera tomado precauciones.

—Admito que la culpa es mía —se vio obligado a reconocer el chiíta—. Como hasta ahora siempre habíamos utilizado hombres, ni tan siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera presentarse un problema de semejantes características. ¿Qué hiciste con el chaleco de explosivos?

—Lo oculté entre los escombros de un edificio medio derruido, cerca del Monumento al Soldado Desconocido. En cuanto me encuentre en condiciones de caminar volveré a buscarlo.

Mufti le interrumpió con un gesto.

—No es necesario; enviaremos a cualquiera de los que ya es-

tán dentro a recogerlo. En realidad esto no era más que una prueba en la que has demostrado lo que tenías que demostrar. Ahora, lo que debes hacer es reponerte; el viaje hasta América será largo, complicado y agotador, y nadie debe sospechar que has partido desde Irak.

—Supongo que en un par de días estaré bien.

—No hay prisa —le hizo notar el otro—. Y antes de seguir adelante quiero aclararte algo para que a la hora de la verdad no te lames a engaño: no irás a América a matar americanos; irás a matar a un único americano.

—¿Sólo uno? —se alarmó la muchacha—. ¿Sacrificaré mi vida a cambio de la de un único americano? ¡No me parece justo! —protestó—. Prometí que acabaría con cuarenta: veinte por mis padres y diez por cada uno de mis hermanos.

—El que vas a matar vale por cien mil, porque es el auténtico culpable del comienzo de esta guerra y de los infinitos padecimientos que están afectando a nuestro país.

Salka Embarek lo observó como si estuviera tratando de averiguar si decía la verdad o se trataba de un gigantesco engaño, se volvió a Hilu, y éste lo confirmó asintiendo decididamente .

—Ayer dos coches bombas acabaron con doscientas personas, aquí mismo, en Bagdad, y por desgracia eso, fuera de nuestras fronteras, ya ni siquiera es noticia —dijo como si con ello reafirmara su posición—. De igual modo, cuarenta americanos muertos no serían más que cuarenta americanos menos, y apenas figurarían en los titulares de un par de días. Pero lo que conseguirás eliminando al que hemos elegido hará cambiar el mundo, pequeña, de eso puedes estar segura.

—Yo nunca he pretendido cambiar el mundo... —puntualizó ella—. Lo único que desearía es que volviera a ser como era antes de que aquel maldito misil cayera sobre mi casa.

—El mundo nunca gira hacia atrás.

—Es una lástima, y como sé que es imposible, supongo que lo mejor que puedo hacer es sacrificarme si con ello consigo que el culpable de tantas desgracias pague por sus crímenes.

—¡Qué Alá así lo quiera!

Salka Embarek estuvo a punto de replicar que probablemente Alá no quería que el cuerpo de una muchacha tan joven tuviera que ser despedazado para que alguien pagara por el mal que había hecho, pero en esta ocasión optó por guardar silencio.

Lo que ahora deseaba era quedarse a solas y meditar acerca del nuevo rumbo que estaban tomando los acontecimientos, puesto que jamás se le había pasado por la mente la idea de que la eligieran para una misión de tan excepcional trascendencia.

Esa noche, contemplando de nuevo cómo una luna en cuarto creciente alumbraba los minaretes de las mezquitas de su amada ciudad, se preguntó si resultaría factible que una frágil criatura, que ni fuerzas tenía para levantar un arma, pudiera estar destinada a cambiar de alguna forma los destinos del mundo.

Nada tenía a su favor más que su indestructible fuerza de voluntad, pero cosa es sabida que cuanto de provecho se había conseguido a lo largo de la historia casi siempre era debido a la fuerza de voluntad de una sola persona.

¿Qué importancia tenía su fragilidad, su tamaño o su condición femenina?

Enormes cuerpos albergaban con demasiada frecuencia almas diminutas.

De un antiguo santón bereber se aseguraba que era tan pequeño que su espíritu le rodeaba como un aura porque no hubiera cabido ni en el cuerpo de un elefante. El bienestar que su presencia proporcionaba a los creyentes se percibía incluso antes de que hubiera hecho su aparición en el exterior de su humilde *jaima*.

Como a aquel santón, a algunos seres humanos les precedía su alma, e incluso marchaba tras ellos tiempo después de que se hu-

bieran alejado dejando tras sí una huella que nada ni nadie conseguiría borrar.

La huella que ella dejara, aunque fuera de sangre, quedaría impresa en la historia de su pueblo a lo largo de cien generaciones, ya que una muchacha indefensa, casi una niña sabría vengar el honor de toda una nación.

—¡Recapitulemos! —comentó Nelson Miller—. Lo que hasta ahora sabemos es que al parecer Mariel reside en California, tiene una nueva identidad y debe de ser muy, pero que muy rico, puesto que recibe inmensas cantidades de dinero de la Dall & Houston a cambio de ser el brazo ejecutor de aquellos planes en los que se precisa de gente sin escrúpulos y acostumbrada a la acción.

—Más o menos.

—¿Y tienes una idea de cómo recibe ese dinero?

—Según Alejandra Zanaj, en billetes usados de menos de cien dólares.

—Me parece absurdo existiendo tantos bancos en paraísos fiscales.

Por lo visto Mariel opina que el Departamento del Tesoro sabe cómo seguirle el rastro a ese tipo de transacciones, así que prefiere cobrar en dinero negro, que no deja rastro.

—¡Muy prudente sin duda! —admitió el *hacker*—. Yo también soy capaz de seguirle el rastro a cualquier transacción bancaria, pero eso significa que se trata de toneladas de billetes que quien lo recibe necesita blanquearlos antes de volver a ponerlos en circulación.

—Ya lo había pensado, y por ello he llegado a la conclusión que el lugar que debe utilizar Mariel es Las Vegas.

—Mal pensado.

—¿Y eso?

—Por una simple razón; lo que has pensado tú, ya lo ha pensado demasiada gente, y aunque es cierto que los casinos de Las Vegas se han convertido en lugares en los que intentar lavar algo de dinero, nunca podría hacerse en cantidades tan grandes.

—No es eso lo que tenía entendido —dijo Gregory Gregorian—. Conozco gente que viaja desde muy lejos con ese fin.

—Gente que llega con un par de millones como máximo, pero en las Vegas la vigilancia es mayor que en cualquier otro lugar, y nadie puede apostar en una semana más de cinco millones en una mesa de dados, ruleta, a cualquier tipo de apuestas sin que en el acto le agarren por el pescuezo y le pidan explicaciones. ¡No! Si hablamos de tantos millones hay que olvidarse de Las Vegas.

—¿Entonces?

—La respuesta está aquí mismo, querido amigo, en Los Ángeles.

—¿En negocios inmobiliarios?

—¡Frío, frío...!

—¡Deja de joderme con las adivinanzas! —protestó un furibundo Gregory—. No tengo tiempo que perder. ¿A qué demonios te refieres?

—A Hollywood.

—¿Hollywood?

—¡Caliente, caliente...!

—No puedo creerlo.

—Pues créetelo, porque la industria del cine a gran escala sí que se ha convertido en la mejor lavadora de dinero negro del mundo, y eso es algo que ya había sospechado antes de que me obligaran a retirarme de la circulación.

—¿Y cómo lo hacen?

—De la manera más simple que puedas imaginar. Las empresas que se dedican a eso, que no son todas, naturalmente, produ-

cen las películas, las distribuyen a través de sus propias cadenas, y en muchos lugares son incluso las dueñas o arrendatarias de las salas de exhibición, de tal modo que prácticamente el noventa por ciento de la recaudación de esas películas, una vez pagados los impuestos, va a parar a sus bolsillos. ¿Me sigues?

—De momento sí.

—Lo que suelen hacer es producir una película de bajo presupuesto que oficialmente financian con dinero limpio, pero que a base de pagar con dinero negro a los extras y proveedores de los países exóticos en los que acostumbran a rodar, y en los que resulta muy difícil controlar los gastos, la convierten, a la larga, en una superproducción.

—Hasta ahí vamos bien, aunque me cuesta creer que se pueda disimular demasiado dinero de ese modo.

—Mucho más del que imaginas, porque nadie es capaz de determinar cuánto ha costado una escena que se ha tenido que repetir diez veces en un oasis del desierto y en la que se han destrozado cien tanques, u otra en la que han intervenido dos mil soldados y trescientos jinetes con un fabuloso vestuario en un perdido rincón de China.

—Supongo que efectivamente resultará muy difícil.

—Casi imposible. Y en los últimos tiempos la mayor parte de ese dinero negro va a parar a los modernos estudios de efectos especiales que son capaces de hacer creer al espectador que se encuentra en otra galaxia o en mitad de una batalla del Pacífico en la que se derriban cientos de aviones, se hunden acorazados, o un señor vuela por el aire arreglando el mundo. Ni tan siquiera yo, que se supone que soy uno de los mayores expertos en el tema, podría determinar el coste real de una sola de esas escenas, y si el montante que figura en la factura oficial ha sido multiplicado por cien o dividido por treinta.

—Empiezo a captar claramente la idea.

—Es simple, a la hora de la verdad se gastan mucho más de lo que anunciaron en un principio obteniendo así un producto de gran espectáculo y extraordinaria factura que se supone que rendirá en taquilla mucho más de lo que hubiera rendido el modesto proyecto original pagado con dinero legal.

—Con lo que se supone que el dinero sucio que retorne desde las taquillas de todo el mundo será ya dinero limpio y perfectamente legal... ¿Funciona así?

—Tú lo has dicho.

—¡Anda, carajo...! Está muy bien pensado.

—¡Y tanto! Llegado el momento, la productora se felicita públicamente por el inesperado y sorprendente éxito que ha tenido una cinta inicialmente modesta, éxito que a veces incluso llega a ser cierto porque sabido es que en cuanto al arte se refiera, y sobre todo al Séptimo Arte, nadie puede predecir cómo van a reaccionar los espectadores. Y aquí paz y en el cielo gloria.

—Dinero limpio al banco y a otra cosa mariposa...

—¡No! No te equivoques. Ahí no acaba el negocio, aún va mucho más lejos.

—¿Cómo cuánto de lejos?

—¡Bastante más lejos! —insistió el californiano—. Imagínate que esa gente, o sus asociados, disponen de igual modo de dinero sucio proveniente del tráfico de drogas, armas, prostitución o de todos los tipos imaginables de corrupción en distintos lugares del mundo... ¿Qué es lo que hacen?

—No tengo ni idea.

—Pues la respuesta es igualmente sencilla; cada día van al cine y compran con billetes de inocente apariencia un buen número de entradas de esa determinada película, con lo cual un dinero que ayer era negro en Nápoles, Kioto o el último pueblo de Colombia, aparece mañana, limpio y reluciente en manos de sus socios de Los Ángeles.

—¡La leche!

—Por eso, cuando leas que una determinada película ha sido vista por cien millones de espectadores, no siempre te lo creas. Es cierto que ha vendido cien millones de entradas, pero a la hora de la verdad muchas de las butacas permanecían vacías.

—La gente se las ingenia de una forma increíble.

—Pues todavía hay más; como muchas salas suelen ser multicines, se las arreglan facturando parte de las entradas de una película producida con dinero legal, a la de la sala contigua, producida con dinero negro, con lo que la legal acabará dando pérdidas, lo cual les permitirá ahorrarse pagar impuestos.

—¿Y si esta gente es tan lista por qué no se dedican a producir buenas películas y dejarse de tanto enredo?

—Porque no son auténticos productores con el talento suficiente como para elegir un buen guión, un buen director y unos buenos actores. No son más que «lavaderos» que conocen su oficio a la perfección. Contra ellos y contra mil negocios ilegales semejantes era contra lo que intentaba luchar a base de introducirme en sus ordenadores y contabilidades, y debido a ello, por intentar meter las narices donde nadie me llamaba, es por lo que me encuentro en esta situación.

— Y da gracias que no te mataron.

—De alguna forma me mataron, querido Gregory. Aunque fuera sin derramamiento de sangre me mataron —el californiano le colocó con afecto la mano en el antebrazo y añadió—: Y por ello no puedes imaginar cuánto te agradezco que me hayas ayudado a resucitar, aunque como aquellos heroicos guionistas que no quisieron rendirse a la persecución del macartismo ahora tenga que trabajar en la sombra.

—¿O sea que *El Matamoscas* no volverá a hacer su aparición en público.

—Nunca, pero hay muchas formas de matar moscas, y yo las

conozco todas —puntualizó el *hacker* con una animada sonrisa—. Por un lado vamos a introducirnos en los archivos de las cuatro o cinco productoras que sospecho que trabajan el campo del blanqueo de capitales, y por el otro vamos a buscar al tal Mariel.

—¿Cómo?

—Analizando sus puntos débiles. ¿Cuáles crees que son?

—La avaricia, y la soberbia.

—El primero lo tengo claro: ha amasado una fabulosa fortuna a base de robar, traicionar y asesinar. ¿En qué te basas para asegurar que la soberbia es su otro punto débil?

—En las declaraciones de sus antiguos compañeros. Al parecer grababa sus iniciales en todo cuanto tenía y el simple hecho de elegir el apodo de «Mariel», con las dos primera letras de su nombre y apellidos, demuestra una desmesurada autoestima.

—Ma-ri-el... ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Mauro Rivero Elgosa... —le aclaró Gregory Gregorian, seguro de lo que decía—. Y me apuesto un huevo a que el muy pedante, al cambiar de identidad, habrá elegido un nombre y unos apellidos que empiecen por las mismas letras: Ma-Rí-El.

—Por lo menos así se evitaría tener que volver a grabar sus iniciales... —comentó con innegable sentido del humor Nelson Miller—. Aunque de ser así no creo que lo hiciera por eso, sino por mantener de algún modo un cierto recuerdo de su antigua personalidad: una persona realmente soberbia nunca se resignaría a dejar de ser quien es de una forma absoluta.

—Esa es la conclusión a la que había llegado, porque los vicios de joven no suelen perderse de viejo; y no creo que disfrute lo mismo teniendo que escribir unas nuevas iniciales que pudiendo repetir las mismas.

—Sí así fuera, y tuviera un teléfono a su nombre podríamos reducir muchísimo la lista de candidatos.

—Ojalá, pero sé por experiencia que a esa clase de personajes

no les gusta que su nombre, por muy falso que sea, aparezca en un listín telefónico.

—Por intentarlo nada se pierde, y los ordenadores están para eso.

—¿Cuánto tiempo nos llevaría localizarlo?

—Eso ya es cuestión de suerte.

Sabía que les aguardaba un infierno de casi mil kilómetros de tórrido desierto, pero no experimentó temor alguno.

Sabía que en cada uno de esos kilómetros podía estar acechando una mina que los desintegraría en el acto, pero ni tan siquiera pensó en ello.

Sabía que tras cada colina o cada duna tal vez se ocultaban miembros de las muy distintas facciones en que se había dividido el país y que no dudarían en ametrallarlos, pero no lo tuvo en cuenta.

Sabía que los helicópteros americanos podrían lanzarles en cualquier momento un misil alegando que los habían confundido con un vehículo enemigo, pero eligió ignorarlo.

Sabía que la muerte era quien organizaba el tráfico en la carretera que unía Bagdad con Damasco, pero consideró que la horrenda vieja de la guadaña tenía tantas posibles víctimas donde elegir que tal vez decidiera olvidarse de una pobre huérfana.

Cinco millones de iraquíes, no importaba cual fuera su edad, sexo, condición social o ideología, huían de una sangrienta triple guerra que se libraba día y noche; americanos contra chiítas, chiítas contra sunnitas, sunnitas contra americanos y todos contra todos.

Y por si con ellos no bastara, aún quedaban los rebeldes kurdos.

A decir verdad, al final de cada jornada nadie sabía quién había matado a quién, ni cómo, ni cuándo, ni dónde, ni por qué.

Al parecer, lo único que importaba era matar a cuanta más gente mejor, y llamar así la atención de los medios de comunicación.

El principal problema era el hecho indiscutible de que a lo largo del último año se había producido una lamentable inflación del número de cadáveres exigidos para que la noticia apareciera en las primeras páginas de los periódicos o en las cabeceras de los noticiarios.

Tal como Hilu asegurara, «con cien muertos al día no existía ninguna posibilidad de aparecer en el ranking de *Los Más Vendidos*», por lo que estaba resultando imprescindible llegar a los doscientos, y que además entre ellos debía figurar cuanto menos media docena de marines, si es que se pretendía que la noticia llamara la atención del redactor jefe de turno.

Y es que al fin y al cabo la muerte resulta aburridamente monótona.

Se había repetido tanto a lo largo de millones de años que por más que se esforzara poniéndose al día con nuevas armas y formas altamente sofisticadas de acabar con el prójimo, en el fondo todo venía a ser lo mismo, así que cada vez le resultaba más difícil conmover a los espectadores.

Y había quedado plenamente demostrado que a esos espectadores les conmovía infinitamente más el paso previo. Es decir, la agonía del futuro difunto.

La agonía tenía tanto atractivo porque durante el tiempo que solía durar entraban en juego la duda, la esperanza, la ansiedad, el suspense e incluso la imaginación, mientras que un cadáver no solía dar ningún tipo de juego.

Cuando la muerte intervenía, todo juego acababa, y ya no resultaba en absoluto interesante.

Ahora la carretera que se abría paso a través del implacable desierto sirio aparecía adornada con cientos de tumbas de quienes, como en el viejo cuento del sultán, habían huido de la muer-

te en Bagdad cuando lo cierto era que la muerte se había citado con ellos en el camino de Damasco.

A Salka Embarek no le asustaba el hecho de que la muerte la estuviera esperando un par de kilómetros más adelante porque lo que le preocupaba no era la muerte en sí misma, sino el hecho de que le impidiera cumplir con su destino.

Ese caso sólo suele darse en aquellas personas que consideran que su destino importa más que su vida.

Y a la vista de lo poco que valían las vidas de tantos desgraciados como trataban de escapar del infernal caos de Bagdad, y que jamás conseguirían alcanzar el precario refugio de los asimismo infernales campos de refugiados sirios, su propia vida quedaba en manos de la providencia.

¿Qué le importaba a nadie una víctima más?

—La persona elegida llegará esta misma semana.

—¿Y quién es?

—No tengo ni idea, pero me garantizan que está libre de toda sospecha.

—Es lo menos que puede pedirse de alguien que va a participar en un atentado de semejante envergadura, y tal vez resultaría conveniente adelantar los acontecimientos y actuar en cuanto llegue.

—Ya lo había pensado, pero sabes muy bien que Mariel es increíblemente meticuloso y no está dispuesto a cometer ni un solo fallo, así que considera que el hecho de que consiga entrar en el país no significa que todo esté a punto.

—Pero es que entretanto nos acosan, y por lo que veo no has conseguido reducir la lista de quienes se nos oponen. Por el contrario, cada día son más las voces que se alzan contra nosotros.

—¡Deja que ladren! ¡Ya callarán!

—Lo dudo, y empiezo a notar una especie de vacío a mi alrededor que resulta francamente desagradable. Un pequeño grupo de accionistas, por suerte minoritarios, comienzan a cuestionarme, y algunas empresas que hace apenas un año hubieran perdido el culo por un contrato, se niegan a proveernos de material alegando que no podrían cumplir los plazos de entrega... ¡No me

gusta! —exclamó un furibundo Wolf Lukas—. ¡Por Dios que no me gusta el cariz que están tomando los acontecimientos!

Paseaban de nuevo a solas por la inmensidad de la llanura, observados de lejos por un pequeño ejército de guardaespaldas, y al Consejero Delegado de la Dall & Houston se le advertía tan desasosegado que incluso se había olvidado de echar mano de su inseparable petaca.

—Ten un poco de paciencia —le aconsejó su acompañante—. Lo peor que nos podría ocurrir en estos momentos es perder los nervios.

—¿Más paciencia? —se escandalizó el otro—. ¿Y dónde la compro? Fabricar comprimidos de paciencia sería el mejor negocio del mundo, pero no existe farmacia que los venda.

—Las cosas verdaderamente importantes nunca se ponen a la venta, y no cabe duda de que la paciencia lo es.

—Estoy pensando seriamente en viajar a Dubai y quedarme una temporada allí con la excusa de que debo preparar el cambio de sede de la compañía. De ese modo ningún juez podría llamarme a declarar si las cosas salen mal.

—¡Ni se te ocurra! —fue el severo consejo de su asesor—. Lo tomarían como lo que en realidad es: una huida, y los hijos de puta que aún se contienen por puro miedo se lanzarían sobre ti pidiendo tu cabeza y aullando de placer. Si te marcharas ahora, nunca permitirían que la empresa te siguiera, y te garantizo que si no te llevas contigo a la empresa, el Emir de Dubai no tendrá el menor interés en protegerte.

—Eso es lo que me retiene. Y el hecho de que si me voy, *Iceman* descargaría sobre mí todas las culpas alegando que no tenía ni idea de lo que había hecho. Ese viejo zorro siempre sabe cómo salir con bien de los atolladeros.

—¡Ten fe! El plan es perfecto, siempre que Mariel obedezca las instrucciones con la misma eficacia con la que lo ha hecho has-

ta ahora. El único cabo suelto que quedaba, los documentos de Stanley, ya no significan un peligro.

—No estoy yo tan seguro... —se lamentó el otro—. A veces tengo la impresión de que veo albaneses por todas partes, aunque no tengo ni puñetera idea de en qué se diferencia un albanés de un bostoniano.

—En el acento, supongo.

—¡Muy gracioso! ¡Y pensar que todo esto no habría ocurrido si esa pandilla de inútiles supiera hacer bien su trabajo! Juraron y perjuraron que la maldita guerra acabaría en tres meses, y ya va para cuatro años.

—Nadie tuvo en cuenta que lo único que íbamos a conseguir era destruir ciudades y reavivar un conflicto religioso que cuenta con más de mil años de antigüedad. Debíamos haber calculado hasta qué punto seguían odiándose chiítas y sunnitas.

—¿Y para qué sirven unos expertos en política internacional que nos cuestan una fortuna? ¡Podrían habernos advertido del peligro!

—¿Les hubiéramos escuchado?

—¡Probablemente no, pero al menos su obligación era decirlo... —ahora sí que Wolf Lukas se acordó de su amada petaca, la extrajo, se sirvió un trago, y en un tono de aparente indiferencia, señaló—: ¡Por cierto! Necesito que me hagas un favor.

—Lo que tú digas.

—Ocuparte de Rita. Ahora que sé lo de su amante no la soporto. Que se vaya muy lejos, pero que deje al niño.

—Dudo que acepte.

—Procura que entienda que el chico estará mejor con una madre lejos, que huérfano de madre. Ofrécele quinientos mil dólares como pago a los servicios prestados y prométele que podrá ver a su hijo un fin de semana al mes.

—Con todos los respetos, no lo considero prudente. Espera a

que todo este asunto se solucione, porque alguien que lleva tantos años accediendo libremente a tu cama y tu despacho sabe demasiadas cosas, y resulta imposible prever cómo diablos reaccionará una mujer cuando intentan arrebatarle a su hijo. Puede que sea muy puta, pero siempre ha demostrado ser una buena madre.

—En ese caso cárgatela.

—¡Joder, Wolf, no seas bruto! —se escandalizó Tony Walker visiblemente ofendido—. No te lo tengo en cuenta porque estás pasando por momentos difíciles, pero no vuelvas a pedirme una cosa así. Soy tu amigo, tu consejero personal, tal vez tu subordinado y el encargado de lavar los trapos sucios de tu empresa, pero no tu sicario.

—¡Perdona!

—¡Olvídalo!

—¡No! No quiero olvidarlo y en el fondo te agradezco que me hables de ese modo. Tienes razón al afirmar que estoy perdiendo los nervios y eso es lo peor que puede ocurrir en el mundo de los negocios. Me siento impotente y rodeado de imbéciles que sólo saben asentir con la cabeza, así que me viene bien que de vez en cuando me obligues a poner los pies en el suelo. Dejaremos lo de Rita para más adelante porque al fin y al cabo sigue siendo la que hace los mejores *pompinos* de todo Texas.

—¿Quieres que la vigile de cerca?

—¿Acaso pretendes darme un parte semanal de cuántas veces le ha hecho sus famosos *pompinos* a ese entrenador de baloncesto?

Alejandra Zanaj lo citó en uno de los hoteles de su padre en Las Vegas. Al atravesar la lujosa recepción, Gregory Gregorian no pudo por menos que preguntarse por qué alguien que sabía que algún día heredaría semejante lugar, y veintitrés establecimientos semejantes repartidos por medio mundo, había permitido que la excesiva ambición de su marido acabara por destrozar sus vidas.

¡Cuán mejor sería este mundo si la mayoría de la gente aprendiera a calcular cuándo tenía suficiente!

¡Cuán mejor sobre todo para ellos mismos!

«Los pechos de una mujer deben tener el tamaño justo para llenar el hueco de las manos de su amado. El resto es superfluo.»

«El miembro de un hombre debe tener el tamaño justo para llenar el hueco entre los muslos de su amada. El resto es dolor.»

De igual modo, cuando la riqueza comienza a escapar a todo control se convierte en una amenaza, así como en un dolor inútil y superfluo.

Probablemente Alejandra Zanaj hubiera sido feliz viviendo con Stanley y sus hijos en el ático cualquiera de aquellos hermosos hoteles, pero ahora le recibió seria, amargada y taciturna en la fastuosa suite presidencial del último piso.

—¿Qué te ocurre? —se inquietó al verla.

—Que soy viuda... ¿Te parece poco?

La absurda respuesta tuvo la virtud de desconcertarle, y por unos momentos experimentó la desagradable sensación de que le habían propinado un estúpido coscorrón sin venir a cuento.

Al fin consiguió reaccionar a duras penas.

—Desde que te conozco siempre has sido viuda —dijo—. Pero hasta ahora nunca te había visto con esa cara.

—Mi cara sigue siendo la misma, lo que ocurre es que el peso de los recuerdos la alarga demasiado —matizó ella sonriendo con marcada tristeza—. A Stanley le encantaba jugar a la ruleta, por lo que solíamos venir todos los meses a Las Vegas, en lo que considerábamos una pequeña luna de miel, sin la continua presencia de los niños. Desde que murió no había vuelto, y ahora la ciudad se me cae encima. ¡Dios, cómo le echo de menos! ¿Un vodka?

—¡Por favor!

Sirvió dos de una barra mejor surtida que la de muchos bares y fue a tomar asiento en un desmesurado sofá al tiempo que le señalaba la butaca que tenía en frente.

—Ponte cómodo —pidió—. Aquí podemos hablar sin miedo. ¿Has conseguido algún avance digno de ser tenido en cuenta?

—Nelson ha entrado ya en los programas informáticos de dos productoras sospechosas de blanqueo de dinero, pero de momento no ha encontrado nada alentador. Aún quedan tres más por investigar.

—¿Y qué hay sobre la coincidencia del nombre y los apellidos?

—Poca cosa de momento. Es un camino largo, difícil y no demasiado alentador, porque ni siquiera sabemos si el nombre y los apellidos que Mariel eligió en el momento de adoptar una nueva personalidad son ingleses, hispanos como los de su padre, o franceses como los de su madre.

—No había pensado en eso... —reconoció ella afirmando con la cabeza—. Si utilizó los tres idiomas el cálculo de posibilidades sería prácticamente infinito. ¡Mal camino llevamos! Muy mal ca-

mino. —Alzó su copa en lo que pretendía ser un brindis, para añadir a continuación—: No obstante te tengo una agradable sorpresa.

—Odio las sorpresas, tienen la mala costumbre de sorprenderme, lo cual no suele ser divertido.

—¡Ésta te va a encantar!

Levantó el teléfono que se encontraba sobre la mesa, marcó tres números y a continuación ordenó:

—¡Pídale a don Raimundo que suba!

A los pocos minutos hizo su entrada un hombre muy alto y de ojos hundidos que aceptó tomar asiento cuando Alejandra Zanaj se lo indicó con un gesto.

—Gracias por venir... —le dijo, y a continuación se volvió a Gregory señalando—: Don Raimundo Morales dirige uno de nuestros hoteles, y mi padre, que le conoce hace mucho, me comentó el otro día que estuvo al mando del tercer pelotón que desembarcó en Bahía Cochinos, donde fue hecho prisionero, y pasó casi veinte años en las cárceles castristas. Quise que me contara cosas sobre aquella acción y me sorprendió que en el transcurso de la conversación asegurara que había conocido personalmente al hombre que buscamos, Mauro Rivero.

—¿Es cierto eso? —inquirió Smith vivamente interesado.

—Lo es. Trabajamos codo con codo durante casi cuatro meses en la preparación del desembarco. Era un brillante organizador que no dejaba nada al azar.

—Lo está demostrando.

—¿Acaso le conoce?

—Intento conocerle, pero resulta prácticamente imposible. Por lo visto es un tipo muy escurridizo.

—No lo sabe usted bien, llevamos años tras él.

—¿Significa eso que llegaron a sospechar que pudo ser él quien les traicionó en Bahía de Cochinos?

—Tardamos demasiado en comprenderlo... —respondió el recién llegado con apenas un susurro como si aquel fuera un tema que le afectaba de forma muy especial—. Por lo menos cinco años.

—¿Qué fue lo que le hizo llegar a la conclusión de que había sido él?

—Conversaciones en la cárcel por las que nos dimos cuenta de que había hecho creer a cada uno de nosotros que se embarcaba con otro grupo, y lo cierto es que nadie recordaba haberle visto a bordo de ninguno de los barcos a partir del momento en que zarpamos de Nicaragua.

—¿O sea que, según usted, entra dentro de lo posible que no tomara parte en la invasión y por lo tanto no pudieran matarle en Cuba?

—Así es. Lo organizó todo, nos envió a la muerte y suponemos que se escondió en tierra. Cuantos logramos sobrevivir al desastre, así como nuestras familias y nuestros amigos, le buscamos desde entonces, pero aún no hemos conseguido dar con él. Contamos con colaboradores en todo el mundo pero es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—En ese caso tal vez podamos sernos de ayuda mutuamente. Hábleme de él.

—¿Qué quiere que le diga?

—Todo lo que recuerde: cómo era, qué aficiones o qué aspecto tenía, qué clase de mujeres frecuentaba... Cualquier detalle que pueda servir para localizarle.

—No existía.

—¿Qué pretende decir con eso de que «no existía»?

—Que dejando a un lado su extraordinaria inteligencia, su capacidad organizativa y su meticulosidad, era un hombre que se esforzaba por pasar desapercibido.

—Sin embargo, quienes le conocieron de joven aseguran que era tremendamente presuntuoso —argumentó Gregory Grego-

rían un tanto confundido—. ¿Seguro que estamos hablando de la misma persona?

—Puede que en cualquier otra circunstancia Mauro Rivero mostrara una cierta soberbia, pues admito que era, y él lo sabía, muy superior a cuantos le rodeábamos, pero en cuanto se refiere a la operación de desembarco su comportamiento fue siempre el de quien se limita a aportar su granito de arena, aunque al final quedó claro que se había afanado echando arena a paletadas.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Y eso qué puede importar a estas alturas...? —dijo quien había pasado casi la tercera parte de su vida entre rejas por culpa de una traición—. Me gustaría poder decir que nunca olvidaré su cara, pero no es cierto. Nos consta, porque como le digo lo hemos buscado hasta debajo de las piedras, que hace ya muchos años se hizo la cirugía estética, pero aunque no fuera así, no le reconocería aunque pasara a mi lado.

—Sorprendente en alguien a quien odia tanto.

—Pero es la pura verdad. En una ocasión se disfrazó de mujer con el fin de asesinar a un senador que se oponía a la invasión y recuerdo que estuvimos media hora hablando sin que ni siquiera me percatara de que se trataba de él. Mauro era como un pedazo de barro que adoptaba la forma o la personalidad que más le convenía en cada caso. Hubiera sido un actor extraordinario —concluyó convencido.

—¿Qué clase de mujeres frecuentaba?

—De ninguna clase.

—¿Insinúa que era homosexual?

—No, que yo sepa.

—¿Entonces?

—¿Y qué quiere que le diga? En mi opinión el sexo le tenía sin cuidado porque nunca demostró el menor interés ni por hombres ni por mujeres. Era un tipo asexuado, retraído y solitario que

no bebía, no fumaba, no se drogaba, y cuando al fin se cargó al senador y le pregunté qué había sentido en el momento de apretar el gatillo, me respondió que nada en absoluto.

—¿Nada en absoluto? —se sorprendió Alejandra Zanaj decidiéndose al fin a intervenir en el interrogatorio.

—Nada, y recuerdo que solía decir: «Matar a una persona que te perjudica no tiene por qué estar más castigado que matar a un perro, ya que por lo general los hombres suelen ser más enemigos de los hombres que los perros. Por lo tanto nunca he aceptado ni aceptaré una ley que ordena respetar una vida por el simple hecho de que se trate de un semejante. Se me antoja absurda. Es precisamente el hecho de que se trata de un semejante lo que le convierte en nuestro peor enemigo».

—¿Lo consideraría un psicópata? —quiso saber Smith.

—¡En absoluto!

—¿En ese caso qué definición le daría?

—Nadie podría definir a Mauro Rivero. Tras tanto perseguirle y pensar en él a todas horas he llegado a la amarga conclusión de que se trata de una especie de alienígena llegado de un planeta muy caliente que ni sentía ni padecía. Lo único que conseguía sacarle de sus casillas era el aire acondicionado.

—¿El qué?

—El aire acondicionado. No lo soportaba, palidecía, se le entumecían las manos, se le amorataban las orejas, le salían ronchas en la cara y se ponía histérico. Era una especie de alergia, o como si de pronto hubiera ingerido un poderoso veneno de acción inmediata.

—Eso ya me lo habían comentado... —admitió Gregory Gregorian—. Al parecer sufre una forma anormalmente acusada de un mal poco común que los médicos denominan «Síndrome de Raynaud».

—Nunca había oído hablar de él —reconoció con absoluta

sinceridad don Raimundo Morales—. No tenía la menor idea de que existiese.

—¡Pues anda que yo...! —añadió Alejandra Zanaj—. Si le ocurren esas cosas está claro que jamás podrá poner los pies en un casino de Las Vegas, ni en la mayoría de los restaurantes de California donde suelen bajar la refrigeración hasta el punto de que o llevas un chal o te congelas. Recuerdo que en cierta ocasión tuve que cubrirme con un mantel. ¿Por qué reaccionan así los que sufren ese síndrome?

—Tengo entendido que se trata de un problema de circulación; cuando la temperatura desciende los vasos capilares se les contraen impidiendo que la sangre fluya con normalidad, por lo que en casos extremos puede acabar por degenerar en gangrena.

—¿Algo parecido a lo que les ocurre a los alpinistas que se han perdido en la nieve, y a los que en ocasiones tienen que amputarles las manos o los pies?

—Supongo que sí, aunque sólo hablo de oídas. Aún no he consultado con un especialista que me pueda proporcionar una información más fiable.

—Pues hazlo cuanto antes porque convendría tener la absoluta seguridad de que ese hijo de la gran puta, sea cual sea su aspecto actual, se ve obligado a vivir en una zona cálida y a no frecuentar lugares en los se utilice aire acondicionado...

—¿Tienes una idea de cuantos miles de millones de personas viven en zonas cálidas y jamás han puesto los pies en un local con aire acondicionado? —quiso saber Gregory Gregorian.

—En California no muchas, querido... —le replicó ella con una ancha sonrisa que devolvía algo de alegría y vitalidad a su fatigado rostro—. No en la fabulosa California de los multimillonarios, donde el mayor consumo de energía eléctrica se produce en las horas de más calor por culpa de los aires acondicionados, y

donde los taxis parecen neveras rodantes. Moverse por California intentando evitar los espacios refrigerados debe resultarle una tarea harto complicada.

—Puede que tengas razón... —admitió él—. Puede que intentar localizar a un hombre de setenta y tantos años que maneja muchísimo dinero, sobre todo negro, y evita a toda costa poner el pie en un local cuya temperatura sea inferior a la ambiental constituya una nueva pista. Lo malo del caso es que hemos seguido ya tantas pistas que empiezo a desanimarme.

—En eso no estoy de acuerdo contigo —discrepó Alexandra Zanaj—. Ahora sabemos muchas cosas sobre Mariel de las que hace un mes no teníamos ni la menor idea. Y don Raimundo nos está proporcionando una nueva y valiosa información que abre caminos que espero que a la larga nos lleven a buen puerto. Nuestro mayor problema se centra en el tiempo, porque lo que no sabemos es cuándo piensan cometer el atentado.

—¿Qué clase de atentado? —quiso saber el viejo cubano.

—Creemos que Mariel pretende asesinar a un alto cargo de la administración.

—Si se trata de un alto cargo es de suponer que cuente con una buena protección.

—Sin duda alguna.

—En ese caso, conociéndole como le conozco y si no ha cambiado de hábitos, elegirá un fin de semana.

—¿Y eso?

—Mauro siempre mantuvo la teoría de que son los momentos en los que la continua tensión a que están sometidos durante la semana los guardaespaldas se distiende, por lo que son más propensos a cometer errores. Como ya les he dicho, es extremadamente meticuloso en su trabajo y le gusta tener en cuenta hasta el último de los factores. Por eso nunca falla.

—Podría creerse que en el fondo le admira.

—Le odio y me gustaría arrancarle la piel a tiras pese que ni aun así me compensaría por los veintitrés años de vida que me arrebató, pero ello no impide que reconozca que es el ser humano más astuto del que tengo conocimiento. La prueba indiscutible está en que lleva medio siglo burlándose de todos.

Nunca pudo imaginar que pudiera existir un lugar tan plácida-mente hermoso.

Los extensos prados, cuidados como alfombras, aparecían de un color verde muy intenso salpicados aquí y allá por parterres de flores, y los bosques, densos y olorosos, se perdían de vista en la distancia.

El aire era fresco y limpio en las mañanas y apenas tibio en los atardeceres, blancas nubes corrían por un cielo muy azul sobre el que los aviones dejaban de vez en cuando una blanca estela, y caminos de grava de los que podría creerse que cada piedra había sido colocada con exquisito mimo serpenteaban de un edificio al siguiente como en los cuentos infantiles.

En sus horas libres, chicos y chicas se tumbaban sobre la hierba a estudiar o tomar apuntes, y raramente se escuchaba una palabra más alta que otra, por lo que el trino de miles de aves era el sonido que solía prevalecer a todas horas.

Dentro de los edificios, los pasillos siempre aparecían relucientes y los baños impecables, y aunque en ocasiones se escuchara rumor de jóvenes voces en las aulas, en cuanto un profesor cruzaba el umbral imperaba el respeto.

Orden, silencio, limpieza y disciplina realzaban el contraste de aquel mundo de apariencia bucólica con el caos de la ciudad

en la que Salka Embarek había pasado la mayor parte de su vida, y en la que cada día estallaban bombas o se escuchaban desgarradores gritos de dolor, ira o desesperación.

Algunos de los alumnos le recordaban al joven marine cuyos despojos había visto colgando de un columpio del parque, por lo que no podía por menos que preguntarse cuál sería la absurda razón que había empujado a un muchacho que podía disfrutar de aquel ambiente en su propio país a ir a que le despedazaran de un modo tan bárbaro al otro lado de la tierra.

¿Estaban locos?

El largo viaje había resultado tenso y agotador. Primero en coche de Bagdad a Damasco, de Damasco en avión a Roma, de Roma a Londres, de Londres a Chicago, y de Chicago a una inmensa y elitista universidad que al parecer en pleno invierno aparecía siempre cubierta de nieve.

Pero ahora centenares de estudiantes entre los que abundaban muchachos y muchachas de distintas razas y de un incontable número de países que al parecer pretendían mejorar su inglés, disfrutaban en ropa deportiva de un suave clima y un entorno adorable.

Allí, sentada en mitad de un prado y a la sombra de un árbol, le resultaba muy difícil aceptar que una horrenda muerte le aguardara impaciente, y que muy pronto, y mientras algún asqueado policía se aplicara a la desagradable tarea de recoger en cualquier calle su desfigurada cabeza o sus ensangrentados brazos introduciéndolos en una bolsa de plástico, la linda pelirroja que se tumbaba cara al cielo unos metros más allá continuaría mordisqueando el mismo lápiz hasta que viniera a buscarla el atlético muchacho que la llevaba a cenar cada noche.

El casi interminable viaje y el hecho de haber visto tantos lugares distintos y a tanta gente de apariencia extraña le habían hecho comprender que su sacrificio carecería de sentido a no ser

que realmente consiguiera arrastrar a la tumba al culpable de las desgracias que se abatían sobre su pueblo.

—No es justo que para que estos chicos mantengan esta clase de vida, mi familia haya tenido que ser aniquilada —solía decirse—. No es justo.

¿Qué aspecto tendría la provocativa pelirroja del lápiz entre los dientes si de improviso un rugiente misil perdido estallara a sus pies, le vaciara un ojo y le abrasara media cara?

¿Acudiría el apuesto mozarrón de ojos azules y camiseta deportiva a invitarla a cenar en la hamburguesería del pueblo?

¿Y qué aspecto tendría ese mismo mozarrón si le hubieran partido la columna vertebral de una paliza para arrojar más tarde su cadáver a un basurero?

¿Se mostraría tan amable y educado, o tan equilibrado y razonable el inteligente profesor de literatura inglesa si se encontrara sentado en los escalones de su casa contemplando los despojos de su esposa y su hijo?

¿Continuaría mostrándose tan distante y taciturno aquel chico latino con el que compartía aula, que jamás aceptaba relacionarse con nadie, como si odiara al mundo?

A menudo escuchaba a algunos alumnos hacer comentarios sobre el desarrollo de la guerra en Irak y se veía obligada a morderse la lengua para no correr el peligro de gritarles a la cara que no tenían ni la menor idea acerca de aquello sobre lo que discutían tan acaloradamente.

En el falso pasaporte de Salka figuraba ahora que era hija de padre inglés y madre tunecina, aunque su familia residía desde siempre en la isla de Malta, lo cual le había obligado a leerse durante las interminables horas de vuelo cuanta documentación le había proporcionado Mufti sobre Túnez y Malta.

Por fortuna, entre los muchos estudiantes extranjeros de la universidad no figuraba ni un solo tunecino, ni mucho menos un maltés.

La única persona que hablaba árabe, era un camarero de Larrache que ni tan siquiera se atrevió a dirigirle la palabra, consciente de que para la mayoría de los alumnos de aquella universidad un camarero marroquí y un terrorista afgano venían a significar más o menos lo mismo, pese a que sus respectivos países se encontraran a miles de kilómetros de distancia.

A decir verdad, Salka Embarek apenas hablaba con nadie a pesar de que varios muchachos la habían invitado al cine o a tomar una copa en el bar del cruce de la carretera, muy cerca del cual se abría una extensa explanada casi siempre repleta de automóviles en los que incontables parejas tenían por costumbre demostrarse un profundo afecto.

La iraquí no tenía el menor interés en que se repitiera la historia del marine.

No tenía el menor interés en nada que no fuera esperar a que vinieran a buscarla para acomodarle un chaleco cargado de explosivos e indicarle el camino que la conduciría directamente a la muerte.

Cualquier otro acto, cualquier otro pensamiento, excepto quizás el de intentar comprender y ayudar a aquel infeliz sudamericano que tan desgraciado parecía, se le antojaba una traición a su familia.

Quería creer que la estarían esperando cuando llegara, aunque fuera en pedazos, porque allí donde se encontraban no tendrían el menor problema a la hora de rehacer su cuerpo. Todos volverían a ser como eran antaño.

Como eran hasta la noche en que aquellos que ahora la invitaban al cine decidieron enviar sus misiles, sus bombas y sus tanques a destrozar su casa.

Los animales de sangre caliente pueden permanecer activos en ambientes fríos en los que los animales de sangre fría difícilmente consiguen moverse. Los animales de sangre caliente sobreviven en las regiones árticas o en altas montañas donde la mayoría de animales de sangre fría difícilmente lo harían. Los animales de sangre caliente consiguen comida o se defienden en un variado rango de temperaturas. Los animales de sangre fría solamente lo hacen cuando están suficientemente calientes. El nivel de actividad de un animal de sangre fría depende de la temperatura de su medio ambiente; un reptil incrementará la temperatura de su cuerpo antes de cazar y le resultará más fácil escapar de los depredadores cuando está caliente. También necesitan dicho calor para reproducirse.

Sin embargo, tener la sangre fría ofrece ciertas ventajas, ya que precisan mucha menos energía para sobrevivir. Los mamíferos y aves exigen más comida y energía que los animales de sangre fría del mismo peso, debido a que en los animales de sangre caliente el calor perdido es proporcional a la superficie de sus cuerpos, mientras el calor creado por sus cuerpos es proporcional a su masa. La razón del área de superficie de un cuerpo a su masa es menor mientras más grande es el animal. Esto significa que animales grandes de sangre caliente pueden generar más calor que el que pierden por lo que mantienen estable la temperatura de su cuerpo. Los pequeños animales de sangre caliente pierden calor más rápidamente. Los animales de sangre caliente no pueden ser demasia-

do pequeños ya que perderían calor con más rapidez de la que lo producen.

El ser grande requiere una mayor cantidad de comida, pero para los mamíferos el ser pequeño también requiere una gran cantidad de comida para generar calor. Los mamíferos pequeños necesitan comer frecuentemente para sobrevivir porque necesitan más energía para mantener una temperatura constante. También necesitan ingerir comida con alta energía, tal como fruta, semillas, insectos u otros mamíferos. Los mamíferos más grandes pueden ingerir comida con menor nivel de energía o comer menos. En un ambiente donde la comida es escasa, como en el desierto, los reptiles tienen una ventaja: no se ven obligados a quemar una gran cantidad de comida para mantener una temperatura constante en su cuerpo, son más eficientes en lo que respecta a su energía y pueden sobrevivir durante períodos más largos sin alimentarse.

Muchos animales de sangre fría tratan de mantener la temperatura de sus cuerpos tan baja como sea posible cuando la comida es escasa.

Otra desventaja de ser de sangre caliente es que sus cuerpos proveen un ambiente cálido propicio para el desarrollo de virus, bacterias y parásitos. Los mamíferos y aves tienden a tener más problemas con estas infecciones que los reptiles, cuyo constante cambio en la temperatura de su cuerpo hace la vida más difícil a los invasores.

Gregory Gregorian permaneció largo rato con la mirada fija en la pantalla del ordenador, meditando sobre el informe que acababa de leer en la página de la «Cool cosmos»-«NASA», y que a decir verdad se le antojaba francamente interesante, puesto que hasta aquel día jamás había sentido la menor curiosidad respecto al por qué de las diferencias entre los distintos tipos de animales en relación con la temperatura de su sangre.

Lo que le había empujado a buscar tal información no era otra cosa que intentar comprender las pautas de comportamiento de un ser humano que evidentemente no era un animal de sangre fría, pero que por una extraña anomalía tal vez de origen genético experimentaba en determinadas circunstancias reacciones parecidas a las que sufriría en el caso de que se tratara de una serpiente o un lagarto.

Si quería ser sincero consigo mismo, jamás se le había pasado por la cabeza el hecho de que la mayor parte de los alimentos que consumía estaban destinados a generar calor. Energía sí, pero no calor, aunque el calor fuera una forma de energía.

—Cada puñetero día aprendo algo nuevo... —masculló para sus adentros—. Pero el gran problema estriba en que me moriré sin saber ni la milésima parte de lo que me gustaría saber. Tiene razón Jessica al señalar que acabaré siendo el cadáver mejor informado del cementerio, aunque no tengo idea de si haber aprendido esto me ayudará a encontrar a ese hijo de la gran puta.

Tal vez el carácter de Mauro Rivero fuera una consecuencia directa de un mal que le afectaba desde que nació y que al parecer afectaba de igual modo a su madre y quién sabe si a algún otro de sus antepasados.

Quizá marcarse las pautas de su comportamiento tal como las hubiera marcado el hecho de haber nacido ciego, sordo o minusválido.

¿Podía influir el hecho de poseer unos vasos capilares demasiado sensibles al descenso de las temperaturas en el hecho de haber desarrollado una determinada personalidad?

Si cada vez que se le amorataban las manos y los pies sufría fuertes dolores hasta que la sangre comenzaba a circular de nuevo con naturalidad, resultaba lógico suponer que desde muy pequeño había desarrollado mecanismos de defensa destinados a evitar tales padecimientos.

Y nadie más que él podía determinar cuál debía ser el nivel de tales mecanismos, puesto que nadie más que él podía calibrar la intensidad del dolor que experimentaba.

Por desgracia, aún no se había inventado un termómetro capaz de medir el nivel del dolor, dado que no debían existir dos seres humanos que lo resistieran de igual forma.

De hecho, la mayoría de las mujeres lo soportaban mejor que unos hombres de los que solía decirse que serían incapaces de dar a luz.

El dolor no constituía únicamente una reacción lógica a una determinada agresión, ni respondía a unos parámetros predeterminados; el grado de dolor que se experimentaba en cada caso dependía mucho de la personalidad del individuo e incluso de su estado de ánimo en un determinado momento.

Recordaba el caso de un hombre que durante un incendio había sufrido tan terribles quemaduras en las manos que en cualquier otra circunstancia le hubiesen obligado a perder el conocimiento, pero inmerso como estaba en la desesperada tarea de salvar de las llamas a sus hijos ni siquiera lanzó un lamento hasta que los supo fuera de peligro.

Mauro Rivero, Mariel, o quien quiera que fuese en aquellos momentos, lo tenía todo a su favor a la hora de continuar burlando a la justicia hasta que se muriera de viejo en una cama, pero Gregory Gregorian empezaba a ilusionarse con la idea de que había conseguido encontrar un talón de Aquiles que por primera vez le volvía vulnerable.

Acudió a visitar a Nelson Miller en su original casa de las afueras de Pasadena con la intención de hacerle partícipe de sus esperanzas, y se lo encontró flotando boca arriba en una pequeña piscina desde la que dominaba un maravilloso paisaje.

—¡Buena vida te pegas...! ¿Así es cómo trabajas? —le reprendió afectuosamente.

—No he descubierto otro medio mejor —fue la respuesta—. El agua me aísla y me permite pensar con claridad. Y mi trabajo es pensar.

—También el mío, aunque suelo hacerlo en una simple butaca. ¿Has averiguado algo más sobre esas dichas productoras de cine?

—Que la Nevada Opus 38 Films ha anunciado el comienzo del rodaje de una nueva versión de *La Batalla de El Alamein*. A primera vista, sus posibilidades de éxito son escasas, pero es una película que ofrece la ventaja de que se rodará en el norte de África, lo que significa que contará con cientos de tanques, miles de extras, paisajes exóticos, un derroche de efectos especiales y todas esas cosas que se supone que atraen a los espectadores.

—Lo que el día de mañana justificará unos sorprendentes ingresos en taquilla...

—¡Justo!

—¿Y quién se oculta detrás de esa tal Nevada Opus 38 Films?

—Lo estoy investigando.

—Dudo que encuentres la respuesta flotando en una piscina —le reconvinó de nuevo Gregory—. Y el tiempo apremia.

—En eso creo que te equivocas.

—¿Por qué? ¿De qué estás hablando?

—De que he llegado a la inteligente conclusión de que en este caso concreto el tiempo no apremia sino todo lo contrario. A mi modo de ver, cuanto más tardemos en encontrar a Mariel mejor para todos.

—Eso sí que no lo he entendido... —reconoció su visitante al tiempo que iba a tomar asiento bajo una sombrilla y se servía un vaso de limonada de la jarra que descansaba sobre una mesa vecina—. ¿Te importaría aclararme en qué beneficiaría a nadie que se retrasara la investigación por la que intentamos evitar que asesinen a una persona?

—En que en mi opinión lo ideal sería que los que van a cometer ese atentado tuvieran todo el tiempo que necesitaran para poder acabar de una vez por todas con un nefasto personaje que siempre estará mejor muerto que vivo.

—¿De qué demonios hablas?

—De que una cosa es desenmascarar al asesino de un Vicepresidente, lo cual constituye un crimen de Estado que no tiene excusa posible, ya que se trata de un delito capital, y otra muy distinta desenmascarar a alguien al que sólo podríamos acusar, sin pruebas contundentes, de estar tramando una supuesta conjura.

—¡Pero qué barbaridades se te ocurren!

—No es una barbaridad, querido. Alguien que lleva casi treinta años chapoteando en las más oscuras cloacas de la política, que ha cometido infinidad de crímenes siempre protegido por leyes torticeras y que por simple avaricia ha llevado a miles de personas a la muerte, merece un castigo ejemplar, no que intentemos salvarle la vida a costa de arriesgar la nuestra. Y no estaría de más que fuera su propia gente quien le impusiera ese castigo asesinándole, y proporcionándole un poco de su propia medicina. Luego, una vez muerto el perro, seríamos nosotros los que presentaríamos pruebas indiscutibles de la autoría de ese asesinato.

—Visto así aún se me antoja una barbaridad, pero una barbaridad bastante razonable.

—Te consta que la Dall & Houston es una de las compañías más poderosas del mundo, y que por lo tanto cuenta con un auténtico ejército de picapleitos que sabían desmontar la teoría de una supuesta conspiración —insistió el dueño de la casa—. Sin embargo, lo tendrían mucho más difícil si tuvieran que enfrentarse al hecho consumado e indiscutible de un Vicepresidente de la nación más poderosa, y más pagada de sí misma de la tierra, de cuerpo presente. En ese caso, los medios de comunicación y la opinión pública nunca permitirían que se echara tierra al asunto.

—Será cuestión de pensarlo.

—Te aconsejo que no te molestes en pensarlo —puntualizó Nelson Miller saliendo del agua y tumbándose al sol en una hamaca—. Tú eres quien me ha convencido de que el Vicepresidente, Wolf Lukas, Tony Walker y el malnacido de Mariel tienen sobre su conciencia miles de muertes de seres inocentes, incluidos mujeres, niños y soldados americanos. ¿O es que te he entendido mal?

—Sabes que no.

—Pues a pesar de ello, y por muchas pruebas que presentáramos en su contra, lo peor que podría ocurrirles es que acabaran en la cárcel. ¿O es que crees que los ejecutarían?

—¡No! Está claro que nunca los ejecutarían.

—Sin embargo... —insistió con absoluta tranquilidad el californiano—, bastará con que se demuestre que son culpables del asesinato de un único político, aunque se trate de un auténtico canalla y uno de sus cómplices, para que les condenen a muerte, que es lo que en realidad merecen.

—Lo cierto es que así funcionan las cosas... —admitió muy a su pesar Gregory Gregorian.

—Y porque funcionan así es por lo que no me gustaría verlos en una cómoda celda con televisión hasta que consiguieran corromper o chantajear a otros políticos para que les concedieran el perdón. Me gustaría verlos en el momento en que les ejecutaran, porque sabría que no los estaban mandando al infierno por un simple ajuste de cuentas con un socio corrupto, sino por los miles de crímenes que han cometido.

Buscó el banco oculto entre los árboles en el que acostumbraba sentarse a recordar a los suyos y a meditar sobre el escaso tiempo que le quedaba de vida, pero en esta ocasión se lo encontró ocupado por el taciturno estudiante latino que una vez más semejaba a una estatua con los enrojecidos ojos clavados en un punto que evidentemente se encontraba muy lejos de allí.

Tan absorto estaba que ni siquiera advirtió su presencia o hizo gesto alguno pese a que decidió tomar asiento a su lado.

Era un muchacho atractivo pero francamente extraño, de aspecto saludable y un cierto aire deportivo, cabello cobrizo, ojos claros y firme mandíbula que atraía de inmediato la atención de las jovencitas en busca de escauceos en el bosque, pero que se mantenía siempre tan distante que obligaba a pensar en un cierto retraso mental, sobre todo en las escasas ocasiones en que algún profesor le hacía una pregunta y cuando debía responder daba la impresión de que regresaba de la luna.

Le intrigaba.

A Salka Embarek le costaba un gran esfuerzo admitir que alguien que vivía en semejante paraíso, vestía ropas de marca, tenía un bonito automóvil y podría llevarse a la cama a la más glamourosa de aquellas provocativas rubias de cuerpos esculturales, se comportase como la criatura más desgraciada que pudiera existir sobre la faz de la tierra.

—«En Bagdad me gustaría verte...» —se había dicho a sí misma en más de una ocasión—. «En Bagdad, muerto de hambre y rodeado de cadáveres de niños destrozados por las bombas.»

Lo estudió largo rato sin que el observado moviera un solo músculo, y al fin la curiosidad, motor de tantas situaciones comprometidas, pudo más que su natural indiferencia a todo lo que no fuera su inmediato y trágico destino.

—¿Qué te ocurre? —quiso saber.

Él se volvió a mirarla se mostró sorprendido por el hecho de descubrirla allí, y tardó un largo rato en replicar en voz muy baja:

—Nada.

—¿Estás enfermo?

—No.

—¿En ese caso por qué vives en otro mundo?

La respuesta fue tanto más sorprendente porque se trató a su vez de una pregunta:

—¿Tienes padres? —dijo.

—Murieron.

—¡Suerte la tuya!

Salka Embarek no pudo evitar levantarse y alejarse estando así obligada a propinarle una feroz patada en la espinilla, pero apenas había dado media docena de pasos cuando se volvió para espetarle en tono de profunda indignación:

—¡Eres un hijo de puta!

—¡Ojalá lo fuera!

La muchacha se apartó tres metros más, pero la respuesta había sonado tan amarga y al propio tiempo tan sincera, que de nuevo se detuvo, incapaz de aceptar lo que acababa de escuchar:

—¿Cómo puedes despreciar a aquellos a los que les debes la vida? —quiso saber.

—No les debo la vida. No les debo más que dolor.

Decidió regresar y tomar de nuevo asiento junto a la que le seguía pareciendo la criatura más atormentada que hubiera conocido.

—¿Te gustaría hablar de ello?

—No.

—Pero lo necesitas —le hizo entender—. Te observo hace días y llevas camino de volverte loco. ¿Acaso abusaron de ti?

—¿Cómo se te ocurre...? —fue la espontánea respuesta.

—¿Te pegaban?

—Nunca.

—¿Entonces?

—No quiero hablar de ello; no lo entenderías.

—Perdí a toda mi familia en un accidente —mintió Salka haciendo un notable esfuerzo por mantener la calma ante una situación que consideraba, y con razón, de lo más incongruente—. A mis padres y a mis hermanos. No conozco a nadie en este país, o sea que creo estar capacitada para entenderlo todo porque frente a cuanto me ha ocurrido cualquier cosa que pudieras contarme sobre tus padres resultaría una nimiedad.

No obtuvo respuesta puesto que su acompañante se había sumergido una vez más en aquella especie de estado catatónico, lo que tuvo la virtud de dejarla nuevamente perpleja.

Aguardó, pero al cabo de un rato llegó a la conclusión de que podían pasar horas antes de que el muchacho hiciera un solo gesto, así que se decidió a rozarlo levemente en el antebrazo.

—Háblame de tus padres —pidió.

Por segunda vez él se volvió a mirarla como si no supiera que se encontraba allí.

—¿Cómo has dicho? —preguntó al fin.

—Te he pedido que me hables de tus padres.

—¿De cuáles?

—¿Cómo que de cuáles? —repitió Salka Embarek cuya estupefacción iba en aumento—. ¿Acaso tienes varios?

—Tengo cuatro —fue la desconcertante respuesta—. Dos auténticos y dos falsos.

Ahora fue la iraquí la que permaneció largo rato en silencio, como golpeada por tan inesperada confesión, y aunque se esforzó por entender lo que el otro había pretendido decir, no lo consiguió.

—Padres tan sólo son los auténticos —acertó a decir al fin, aunque no sabía muy bien de lo que estaba hablando.

—¿Seguro?

—Supongo que sí.

—Lo supones, pero no tienes la certeza. Tampoco yo.

Se puso de pie y se alejó hasta perderse de vista entre los árboles.

Jessica Delmónico aceptó de inmediato, y con manifiesto entusiasmo, la tesis de Nelson Miller: los culpables de la muerte de tantos inocentes merecían a su vez la muerte. Ojo por ojo y diente por diente.

De hecho, sentía una profunda admiración por el *hacker*, y tras una semana de colaborar con él siguiendo las órdenes que le dictaba por teléfono infiltrándose en muy distintos sistemas informáticos, no pudo evitar comentarle a su marido:

—Tenías razón, el cerebro de Nelson no funciona como el del resto de los seres humanos sino como si se tratara de un ordenador que va almacenando datos que deja aparcados pero a los que sabe cómo acceder en cuanto los necesita.

—Eso es más o menos lo que hacemos todos —le hizo notar Gregory Gregorian—. Adquirimos experiencia y en un momento dado recordamos ciertas cosas y actuamos en consecuencia.

—Pero la diferencia es que él no recuerda, él archiva.

—¡Como no te expliques mejor...!

—A mi modo de ver la mayoría de las veces los recuerdos son sentimientos, buenos o malos, lejanos o cercanos, unos muy concretos y otros difusos que acuden a la memoria incluso cuando no lo deseamos. Pero para Nelson cada recuerdo es como un número de teléfono que acude a su mente de forma automática en cuanto lo necesita y nunca de manera gratuita.

—Lleva entrenándose desde que tiene uso de razón.

—¡Aun así...! Cuando Nelson intenta penetrar en un sistema informático es como si fuera conduciendo a doscientas millas por hora en la maraña del tráfico de las autopistas de Los Ángeles y supiera en cada milésima de segundo por qué ramal desviarse y a qué velocidad exacta debe tomar una curva para llegar a su destino sin tan siquiera rozarse con los miles de vehículos que le rodean. ¡Es la leche...!

—¿Aprendes mucho?

—Nada.

Gregory observó perplejo a su joven esposa, que estaba, como de costumbre, preparándose un suculento y desproporcionado almuerzo, y repitió desconcertado:

—¿Nada?

—¡Absolutamente nada!

—¿Y cómo se entiende que estés trabajando con el mejor *hacker* del mundo y no hayas aprendido nada?

—¿Y eso qué tiene que ver...? Supón que estuvieras trabajando con Albert Einstein, y de pronto empezara a desarrollar sobre una pizarra la teoría de la Relatividad sin pararse a darte explicaciones de lo que significa cada uno de los signos o las fórmulas. ¿Te enterarías de algo?

—Supongo que no.

—Pues este caso es lo mismo. El jodido Nelson lleva una marcha que no me entero de lo que me está diciendo, pero lo cierto es que en un abrir y cerrar de ojos me encuentro en la pantalla del ordenador lo que andamos buscando. No aprenderé un pimiento, pero acabaré más loca que una cabra.

—¿Quieres que te proporcione un sustituto?

—De momento, no, pero en cuanto adviertas que empiezo a desvariar vete pensando en ello. Y con respecto a lo de permitir que esos cerdos se destruyan entre ellos... siempre ha sido una buena idea: divide y vencerás.

—Pero aquí no se trata de dividir, sino de aniquilar querida esposa.

—¿Y qué mejor división que aquella en que el sobrante va a parar a la basura?

—No, si va a resultar que lo que tengo en casa es una asesina en potencia. Tendré que andarme con ojo.

—De momento no corres peligro, pero puedes jurar que yo no soy como tu amiga Alejandra; por mucho que te quiera, y te quiero mucho, si un día me enterara de que has provocado una guerra te degollaría en cuanto cerraras los ojos. Eso sí, después de una larga noche de sexo loco para que al menos te fueras al otro mundo feliz y satisfecho.

—¿Y por qué no empezamos por la larga noche de sexo loco y dejamos lo de cortarme el cuello para mejor ocasión?

—¡Qué más quisieras tú! ¿Qué has decidido respecto a la idea de darles tiempo para que se carguen al Vicepresidente?

—Que tal como yo lo veo no necesitan que les proporcione tiempo adicional, lo van a tener con o sin mi permiso, porque cada vez me parece más difícil dar con Mariel. He hecho algunas averiguaciones y nadie tiene noticias de que exista un registro de enfermos de ese dichoso síndrome de Raynaud, ni unos médicos especializados en su tratamiento. Al menos, no en California. Lo que sí he conseguido averiguar es que alguien que padezca la enfermedad en su grado máximo corre un grave riesgo de sufrir arterioesclerosis obliterante que, por lo visto, y te prevengo que de momento hablo de oídas, cuando se alcanzan los sesenta años suele acabar en gangrena de los pies, por lo que tienen que amputártelos.

—¿Lo que significaría que Mariel podría encontrarse en estos momentos en una silla de ruedas?

—Más o menos.

—Pues no se de qué le sirve tanto dinero si está tan jodido...

—Yo no he dicho que lo esté —le hizo notar Gregory Gregorian—. Sólo he dicho que podría estarlo, pero por el simple hecho de tener tantísimo dinero es muy posible que haya conseguido curarse a tiempo. Al fin y al cabo aseguran que esa enfermedad es más propia de mujeres que de hombres... —hizo una pausa porque al parecer no estaba muy convencido de lo que iba a decir, pero al fin añadió—: En mi opinión, y en buena lógica, todo hombre que padezca ese mal de una forma acusada tiene que ser prácticamente impotente.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Jessica.

—Porque para que exista una erección es necesario que la sangre fluya al pene de forma masiva, y si Mariel sufre de graves trastornos de circulación sanguínea, sobre todo en los vasos capilares, le resultará muy difícil enviar esa sangre al pene y tener erecciones.

—Me encanta saber que no tienes el menor problema de circulación sanguínea, querido, aunque dudo mucho que una cosa tenga que ver con la otra.

—Sin embargo, en cierta ocasión leí que los hombres más activos sexualmente son aquellos que tiene la sangre muy fluida y las venas y los capilares limpios por la ausencia de grasas, ya que de ese modo la sangre acude al pene a la menor excitación. No obstante, no creo que ésta sea tampoco una pista que nos conduzca a ninguna parte.

—Nunca te había visto tan pesimista sobre un caso —argumentó su esposa entre bocado y bocado—. Si no te conociera diría que lo das por perdido.

—Nunca me había enfrentado a un tema de tanta envergadura, querida, eso tenemos que reconocerlo; no todos los días se atenta contra un Vicepresidente...

Le interrumpió el sonido del teléfono que le comunicaba directamente con Alejandra Zanaj, así que no tuvo necesidad de preguntar quien se encontraba al otro lado, y se limitó a comentar:

—Dame una buena noticia porque llevo un día de lo más decepcionante.

—No sé si será buena o mala... —le respondió la viuda de Stanley Rove desde el otro lado de las ondas—. Pero lo que si resulta es sorprendente: Rita Casablanca ha huido.

—¿Rita Casablanca? ¿La secretaria de Wolf Lukas?

—Y la madre de su hijo menor.

—Sí que es una noticia realmente sorprendente —admitió el ahora Smith—. ¿Estás segura de que se trata de una huida en toda regla?

—Los albaneses, que como sabes la vigilan a todas horas, me acaban de comunicar que poco antes del amanecer salió de su casa en un todoterreno nuevo cargado hasta los topes y con el niño a su lado. Se encamina directamente al norte por carreteras secundarias.

—Tal vez sólo pretenda pasar un tranquilo fin de semana lejos de Houston.

—¿Con un coche de matrícula desconocida y por caminos perdidos? —fue la respuesta—. Lo dudo. Está a punto de abandonar el Estado, y ese es un viaje demasiado largo y pesado para un simple fin de semana. Apesta a fuga.

—Pues procura que tu gente no la pierda de vista. Después de tantos años de tirarse a Wolf Lukas debe de saber mucho sobre los trapos sucios de la compañía, y si ahora se larga es porque las cosas se están poniendo al rojo vivo y ha optado por quitarse de en medio cuando aún está a tiempo. Sobre todo procura que no advierta que la siguen.

—¡Descuida! Mis albaneses suelen ser bastante salvajes, pero no tontos. Mientras repostaba gasolina le han colocado un transmisor en los bajos del coche, así que sabremos dónde se encuentra en todo momento.

Cenaba, solo como siempre, en la mesa más apartada del comedor, semidesierto a aquellas horas. Por lo que se decidió a sentarse frente a él, para lo cual tuvo que empujar levemente su bandeja.

—Perdona —se disculpó.

La observó con expresión adusta.

—Tantas mesas vacías y tienes que venir a molestarme —se lamentó—. ¡Haz el favor de dejarme en paz!

—No hasta que me respondas a un par de preguntas.

¿Qué demonios quieres?

—Que me hables de tus padres.

—No me apetece. ¿No tienes otra cosa mejor que hacer que husmear en la vida de los demás?

—No.

—¡Lástima!

—¿Me guardarías un secreto?

—¿Por qué habría de guardártelo si no te conozco?

—Porque yo te lo pido.

—Yo te he pedido que me dejes tranquilo y no me has hecho caso.

—En eso tienes razón, pero somos compañeros de clase y los compañeros deberíamos preocuparnos los unos por los otros.

—¿Por qué?

La pregunta era tan directa, tan sincera y tan descarnada, que Salka Embarek no encontró respuesta alguna, debido a lo cual se concentró en la tarea de sazonar su ensalada pese a que no parecía tener la menor intención de probarla.

Gonzalo Avellaneda, que era el nombre con el que el taciturno muchacho figuraba en la lista de alumnos del seminario de filología inglesa al que asistían juntos, se sumió por enésima vez en unos oscuros pensamientos de los que el resto del mundo se encontraba evidentemente excluido, y la desmoralizada iraquí tuvo que plantearse a sí misma el por qué de no atender a sus ruegos de que le dejara en paz.

A su pesar, se veía obligada a reconocer que el inquietante personaje le fascinaba más por la magnitud de su evidente desamparo que desde un punto de vista de mera atracción física, debido al hecho de que la magnitud de la tragedia que se podía leer en sus ojos tenía algo en común con la que le afectaba a ella misma.

Eran como las dos únicas notas discordantes en la bucólica sinfonía de una pacífica universidad en la que todo discurría por los senderos de una perfecta armonía; cientos de estudiantes no parecían tener otra preocupación que acostarse los unos con los otros y obtener unas notas lo más brillantes posibles, consiguiendo así un buen puesto que les permitiera seguir siendo ricos y felices por el resto de sus días.

¿Qué pintaba en aquel selecto lugar un individuo que evidentemente no pretendía ni lo uno ni lo otro?

—La televisión muestra continuamente imágenes de un lugar en el que cientos de personas mueren cada día... —musitó al poco, como si hablara consigo misma y no le importara que aquel con el que compartía la mesa le estuviera prestando o no atención—. Familias enteras desaparecen de la noche a la mañana, la sangre riega las calles, hiede a demonios, los vecinos se asesinan sin recordar que antaño eran amigos, y aquellos que huyen

son abatidos a tiros en pleno desierto, donde los buitres se sacian hasta que no pueden ni alzar el vuelo de tanto que han comido. —Hizo una pausa para acabar preguntando—: ¿Acaso existe algo peor que eso?

—¿Te refieres a Bagdad?

—Me refiero a Bagdad.

—Me conmueve la tragedia por la que está pasando —señaló el muchacho golpeándose repetidas veces el pecho—. De verdad me conmueve, pero Bagdad se encuentra muy lejos, mientras que lo que a mí me afecta ocurre aquí dentro y hace tiempo aprendí que es la distancia la que determina el valor afectivo de las cosas. Puedo tapar con mi dedo la luna, pero no puedo taparte a ti.

—No es la distancia... —le contradijo ella—. Es el egoísmo.

—¡Llámalo como quieras!

—¿No te da vergüenza sentir tanta pena de ti mismo? —le espetó Salka Embarek de improviso.

—A veces.

—¿Y no luchas contra ello?

—A veces... Normalmente intento olvidar que tenía unos padres maravillosos a los que adoraba y que me lo daban todo, pero no lo consigo. Mi vida era perfecta hasta la noche en que vinieron a detenerles; a él lo acusaron de torturador, asesino y secuestrador, y a ella de cómplice en el secuestro. En ese justo momento descubrí que aquel a quien tanto quería había tirado al mar, desde un avión, a mi verdadero padre, que más tarde había asesinado a mi verdadera madre a las pocas horas de que me hubiera dado a luz, y que había hecho creer a todos que yo era su hijo.

—¡No es posible!

—¿Estás contenta? ¿Satisface eso tu curiosidad?

—No pretendía hacerte daño.

—Nadie puede hacerme más daño del que ya me han hecho ¿Entiendes por qué no consigo reaccionar pese a que no estallen

bombas a mi alrededor ni la ciudad en que vivo hieda a muertos?
Ese hedor lo llevo dentro y lo llevaré eternamente.

—¿Cómo se entiende que haya personas capaces de cometer unos crímenes tan execrables?

—Explícamelo tú, que por lo visto sabes tanto.

—No sé nada de secuestros, torturas y asesinatos a sangre fría.

—Pues ese es mi caso, y ocurría a diario durante la dictadura de los militares argentinos. ¿Y quieres que te aclare cuál es el verdadero problema? Que a pesar de todo sigo queriendo a los asesinos, y no consigo amar a las víctimas. Por el contrario, a menudo las odio porque inconscientemente les culpo de ser la causa de que todo aquello en lo que creía se viniera abajo. Sé que llevo su sangre pero por lo visto con eso no basta.

—Te pedí que la mataras, no me hiciste caso y ahora ha huido llevándose casi un millón de dólares y una serie de documentos que pueden hundirnos definitivamente.

—Y yo te pedí que me permitieras vigilarla pero te negaste, pese a que siempre es mejor vigilar a una mujer a matarla, o sea que estamos en paz —fue la seca respuesta de Tony Walker—. ¿Tienes una idea de por qué lo ha hecho?

—Una compañera de oficina le contó que mientras ella estaba fuera una nueva secretaria se había pasado más de media hora en mi despacho.

—¿Haciéndote uno de tus adorados *pompinos*, supongo?

—Más o menos —admitió Wolf Lukas—. Sólo fue una vez, pero Rita se puso hecha una furia y nos enzarzamos en una absurda discusión durante la que le eché en cara que no tenía derecho a protestar porque sabía lo del entrenador de baloncesto —dejó escapar un reniego y añadió—: Creo que incluso insinué que probablemente el niño ni siquiera fuera mío.

—¡No me jodas! ¡Pero si es tu vivo retrato!

—Lo sé, pero estaba furioso. De pronto me dio una bofetada, se la devolví y el viernes por la noche arrastró con todo lo que tenía de valor y desapareció, dejando únicamente el coche que le regalé el año pasado.

—¿Y te parece lógico que un hombre de tu edad, tu posición social y tu delicada situación actual se comporte de ese modo?

—Bill Clinton tenía aproximadamente mi misma edad, mucha mejor posición social y su situación era infinitamente más alta, pero estuvo a punto de perder la presidencia por lo mismo. Como se suele decir, «por la boca muere el pez», pero no por la propia boca, sino por la de las infinitas Ritas Casablanca y Mónicas Lewinsky que existen en el mundo.

—¡Dios! ¿Por qué todos acabáis teniendo el cerebro entre las piernas? ¿En qué estabas pensando?

—¡Déjate de sermones y encuéntrala!

—¿Para qué? —quiso saber Tony Walker—. ¿Para liquidarla y que el día menos pensado esos documentos salgan a la luz en cualquier medio de comunicación? No me parece una buena idea, ya que Rita es lo suficientemente inteligente como para comprender que si habla se pasará media vida en la cárcel, con lo que su hijo quedaría desatendido.

—Tal vez intente hacer un trato con el Departamento de Justicia.

—No lo hará porque sabe mejor que nadie que a la mitad de ese Departamento lo tienes en nómina y la otra mitad fue nombrada por *Iceman*, así que puede ir a dar con la persona equivocada. Creo que lo único que pretende es quitarse de en medio con ayuda de ese dinero y con el que te ha ido sacando a lo largo de todos estos años.

—¿Y si te equivocas?

—Habremos sido dos, tú el primero por meterla donde nadie te manda, y yo el segundo por confiar en alguien que no se lo piensa un segundo antes bajarse la bragueta. —Lanzó un corto suspiro de resignación al añadir—: Confío en que lo único que haga sea cambiarse el nombre e instalarse en cualquier pueblo perdido en el que cuidar de su hijo y hacerse vieja sin mayores sobresaltos.

—Tú todo lo ves muy fácil —protestó Wolf Lukas.

—¡Qué más quisiera yo! —le contradijo el otro—. Admito que las cosas se nos están yendo de las manos y entiendo que algunos intenten salvarse antes de que sea demasiado tarde, pero por eso mismo, porque lo entiendo y no interviene mi orgullo de amante ofendido, me esfuerzo por mantener la calma. No debemos preocuparnos porque las ratas abandonen el barco; debemos intentar que el barco no se hunda.

—Los puñeteros demócratas cada vez se sienten más fuertes y se han empeñado en que la guerra termine cuanto antes. Eso significaría una clara derrota, y así como a las victorias nadie les pide explicaciones, a las derrotas siempre se le buscan culpables.

—Ya lo dice el refrán: «El éxito tiene muchos padres; el fracaso es huérfano».

—Sigo opinando que el fracaso no fue culpa nuestra sino de los militares.

—¿Y acaso el hecho de saber que un puñado de generales se hunde contigo te hará sentir más libre? ¡Olvídalo! Vayamos a lo nuestro, que aún nos quedan un par de ases en la manga.

—Pues ha llegado el momento de ponerlos sobre la mesa, o corremos el riesgo de que se nos queden en la manga para siempre.

—Creo que muy pronto jugaremos el primero.

—Ordénale a Mariel que actúe ya.

—Sabes muy bien que en lo que se refiere a actuar no admite órdenes. Le dijimos lo que tenía que hacer y lo hará, pero a su estilo.

—En ese caso hazle entender que si no lo hace no volverá a recibir un solo dólar. El muy cabrón se protege tanto que nos está poniendo en peligro.

—En eso estoy de acuerdo.

—Que entienda que si no actúa buscaremos a otro que haga el trabajo.

—¿Qué otro? —quiso saber con una cierta agresividad Tony Walker—. Los únicos que cuentan con una organización capaz de realizar un trabajo de tamaña envergadura es la mafia, pero me juego la cabeza a que no aceptaría un contrato semejante. Al menos yo no lo haría.

—Se trata de mucho dinero.

—A la mafia lo que le sobra es dinero, que a menudo ni siquiera consigue blanquear. Ya en su momento se les acusó de estar detrás del atentado de Kennedy, y no creo que les apetezca que les asocien a un nuevo magnicidio; demasiados americanos de origen italiano no se lo perdonarían. Mariel nunca nos ha fallado y por lo tanto debemos continuar confiando en él... —Ante la expresión de desagrado de su interlocutor insistió—: ¡Por favor!

Contra su voluntad y en un gesto que evidenciaba su inevitable resignación y malhumor, el Consejero Delegado de la Dall & Houston acabó por encogerse de hombros:

—¡Qué remedio! —masculló—. El Presidente me ha pedido que nos impliquemos más seriamente en el tema del biodiesel como sustitutivo del petróleo. Pasado mañana me voy a Río, a estudiar de cerca el tema, ya que al parecer los brasileños son grandes expertos.

—¿Biodiesel? —se sorprendió Tony Walker—. ¿De verdad crees en esa patraña de que llegará un día en que un petróleo que mana a chorros y del que tú y yo sabemos que existen inmensas reservas que la gente ni siquiera sospecha, será desplazado por un carburante que necesita ser sembrado, regado, recogido, almacenado y transformado antes de llegar a los surtidores?

—No es que crea o no crea... —argumentó Wolf Lukas en tono de absoluta indiferencia—. Es que ahora se ha puesto de moda bombardear a los ciudadanos con la amenaza de un cambio climático que nos llevará al Apocalipsis, y los políticos tienen que subirse al carro de defensa de la naturaleza, les guste o no.

—Eso es cierto; algunos se están poniendo francamente insoportables.

—¡Y lo que nos espera! Se hablará mucho sobre el tema y se invertirán ingentes cantidades en investigación, pero en cuanto esos nuevos carburantes empiecen a significar una auténtica amenaza para las petroleras, éstas bajarán de forma drástica sus precios porque aún disponen de un enorme margen de beneficios. Y en el momento en que un conductor llegue a la gasolinera y descubra que llenar su depósito de biodiesel le cuesta el doble que llenarlo de diesel normal, se olvidará del cambio climático, la polución y todas esas zarandajas, alegando que al fin y al cabo lo que él va a contaminar no es más que la milmillonésima parte de lo que contaminan las grandes empresas, por lo que deben ser éstas las que paguen la factura.

—Una cosa es predicar y otra dar trigo... —admitió su consejero personal—. Y una cosa es defender la naturaleza, y otra pagar esa defensa de tu bolsillo. Stanley, que era un auténtico experto en el tema, me aseguró en cierta ocasión que las petroleras saben cómo reducir al mínimo el grado de contaminación de la mayoría de sus productos, pero que como eso supondría un notable aumento en los costes de producción, y por lo tanto una disminución en el margen de beneficios, no lo pondrán en práctica hasta que no les quede otro remedio.

—Y a mí me contó que existe un producto que solidifica de inmediato el fuel, de tal manera que se evita los derrames contaminantes pero que los armadores se niegan a llevarlo a bordo de los petroleros porque les quita espacio. Tal vez llegue un día en que todo ello se aplique y el mundo sea más limpio, pero de momento lo que hay es lo que hay, y si el Presidente me pide que vaya a Brasil, allá voy. Mi primera idea era no quedarme más de una semana, pero a la vista de cómo se encuentra la situación, alargaré la estancia hasta que este desagradable asunto se haya solucionado.

—Brasil siempre ha sido un buen lugar para desaparecer en caso de que las cosas se pongan feas —puntualizó su interlocutor con una sonrisa irónica—. Y sus cirujanos plásticos tienen fama de estar entre los mejores del mundo.

—Confío en no tener que llegar a esos extremos.

—También yo, pero debemos aceptar que si en su momento la apuesta ya fue increíblemente fuerte, con todo lo ocurrido después esa apuesta ha aumentado al límite, y por lo tanto ya no nos quedan más que dos opciones: o saltamos la banca, o nos ponemos en manos de un cirujano plástico.

El rumor se extendió por las aulas y los pasillos, pero a media tarde se hizo oficial la sorprendente e inesperada noticia de que el próximo sábado el Vicepresidente acudiría a cerrar el curso académico y a entregar personalmente los diplomas a quienes habían acabado la carrera de ingeniería, otorgándole así su nombre a la nueva promoción.

Salka Embarek comprendió al fin las hasta aquel momento inexplicables razones, por las que la habían inscrito en tan exclusiva universidad.

Alguien debía de estar al corriente de que la promoción de ingenieros saliente llevaría el nombre del Vicepresidente. El acto de entrega de diplomas se celebraría en los jardines del campus, y por lo tanto no sería necesario que el cazador fuera en busca de la pieza, ya que sería la pieza la que vendría por su propio pie hasta donde le estaba aguardando su cazador.

Entre las raíces de un grueso roble del bosque vecino se ocultaba una caja metálica de cierre hermético, y dentro de ella un chaleco que se ajustaba como un guante a sus caderas y a su pecho. Contenía la suficiente cantidad de explosivos como para destrozar a cuantos se encontraran en un radio de treinta metros a su alrededor.

Sus instrucciones al respecto eran severamente precisas: no debería apretar el detonador hasta que se llegara a menos de diez

metros de su víctima, porque de lo contrario su sacrificio resultaría estéril y se habrían perdido inútilmente vidas, tiempo y dinero.

—¡Recuérdalo bien! —le repitieron una y otra vez—. ¡Diez metros! Ni uno más.

Estaba absolutamente decidida a cumplir la orden pese a que en ello le iba la vida, y a lo único que aspiraba era a que Gonzalo no se encontrara cerca en aquel justo momento.

Gonzalo Avellaneda era quizá la única persona de este mundo que no deseaba que muriese por su culpa, aunque podría llegar a creerse que Gonzalo Avellaneda era quizá la única persona de este mundo a la que no le importaría que Salka Embarek le hiciera volar por los aires.

Tal vez de ese modo se evitaría tener que volarse la cabeza.

¡Era una lástima! Una verdadera lástima que el Vicepresidente hubiera decidido acudir a la universidad precisamente durante los días en los que había comenzado a hacerse ilusiones respecto a la posibilidad de devolver al eterno taciturno a una cierta normalidad.

El hecho de hablar con alguien que escuchaba con infinita paciencia cuanto se refería a la cruel batalla que se libraba en su interior parecía haber tenido la virtud de ablandar la coraza con que solía protegerse un pobre muchacho cuyo corazón se encontraba dividido entre el odio y desprecio que sentía hacia quienes habían confesado sin el menor reparo la espantosa magnitud de sus crímenes, y el natural cariño que había experimentado por ellos a lo largo de veintitrés años.

Una noche le había mostrado a Salka una vieja y descolorida fotografía en la que podían verse, cogidos de la cintura, a un hombre y una mujer que apenas superarían en edad la que ellos tenían en aquellos momentos.

—Estos eran mis verdaderos padres —dijo—. A veces los contemplo durante horas intentando que me digan algo, que me con-

firmen de algún modo que llevo su sangre y estoy obligado a quererles y a estarles agradecido por haberme dado la vida, pero jamás obtengo una respuesta.

—Es que esa respuesta nunca se encuentra en una fotografía —le hizo notar ella—. Tiene que salir de ti.

—¡Pues no sale! Luego recuerdo el cariño con que me cuidaba mi madre, las maravillosas tardes en que mi padre me llevaba a la Bombonera a animar como locos al Boca Juniors, los almuerzos en la Costanera o las vacaciones en la playa pescando hasta la media noche, y no consigo aceptar el hecho de que un hombre tan dulce y tan tierno hubiera sido un coronel fascista capaz de arrojar a seres vivos desde un avión a más de mil metros de altura. ¡No! —insistió como si estuviera luchando consigo mismo—. ¡No lo concibo!

¿Cómo consolar a quien había sufrido un golpe semejante?

Ahora, Salka Embarek podía entender aquel «¡Suerte la tuya!» cuando le confesó que sus padres habían muerto, porque sin duda Gonzalo Avellaneda hubiera preferido que aquellos a quienes siempre había considerado sus verdaderos padres hubieran desaparecido víctimas de una bomba o un misil perdido, que saberlos reos convictos y confesos de unos delitos que superaban los límites de la inhumanidad.

La muerte engrandece a los seres queridos; sus crímenes los empequeñecen.

A solas en su cama, la muchacha se preguntaba cuáles serían sus sentimientos si de pronto hubiera descubierto que quien le llevaba a pasear a orillas del Tigris, le compraba helados, o la bendecía con un beso en el momento de irse a la cama hubiera resultado ser un monstruoso asesino.

Su imaginación no llegaba a tanto.

Ninguna imaginación llegaba a tanto.

No era de extrañar que el taciturno muchacho viviera inmerso en un pozo rodeado de hediondos cadáveres, puesto que más

muertos debían estar a sus ojos los que se pudrían en una cárcel de Buenos Aires que quienes habían sido devorados por los peces en mar abierto.

—¿Qué pensará cuando descubra que su mejor amiga, la única capaz de entenderle y consolarle ha resultado ser también una fanática que no ha dudado en inmolarse con tal de arrastrar consigo a un desalmado pero al mismo tiempo a dos docenas de inocentes?

—¿Cómo resistirá ese último latigazo del destino?

Sentía más pena por Gonzalo que por ella misma, consciente como estaba de que en cuanto apretara el detonador del chaleco explosivo todas sus desgracias habrían concluido, mientras que las de su nuevo amigo aumentarían de forma impredecible.

Y no se lo merecía.

Nadie se merecía un destino semejante, pero Salka Embarek había llegado tiempo atrás a la conclusión de que pocos seres humanos merecen el destino que les ha tocado en suerte.

Nelson Miller había conseguido adentrarse en el corazón de los sistemas informáticos de las productoras sospechosas, e incluso en el de la Dall & Houston, pero su ilimitada experiencia le hizo comprender de inmediato que en ninguno de ellos se ocultaban datos de primordial importancia sobre el lavado de dinero o acerca de una posible relación con Mariel.

Al fin y al cabo resultaba hasta cierto punto lógico suponer que aquellos cuyos códigos habían sido forzados por él mismo debían presuponer que de la misma forma que un simple *hacker* conseguía acceder a ellos, podrían acceder el FBI o el Departamento del Tesoro en su eterna búsqueda de dinero negro, por lo que habrían adoptado sin duda un sistema de protección de datos muy diferente.

—En lugares que ignoramos deben existir los llamados «ordenadores anónimos» que se inscriben a nombre de personas ficticias, y cuyas claves tan sólo conocen quienes los utilizan, es decir, los máximos dirigentes de determinadas compañías —le hizo entender a Gregory Gregorian cuando acudió de nuevo a visitarle a la piscina en la que, como de costumbre, se encontraba inmerso—. Por lo general, los guardan en cualquier minúsculo despacho en algún edificio cercano al que los usuarios puedan acceder sin levantar sospechas, incluso a través de un garaje común. Probablemente

en ese despacho no se encontrará más que una mesa, una silla, y el ordenador que contiene toda la información que buscamos.

—¿Tienes idea de cuántos despachos de esas características deben de existir sólo aquí, en Los Ángeles? —quiso saber su visitante.

—Miles, sin duda.

—¿Entonces?

—¿Entonces, qué? Yo te pongo al corriente de lo que hay y me estrujo las meninges en busca de nuevos caminos. Pero me resultó más sencillo descerrajar los códigos del Pentágono que éstos, porque los traficantes de drogas y de armas, o los políticos y empresarios corruptos son mucho más astutos y cautelosos que los militares. Ningún general posee un despacho secreto en el que guardar su «Ordenador Anónimo». Normalmente, si lo tiene, lo tiene en casa, y cuando un ordenador está en una determinada dirección yo encuentro pronto o tarde la forma de acceder a él. Pero en este caso no sé ni cual es, ni dónde se esconde.

—¡Bonito panorama!

—¿Y qué esperabas? —adujo el californiano saliendo del agua para tenderse a tomar el sol en la hamaca, y podría creerse que entrar y salir de la piscina constituía su principal ocupación aparte de pensar—. Cuanto más decente es una empresa, más sencillo resulta acceder a sus ficheros puesto que no tiene nada que ocultar. Está demostrado que siete de cada diez ordenadores contienen virus o programas espías y por eso, cuando se manejan cientos de millones en dinero sucio, el laberinto requiere de un Ícaro que se construya unas alas.

—El peligro estriba en que esas alas son de cera y si se aproximan demasiado al sol se derriten, y la hostia que nos podemos pegar es morrocotuda.

—Tú lo has dicho. En informática el violador corre el peligro de ser descubierto y pueden acabar dándole por el culo, o sea que

mi consejo es que te deshagas del ordenador que maneja Jessica antes de que el Correcaminos o cualquier otro hijo de puta por el estilo nos localice y nos meta un *rootkits* que nos desgracie la vida.

—¡Háblame en cristiano! —protestó Gregory— ¿Qué es un *rootkits* y quién es el Correcaminos?

—Un *rootkits* es un sofisticado virus que se oculta en un ordenador con el fin de obtener una información que trasmite al ordenador de su dueño. En cuanto al Correcaminos, se trata de mi discípulo más aventajado; un *hacker black hats* especializado en introducir *troyanos* y *rootkits* en ordenadores ajenos con intención de apoderarse de su información. A continuación envía otro virus que destruye la memoria del ordenador original, y cuando el propietario se encuentra desesperado porque lo ha perdido todo, aparece una nota en su pantalla en la que le ofrecen devolverle lo que le pertenece a cambio de una cierta cantidad que debe ingresar en una cuenta cifrada en un banco de un paraíso fiscal.

—¿Cómo si fuera un secuestrador, pero no de personas, sino de información?

—¡Exactamente!

—Pero supongo que las empresas habrán hecho un duplicado de sus datos por si uno de esos *bandidos de sombrero negro* les ataca.

—Lógico, pero el problema no está en los archivos, sino en el hecho de que tener que reorganizarlo todo les cuesta más caro y les lleva más tiempo que pagar. Porque si paga, el *hacker* se lo vuelve a poner todo en su sitio en cuestión de minutos. Una compañía aérea o un banco que tenga que pasarse dos días reestructurando su sistema informático pierde millones porque su organización se vuelve un caos.

—¡Qué cabronada! ¿Y hay gente capaz de hacer eso?

—¡Naturalmente! Yo mismo podría hacerlo con los ojos cerrados.

—¿Serías capaz de intentarlo con los sistemas informáticos de la Dall & Houston?

—Siempre que tuviera tres ordenadores de máxima capacidad de memoria conectados entre sí, y que pudiera utilizarlos personalmente. Hacerlo con uno solo a través de Jessica me llevaría meses y acabarían por cazarme.

—¡Lástima! Me encantaría gastarles una broma pesada.

—Sabes muy bien lo que me ocurriría si lo intentara y me agarrasen. Y no estamos para bromas, sino para encontrar a alguien que nos proporcione alguna información sobre dónde pueden encontrarse los despachos en los que se guardan los ordenadores anónimos de la Dall & Houston.

Se levantó antes del alba, deseosa de disfrutar del último amanecer de su vida y de cada minuto que le quedaba, se extasió con el olor a limpio que llegaba del bosque, con el trino de miles de aves que saludaban el nuevo día, y con la limpidez de un cielo por el que tan sólo se paseaba una nube vagabunda que parecía deambular de un lado a otro como una oveja perdida que anduviera a la busca del resto del rebaño.

Cruzó sin prisas el prado, desde las lindes del bosque se cercióró de que apenas se advertía movimiento en los patios ni en los dormitorios, y se encaminó sin prisas hacia donde, entre las raíces de un frondoso roble se ocultaba la muerte.

Se cercióró una vez más, y durante largo rato, de que no se distinguía a nadie por los alrededores, ahuyentó a una pareja de ardillas demasiado curiosas, buscó la caja en el punto exacto en que Hilu le había asegurado que la encontraría, y allí estaba.

La abrió y observó largamente el sofisticado chaleco, de apenas el grueso que su dedo meñique, que dentro de unas horas convertiría su cuerpo en un desperdigado montón de despojos.

Costaba trabajo admitir que así fuese, porque a primera vista su aspecto era de lo más inocente, y nada tenía que ver con la tenebrosa impresión que producían un tanque, un cañón o una simple ametralladora del cincuenta.

Por alguna extraña circunstancia, en la mente de Salka Embarek existía una relación muy directa entre la muerte violenta y el metal.

Aunque tal vez no se tratara de una extraña circunstancia; tal vez esa misma asociación de ideas se venía produciendo en el cerebro de la mayoría los seres humanos desde el día en que se forjó la primera espada.

El metal resulta siempre más agresivo que la piedra, la piedra más agresiva que la madera, la madera más agresiva que la tierra y la tierra más agresiva que la hierba sobre la que los estudiantes se tumbaban a repasar sus apuntes.

Fuera como fuera, aquel chaleco de un color gris pálido que se cerraba por medio de una ancha cremallera no se le antojaba en absoluto tan peligroso como para ser capaz de hacer volar un edificio.

Pero así era.

Se lo ciñó bajo la blusa, enterró de nuevo la caja y regresó a su dormitorio dando un rodeo por entre la espesura hasta la puerta trasera de su edificio evitando así tener que cruzar abiertamente el ancho prado.

Se entretuvo luego en obedecer la orden de quemar cuantas notas había escrito de su puño y letra deteniéndose de vez en cuando a observar cómo los jardines y los patios se iban poblando de estudiantes que curioseaban en torno a una cuadrilla de obreros que se afanaba colocando sillas sobre el césped, mientras un grupo de carpinteros alzaba frente a su ventana el pequeño estrado desde el que el rector de la universidad y el Vicepresidente del país se dirigirían poco después a la totalidad de los alumnos.

Aquel estrado era su objetivo, el punto al que debería aproximarse lo suficiente como para que quien había propiciado que la muerte y la destrucción se adueñaran de su país volara por los aires.

La amada figura de Gonzalo y la idea de que pudiera encontrarse cerca en el momento de la explosión acudieron por un instante a su mente, pero las desechó convencida de que constituían las únicas razones por las que en un momento dado corría el peligro de ponerse nerviosa.

Al pensar en ello extendió una mano y comprobó, orgullosa de sí misma que se mantenía inmóvil, sin el menor asomo de temblor, y tampoco temblaba en su interior porque su determinación era tan firme que cualquier sombra de miedo había quedado oculta entre las sombras de los cien mil árboles del bosque.

De repente, un helicóptero hizo su aparición en la distancia para comenzar a girar sobre el campus, aunque lo suficientemente alto como para no hacer volar las sillas, el estrado o la multitud de banderas americanas que estaban siendo izadas en el enorme jardín.

Poco después, una larga hilera de automóviles negros que venían precedidos por cuatro motoristas uniformados avanzaron sin prisas descendiendo desde la lejana colina.

Respiró hondo.

Su tiempo se agotaba.

Se observó en el espejo: su aspecto era impecable y en poco o nada se diferenciaba del centenar de muchachas que se congregaban ya en los patios.

Golpearon levemente a la puerta.

Tardó en responder, pero ante la insistencia inquirió inquieta:

—¿Quién es?

—Soy yo, Gonzalo... —le respondió la conocida voz del argentino—. ¡Abre por favor!

Dudó unos instantes, pero cuando lo hizo, el muchacho la empujó con firmeza al interior de la estancia cerrando la puerta a sus espaldas:

—¡Tienes que irte! —le ordenó con voz entrecortada—. ¡Rápido!

Le observó perpleja porque podría creerse que se trataba de alguien que nada tenía que ver con el taciturno estudiante que tanto le había intrigado.

—¿Pero qué ocurre? —se alarmó—. ¿De qué demonios me estás hablando?

—De que te buscan. Aún no saben quién eres ni que nombre utilizas, pero de algún modo han averiguado que estas aquí y qué es lo que intentas.

—¡Eso es imposible! ¿Cómo pueden haberme descubierto?

—¿Y yo que sé? —se impacientó el otro—. Lo que tienes que hacer es escabullirte por el camino que nace tras la esquina norte y atravesar el bosque procurando que nadie te vea. En poco más de media hora llegarás a una carretera de tierra en la que Hilu te estará esperando. Él te sacará de aquí.

Salka Embarek tuvo que tomar asiento en la cama, anonadada, incapaz de entender nada de lo que estaba ocurriendo, pero sin conseguir apartar los ojos de un rostro que ahora se le antojaba absolutamente desconocido.

—¿Pero quién eres tú, y qué sabes de Hilu?

—Soy el encargado de protegerte mientras estés aquí, y lo sé todo sobre Hilu, sobre Mufti y sobre ti... —respondió Gonzalo Avellaneda al tiempo que comenzaba a desabrocharle la blusa—. ¡Quítate el chaleco! Yo me ocuparé de hacerlo desaparecer. ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder!

La muchacha obedeció como entre sueños, dejó el chaleco sobre la cama y permitió que el argentino la empujara hacia la puerta, pero antes de salir no pudo evitar preguntarle:

—Entonces... ¿toda esa historia sobre tus padres es mentira?

—No del todo; no del todo —fue la seca e imprecisa respuesta—. Pero no es momento de explicaciones porque el tiempo apremia y nos jugamos la vida. Ya te lo aclararé otro día. ¡Suerte!

La empujó sin miramientos, cerró la puerta tras ella y Salka Embarek permaneció como idiotizada en mitad del pasillo.

Mil ideas acudían a su mente, pero cada una de ellas resultaba más confusa que la anterior. Echó a andar como un autómata, abandonó el edificio por la puerta norte, y se alejó por el sendero de un bosque en el que el acostumbrado trino de los pájaros aparecía acallado por el rugir del rotor de un helicóptero que no cesaba de girar sobre su cabeza.

Al principio apenas consiguió dar un paso en la dirección correcta, como si se encontrara drogada o borracha, tan grande era la magnitud de su desconcierto, pero el temor a ser capturada con vida, y el hecho de no disponer ni tan siquiera de un arma con la que volarse la cabeza o del chaleco explosivo con el que inmolar-se en el último instante, la obligó a reaccionar. Poco a poco fue acelerando una marcha en la que al final se sorprendió a sí misma corriendo desesperadamente sin preocuparse de que las ramas le hirieran las manos, las piernas o incluso el rostro.

Jadeante, sudorosa y angustiada desembocó al cabo de casi media hora en una pequeña carretera en la que se encontraba semioculta bajo los árboles una furgoneta desde la que Hilu le hizo señas para que se aproximara.

El chíita le abrió la puerta posterior, le indicó con un gesto que se ocultara tras un montón de sacos y sin mediar palabra cerró, se puso al volante y arrancó.

La primera noticia que dieron al unísono todas las estaciones de radio y televisión fue apresurada y escueta:

El Vicepresidente ha sufrido un atentado en el que ha resultado herido.

Poco después, primero a través de Internet, y por último todos los periódicos en ediciones especiales de tarde fueron ampliando la información.

El atentado había tenido lugar en el momento en que el Vicepresidente hacía la entrega de los diplomas a los ingenieros de la promoción que llevaba su nombre en los jardines de una universidad. Una bala le había herido en el hombro izquierdo, no lejos del corazón, y otra se había incrustado en el estrado, a la altura de su cabeza. El hecho de que hubiera girado sobre sí mismo en el momento de recibir el primer impacto había impedido que la segunda bala le destrozara el cráneo.

Por fortuna se encontraba fuera de peligro.

Al parecer, la agresora había sido una joven terrorista iraquí, Salka Embarek, hermana de otro conocido terrorista, Turkey Embarek, abatido por las fuerzas americanas años atrás.

A Salka Embarek se la consideraba autora de un sangriento

atentado cometido en un parque público, justo frente a su casa de Bagdad, que había costado la vida a seis marines americanos y tres civiles iraquíes. También se sabía que había sido ella quien introdujera en la Zona Verde de Bagdad los explosivos con los que se cometió un atentado en el Parlamento.

Experta francotiradora, entrenada por su hermano Turkey y otro conocido terrorista llamado Ibrahím Salha, pese a su juventud estaba considerada como una de las más escurridizas, peligrosas y sanguinarias seguidoras de Osama Bin Laden.

Durante dos meses se había hecho pasar por Nora Collingwood, estudiante de filología inglesa, y en su habitación de la universidad se habían encontrado el fusil de mira telescópica con el que se realizaron los disparos, así como un chaleco de material explosivo con el que al parecer confiaba en cometer un nuevo atentado.

Todas las fuerzas vivas del país se encontraban en estado de alerta y se confiaba en capturarla en el menor tiempo posible, pese a que al parecer contaba con cómplices que había facilitado su huida, ya que se la había visto correr por el bosque y subir a una furgoneta.

La mayoría de los periódicos publicaban en primera página la borrosa fotografía extraída de la fotocopia de un pasaporte, en la que se podía distinguir a una muchacha de grandes gafas graduadas, pelo castaño y aspecto anodino que se podía parecer a diez millones de chicas americanas de su misma edad.

—¡Ya está hecho! —fue lo primero que comentó Gregory Gregorian al conocer los detalles del atentado—. Lo calcularon bien aunque resulta evidente que nuestro buen amigo Mariel no es tan infalible como dicen: erró el golpe. Por centímetros, pero falló.

—Nadie es perfecto —comentó Jessica Delmónico.

—Cierto —admitió su marido—. Pero si has pagado tanto dinero para que se carguen a un tipo, no debe resultar agradable

que escape vivo. Los ejecutivos de la Dall & Houston se van a poner hechos una furia y tendrán que reclamar daños y perjuicios al encargado de ejecutar el trabajo, porque un Vicepresidente herido no tiene la misma fuerza moral que un Vicepresidente muerto, o sea que los veo a todos en la cárcel.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—No tengo ni la menor idea, querida.

—¿Seguiremos buscando a Mariel?

—Supongo que eso dependerá de que Alejandra Zanaj quiera continuar o no gastándose el dinero.

—¡Todo el que haga falta! —fue la decidida respuesta de la viuda de Stanley Rove, que nada más conocer la noticia se había apresurado a volar desde Houston en un avión privado con el fin de reunirse con Smith en otro de los hoteles de su padre—. Todo el que haga falta y más. Por un lado me alegra que esos miserables hijos de puta no hayan conseguido su objetivo de cargarse a *Iceman*, pero por otro me entristece que ese hijo de perra siga con vida.

—Tal vez si le hiciéramos llegar la noticia de que ha sido su propia gente la que ha querido liquidarle acaben por destrozarse entre ellos.

—¿Con qué pruebas? —quiso saber la mujer a la que le divertiría hacerse llamar Wesson—. No tenemos ni una sola prueba que resulte irrefutable y si, como asegura la policía, el atentado ha sido cometido por un miembro de Al Qaeda, no creo que estemos en disposición de hacer creer a nadie que es Wolf Lukas quien está detrás de todo esto.

—¿Acaso estamos seguros de que esa versión de los hechos es la auténtica?

—¿Es que por casualidad lo dudas?

—Yo últimamente dudo de todo, querida; incluso de cómo me llamo. El maldito Mariel ha conseguido empantanarme la se-

sera de tal modo, y a mi pesar lo considero tan endemoniadamente astuto, que se me antoja muy capaz de haber creado un nuevo Lee Harvey Oswald cuarenta y cuatro años más tarde.

—¿Quieres decir que le cargarán el atentado al Vicepresidente a una inocente muchacha iraquí del mismo modo que le cargaron a Harvey Oswald el asesinato del Presidente Kennedy?

—Quiero decir que no me extrañaría que en cualquier momento el cadáver de esa muchacha, que, visto su historial, de inocente no debe de tener mucho, aparezca cualquier día tirado en cualquier cuneta, con lo cual se dará por zanjado el asunto.

—¡Muy fuerte es eso!

—Me temo que es así como se las gasta Mariel.

—Empiezo a creer que hice mal en prometerle a Tony Walker que les dejaría en paz y no tomaría represalias —se lamentó Alejandra Zanaj—. Wolf Lukas se encuentra ahora en Brasil y tal vez haya llegado el momento de acabar con él. Tengo entendido que allí se cargan a cualquiera por doscientos míseros dólares.

—Mancharte las manos de sangre sólo te conduciría a convertirte en uno de ellos, querida. Y a vivir con un eterno cargo de conciencia. Admito que cada día se está poniendo más difícil llevarles ante la justicia, pero no desespero. Ahora tenemos una nueva carta que jugar.

—¿Y es?

—Rita Casablanca.

—Según los albaneses que la vigilan se oculta en una ciudad que no llega a los diez mil habitantes, Havre, al norte de Montana, muy cerca de la frontera con Canadá.

—Si se descuida se sale del mapa.

—Está asustada, e imagino que con razón. Se hace llamar Melissa Harmon y ha alquilado una casita en las afueras desde donde puede cruzar la frontera de inmediato y sin llamar la

atención porque existen muchas carreteras secundarias de las que solían usar los contrabandistas en los tiempos de la Ley Seca.

—Tal vez no sería mala idea hacerle una visita e intentar que nos cuente algunas cosas sobre la Dall & Houston —aventuró Gregory Gregorian—. Con un poco de suerte puede que sepa algo sobre esos supuestos ordenadores anónimos que Nelson anda buscando tan desesperadamente.

—¿Crees que hablaría?

—Tal vez lo hiciera si le prometiéramos guardar silencio sobre su paradero y le garantizamos protección por parte de tus albano-kosovares. Supongo que ésas son las dos cosas que más está necesitando en estos momentos: silencio y protección.

—Utiliza mi avión.

—¿Estás loca? —se horrorizó Smith—. Ten presente que del mismo modo que nosotros controlamos el coche de Rita, ellos pueden haber colocado un radio emisor en tu avión. Y aparte de relacionarme contigo, cosa que no nos conviene en absoluto, intentarían averiguar qué demonios se nos ha perdido en un lugar tan remoto como el norte de Montana, y eso acabaría por conducirles tarde o temprano hasta Rita. Si no te importa que vele por mi seguridad personal prefiero alquilar un aparato que pase desapercibido.

—No te preocupes por el dinero, mi padre acaba de hacerme entrega de la mitad de mi herencia, así que es lo único que me sobra en estos momentos.

—Siempre es bueno tener amigos ricos, pero te aconsejo que dejes de utilizar tu avión: los aparatos privados no suelen estar bien vigilados en los aeropuertos, son mucho más propensos a tener un *accidente*.

—Un *accidente*, aunque fuera aéreo, tendría como inmediata consecuencia la desaparición física de todos esos cabrones y sus

respectivas familias —argumentó Alejandra Zanaj—. No creo que se atrevan a tanto.

—Están demostrando que se atreven a todo. A todo. Al fallar su plan de asesinar al Vicepresidente, deben encontrarse auténticamente desesperados, y en materia de seguridad la desesperación siempre ha sido una pésima consejera.

Pasó día y medio oculta en el interior de la furgoneta, sin apenas comida ni bebida, viéndose obligada a hacer sus necesidades a toda prisa entre la maleza del borde de la carretera mientras un hermético Hilu, al que se le advertía profundamente preocupado y casi podría decirse que aterrorizado, conducía sin descanso aun a riesgo de que el sueño le venciera en cualquier momento.

Salka Embarek no alcanzaba a entender nada de lo que había sucedido.

Nada en absoluto, y por lo tanto no podía evitar hacerse mil preguntas para las que no encontraba respuestas aceptables.

¿Quién les había delatado?

¿Por qué habían aguardado hasta el último instante para ponerle al corriente del peligro que corría?

¿Qué papel jugaba un retraído muchacho argentino en los planes de un grupo de iraquíes que lo único que buscaban era vengarse por los infinitos sufrimientos que había infligido a su pueblo?

¿Cómo sabía Gonzalo Avellaneda que, de los innumerables estudiantes de aquel enorme campus, ella iba a fijarse precisamente en él?

¿Hasta qué punto había estado jugando con sus sentimientos?

A ratos le invadía la desagradable sensación de que se había convertido en una marioneta que alguien manejaba a su antojo, y aunque se esforzaba por rechazar la idea, ésta volvía a su mente una y otra vez como una de esas odiosas canciones que a menudo acababan por obsesionarla.

¡Qué sola se sentía!

¡Cuán espantosamente sola desde aquella aciaga noche en que su casa voló por los aires!

Sin duda se había equivocado, puesto que para convertirse en terrorista internacional no bastaba con la necesidad de vengarse.

Cuanto le había ocurrido a su familia le había llenado el pecho de odio y amargura, pero quizá no fueran ingredientes demasiado apropiados, o suficientes, a la hora de atentar contra la vida del Vicepresidente de una nación tan poderosa.

Millones de seres humanos habían sufrido tanto o más que ella, y millones de seres humanos debían experimentar los mismos deseos de revancha sin que ninguno de ellos hubiera conseguido hasta el momento ver cumplidos sus deseos.

¿Qué le hizo imaginar que la más desvalida de las criaturas iba a triunfar allí donde tantos habían fracasado?

La soberbia, según su padre el peor de los defectos que pueden aquejar a un ser humano, se había adueñado de su voluntad obligándole a hacerse una idea equivocada de la magnitud de sus fuerzas, porque estar dispuesta a sacrificar su vida no bastaba.

Docenas de fanáticos se inmolaban casi a diario en Bagdad y lo único que conseguían era acabar con la vida de un puñado de inocentes.

¿Por qué iba a ser ella diferente?

¡Gonzalo!

¿Quién eres en realidad?

¿Por qué has venido a confundirme cuando estaba tan segura de mí misma?

¿Cuánto de realidad o de mentira se oculta tras aquella conmovedora historia de tus auténticos padres asesinados por tus falsos padres?

Se sentía como una imbécil por haber aceptado sin pestañear tan rocambolesca historia, y al meditar sobre ella experimentaba unos casi incontrolables deseos de golpearse con la frente contra las paredes de la furgoneta.

¡Cretina!

¡Y pensar que si me lo hubiera pedido me habría ido a la cama con él sin el menor reparo!

¡Estúpida!

Allí estaba, la mayor necea de este mundo, traqueteando en el interior de un pestilente vehículo, hambrienta, cansada, sin documentación, sin familia y sin amigos, en algún punto perdido de alguna carretera secundaria de un país desconocido.

—¡Que Alá me proteja!

A la atractiva y sensual Rita Casablanca le fallaron las piernas hasta el punto de tener que aferrarse al quicio de la puerta en el momento en que el hombre que había hecho su aparición en el umbral pronunció su verdadero nombre.

—¡No tema! —se apresuró a añadir Gregory Gregorian al advertir que el rostro de la hermosa mujer había palidecido hasta quedar ceniciento—. No pertenezco a la Dall & Houston y he venido a ayudarla. ¿Me permite pasar?

Asintió en silencio, incapaz de negarse o incluso de pronunciar una sola palabra, cerró muy despacio la puerta pero permaneció apoyada en ella mientras el recién llegado estudiaba con detenimiento cada rincón del espacioso salón para acabar por tomar asiento en una de las butacas.

—¡Perdone el atrevimiento —se disculpó—. Pero estoy agotado. La niebla era muy densa, llovía a cántaros, y la última parte del viaje ha sido infernal.

—¿Quién es y qué es lo que quiere? —acertó a balbucear al fin la exuberante pero aterrorizada mujer.

—Mi nombre no importa y de hecho es mejor para ambos que no lo sepa. Lo que en verdad importa no es lo que quiero, sino que no tengo la menor intención de hacerle daño. ¿Por qué no se sienta? Creo que lo necesita.

La ex secretaria y ex amante de Wolf Lukas obedeció y permaneció muy recta, con las manos cruzadas sobre el halda, a la espera de que el desconocido continuara hablando.

Smith se tomó un tiempo, consciente de que en aquellos momentos más valía no apresurarse, y cuando consideró que la dueña de la casa se encontraba lo suficientemente calmada, señaló:

—Sabemos que ha huído llevándose una fuerte suma de dinero y documentación muy comprometedor para la Dall & Houston, pero como se da la circunstancia de que no simpatizamos en absoluto con dicha empresa, nos tiene absolutamente sin cuidado su dinero.

—Pero les interesa su documentación...

—¡Justo!

—Si se la entregara, ni mi vida ni la de mi hijo valdrían un centavo —fue la firme respuesta—. ¿Quién me garantiza que en realidad no trabaja usted para Wolf? Son sus métodos.

—Admito que en eso tiene toda la razón. Nadie le garantiza nada, y por lo tanto no tiene por qué confiar en mi palabra.

—¿Entonces?

—La razón de mi visita es intentar encontrar una forma de colaboración que le permita conservar esos documentos que podríamos considerar su seguro de vida, pero que al mismo tiempo pueda serme de utilidad sin que nuestro común enemigo, Wolf Lukas, sospeche de dónde proceden mis fuentes de información.

—¿Y por qué tendría que arriesgarme?

—Porque de no hacerlo mañana mismo recibiría la visita de los agentes del FBI, ya que hace un rato uno de mis hombres le ha «requisado» el coche y de momento no puede escapar a Canadá. —Sonrió como un conejo al añadir—: Aunque creo que estaría mucho más dispuesta a arriesgarse a cambio de un millón de dólares.

—¿Ha dicho un millón de dólares?

—Eso he dicho, y a ello le añadiríamos una nueva casa y una nueva identidad en el país que elija. Le recomiendo Europa porque aquí, en Estados Unidos, nunca se encontraría a salvo, y eso le consta.

—¡Me consta! Últimamente he cometido muchos errores pero no soy ninguna estúpida. ¿Cómo me pagarían ese dinero?

—En billetes usados de menos de cien dólares, tal como suele pagar su jefe.

—¿Qué más sabe sobre mi jefe?

—Que dejando a un lado el hecho de que es el padre de su hijo, es un auténtico cerdo que merece que se la pegara con un atractivo entrenador de baloncesto.

—¡Vaya! Por lo menos en algo estamos de acuerdo —admitió Rita Casablanca ensayando lo que pretendía ser una tímida sonrisa—. Aún me pregunto cómo diablos he podido soportarlo durante tantos años.

—Porque el ser humano soporta mucho más de lo que cree, y porque supongo que no sabía cómo escapar de un lodazal en el que se encontraba metida hasta el cuello. ¿Me equivoco?

—En absoluto —admitió ella—. Cuando no eres más que una simple secretaria y de improviso las cosas empiezan a irte bien y la vida se vuelve más cómoda y gratificante de lo que nunca hubieras imaginado, no te das cuenta de que día a día te vas involucrando en algo que sabes ilegal e incorrecto, pero a lo que cuesta mucho renunciar. Jamás había soñado con tener mi propia casa, mi propio Mercedes descapotable, ni mi propia cuenta corriente de cinco cifras.

—Lo entiendo y lo disculpo... —señaló Smith—. En ocasiones el viento sopla tan a favor que nos dejamos llevar por él sin pensar en las consecuencias, pero por desgracia llega un momento en que nos pasa la factura y hay que estar dispuesto a pagarla.

—¿Y a cuánto asciende esa factura?

—A la totalidad de la información contrastable que sea capaz de proporcionarme.

—¿Y quién me garantiza que una vez que se la haya proporcionado cumplirá su palabra? —quiso saber ella en un tono de evidente desconfianza.

—El hecho de que si a los tres días no se encuentra usted en Europa y con un millón adicional en su cuenta corriente, le bastará con hacer una llamada a Wolf Lukas y ponerle al corriente de lo que nos ha contado.

La ex secretaria del Consejero Delegado de la Dall & Houston meditó unos instantes para acabar por asentir repetidas veces.

—¡No es mala idea! —admitió convencida—. Pero corre usted el riesgo de que una vez que me haya pagado ese dinero decida hacer la misma llamada a Wolf a cambio de más dinero.

—No lo hará si aprecia en algo la vida.

—No creo que sea usted de los que van por ahí asesinando a mujeres indefensas.

—Yo no, pero esos dos individuos con pinta de matones que puede ver ahí fuera y que fueron los que le hicieron las fotos con el entrenador de baloncesto, sí —Smith sonrió como un gato y añadió—: En ese caso serían ellos los que cobrarían ese millón de dólares y le garantizo que siempre que no me vea en la obligación de apretar personalmente el gatillo, me importa un bledo que se la carguen o no, porque al fin y al cabo ha sido usted cómplice de miles de muertes. No merece ni compasión, ni respeto, y como únicamente lo sentiría por su hijo le prometo que me ocuparía de que le proporcionaran un buen hogar de acogida.

—Es usted muy duro, o más bien diría que un tremendo cabrón.

—De eso debe entender mucho porque lleva años acostándose con el más duro y el peor de los cabrones. ¡Seamos sinceros! No me cae simpática y opino que debería pasarse unos cuantos

años en la cárcel, pero estamos aquí para tratar de negocios, no de moral, y sabido es que son conceptos que suelen estar reñidos.

—Tampoco podría considerarme una fan suya... —admitió ella sonriendo de nuevo—. Pero después de tantos años de mentiras no me viene mal un poco de sinceridad. ¿Qué es lo que quiere saber?

Era un lugar perdido en el corazón de un desierto perdido sobre el que soplaba a todas horas un viento implacable, pero era al propio tiempo un desierto de piedra y cactus que poco tenía en común con el desierto sirio que había atravesado durante su largo viaje hacia Damasco.

Nada más descender del vehículo, un demacrado Hilu se derregó sobre el único camastro existente para quedar como muerto en cuestión de segundos, porque ciertamente se encontraba agotado tras un viaje interminable por carreteras y caminos casi intransitables.

Salka Embarek se lavó con el agua fangosa de un profundo pozo, devoró unas galletas y un poco de queso que era lo único comestible que les quedaba, y tras tratar inútilmente de poner en marcha la cochambrosa radio de la furgoneta que no dejaba escapar más que silbidos y gruñidos, tomó asiento en la desvencijada silla del porche entreteniéndose en contemplar cómo el sol se ocultaba tras una espesa nube de polvo.

No tenía ni la menor idea de dónde se encontraba, y tal vez no se hubiera sorprendido en exceso si le hubieran confesado que en otro planeta, porque cabría asegurar que su vida pertenecía ya a otra galaxia.

Le habían sucedido tantas cosas carentes de sentido, que más

sencillo resultaba aceptar que se trataba de una interminable pesadilla que de una incuestionable realidad.

¿Qué hacía en semejante lugar abandonado de la mano de Dios una muchacha iraquí que a aquellas alturas de la vida debería estar preparándose para ser puericultora?

Siempre había acariciado la idea de trabajar con niños porque le gustaban tanto que acostumbraba a contemplarlos durante horas cuando jugaban en aquel parque que un día se convirtió en matadero.

Los niños solían ser traviesos y le divertían sus travesuras, porque al fin y al cabo ella misma, como la pequeña consentida de la casa, había sido bastante traviesa.

Sus hermanos y su madre pasaban por alto sus trastadas, mientras que su padre solía fingir enfadarse frunciendo severamente el ceño al observarla por encima del periódico, aunque en el fondo ella sabía que le encantaban sus diabluras.

Pero todo aquello pertenecía ya a otra vida y tal vez a otro planeta.

Ahora su vida era un continuo martirio y aquel planeta un infierno.

¿Sseguía estando en América?

¿Qué tenía que ver aquel sucio desierto con las verdes praderas y los frondosos bosques que rodeaban la universidad?

Nada en absoluto.

En el colegio le habían enseñado que Norteamérica era muy grande, pero nadie le había comentado nunca que fuera tan diversa.

¿Acaso resultaba posible que se encontrara en México?

Si quería ser sincera consigo misma debía aceptar que no tenía demasiado claro dónde empezaba o terminaba exactamente México, y si hacía o no frontera directa con Norteamérica.

Creía que sí, pero no hubiera podido jurarlo.

¡Eran tantas las cosas que ignoraba!

Cerró la noche y le vino a la mente aquella otra noche, apenas una semana atrás en que Gonzalo Avellaneda la invitó al cine.

Sentada muy quieta en su enorme butaca y aguardando impaciente a que él se decidiera a cogerle la mano, fue quizás la única ocasión en su vida en que experimentó la extraña sensación de que no era más que una linda muchacha a punto de cumplir dieciocho años.

Y es que la adolescencia había pasado a su lado sin tan siquiera reparar en su presencia.

Se había esfumado en el corto espacio de tiempo transcurrido entre el momento en que una bomba de quinientos kilos abandonó las tripas de un imposible avión que continuó su viaje hacia la noche, hasta el instante en que esa misma bomba impactó contra su casa.

Con que se hubiera desprendido una décima de segundo antes o una décima de segundo después, su trayectoria a lo largo de más de tres mil metros de distancia se hubiera desviado lo suficiente como para acabar por estallar sobre otra casa y otra familia, tan inocente sin duda como la suya, pero distinta.

Otra casa tal vez repleta de niños, pero en la que no se encontrarían ni sus padres ni su hermano.

Se aplacó el viento, se posó el polvo, hizo su aparición una tímida luna, a lo lejos aulló un coyote y Salka Embarek cerró los ojos y se quedó dormida confiando en soñar con la noche en que un muchacho la llevó por primera vez al cine.

Ni siquiera recordaba de qué demonios trataba la película.

—Efectivamente, Wolf dispone de un ordenador anónimo que, como su nombre indica, no figura a su nombre —admitió Rita Casablanca a la pregunta directa—. Es una medida de protección que acostumbran adoptar altos ejecutivos de las grandes corporaciones que se saben expuestos a los continuos ataques de unos malditos profesionales de la informática, que al ser los que han inventado sus sistemas de seguridad conocen mejor que nadie el modo de violarlos.

—¿Dónde se encuentra?

—En un pequeño apartamento, a dos manzanas de la oficina, y en el que solíamos vernos cuando Wolf no tenía tiempo o ganas de venir hasta mi casa que, como supongo que ya sabe, se encuentra en las afueras.

—¿A qué nombre figura ese ordenador anónimo?

—No lo sé, pero las facturas del apartamento, del teléfono, y por lo tanto la línea de ADSL figuran a nombre de un tal Peter Fleischer, lo cual me hace suponer que el ordenador estará también a ese mismo nombre.

—¿Conoce la clave de acceso?

—Creo que sí, pero si se la dijera y Wolf descubriera que se han introducido en sus ficheros, que están plagados de trampas, sospecharía que he sido yo quien se la ha proporcionado, pese a

que se supone que no tendría por qué saber cuál es. Me costó años averiguarlo, aunque mejor sería decir intuirlo.

—Si me proporciona esa clave, aunque sea *intuida*, quien entraría en esos ficheros y eludiría las trampas es el mejor del mundo en su oficio. Le garantizo que no dejaría ni una sola huella de su paso.

—¿El Correcaminos?

—Otro aún mejor.

—Mejor que el Correcaminos sólo puede ser el Matamoscas, pero lo retiraron de la circulación hace años.

—Veo que entiende de *hackers* —puntualizó Smith con una leve sonrisa de admiración—. ¿A qué se debe?

—A que hoy en día la secretaria personal del Consejero Delegado de una multinacional de la importancia de la Dall & Houston tiene que estar al corriente de ese tipo de cosas si no quiere que un buen día la sorprendan con las bragas en la mano.

—¿Le importaría aclararme ese punto?

—¡En absoluto! Me he visto obligada a mecanografiar cartas, contratos y documentos cuyo contenido enviaría a mucha gente a la cárcel, y mi principal preocupación una vez acabado el trabajo y las casi inevitables correcciones de última hora, estribaba en borrar cualquier rastro de que hubiera sido escrito en un ordenador de la empresa —ensayó una especie de sonrisa y añadió—: ¿Sabía que la información a menudo queda oculta en un disco duro incluso después de haberle prendido fuego?

—Lo sabía.

—Pues en más de una ocasión me he visto obligada a extraer personalmente ese disco duro para sumergirlo en Coca-Cola.

—¿Coca-Cola? —se asombró Smith—. Una vez introduje un disco duro en ácido, pero nunca se me habría ocurrido sumergirlo en Coca-Cola.

—En una oficina no resulta tarea sencilla encontrar ácido,

pero sí Coca-Cola, que tarda un par de horas más en hacer efecto, pero a la larga el resultado es el mismo.

—¡Cada día se aprende algo nuevo! ¿Qué hay de esa clave de acceso?

—¿Se trata realmente del Matamoscas? —ante el mudo gesto de asentimiento, Rita Casablanca exclamó—: ¡Joder! Si ese coño de su madre está de vuelta más de uno se va a cagar patas abajo... Perdón por la forma de expresarme pero es que esos tipos se han vuelto una pesadilla.

—Únicamente para los que tienen algo que ocultar.

—Eso es muy cierto, aunque no creo que haya nadie al que no le importe que hurguen en su ordenador. Todo el mundo guarda pequeños secretos. ¿Usted nunca guarda ninguno?

—¡Ni borracho! Mi mujer lo encontraría a los diez minutos. ¡Menuda es! —Smith dejó escapar una corta carcajada al pensar en la bronca que le organizaría Jessica si descubriera la fotografía de una chica ligera de ropa en su ordenador, pero casi de inmediato cambió el tono de voz y añadió—: Pero dejemos de momento ese tema. Dígame: ¿cómo cree que ha reaccionado Lukas ante el fracaso de sus planes?

Rita Casablanca inclinó la cabeza para observarle de medio lado, como si no hubiera entendido bien la pregunta.

—¿A qué clase de fracaso se refiere? —inquirió.

—Al atentado contra el Vicepresidente.

—¿Al atentado contra el Vicepresidente? —pareció extrañarse ella—. ¿El atentado de la universidad?

—El mismo. ¿Acaso no sabía que el padre de su hijo se encuentra involucrado?

—¡Naturalmente!

—¿Entonces?

—Que lo que no entiendo es que hable de fracaso.

—Pretendían matarle.

—¿Es que se ha vuelto loco? —exclamó la atractiva mujer al parecer cada vez más perpleja—. ¿Cómo se le ocurre que intentarían asesinar al Gran Jefe? ¿En qué cabeza cabe? Es el que manda... ¡El único que manda!

—¡Pero le dispararon! —le hizo notar Smith, que de igual modo parecía cada vez más confundido—. ¿O no?

—Una cosa es que le dispararan, y otra muy diferente que quisieran matarle.

—¡Pero se salvó por cuestión de centímetros!

—¿Y qué importancia tiene un centímetro o un kilómetro? —quiso saber la ex secretaria—. Cuando le encargas un asunto tan delicado a un profesional que cobra millones puedes estar seguro que hará un trabajo perfecto. ¡Otra cosas sería una pérdida de dinero y una chapuza!

—¿Quiere hacerme creer que...?

—Que no ha sido un fracaso, sino de un éxito indiscutible que se llevó a cabo con una limpieza exquisita, ya que supuestamente el Vicepresidente estuvo a punto de morir delante de las cámaras de televisión. Todo el mundo está convencido de que sólo lo salvó un milagro.

—¿Pretende hacerme creer que se trató de un simple montaje?

—De simple no tenía nada, puesto que estaba estudiado hasta en el último detalle. El primer disparo fue de foguero, porque la bala había sido colocada con anterioridad en el chaleco antibalas. Lo único que tuvo que hacer el Vicepresidente fue llevarse la mano al hombro y lanzarse hacia atrás.

—Pero eso no puede ser tan fácil.

—Lo es, si se sabe hacer y se practica unos cuantos días. Si lee la explicación oficial advertirá que se asegura que fue ese chaleco antibalas el que amortiguó el impacto evitando males mayores. Una bala disparada a esa distancia se aplasta al chocar contra el chaleco pero no lo atraviesa, y tan sólo produce un he-

matoma que disloca un brazo que luego luce muy bien en cabestrillo.

—¡No me lo puedo creer!

—Pues fue así como ocurrió, porque en el momento de hacer el gesto de haber recibido el impacto, el Vicepresidente se inclinó lo suficiente como para que una segunda bala, esta vez de verdad, y disparada por un auténtico profesional, se incrustara con un fuerte impacto en el estrado haciendo saltar astillas.

—¡Joder! ¡Qué modo de engañarnos a todos!

—*Iceman* conoce muy bien los trucos del oficio porque muchos de ellos los inventó él mismo cuando era Director de la CIA.

—¡Menudo personaje!

—Y por si con ello no bastara, la muchacha, que ellos mismos han traído desde Irak vía Siria, que como se sabe son países en los que proliferan los terroristas de Al Qaeda, ocupaba hasta unos minutos antes la habitación desde la que le dispararon.

—Lo cual proporciona una culpable perfecta que de inmediato evita que se investiguen otras pistas... —concluyó la frase Smith.

¿Le sigue pareciendo un fracaso?

—¡La madre que parió a Mariel! ¡Qué bien hace las cosas!

—No se equivoque: la idea del falso atentado no fue de Mariel, sino de la cúpula de la Dall & Houston. Él se limitó a diseñar y ejecutar el trabajo, aunque eso sí, con una técnica exquisita ¿Conoce a Mariel?

—¡Qué más quisiera yo! ¿Lo conoce usted?

—¡Qué más quisiera yo! O quizá no; quizá resulta preferible no conocerle para poder continuar respirando con absoluta tranquilidad. Ni siquiera Tony Walker, que es el único canal de comunicación con él, tiene idea de quién puede ser. En mi opinión, pero que conste que esto lo digo únicamente a modo de suposición, él único que quizá pueda saberlo es el propio Vicepresidente.

—¿Qué le hace pensar eso?

Rita Casablanca meditó unos instantes, se mordió ligeramente la comisura de los labios, y con lo que parecía ser un casi imperceptible encogimiento de hombros, musitó:

—No puedes pasarte años con un hombre, incluso darle un hijo, y no llegar a la conclusión de que en el fondo no es el brillante genio de las finanzas que se asegura, sino tan sólo un arribista sin escrúpulos que medra a la sombra de los otros. El auténtico cerebro es *Iceman*; Wolf no es más que un *bluff*.

—Era algo que empezaba a sospechar. ¿Cómo le entregan el dinero a Mariel?

—En camionetas de reparto que un hombre de confianza de Tony recoge y por lo visto entrega a un hombre de confianza de Mariel. Pero le juro que no tengo ni la menor idea de desde dónde parten esas furgonetas, ni a dónde van a parar. Lo único que puedo decirle es que últimamente andábamos atareadísimos acumulando billetes usados porque, al parecer, en los próximos días se tienen que entregar sumas enormes.

—¿Cómo pago por el atentado al Vicepresidente?

—Ese trabajo ya estaba pagado, porque me consta que Mariel siempre cobra por adelantado y exige el último envío tres días antes de ejecutar el trabajo.

—Entonces, ¿para qué son esos nuevos pagos?

Rita Casablanca abandonó su asiento, paseó largo rato de un lado a otro de la estancia con las manos cruzadas a la espalda, movió repetidamente la cabeza negando como para sí misma, y sin mirar ahora a su interlocutor, musitó:

—No lo sé. Ni lo sé, ni he querido saberlo, porque al parecer se trata de una especie de segunda fase, mucho más costosa, de la operación que Wolf decidió llamar «Proteo».

—¿Se refiere al dios del mar de la mitología griega?

—A ese mismo. Como le digo, se trata de una segunda fase que costará una auténtica fortuna. He llegado a la conclusión de

que si hay algo que cuesta más que un atentado como el de la universidad, es que tiene que ser la hostia. Y eso me asusta.

—¿Y es la auténtica razón por la que haya decidido poner tierra por medio? —puntualizó su interlocutor seguro de sí mismo, y ante el mudo gesto de asentimiento añadió.: ¿O sea que ha huido por miedo a lo que pueda pasar, no porque esté harta de Wolf?

—¡Chico listo...! —admitió ella—. Cuando te acostumbras al olor de los cerdos se te atrofia la nariz, y así que siempre puedes aguantar un poco más. —Tomó asiento en el alféizar de la ventana, observó unos instantes el hermoso paisaje y a los dos albaneses que montaban guardia en el porche, y al poco añadió—: Pero cuando tu famoso sexto sentido femenino, y sobre todo tu larga experiencia de secretaria que vive metida en la mierda hasta el cuello, te advierten de que te encuentras al borde del abismo, lo mejor que puedes hacer es agarrar a tu hijo y perderte de vista, o corres el riesgo de acabar como Stanley Rove.

—Por lo que sé, a él también le asustaba lo que iba ocurrir, pero siempre he creído que se trataba del atentado de la universidad.

—Pues se equivoca —fue la seca respuesta—. Hay algo más. Y muy, muy gordo.

—¿Tiene idea de qué puede ser?

—Me considero lo suficientemente inteligente como para quitarme de en medio antes de llegar a saberlo, pero sospecho que se trata de conseguir que la guerra de Irak se extienda a Irán, o tal vez provocar la invasión de Venezuela.

—¿Venezuela? —repitió desconcertado Smith—. ¿Qué tiene que ver Venezuela con todo esto?

—Que posee las mayores reservas de petróleo pesado conocidas en su famosa Franja Bituminosa del Orinoco. Se trata de una ingente cantidad de crudo que hasta ahora no se habían tenido en cuenta porque contiene demasiado azufre y es costoso de extraer;

casi veinte dólares barril. Pero últimamente el precio del petróleo se ha disparado a los setenta dólares, con lo que esos *Exquistos* bituminosos del Orinoco resultan un fabuloso negocio que la Dall & Houston y sus asociados no se quieren perder, aunque para conseguirlo tengan que lanzar bombas sobre Caracas de la misma forma que las lanzaron sobre Bagdad.

—La ambición no conoce límites. ¿Me dará la clave de acceso al ordenador de Wolf Lukas?

—Creo, aunque como le he dicho es más una intuición que un absoluto convencimiento, que la palabra es «*pompino*», porque siempre fue lo que más le gustaba que le hiciera.

—¿*Pompino*? —repitió un desconcertado Gregorian—. Ese creo que era un presidente francés.

—El presidente francés se llamaba George Pompidú. Yo he dicho «*pompino*».

—¿Y qué significa?

—Es una palabra italiana.

—Lo imagino, ¿pero qué demonios significa?

—¡*Ma ché cosa!* —exclamó la exuberante mujer al tiempo que hacia un gesto soez moviendo adelante y atrás el puño cerrado delante de la boca—. ¿No me diga que nunca le han hecho un *pompino*?

—¿Se trata de eso? —quiso saber él un tanto confuso—. ¿De una felación?

—«Felación» es una palabra cursi y estúpida, querido. La palabra auténtica es «mamada», pero resulta mucho más divertido decir «*pompino*». A Wolf le encantaba que le hiciera un buen *pompino* mientras recorríamos las calles de cualquier ciudad en una limousina de cristales ahumados. Le hacía sentirse el rey del mundo, y ahí que esté casi segura de que esa es la palabra que debe de haber elegido.

Hilu se despertó a media mañana, se refrescó un poco y se fue al pueblo más cercano, que se encontraba casi a treinta kilómetros de distancia, en busca de agua realmente potable, comida y gasolina.

—Cierra la puerta y no te dejes ver —le ordenó—. Recuerda que medio Estados Unidos te anda buscando.

Salka Embarek estuvo a punto de preguntarle quién diablos, aparte de iguanas, serpientes o lagartos, podría verla en tan desolado lugar, pero optó por tumbarse en el camastro que el chiíta había dejado vacante, y aún caliente, cerrar los ojos y quedarse dormida.

Despertó al atardecer, sudando a mares en el interior de una cabaña que semejaba un horno y en la que no quedaba absolutamente nada comestible.

Y ni rastro de Hilu.

Si durante un tiempo le había asaltado la sensación de que había tocado fondo, ahora sabía a ciencia cierta de que estaba equivocada: el auténtico fondo lo constituía el polvoriento desierto en que se encontraba hambrienta, abandonada y sabiéndose acosada por los servicios secretos y la policía del país más secretista conocido.

—Aquella bomba, además de cruel, fue injusta... —se dijo—. ¡Qué trabajo le costaba haber acabado también conmigo, evitándome tantas calamidades!

Continuar respirando después de aquella noche había sido mucho más doloroso que haber acompañado al resto de su familia en su largo viaje hacia la nada. Se preguntaba cuál era la cruel razón por la que el caprichoso destino había mantenido con vida al más indefenso de los Embarek.

Al oscurecer, cuando ya ni tan siquiera los lagartos que habían regresado a sus agujeros podían verla, tomó asiento en el porche con el fin de regodearse en su abandono.

En determinadas circunstancias, cuando se han alcanzado los límites del sufrimiento, algunos seres humanos son capaces de disfrutar con su propio mal. Y eso, en el fondo, no es más que una forma de autodefensa motivada por la certeza de su impotencia ante tantas desgracias.

Cuando cuerpo y espíritu llegan a ser violados de una forma demasiado bárbara, la entrega sin el menor asomo de rebeldía se convierte en el último recurso de los elegidos.

Y es que el simple hecho de considerarse unos de esos elegidos para la destrucción total se convierte en ocasiones en una forma como otra cualquiera de ser diferente.

En aquellos momentos Salka Embarek se sentía como uno de aquellos enormes huevos de avestruz a los que su madre solía hacer dos agujeros extrayéndoles la clara y la yema y decorarlos luego y colocarlos unos junto a otros sobre una repisa de la enorme cocina.

Una gruesa cáscara, nada dentro y nadie con quien hablar, nadie a quien escuchar, y ni una sola lágrima capaz de hacer su aparición en unos ojos que habían decidido dejar de llorar hacia ya mucho tiempo.

Ya ni tan siquiera experimentó el deseo de recordar a Gonzalo, convencida de que formaba parte de la mascarada en que habían convertido su existencia.

¿Qué estaban haciendo con ella?

¿Por qué razón la traían y llevaban de un lado a otro?

¿Cuándo volvería a tener la oportunidad de atentar con el culpable de todas sus desdichas?

Al amanecer del día siguiente se vio obligada a internarse en el desierto con la sana intención de conseguir a matar a pedradas a un lagarto, una serpiente o una iguana que le sirvieran al menos para calmar el hambre.

Poco después sonreía al verse a sí misma asando a fuego lento un reptil que tal vez fuera venenoso, preguntándose si se daría el caso de verse obligada a pasar años en semejante lugar, subsistiendo a base de aguas fangosas y bestias del desierto.

No valía la pena.

Por grande que fuera su ansia de venganza y mucho que deseara acabar con la vida de unos cuantos que no habían dudado en masacrar a su familia, debía admitir que tanto sufrimiento no le compensaba, sobre todo teniendo en cuenta que las cosas se le ponían cada vez más difíciles.

Piedras y un oxidado cuchillo con el que despellejar a un pobre bicho que se limitaba a tomar tranquilamente el sol era todo cuanto tenía al alcance de la mano, y no eran armas suficientes como para acabar con la vida de cuarenta americanos de los que le constaba que solían disponer incluso de rifles de repetición con los que repeler a sus agresores.

Sus posibilidades de éxito no es que fueran escasas; es que eran nulas y, por lo tanto, lo mejor que podía hacer era utilizar aquel romo cuchillo para cortarse las venas, con la seguridad de que si no moría desangrada lo haría de una infección.

Le sorprendió no obstante descubrir que, con un poco de sal, la carne de lagarto resultaba bastante apetitosa, y aunque tan esquelético bicho no bastaba para calmar su voraz apetito, la experiencia al menos le había servido para comprobar que podría subsistir a costa de mejorar su puntería tirando piedras.

Agradeció que se hubiera calmado el viento, pese a que ello trajera aparejado un considerable aumento de la temperatura.

La cabaña, ¿a quién y para qué se le habría ocurrido la absurda idea de alzarla en un lugar tan desolado?, se convertía a partir de media mañana en un auténtico horno y tenía que beber continuamente un agua cada vez más escasa y que parecía un caldo marrón si no quería morir deshidratada.

Intentaba evitar pensar en Gonzalo Avellaneda, pero no siempre lo conseguía.

Su indiscutible fuerza de voluntad no le bastaba para negarse a expulsarlo de una vez por todas de su mente, puesto que los escasos momentos que pasó a su lado constituían lo único digno de ser recordado de los últimos años de su vida.

¿De dónde habría sacado aquella conmovedora historia de unos padres auténticos y otros falsos? Y qué admirable control sobre sí mismo había ejercido mientras aguardaba, impasible, a que ella se conmoviera por la aparente profundidad de sus sufrimientos.

De regreso a Los Ángeles, Gregory Gregorian decidió que había llegado el momento de dejar de moverse tanto de un lado a otro en busca de información para dedicar más tiempo a lo que siempre había sabido hacer mejor: analizar con calma y muy a fondo tan enrevesado y complejo problema.

Cierto que faltaban muchos cabos por atar, cierto que continuaba sin tener ni la menor idea de qué nueva personalidad se ocultaba tras el sobrenombre de Mariel, y cierto también que tal vez conseguiría una visión de conjunto más real cuando Nelson Miller hubiera acertado a introducirse en los secretos que debía de ocultar un ordenador anónimo a nombre de un, al parecer, inexistente Peter Fleischer. Pero pese a ello consideró que no debía retrasar más el hecho de colocar sobre una mesa las piezas de tan complicado rompecabezas, consciente de que quedaban muchos e importantes huecos que rellenar.

Sabía por experiencia que si no se concentraba en ello, de inmediato llegaría un momento en que la ingente cantidad de información acumulada le impediría hacerse una clara idea de la dimensión del conjunto.

Durante el vuelo de vuelta desde Montana, tan infernal como a la ida debido al mal tiempo y a unas turbulencias que zarandearban el pequeño aparato como si se tratara de una hoja seca que

navegara por una torrentera, no había podido dejar de darle vueltas a la sorprendente aclaración que hiciera Rita Casablanca de que el atentado contra el Vicepresidente no había sido más que la primera parte de un plan mucho más amplio y ambicioso.

Ello respondía sin duda a una lógica, dado que de haber sido durante su primera legislatura el indiscutible hombre fuerte del gobierno, y quien al parecer dictaba las pautas a seguir en casi todos sus frentes de actuación, especialmente el bélico, el Vicepresidente electo había pasado a ser testigo de cómo su prestigio y credibilidad caían en picado hasta el punto de que incluso destacados miembros de su propio partido comenzaban a evitarle, temerosos de que les alcanzara la oscura sombra que ahora proyectaba.

Al triunfalista, estúpido y precipitado anuncio de que en cuestión de meses se había obtenido «una rápida y total victoria sobre las fuerzas del mal» había sucedido un continuo e imparable desgaste en prestigio, dinero y sobre todo vidas humanas, de minúsculas derrotas en las que las gotas de agua, que según la vieja tradición acaban por horadar la roca, eran sustituidas por rojas gotas de sangre que horadaban de forma imparable la fortaleza de un ejército que antaño se consideraba a sí mismo prácticamente invencible.

La historia enseñaba que casi las únicas invasiones que habían tenido un éxito indiscutible fueron las practicadas por los incas peruanos, que cada vez que conquistaban una nueva nación trasladaban a todos sus miembros al corazón de su propio imperio permutándolos por los que allí vivían. Estos «incas viejos» pasaban de inmediato a poblar las tierras abandonadas y de ese modo se asimilaba en poco tiempo a los vencidos y se protegía la recién creada frontera con individuos de absoluta confianza.

Pero nadie en su sano juicio podría imaginar siquiera la posibilidad de cambiar a los iraquíes por norteamericanos de Arkansas o Colorado.

Como tal solución resultaba impensable, ello traería aparejado el hecho de que día tras día millones de iraquíes irían eliminando con infinita paciencia y muchas bombas humanas a cuantos americanos osaran permanecer en su territorio, fueran o no de Arkansas o Colorado.

Los réditos de una supuesta victoria se habían consumido, mientras que la hipoteca de una indiscutible derrota tenía que continuar pagándose, y el suyo era un precio que los instigadores de tan nefasta aventura se verían obligados a abonar por mucho que les disgustara.

No obstante, la imagen televisada por todas las cadenas del mundo de un hombre que recibía el impacto de una bala en el hombro al tiempo que otra le rozaba la cabeza, y en lugar de sufrir un lógico ataque de ansiedad poniéndose a gritar histéricamente, mantenía una sorprendente calma y aun tenía el coraje suficiente como para declarar con admirable tranquilidad que su vida tan sólo estaba en manos del Señor, parecían haber tenido la virtud de hacer olvidar a millones de ciudadanos americanos que aquel mismo hombre era quien había enviado a muchos de sus hijos a una muerte segura.

—Un gran golpe de efecto sin duda... —comentó para sí mismo Gregory Gregorian mientras colocaba los pies sobre el tablero de la mesa de despacho—. Limpio, eficaz y de un incalculable alcance mediático: «Cómo convertir en héroe a un villano en cinco segundos». Aunque me repatee los cojones, debo admitir que ha sido una maniobra realmente genial.

No obstante, aún existía una pregunta clave en tan prodigiosa escenografía, más propia de los espectaculares trucos de magia del fabuloso David Coperfield que de un supuesto atentado: ¿Hasta qué punto los ejecutores del trabajo confiaban en la puntería de quien había recibido el difícil encargo de clavar una bala en un poste de madera a tres o cuatro centímetros sobre la cabeza

de un Vicepresidente de Estados Unidos, disparando desde casi cien metros de distancia?

Antes de seguir adelante con sus elucubraciones, Gregory Grerorian se permitió perder unos minutos enviando un mensaje electrónico a sus incontables colaboradores de todo el mundo rogándoles que le informaran sobre la posible existencia de un tirador profesional, evidentemente poco escrupuloso, de excepcionales características y que estuviera dispuesto a cometer un atentado.

De todos modos, fuera como fuera, consciente o no de lo que le iba a ocurrir, lo cierto era que un político aborrecido, vilipendiado y en las horas más bajas de su vida profesional, se había situado de la noche a la mañana en primer plano de la actualidad, e incluso, ¡milagros que traen consigo los supuestos milagros!, había recuperado gran parte de su maltrecha credibilidad.

¿Qué congresista o senador de su partido, e incluso de la oposición, se negaría ahora a fotografiarse junto al hombre del brazo en cabestrillo y la beatífica sonrisa de quien se ha enfrentado a la muerte sin pestañear porque se considera investido de la gracia divina?

—Si este cabrón asegurara ahora que la mejor forma de ganar una guerra que sabe perdida es ampliarla poniendo toda la carne en el asador dándole una lección definitiva a los terroristas islámicos, sería capaz de convencer a muchos. Y si le da por asegurar que Hugo Chávez significa un peligro tan real como el de esos mismos islamistas pero bastante más cercano, también obtendría incontables seguidores. Tenía razón Rita Casablanca, y lo que yo consideraba un rotundo fracaso se ha transformado en una deslumbrante victoria. ¡Menuda putada!

¿Cuál sería el siguiente movimiento de la Dall & Houston en aquella desconcertante partida de ajedrez de tan altos vuelos?

—¡Échame una mano, viejo, éste era tu campo...! —masculló por lo bajo, porque el análisis de aquel tipo de situaciones había

sido siempre la especialidad de su padre, que no había llegado a la cumbre del ajedrez debido a que carecía de brillantez para planear una ofensiva pero siempre había sido el mejor a la hora de prever las tácticas del enemigo—. ¿Por dónde piensan atacar: por Siria, por Irán o por Venezuela?

Cualquiera que fuera el frente elegido tendría sin duda un enorme coste, tanto material, como en vidas humanas.

Pero se había demostrado hasta la saciedad que, dejando a un lado el tema de las vidas humanas, cuanto mayor fuera el coste material, más beneficios obtendría la Dall & Houston.

Hilu hizo al fin su aparición con la furgoneta cargada hasta los topes de todo cuanto pudieran necesitar, incluida una gran cantidad de ropa nueva, tinte para el cabello y unas inocuas lentillas de color azul que le rogó que se colocara cuanto antes y se acostumbrara a utilizarlas continuamente excepto para dormir.

—Para cuando nos marchemos nadie debe ser capaz de reconocerte —dijo—. Por fortuna ya nos preocupamos de que tu única foto reciente, la del pasaporte, fuera de pésima calidad, lo cual facilita mucho las cosas. A partir de ahora te convertirás en Liz Stanton, una inglesa nacida en Liverpool.

—Nunca he estado en Liverpool y ni siquiera tengo la menor idea de dónde demonios se encuentra.

—La inmensa mayoría de los americanos tampoco. Y el hecho de que nacieras allí no significa que tengas que saber gran cosa sobre la ciudad; lo importante es que nadie pueda relacionarte con la Nora Collingwood que estudiaba en la universidad.

—¿Qué fue lo que ocurrió para que todo el plan se viniera abajo? —quiso saber Salka.

—Nada de particular que yo sepa, pero aún no nos explicamos por qué razón alguien descubrió que se preparaba un atentado. Por eso nos vimos obligados a sacarte de allí a toda prisa.

—¿Y quién es en realidad Gonzalo Avellaneda?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —se asombró ella—. Trabaja con nosotros o para nosotros, al parecer estaba encargado de protegerme y tú, que supuestamente manejas la operación, ni siquiera sabes quién es. Perdona pero no me lo creo.

—Yo no manejo la operación, querida, no te engañes; atentar contra el Vicepresidente de Estados Unidos exige un gran esfuerzo de organización. Yo no soy más que alguien al que le dicen lo que tiene que hacer, del mismo modo estoy convencido de que por encima de Mufti se encuentra bastante más gente y mucho más importante. Se mueven inmensas cantidades de dinero y Mufti nunca fue un hombre demasiado rico.

—¿O sea que no somos más que simples peones?

—Yo tal vez puede que lo sea, pero lo que está claro es que tú eres la reina a la que todos, ese tal Gonzalo incluido, tenemos la obligación de proteger.

—¡Pues vaya una reina, que se alimenta de lagartos y serpientes! —le mostró dos pequeñas marcas en el brazo—. Ayer me mordió una.

—¡No me jodas...! —se horrorizó el chííta—. ¿Y qué te ha pasado?

—A mí nada; fue ella la que salió perdiendo porque me sirvió de almuerzo. Evidentemente no debía de ser venenosa.

—¿No te asustaste?

—Si quieres que te diga la verdad, no me importó que me mordiera; más bien me alegró, porque durante casi una hora me hice la ilusión de que muy pronto me reuniría con los míos —hizo una pausa para concluir en un tono de absoluto abatimiento—: Estoy cansada de todo esto, Hilu, terriblemente cansada, y lo único que deseo es que acabe cuanto antes.

—Lo entiendo, pequeña, lo entiendo —reconoció el otro y se podría decir que en esta ocasión era absolutamente sincero—.

También a mí me gustaría poder volver a casa como si nada hubiera ocurrido. Pero esta guerra no la empezamos nosotros.

—Tampoco la terminaremos nosotros.

—En eso tienes toda la razón, pero tal vez consigamos que los verdaderos culpables paguen por ello.

—¿Y acaso eso hará que mi padre y mis hermanos resuciten?

—¿Es que ya no sientes la necesidad de vengarte? —quiso saber su interlocutor visiblemente inquieto.

Ella optó por encogerse de hombros, pero al poco señaló:

—En estos días, aquí a solas y sin saber si volverías, he tenido tiempo de pensar y he llegado a la conclusión de que continúo queriendo sacrificarme, pero que lo haría más a gusto por evitar que nuestra gente continúe sufriendo que por vengar a quienes ya nadie les devolverá la vida.

Cuando bastante avanzada la mañana Jessica Delmónico entró en el despacho de su esposo se lo encontró profundamente dormido con los pies en alto y colocados en el centro de una mesa que aparecía repleta de notas apenas garabateadas y pedazos de papel rasgados o arrugados.

Hedía a demonios debido a que aunque por lo general su marido no fumaba, cuando tenía problemas a la hora de concentrarse de una forma especialmente acusada, solía echar mano al venerado calumet que un agradecido cliente le había regalado años atrás, asegurándole que se trataba de la auténtica e indiscutible pipa de la paz con la que el gran jefe Toro Sentado solía sellar sus acuerdos de colaboración con las tribus vecinas.

El hecho de que en su interior pudiera leerse en letras minúsculas «Made in Nuevo Mexico», no parecía disminuir en absoluto su remoto origen o indiscutible eficacia, y mucho menos la insoportable pestilencia que después se mantenía aferrada a alfombras y cortinas durante días e incluso semanas.

Tras abrir de par en par puertas y ventanas para que corriera el aire, Jessica tomó asiento al otro lado de la mesa, agitando sin la más mínima consideración los pies de su marido.

—¡Eh, tú, Toro que duerme Sentado! —le espetó burlona—.

¿Por ventura has recibido la visita del divino Manitú para que te aclare las ideas y te ofrezca la solución a tus problemas?

El durmiente abrió a duras penas los ojos, lo observó todo a su alrededor como si no tuviese la menor idea de dónde se encontraba, dirigió una severa mirada a su esposa y asintió seguro de sí mismo.

—Manitú me ha visitado y me ha hecho ver la verdad, aunque de momento no me ha adelantado soluciones.

—Me lo estaba imaginando.

—¡Mujer de poca fe! —respondió con humor—. Si mientras me ducho me preparas un buen desayuno con dos tazas de café bien cargado, condescenderé a compartir con una triste e ignorante mortal mis ilimitados conocimientos sobre los todopoderosos espíritus de las grandes praderas.

Veinte minutos después tomó asiento en la mesa de la cocina, completamente desnudo, para empezar por apurar de un solo golpe el contenido de una primera taza de café, mientras su esposa le estudiaba con evidente desagrado desde lo alto de un taburete.

—¿Se puede saber a qué viene ésta desconsiderada moda de sentarse a la mesa en pelota brava? —quiso saber.

—A la necesidad de ahorrar tiempo, porque en cuanto acabe de desayunar me voy de cabeza a la cama. A Manitú le gusta hacerse de rogar cuando se reclama su presencia, pero una vez ha decidido acudir a visitarte es un plasta al que no hay quien lo eche por lo que me mantuvo despierto hasta casi el amanecer.

—Déjate de boberías y aclárame de una vez si has conseguido llegar, con la ayuda de Manitú o sin ella, a alguna conclusión lógica.

—He llegado a una —admitió él—. Y bastante lógica por cierto.

—¿Y es?

—Que de momento la Dall & Houston no tiene el menor interés en apoderarse de Irak, Siria, Irán, Venezuela, o cualquier otro país.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es lo que pretenden?

—Apoderarse en primer lugar de los Estados Unidos.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo? —protestó ella alarmada.

—No se trata de ninguna tontería, querida —respondió con tranquilidad—. Si te detienes a analizar los hechos con absoluta objetividad, la secuencia es muy clara: ¿Cuánto tiempo le queda de seguir ocupando el famoso y sacrosanto Despacho Oval a nuestro actual Presidente?

—Menos de dos años.

—¿Y qué posibilidades tienen los republicanos de ganar las elecciones ahora que han perdido la mayoría en el Congreso y en el Senado, si al propio tiempo deben soportar la pesada carga de que ésta ha sido sin duda alguna la peor administración de la historia de nuestro país?

—Escasas.

—¿Pero qué ocurriría si, repitiendo la historia de J.F. Kennedy, el Presidente fuera víctima de un atentado y el actual Vicepresidente, que sin duda es el más listo de toda esta historia, asumiera ese mismo día la jefatura del Estado, con lo que estaría en su perfecto derecho de presentarse como candidato a continuar ocupando la Casa Blanca con todos los resortes del poder en su mano?

—Que tendría muchas posibilidades de ganar, como lo hicieron Lyndon Johnson o Harry Truman, que fueron reelegidos pese a que no se hubieran presentado como candidatos la primera vez.

—¡Exacto! Y en ese caso, ¿quién se atrevería a poner en tela de juicio las actividades de una empresa de la que el Presidente de los Estados Unidos es, en la sombra, su principal accionista?

—Nadie que yo sepa.

—Los actuales dirigentes de la Dall & Houston no sólo se librarían de ir a la cárcel o tener que exilarse en Dubai, sino que ese mayor accionista les dejaría las manos libres para iniciar nuevas guerras que les produjeran nuevos beneficios.

—¡Suenan monstruoso! —se lamentó Jessica Delmónico.

—Todo lo que han hecho hasta ahora ya *es* monstruoso, querida. Si han enviado a la muerte a miles de seres humanos, no creo que les preocupe eliminar a quien a estas alturas ya no les es útil ni le importa a nadie.

—¡Pero se trata del mismísimo Presidente!

«El Pato Cojo», que es como se suele llamar a los presidentes durante su segundo mandato, sobre todo cuando, como el actual, se han desprestigiado tanto, es un maloliente cadáver político que probablemente pasará a la historia como el peor mandatario de nuestro país, y cuyos índices de aceptación popular se encuentran bajo mínimos. Si ya se hizo, y aún no hace tanto, con un presidente al que muchos respetaban y admiraban, ¿por qué no puede volver a hacerse con uno al que desprecian?

—Me asusta lo que dices.

—¿Y crees que yo estoy tranquilo? —le espetó mientras acababa de devorar una tostada con mermelada—. Nuestro país pretende ser el inventor de la democracia moderna, pero cuando las cosas no marchan a gusto de todos, se solucionan a base de acabar a tiros con sus presidentes. Primero asesinaron a Lincoln, luego a Garfield, más tarde a Mckinley, y por último a Kennedy. Desde que mataron al primero han pasado ciento cuarenta y ocho años, y en ese período de tiempo se ha asesinado a tres presidentes más: es decir, uno cada medio siglo. El tres de noviembre se cumplirán cuarenta y cuatro años desde la muerte de Kennedy, lo cual significa que, estadísticamente, ha llegado el momento de que se carguen a otro. Con Ronald Reagan lo intentaron pero escapó de milagro

—¡Qué bruto puedes llegar a ser!

—La brutalidad no es mía, querida, sino de las estadísticas. Así es nuestro país y así debemos aceptarlo, de la misma manera que nos obligan a aceptar que de vez en cuando un loco compre sin la menor oposición un rifle de asalto o un par de pistolas automáticas y organice una carnicería.

Consiguió acostumbrarse a usar lentillas, y con el cabello teñido de rubio nadie hubiera sido capaz de reconocer en ella ni a Salka Embarek ni a Nora Collingwood. Y por lo tanto Hilu decidió que había llegado el momento de marcharse.

—¿Adónde vamos?

—De momento me han ordenado que me dirija a Memphis.

—¿Y qué se nos ha perdido en ese Memphis.

—No tengo ni idea, pequeña. Ya te dije que me limito a obedecer órdenes e intentar protegerte lo mejor que sepa, o sea que te agradecería que no me hicieras preguntas para las que no tengo respuestas.

Al amanecer abandonaron la cabaña del desierto, y a media tarde el chíita detuvo la vieja camioneta junto a una amplia y moderna autocaravana que se encontraba aparcada a las afueras de un pequeño pueblo.

Se cercioró de que no había nadie cerca, sacó una llave, abrió la puerta y se apresuró a introducir en ella el escaso equipaje que transportaban.

—¡Pasa! —ordenó—. De ahora en adelante viajaremos mucho más a gusto.

Así fue, en efecto, puesto que el vehículo se encontraba dotado de aire acondicionado así como de todas las comodidades que

se le pudiesen exigir, excepto televisión. La muchacha podía disfrutar a sus anchas de un paisaje que contemplaba a través de un amplio ventanal, recostada en un mullido sofá que por las noches se convertía en cama.

Hilu conducía con extrema prudencia, respetando todas las normas de tráfico habidas y por haber, consciente de que el recorrido era largo y lo peor que podría ocurrirles era que la policía les detuviera y descubriera que su documentación no estaba en regla.

Salka Embarek aprovechaba el tiempo para prepararse anímicamente, haciéndose de nuevo a la idea de que le quedaba poco tiempo de vida, pero evitando a toda costa plantearse preguntas para las que tampoco tenía respuesta, y que incluso de haberla tenido de nada le iba a servir en un futuro, puesto que carecía de futuro.

Lo que deseaba de verdad era que aquella larga odisea sin pies ni cabeza concluyera, dado que había aceptado la evidencia de que se había convertido en apenas algo más que un objeto; un arma que personas desconocidas esperaban utilizar para acabar con la vida del Vicepresidente de Estados Unidos.

Y no se lamentaba por ello. Sabía que no tenía derecho a hacerlo, ya que era ella la que se había ofrecido sin que nadie se lo pidiera.

Tal vez le hubiera gustado que le contaran algo más sobre cuanto había sucedido o lo que iba a suceder, sobre todo en lo referente a Gonzalo Avellaneda, pero a medida que iban devorando kilómetros se fue sumiendo en aquella especie de tranquilo fatalismo que se apodera de los condenados a muerte cuando han perdido ya toda esperanza de que se les conceda el indulto.

América, la hermosa América, con sus extensos campos de maíz, sus anchos ríos cruzados por altivos puentes, sus modernas ciudades de orgullosos edificios que se distinguían en la distancia,

sus espectaculares moteles al borde de la autopista y sus lujosos automóviles que les adelantaban de vez en cuando, pasaba frente al ventanal obligándole a preguntarse por enésima vez por qué incongruente razón quienes podían disfrutar en paz de tantas maravillas decidieron un malhadado día atravesar medio mundo y dejar caer sus bombas sobre una tranquila familia que ningún daño les había hecho.

No lo entendía y empezaba a estar absolutamente convencida de que aunque pasaran mil años jamás conseguiría entenderlo.

Por ello y porque no deseaba continuar atormentándose en un vano intento por encontrarle un sentido a hechos que carecían de sentido, lo único que deseaba era que le volvieran a colocar sobre el pecho un chaleco de explosivos con el que poner fin a tanto desasosiego y tanta angustia.

Al caer la noche, un agotado Hilu decidió aparcar en una zona de descanso, y a los diez minutos roncaba sonoramente. La muchacha optó por salir a tomar el aire de la cálida noche y estirar las piernas, que buena falta le hacía.

Con las primeras sombras, una nueva caravana aparcó a unos cuarenta metros de distancia, y al poco su única ocupante, una anciana alta y muy delgada, de blancos cabellos y grandes gafas de montura de concha, sacó una mesa al exterior, justo junto a la puerta de su vehículo, y comenzó a colocar sobre ella una botella, vasos y platos.

La escena se le antojó realmente extraña, casi inconcebible para alguien que provenía de un país en guerra; que una mujer de buen aspecto y avanzada edad se arriesgara a viajar sola por aquellas inmensidades y no tuviera el menor reparo en detenerse, montar una mesa plegable y ponerse a cenar tranquilamente como si se encontrara en la seguridad de una casa y rodeada de toda su familia significaba, o que estaba loca, o que aquella región debía de ser absolutamente segura.

La observó desde la distancia, incrédula y perpleja, y más aumentó su sorpresa cuando la desconocida le hizo gestos con la mano pidiéndole que se aproximara.

—¡Ven! —le gritó—. ¿Has cenado ya?

Negó con un gesto.

—¡Anímate! Tengo pollo frío con mayonesa, espárragos, salmón marinado y patatas fritas. ¿Te apetece?

Se aproximó con cierta timidez para comprobar que, en efecto, la mesa aparecía repleta de lo que se le antojaron exquisitos manjares tras varios días de cenar lagarto y una larga jornada en la que no había comido más que una grasienta hamburguesa quemada y francamente abominable.

—¿De verdad no le importa? —quiso saber.

—¡En absoluto, hija! ¡Al contrario! Se cansa una de desayunar, comer y cenar siempre sola. Saca una silla de ahí dentro y sítete lo que te apetezca.

Obedeció, no sin asombrarse por lo espaciosa, moderna y agradable que parecía ser la autocaravana, que disponía incluso de una enorme pantalla de televisión ultraplana, y tan sólo cuando su apetito empezaba a aplacarse, se decidió a preguntar:

—¿Siempre viaja sola?

—¿Y qué remedio...?

—¿No tiene familia?

La otra negó con un gesto y añadió:

—Mi marido murió, la casa se me viene encima. Lo mejor que puedo hacer es volver de vez en cuando a las carreteras y a los paisajes donde tan felices fuimos. Muchas noches dormíamos aquí mismo.

—¿Y no le da miedo?

La anciana extrajo de debajo de la mesa un pesado revolver de gran calibre y sonrió de oreja a oreja mientras señalaba:

—Aquí mi viejo amigo, el coronel Colt, me protege. En una ocasión dos tipos intentaron asaltarme, pero uno aún debe andar

corriendo por Nebraska y si el otro no corre es porque le arranqué un pie de un tiro. ¡Mi marido me enseñó a disparar! Era bueno en eso, muy bueno.

Con una pata de pollo en una mano y un pedazo de pan en la otra, Salka Embarek observó con manifiesta admiración a quien esgrimía un arma de aspecto impresionante como si se tratara de una simple espumadera.

—La verdad es que ustedes, los americanos, nunca dejan de sorprenderme —dijo.

—¿Y tú de dónde eres?

—De Liverpool.

—¿Y eso dónde queda?

—En Inglaterra.

—¿Conociste a Lady Di? —preguntó la buena mujer súbitamente interesada.

—No.

—¿Y a la Reina Isabel?

—Tampoco.

—En ese caso no sé de qué te sirve ser inglesa... ¿Adónde vas ahora?

—Un amigo me lleva al este.

—¿Para qué?

—Me van a dar trabajo...

—¿De qué?

—Aún no lo sé.

—Pues ten mucho cuidado porque siempre habrá sinvergüenzas que pretendan aprovecharse de una chica tan bonita como tú. Cuando yo era joven las cosas eran muy distintas porque se respetaba a las mujeres, pero ahora, con tanto depravado suelto, en cuanto te descuides te encontrarás bailando en lo alto de un mostrador en cualquiera de esos malditos bares para hombres que proliferan como los hongos. La hija de una amiga mía, que viéndote bien se te parece un poco...

Nelson Miller no tuvo demasiadas dificultades a la hora de desvelar los incontables secretos que contenía el ordenador anónimo inscrito a nombre de un supuesto «Peter Fleischer», especialmente porque conocía de antemano la palabra clave, «pompino», que resultó ser en efecto correcta, con lo que se le abrieron de inmediato todas las puertas.

Pese a encontrarse con facilidades tan poco habituales en su trabajo, el californiano se movió con infinitas precauciones intentando no dejar el menor rastro de su paso, sin atreverse a copiar de momento ni uno solo de sus archivos.

Lo único que hacía era pedirle a Jessica que fotografiara directamente de la pantalla aquellas páginas en las que aparecían nombres, direcciones o números de teléfono que considerara particularmente interesantes.

No prestó mayor atención a las astronómicas cantidades de dinero que iban y venían de un lado a otro sin grandes explicaciones. En cierto modo se llegaba a entender que quien manejaba tales sumas sin rendir cuentas a nadie hubiera llegado a considerarse libre de cualquier amenaza e incluso fuera del alcance de la ley.

La mayoría de las naciones del Tercer Mundo no contaban con un presupuesto ni tan siquiera parecido al que evidentemente se movía desde aquel simple ordenador, y saltaba a la vista que la

mayor parte de ese dinero se encontraba destinado a corromper a políticos de un gran número de países.

La ciega seguridad que le proporcionaba el anonimato, dado que Wolf Lukas debía estar absolutamente convencido de que nadie se molestaría en averiguar qué tipo de secretos guardaba alguien con un nombre tan común como Peter Fleischer, y mucho menos que relacionara dicho nombre con el del Consejero Delegado de la poderosísima Dall & Houston, había dado como resultado que la memoria de aquel sencillo ordenador conservara en su interior una gigantesca cantidad de datos comprometedores para infinidad de personas importantes.

Nelson Miller reconoció muy a su pesar que necesitaba una gran dosis de fuerza de voluntad si pretendía resistir la tentación de enviar un *rootkits* que volcara tan jugosa información a un segundo ordenador, con lo que posteriormente resultaría de lo más sencillo chantajear a docenas de personajes corruptos obligándoles a devolver cuanto habían percibido por sus incontables trapi-sondas.

—Con la décima parte de los secretos que se ocultan aquí nos haríamos inmensamente ricos y enviaríamos al paro a la cuarta parte de los jueces, congresistas y senadores de Washington... —sentenció el californiano—. ¡Joder que material!

—Siempre estamos a tiempo de hacerlo... —argumentó Gregory Gregorian—. Pero de momento no debemos arriesgarnos a que nos descubran.

—¡Da una pena...! Es como haber entrado en Fort Knox y no llevarte ni una miserable barra de oro de las miles que allí se guardan.

—Te conozco y me consta que lo que te importa no es llevarte ese oro, sino saber que puedes llevártelo, pero no vas a hacerlo porque estarás de acuerdo conmigo en que hay otras cosas más importantes.

—El hecho de salvarle la vida al Pato Cojo no me parece especialmente importante. Por mí pueden volarle los sesos mañana mismo.

—No se trata del hombre en sí, sino de lo que representa. El hecho de que millones de americanos le eligieran, aunque fuera con ayuda de un buen número de votos fraudulentos, significa que no debemos olvidar que para bien o para mal continúa siendo quien nos gobierna. No me apetece que un quinto nombre venga a engrosar la lista de nuestros presidentes malogrados.

—¡De acuerdo! —admitió Nelson Miller de mala gana—. Aunque lo mejor que podríamos hacer sería enviarle esos archivos al FBI, y que ellos se ocuparan del tema.

—¿Y qué garantías tenemos de que nos escucharían? Si el *Washington Post* no se hubiera empeñado en sacar a la luz cuanto se ocultaba tras el caso *Watergate*, Richard Nixon habría acabado tranquilamente su segundo mandato presidencial porque el FBI no hizo nada hasta que el escándalo le desbordó y no le quedó más remedio que intervenir. Si nos ponemos en sus manos corremos el riesgo de que se ensañen con nosotros y no con Wolf Lukas.

—En eso te doy la razón. Hace años que la tienen tomada conmigo.

—Pero es que en tu caso les diste demasiados motivos —le hizo notar su amigo al tiempo que le palmeaba afectuosamente el hombro—. Y ahora olvídate de cuanto no signifique proporcionarme algo que relacione a la Dall & Houston con las furgonetas que según Rita Casablanca transportan el dinero negro que acaba en las manos de Mariel.

—Lo único que he conseguido es un número de teléfono que por lo visto pertenece a un almacén de libros de texto de la avenida Navegatio, de Houston. Los palés en que se suelen transportar esos libros pueden constituir un magnífico escondite cuando se trata de grandes cantidades de dinero.

—Y dudo que a ningún asaltante en su sano juicio se le ocurriera ni por lo más remoto asaltar un furgón de libros de texto —sentenció un convencido Gregory Gregorian—. Le pediré a Alejandra Zanaj que ponga a un par de sus hombres a vigilar ese almacén.

De vuelta a casa, y tras verse obligado a compartir con Jessica una gigantesca fuente de arroz con camarones, se encontró con varios mensajes que daban respuesta a su petición de ayuda en cuanto se refería a un francotirador de extraordinaria precisión y sangre fría.

Existían varios que incluso habían ganado medallas en las últimas olimpiadas, y entre ellos destacaban un coronel chino, un exiliado lituano y un médico griego, aunque no constaba que ninguno de ellos hubiera abandonado sus respectivos lugares de residencia durante los últimos meses.

No obstante, su corresponsal en Asunción le notificaba que un joven Teniente de las Fuerzas Especiales, nacido en un villorrio llamado Bahía Negra, había destacado de forma extraordinaria en ese campo, y era cosa sabida que los soldados paraguayos, sobre todo sus anti-guerrilleros, tenían justa fama de figurar entre los más valientes y mejor entrenados del mundo. Años atrás, su país había librado varias guerras contra vecinos infinitamente más poderosos a los que habían hecho frente pese a encontrarse en manifiesta inferioridad numérica y de armamento.

Hacía cuatro meses que el joven teniente, de nombre Severino Maldonado había solicitado una excedencia temporal del ejército abandonando de inmediato Paraguay, sin que ni sus superiores ni sus familiares tuvieran conocimiento sobre cuál podría ser su actual paradero.

Gregory Gregorian se puso de inmediato en contacto telefónico con la secretaría de la universidad, donde tras largas y prolijas consultas le aseguraron que en su lista de estudiantes de ese curso no figuraba ningún paraguayo apellidado Maldonado.

Ante su insistencia, acabaron por aceptar que un argentino de aproximadamente su misma edad, un tal Gonzalo Avellaneda, se encontraba efectivamente en el campus el día en que ocurrió el desgraciado incidente del atentado al Vicepresidente, pero que al parecer dos semanas atrás había decidido regresar a su lugar de origen.

—«Argentinos, uruguayos y paraguayos, vecinos, enemigos y primos hermanos...» —repitió Gregory Gregorian para sí mismo el viejo dicho popular al conocer la noticia—. Parecido aspecto, parecidas costumbres y parecido acento. Me juego la cabeza a que ese tal Severino Maldonado, Gonzalo Avellaneda, o cómo diablos se haga llamar de ahora en adelante, aún no ha abandonado Estados Unidos porque la bala de su mejor disparo, ese por el que sin duda le pagarán una fortuna, todavía la guarda en la recámara.

Tras su corta estancia en Brasil, Wolf Lukas se mostraba tan exultante que abrazó a su amigo y consejero en cuanto se encontraron en las soledades de la gran llanura de las afueras de Houston.

—¡Perfecto! —repetía una y otra vez—. Ha salido perfecto.

—Te lo dije, Mariel es sin duda el mejor en su oficio.

—Admito que en cierto modo le aborrezco por su insoportable prepotencia, pero también admito que le admiro por su increíble eficacia. Se gana a pulso cada dólar que le pagamos.

—Hablando de pagos, te recuerdo que tienes que hacerle los dos últimos envíos si quieres que cumpla con los plazos previstos.

—¡No hay problema! Ya hemos reunido los billetes. Le haré una entrega el lunes y otra el miércoles. ¡Con lo fácil que me resultaría hacerle una transferencia!

—Sabes bien que no las acepta. Opina, y con razón, que hoy en día es más fácil seguirle el rastro al dinero a través de la red que seguirle el rastro a un leopardo en la selva. Y si ese dinero llega a tiempo, probablemente el lunes un nuevo inquilino se sentará en el Despacho Oval.

—¿Y en qué te basas para creerlo?

—En que el próximo domingo es el aniversario del desastre del *Katrina*, y el Presidente tiene previsto visitar Nueva Orleans con la intención de explicar lo que ha hecho hasta ahora, y lo que

piensa hacer para reconstruir la ciudad. Y te garantizo que en esta ocasión no habrá fallos. Ni auténticos, ni falsos.

—¡Dios te oiga!

—A partir de ese mismo momento todos nuestros esfuerzos tendrán que concentrarse en preparar la campaña para la reelección de «Iceman».

—Medios nos sobran... —le recordó el Consejero Delegado de la Dall & Houston.

—No lo dudo, pero ambos sabemos que su punto débil se centra en su controvertido pasado y su discutida moralidad, pese a que últimamente haya conseguido mejorar mucho su imagen —puntualizó su hombre de confianza—. Será por ese flanco por donde le atacarán con más saña. Nuestro primer objetivo debe centrarse en demostrar que la catadura moral de sus rivales tampoco es como para tirar cohetes.

—¿Has pensado en algún tipo de ataque?

—Estoy en ello.

—¿Nos serviría de ayuda Mariel?

—No creo que las campañas electorales le atraigan demasiado. Lo suyo es la acción, pero ha demostrado ser tan inteligente que no deberíamos echar en saco roto la posibilidad de que aporte ideas. Tiene una mente retorcida y le considero muy capaz de sacarse un conejo de la chistera, siempre, claro está, que se lo paguemos a precio de oro.

—Insisto en que por cuestiones de dinero no hay problema. Si para Enrique IV París bien valía una misa, para nosotros, Washington bien vale un millón de misas, o sea que cuentas con un presupuesto ilimitado.

—Te puedo garantizar que resultará una inversión altamente rentable.

—Y hablando de inversiones más o menos rentables... ¿qué se sabe de Rita?

—Que se diría que se la ha tragado la tierra. Mucho me temo que ya ha debido de abandonar el país. Cuanto más lejos se encuentre, mejor para todos, sí, según tú, lo único que tiene son esos documentos...

—¿Qué has pretendido decir con ese «según tú»? —preguntó su superior un tanto amoscado.

—Que confío en que no me hayas ocultado nada en cuanto se refiere a tu relación con Rita.

—¿Cómo qué?

—¿Y yo qué sé? Algo más comprometedor, como que haya tenido acceso a tu ordenador anónimo.

—¿Pero cómo se te ocurre? —protestó el otro indignado—. ¡Ni que estuviera loco!

—Eso me tranquiliza.

—Lo que ocurre es que echo de menos al niño.

—Pues hazte a la idea de que no volverás a verlo. Las cosas tienen un precio, querido amigo, y ese es el precio que te verás obligado a pagar a cambio de convertirte en la mano derecha del hombre más poderoso del mundo. Consuélate con la idea de que en cuanto crecen, los hijos lo único que hacen es darte disgustos; te lo dice alguien que en ese campo goza de una amarga experiencia.

—¿Emma...?

El otro asintió con evidente pesar.

—Acaba de abandonar a su novia: una prometedora pintora que era además una buena chica, y ahora anda liada con una drogadicta que le está sacando hasta los ojos. ¡No hay modo de que siente la cabeza!

—Me gustaría ayudarte.

—¿Cómo...? —quiso saber Tony Walker—. Durante años me hice a la idea de que elegiría una opción sexual diferente, puesto que era algo que se veía venir desde que levantaba dos palmos del suelo. Sin embargo, siempre confié en que se comportaría de un

modo más o menos normal. Pero lo cierto es que lo que le atrae de verdad es la degradación, porque cuanto más guarra, viciosa y despreciable es su pareja, más feliz se siente. Sobre todo si además la maltrata y la desprecia.

—No sabes cómo lo lamento.

—Evidentemente el dinero y el éxito no lo son todo en esta vida; cada cual carga con su cruz, y Emma es la mía.

—Lo siento mucho —insistió el Consejero Delegado de la Dall & Houston—. Pero, cambiando de tema: ¿qué sabemos de Alejandra?

—Nada especial; su padre acaba de entregarle en herencia la mitad de sus hoteles, así que va de aquí para allá visitándolos y dándose pisto con el *jet* que acaba de comprarse. En cuanto se tropiece con uno que se la calce bien se olvidará de Stanley y de nosotros.

—Confío en que no te equivoques; no sé por qué me preocupa. Nunca he conocido a una mujer tan enamorada de su marido, y eso me induce a pensar que nos guarda rencor y permanece a la espera de que demos un paso en falso para caernos encima.

—¡Tranquilo! Lo único que le importa son sus hijos. Ahora tenemos que concentrarnos en lo que está a punto de ocurrir, y en encontrar la forma de que nuestro hombre gane las elecciones. Con suerte nos mantendremos diez años más en el poder, y el día que la ley le impida a *Iceman* presentarse a la reelección, ¿quien mejor podría ocupar su puesto que aquel que conoce todos sus secretos?

El pequeño teléfono verde que durante meses había permanecido mudo y como muerto, repiqueteó una mañana.

—¿Cícero?

—Sí —respondió éste.

Una voz que conocía de sobras ordenó de un modo seco y conciso que no admitía discusión:

—Agénciate un coche grande y potente que no levante sospechas y vete a Baton Rouge.

—¿Y qué tengo que hacer allí?

—De momento nada. He hecho una reserva a tu nombre en el Hotel Marriott, y se te pagará en el lugar de costumbre.

—¿Cuánto?

—Ya hablamos de ello en su día y te garantizo que no tendrás queja; incluso podrás retirarte a Costa Rica. Volveré a llamarte el viernes.

Colgaron.

Fue así, sin más, sin aguardar respuesta, con la firmeza propia de un militar convencido de quien le escucha obedecería sin rechistar porque le iba la vida en ello.

Tom Cícero llamó de inmediato a uno de aquellos mal encarados guardianes que ni siquiera se dignaban dirigirle la palabra para comunicarle que había tenido noticias directas de Mariel.

—¿Baton Rouge? —fue lo primero que se preguntó a sí mismo Gregory Gregorian en cuanto tuvo puntual conocimiento de la corta conversación que aseguraba haber mantenido el prisionero—. ¿Por qué Baton Rouge?

Tan sólo una vez, y hacía ya mucho tiempo, había estado en Baton Rouge, y recordaba que hacía un calor bochornoso, pegajoso y húmedo, lo que le obligaba a sudar a mares teniendo que cambiarse continuamente de camisa.

—¿Qué coño se le puede haber perdido a nadie, y al Presidente menos que nadie, en Baton Rouge en pleno mes de agosto? —se preguntó—. En esta época del año aquello deber de ser un infierno...

No obstante, apenas tardó un par de horas en encontrar una respuesta lógica. Efectivamente, al Presidente no se le había perdido nada en semejante infierno, pero Baton Rouge se encontraba a apenas cien kilómetros al norte de Nueva Orleáns.

Y en la agenda presidencial figuraba una visita a Nueva Orleáns con motivo del aniversario del paso del *Katrina*.

—O sea que ya tenemos lugar y fecha... —masculló Gregory para sus adentros— Y la actualmente semi derruida, enrevesada, invadida por las aguas y caótica Nueva Orleáns, que aún no se ha repuesto de los efectos del huracán, constituye el lugar perfecto para cometer un atentado en el que el francotirador «no falle por cuestión de centímetros».

Efectivamente, para un veterano y experimentado teniente de las Fuerzas Especiales nacido en Bahía Negra, que por lo que Gregory Gregorian había conseguido averiguar era un minúsculo y tórrido puerto semi selvático a orillas del río Paraguay, y que había sido entrenado por uno de los ejércitos más eficientes y exigentes del mundo, no podía existir un escenario más apropiado para llevar a cabo un magnicidio que lo poco que quedaba en pie de Nueva Orleáns, sus ríos, sus lagunas y sus selvas.

—El muy cabrón se encontrará allí como pez en el agua, con cientos de edificios abandonados en los que ocultarse, selvas en las que camuflarse y pantanos en los que sobrevivir tranquilamente hasta que se cansen de buscarle. O mucho me equivoco o un anti-guerrillero paraguayo en Nueva Orleans debe sentirse como una serpiente de cascabel en un jardín de infancia.

—¿Y qué podemos hacer? —fue lo primero que quiso saber Nelson Miller en el momento en que decidió hacerle partícipe de sus temores—. Estamos a diecinueve, o sea que si tus cálculos son correctos apenas falta una semana para que intenten cargarse al Presidente.

—Cuando estás prevenido incluso una hora es mucho tiempo, estimado amigo, mientras que cuando no lo estás, un siglo no sirve de nada. Conozco a suficiente gente importante y tengo los suficientes datos fiables como para conseguir que en el último momento suspendan el viaje del Presidente a Nueva Orleans, pero con eso lo único que conseguiríamos sería retrasar el atentado a otro lugar y otra fecha que quizá no lográramos averiguar. Ahora tengo claro el qué, el quién, el cuándo, el cómo, el dónde y el porqué. Lo único que necesito es encontrar la forma de impedirlo hasta el punto de que nunca más puedan volver a intentarlo.

—¿No estás asumiendo demasiados riesgos?

—Aquel que corre un riesgo calculado tiene más posibilidades de triunfar en su empeño que aquel que nunca corre riesgo alguno.

A primera hora de la mañana, casi al amanecer, Hilu recibió la orden de quedarse donde estaba, a la espera de recibir un nuevo chaleco de explosivos.

El parking, tranquilo, a la sombra de altos árboles por entre los que corría un rumoroso riachuelo y a poco menos de un kilómetro de distancia de una estación de servicio que disponía de un mercado bien surtido, constituía un lugar a todas luces apropiado para pasar desapercibidos, teniendo en cuenta que la única presencia humana era la de una extravagante anciana que parecía enfrascada en la difícil tarea de intentar atrapar una trucha con ayuda de una minúscula pero sofisticada caña de pescar.

Cuando, tras el desayuno, Salka Embarek se dispuso a saludarla, Hilu la detuvo con un gesto adusto:

—No deberías hablar con extraños —dijo.

—¡Pues si no hablo con extraños, ya me dirás con quién demonios voy a hablar —respondió ella con acritud—. Al único que conozco es a ti, y no sueltas prenda.

El chííta pareció comprender que le asistía toda la razón y, tras lanzar una ojeada a la mujer sentada en un tronco y que parecía ajena a cuanto no fuera la superficie del agua, comentó:

—¡De acuerdo! Pero ten cuidado con lo que dices. Me acercaré a la gasolinera a comprar comida.

Echó a andar sin prisas y de inmediato, la muchacha se aproximó a quien intentaba pescar con escaso éxito y no parecía haber advertido su presencia.

—¡Buenos días! —saludó.

—¡Buenos días, pequeña! —replicó la anciana sorprendida y con una amplia sonrisa—. Me alegra que aún estés aquí. Imaginé que cuando me levantara ya habrías emprendido la marcha y me sorprendió ver vuestro vehículo.

—Pero es que al parecer usted se levanta demasiado temprano.

—Las truchas y las viejas dormimos poco, querida. Pero me da la impresión de que hoy se les han pegado las sábanas a esas malditas.

Salka Embarek se acomodó a su lado, sobre el tronco, para señalar el río con un gesto de marcada incredulidad:

—¿De verdad hay truchas aquí?

—Una vez mi marido cogió una de más de dos kilos, sentado en este mismo sitio ¿Te gusta pescar?

—Nunca lo he hecho.

—En un rincón del armario que está entrando a la derecha aún debe de estar la caña de Frank —dijo ella señalando con un gesto su autocaravana—. ¡Tráela y te enseñaré cómo se hace!

La suerte de los principiantes quiso que a los pocos minutos de lanzar el sedal, una trucha, no demasiado grande pero peleona y saltarina, picara en el anzuelo de la muchacha, que no pudo contener su alegría con aspavientos y gritos impropios de alguien tan reposado como solía ser la iraquí.

Cuando al fin contempló al pobre bicho agitándose sobre la hierba, exclamó:

—¡Caray! ¡Qué emocionante!

—Ya tienes tu almuerzo. Ahora tendrás que procurarme el mío. ¡Por cierto! ¿Cómo te llamas jovencita?

—Liz.

—Yo Mary. Anoche estuve buscando información sobre Liverpool, y no parece un sitio en absoluto interesante. ¿Piensas volver?

—No.

—¿Y eso? —se sorprendió la anciana—. ¿No tienes familia allí?

—No tengo familia en ninguna parte.

—Eso es muy triste, hija. Triste a tu edad, aunque es muy probable que algún día formes una hermosa familia, pero más triste a la mía ya que no me queda ninguna esperanza.

—¿No tiene hijos?

—No puedo tenerlos. Frank y yo hablamos a menudo de la posibilidad de adoptar una niña pero lo fuimos retrasando por miedo a la responsabilidad, o por simple dejadez. Siempre nos arrepentimos, pero demasiado tarde, tal como suele suceder con los arrepentimientos. El día que la gente descubra la forma de arrepentirse antes de hacer las cosas, el mundo será perfecto.

Su acompañante le lanzó una sorprendida mirada de medio lado, puesto que lo que acababa de decir carecía de sentido y no se podía saber si era una insensatez propia de quien sólo habla por hablar, o si se debía al hecho de que a quien decía llamarse simplemente Mary la edad ya no le permitía regir con claridad.

Continuaron pescando en silencio, hasta que de improviso Salka Embarek comentó como sin darle importancia.

—A mí me hubiera gustado ser puericultora.

—Aún estás a tiempo. ¿Qué edad tienes?

—Cumpliré dieciocho en octubre.

—¡Buena edad para empezar a estudiar! Tal vez yo podría recomendarte a... ¡Aguántala! —exclamó de pronto—. ¡Aguántala! Tira de ella suavemente, con cuidado que es mi almuerzo...

Alejandra Zanaj confirmó que, en efecto, a primera hora del lunes una furgoneta había abandonado el depósito de libros de texto de la avenida Navigatio poniendo de inmediato rumbo al oeste.

Unos cuatrocientos kilómetros más adelante, una vez que hubo dejado atrás San Antonio, había entrado en el granero de un pequeño rancho abandonado que se encontraba a unos ochocientos metros de la autopista, y de donde había vuelto a salir una hora más tarde emprendiendo sin más el regreso a Houston.

No hacía falta ser demasiado observador como para comprender que en esos momentos la furgoneta se encontraba prácticamente vacía.

Poco después, un camión frigorífico que según los letreros que lucía a ambos lados transportaba productos congelados, entró en el granero, permaneció casi otra hora en su interior y cuando volvió a salir se encaminó al oeste por la autopista que conducía directamente a California.

Según los albaneses que habían seguido a ambos vehículos desde una considerable distancia y con ayuda de una pequeña avioneta, en el rancho no había quedado nadie.

Gregory Gregorian tomó la prudente decisión de que no se continuara siguiendo a un camión que tarde o temprano podría acabar por percatarse de la presencia de sus perseguidores, op-

tando por la estrategia de adelantarlo y estar atentos a su paso por la autopista cuando penetrara en el Estado.

Se corría el evidente riesgo de perderlo de vista si es que en algún momento decidía desviarse por carreteras secundarias, pero eso constituía un riesgo infinitamente menor que poner sobre aviso a sus enemigos.

—Al fin y al cabo, lo único que lleva es dinero —dijo a modo de disculpa.

—¿Y te parece poco? —se asombró Jessica—. Seguro que con lo que transporta ese jodido camión podríamos vivir treinta años.

—Sí tanto te interesa nos cubrimos la cara con un pañuelo y lo asaltamos... —comentó de buen humor su marido—. Por lo visto sólo lo protegen un par de matones armados hasta los dientes. Me encantaría apoderarme de uno de esos envíos, aunque sólo sea para evitarle más desembolsos a Alejandra, pero de momento mi plan no es ese.

—¿Y puede saberse cuál es?

—Aún lo estoy madurando —extendió el brazo, la aferró por la muñeca y la obligó a sentarse sobre sus rodillas al tiempo que añadía en el tono de quien esta hablándole a una niña caprichosa—: ¡Confía en mí, querida! Mariel tiene una mente compleja y retorcida, hasta ahora ha demostrado que sabe jugar sus cartas sin cometer un solo fallo, y por lo tanto necesito diseñar una estrategia que esté a su altura o de lo contrario se escurrirá una vez más. Y si llega a sospechar que andamos tras su pista, resultará imposible atraparle.

—Me temo que estás haciendo de esto un asunto personal.

—Naturalmente, cielo, naturalmente. Ese maldito cubano no sólo traicionó a los suyos, sino que se ha estado burlando de todos y de todo durante casi medio siglo. Y ahora, para colmo, pretende asesinar a un Presidente, que aunque no sea santo de mi devoción, continúa representando a nuestro país y nuestras leyes.

—Yo creo más bien que lo que ocurre es que su inteligencia constituye un reto demasiado grande para alguien como tú, acostumbrado a desenmascarar criminales y estafadores —argumentó Jessica Delmónico convencida de lo que decía—. Y me preocupa que por ese desmedido afán de demostrar que eres más listo que él, confundas los objetivos.

—No entiendo muy bien de qué me hablas.

—Lo entiendes perfectamente, no te hagas el loco —argumentó ella mucho más seria de lo que tenía por costumbre—. Has convertido a Mariel en tu prioridad, cuando en el fondo sabes que la prioridad es otra.

—¿Cuál?

—Evitar que esa pandilla de canallas se perpetúen en el poder, transformando nuestra cada vez más frágil democracia en una dictadura encubierta. Mariel sólo es un instrumento, y aunque consiguieras eliminarle encontrarían a otro sicario, porque está claro que les sobran medios económicos y los asesinos a sueldo proliferan. —Hizo una pausa, le acarició afectuosamente la mejilla y al poco añadió en un tono de abierta reconvencción—: Perdona que sea tan sincera, pero para algo soy tu esposa, y mi obligación es hacerte rectificar. Creo que en esta ocasión te estás equivocando porque tu objetivo no debe ser desenmascarar a Mariel, sino neutralizar de una vez por todas al Vicepresidente y sus secuaces.

—¿Y qué pretendes que haga? —protestó él—. ¿Matarlos?

—Matar no es tu oficio, pero te considero lo suficientemente inteligente como para encontrar la forma de aplastarlos sin que corra más sangre.

Gregory Gregorian meditó largamente sobre cuanto su mujer acababa de decirle, pareció estar sometándose a sí mismo a un riguroso examen de conciencia y, tras apretarse con fuerza la nariz y agitarla de un lado a otro como si pretendiera desprendérsela de la cara, asintió en el tono de un niño cogido en falta.

—Me cuesta admitirlo pero creo que, efectivamente, tienes razón —gruñó de evidente mala gana—. No debemos permitir que alguien que ha demostrado carecer de escrúpulos, que lleva treinta años codeándose con políticos de la peor ralea, que ha colaborado con los personajes más nefastos de nuestra historia reciente, y que pretende eliminar a quien hasta ahora ha manejado a su antojo porque ya no le sirve, se salga con la suya y se convierta oficialmente en el máximo dirigente de nuestro país.

—Me alegra que lo admitas —fue la respuesta—. Probablemente Mariel sea un peligro para algunos, pero no cabe duda de que *Iceman* es un peligro para el resto de la humanidad. No quiero ni imaginar cuántas guerras puede provocar, cuántos países invadir, ni a cuantos inocentes masacrar.

—Serían años realmente oscuros, años de fascismo amparado en una supuesta defensa de la seguridad nacional. Instalado en el poder total y con tipos como Wolf Lukas a sus órdenes, haría de cada cárcel un Guantánamo, de cada policía un torturador, y de cada soldado un asesino que no tendría que rendir cuentas de sus actos.

Aceptada la incuestionable premisa de que el todo es siempre más importante que las partes, Gregory Gregorian se aplicó a la tarea de recomponer una imaginaria partida de ajedrez en la que podría decirse que hasta aquel momento se había concentrado en la tarea de acosar a la reina, cuando lo que tenía que hacer era darle un definitivo jaque mate al rey.

Debido a ello pasó la mayor parte de la noche con los pies sobre la mesa de su despacho aplicado a la tarea de apestar la casa a base de recargar una y otra vez el supuesto calumet de la paz de Toro Sentando, intentando que una vez más Manitú acudiera en su ayuda.

Cuando a la mañana siguiente los albaneses le comunicaron que el camión frigorífico estaba aparcado en un solitario almacén

del Valle de San Fernando, no lejos de los estudios de la Nevada Opus 38 Films, se puso en marcha.

Tomó el primer avión a San Antonio, alquiló un coche, adquirió en una ferretería de barrio cuanto necesitaba y al oscurecer se detuvo a poco menos de un kilómetro de la granja abandonada.

Con ayuda de unos potentes prismáticos de visión nocturna la estuvo observando hasta cerciorarse de que, en efecto, no se advertía rastro alguno de presencia humana.

Aun así esperó hasta bien entrada la noche antes de aproximarse a ella lentamente y con las luces apagadas. Aparcó en la parte posterior y tras aguardar otra hora en la que no se escuchó más que el silbido del viento y el lejano aullido de un coyote, se cercioró de que su revólver estaba cargado y se dispuso a introducir en el granero cuanto llevaba con el fin de hacer aquello que más había odiado en este mundo.

Amanecía cuando se encontraba ya de regreso en San Antonio, a tiempo de conseguir una plaza en el primer vuelo hacia Los Ángeles, y sobre las dos de la tarde uno de los hombres de Alejandra Zanaj le telefoneó para comunicarle que una furgoneta había abandonado de nuevo el almacén de libros en Houston, había hecho el mismo recorrido que en la ocasión anterior, había permanecido casi una hora en el interior del granero y acababa de emprender el regreso a Houston.

—¿Queda alguien en la granja? —quiso saber.

—Desde aquí distingo a dos hombres armados —fue la respuesta—. Evidentemente esperan la llegada del camión de recogida.

—¿Dónde se encuentran exactamente en estos momentos?

—En el exterior, a unos tres metros de la puerta.

—¡Bien! —gruñó—. Aguarde un momento y no cuelgue. Vamos a gastarles una broma pesada.

Abrió un cajón de la mesa de escritorio, sacó un teléfono por-

tátil, marcó un número, apretó el botón de llamada y esperó unos segundos antes de inquirir a través del otro teléfono:

—¿Qué ve ahora?

—Humo.

—¿Y qué más?

—Fuego... ¡Joder! Eso ha empezado a arder como la yesca.

¡Menudas llamas!

—¿Qué hacen los dos tipos?

—Correr como conejos.

—¿Se han puesto a salvo?

—Se pondrán siempre que consigan cruzar la autopista sin que los aplaste un camión, porque van como locos.

—¿Cómo está el granero?

—Como debe de estar en estos momento Enver Hoxha; consumiéndose en las llamas del averno.

—¿Quién es ese?

—El ex presidente de mi país que mandó asesinar a casi toda mi familia —el hombre que se encontraba al otro lado del teléfono hizo una pausa para añadir al poco—: ¿Me permite que le haga una pregunta, señor?

—¿De qué se trata?

—¿Cuánto dinero calcula que había ahí dentro?

—Supongo que entre veinte y treinta millones de dólares. Pero consuélase con la idea de que es dinero negro.

—A mí eso no me consuela en lo más mínimo, señor, perdone que le diga. En lo que se refiera al dinero nunca he sido racista. ¿Me permite otra pregunta?

—Adelante.

—¿A quién pertenecía? ¿A los que lo han depositado, o a los que aún no lo han recogido?

—¡Difícil dilema, querido amigo! —admitió Gregory Gregorian—. Y es el que me he propuesto que se planteen ambos gru-

pos, confiando en que lo discutan largamente sin llegar a ponerse de acuerdo. Y ahora puede decirle a sus compañeros de Los Ángeles que ha llegado el momento de asaltar el almacén del Valle de San Fernando y llevarse el camión frigorífico con todo lo que tiene dentro.

Colgó y a continuación telefoneó a Nelson Miller a fin de comunicarle que la secuencia de acontecimientos iba siguiendo el ritmo marcado.

Con la inestimable ayuda de Jessica Delmónico, el californiano inició de inmediato la, para él fascinante tarea, de enviar al ordenador anónimo del desconocido Peter Fleischer un poderoso *rootkits* que en menos de media hora descargó en la memoria de otro ordenador situado a más de dos mil kilómetros de distancia, toda la información que contenía.

Poco después, otro eficiente virus informático se dedicó con un afán digno de mejor causa a destruir uno tras otro todos los archivos, cuentas, direcciones y números de teléfono que con tanto mimo guardaba Wolf Lukas, y que en el mejor de los casos tardaría semanas en recuperar.

El siguiente paso fue reenviar tan ingente cantidad de información a las oficinas centrales del FBI, la CIA, el Pentágono, la Casa Blanca, el Departamento de Justicia y los principales medios de comunicación nacionales y extranjeros, acompañado todo ello de una escueta nota anónima en la que se especificaba que tales datos habían sido extraídos del ordenador privado de Wolf Lukas, Consejero Delegado de la Dall & Houston.

La lista de congresistas, senadores, jueces, alcaldes, policías y funcionarios de los más diversos ministerios que habían aceptado sobornos de la empresa, la cantidad exacta que se había abonado a cada uno de ellos, y los números de las cuentas bancarias a las que se transfirió en su momento ese dinero, ocupaba dos páginas.

De igual modo se detallaban la identidad de los testaferros a cuyo nombre figuraban las acciones de Dall & Houston que continuaban perteneciendo al Vicepresidente.

Como último paso, a media tarde, llegó desde la capital de Paraguay una orden de busca y captura contra Severino Maldonado, también conocido como Gonzalo Avellaneda, un peligroso sicario profesional acusado de asesinar a tres hombres en Asunción y dos en Buenos Aires, y del que se tenía noticias de que se encontraba en los Estados Unidos, concretamente en las proximidades de la ciudad de Nueva Orleans, y del que se sospechaba que había recibido el encargo de atacar contra el Presidente. La orden venía abundantemente ilustrada con fotografías del encausado.

Cuando Jessica Delmónico quiso saber por qué extraña razón un juez paraguayo había decidido tan de improviso cursar semejante orden sin tener la menor prueba de los supuestos crímenes cometidos por un Teniente de las Fuerzas Especiales de su ejército, la respuesta resultó descarada y absolutamente contundente, puesto que mostrándole un billete de un dólar su marido señaló:

—Por doscientas mil razones como ésta.

—¿Desde cuándo te dedicas a corromper jueces?

—Desde que he llegado a la conclusión de que por el mero hecho de que sean paraguayos no deben ser discriminados —replicó el interrogado con una ancha sonrisa—. Lo que es bueno para un togado de Washington también debe serlo para un togado de Asunción.

—¿Y qué pasará cuando le pidan cuentas por sus actos?

—Ese será su problema, querida, no el mío —fue la lógica respuesta—. Quien tendrá que pedirle explicaciones será el tal Maldonado y dudo que tenga la menor intención de regresar a su país a hacerle entender a sus superiores por qué sospechosa razón un tirador de elite como él se encontraba en una universidad el mismo día y a la misma hora que disparaban contra el Vicepresi-

dente de Estados Unidos cuando le habían visto la noche anterior en compañía de una peligrosísima terrorista de Al Qaeda. ¿Qué harías tú si fueras él?

—Intentar salir cuanto antes de los Estados Unidos y no volver a poner los pies, ni aquí ni en Paraguay, durante el resto de mi vida.

—Eso es lo que yo he pensado, querida; eso es lo que yo he pensado.

Lo primero que hizo al despertar fue mirar por la ventana esperando descubrir a su amiga pescando a la orilla del río, pero el corazón le dio un vuelco al comprobar que su enorme y hermosa autocaravana había desaparecido.

Su lugar lo ocupaba la caña de Frank, en cuyo anzuelo se encontraba clavada una hoja de papel azul con un número de teléfono y una nota:

«Odio las despedidas. Si algún día me necesitas, llámame.
Alegrarás los últimos años de una vieja. ¡Buena pesca!
Mary».

Si hubiera sabido hacerlo habría llorado.

Pero hacía ya mucho tiempo que las lágrimas se le metían hacia dentro para ir a confluír como un torrente en la boca del estómago, donde muy pronto se convertían en amarga bilis que le abrasaba las entrañas.

Echaba de menos sus estentóreas risas, sus delicadas atenciones, la dulzura con que le acariciaba la mano en el momento de darle un consejo maternal, o aquellas frases tan pintorescas como que de nada valía ser inglesa si no se conocía ni a Lady Di ni a la Reina.

¿Adónde había ido?

¿Por qué se había ido si no la esperaba nadie en ninguna parte?

¿Dónde estaría mejor que pescando a la orilla de aquel hermoso riachuelo?

—Probablemente tuvo miedo.

Alzó la cabeza para observar a Hilu, que había pronunciado la frase en voz muy baja mientras le colocaba la mano sobre el hombro con una muestra de afecto sorprendente en él.

—¿Miedo de qué?

—¿De ti?

—Yo nunca le hubiera hecho daño. Ni aun siendo americana.

—No se trata de esa clase de miedo, pequeña... —añadió el chífta—. Ella no puede sospechar que lo único que te importa sea matar gente. Sin duda debió de asustarse al comprender que te estaba tomando afecto y prefirió marcharse antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para que tú la dejaras. Las personas que se han quedado solas prefieren seguir solas a pensar que las pueden volver a dejar solas.

—Suena absurdo.

—La vida es absurda, pequeña; tanto más absurda cuanto más viejos somos y más intentamos comprenderla.

Se alejó en dirección a la gasolinera y cuando una hora más tarde regresó a la autocaravana tomó asiento frente a Salka Embarek, para colocar sobre la mesa que les separaba un periódico en cuya última página aparecía una gran fotografía de Gonzalo Avellaneda junto a una detallada descripción de sus supuestos crímenes.

—¿Qué significa esto? —quiso saber la desconcertada e incrédula muchacha.

—¿Y qué quieres que te diga? —fue la respuesta—. Sé tanto como tú, y aunque he llamado varias veces a quien normalmente me ordena lo que debo hacer, no me responde.

—¿Y Mufty?

—Tampoco.

—¿Afectará de algún modo a mi misión?

El chiíta pareció a punto de replicar con brusquedad, pero se lo pensó mejor, observó por el ventanal los automóviles que circulaban a toda velocidad por la autopista, y por último lanzó un hondo suspiro.

—¿Qué misión? —inquirió.

—¡La mía! —replicó ella como si fuera lo más natural del mundo—. La de matar al Vicepresidente.

De nuevo el iraquí tardó en responder, extrajo de un bolsillo un teléfono, marcó un número, aguardó respuesta inútilmente, colgó, marcó otro número con idéntico resultado y concluyó por hacer un gesto de fatalista resignación.

—Me temo que se han olvidado de nosotros, pequeña.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber ella cada vez más confusa—. Te ordenaron que esperáramos a que nos trajeran los explosivos ¿Por qué iban a olvidarse ahora de nosotros?

—Porque ya no les somos útiles, sino más bien todo lo contrario. Nos hemos convertido en un peligroso estorbo para muchos.

—Sigo sin entenderte.

Hílu extendió la mano por encima de la mesa, la colocó sobre la de ella e inquirió en un tono de voz diferente:

—¿Realmente quieres saber la verdad?

—¡Por favor!

—¡Al fin y al cabo, qué más da! Ya no les importamos una mierda —la señaló casi acusadoramente con el dedo y puntualizó—: Tú no ibas a matar a nadie, pequeña; ni a cuarenta americanos, ni mucho menos al Vicepresidente. Al principio imaginé que así sería, pero hace tiempo descubrí que estabas destinada a convertirte en un estúpido chivo expiatorio. Protesté, pero me hicieron comprender que si abría la boca seguiría tu mismo camino,

así que acepté conducirte directamente al matadero. Dentro de cinco días tu cadáver debía aparecer en Nueva Orleans, junto a una nota, supuestamente de tu puño y letra, en la que te atribuías el asesinato del Presidente de los Estados Unidos, a mayor gloria de Alá y de Al Qaeda.

—¿Es que te has vuelto loco? —se horrorizó Salka Embarek—. ¿Qué tiene que ver el Presidente con todo esto?

—Que ése era el verdadero objetivo, pequeña. Y el que realmente iba a matarlo era este tipo de la fotografía: tu amado Gonzalo. ¡Menudo hijo de puta!

—¡No entiendo lo que quieres decir!

—¡Ni falta que te hace! —el chiíta lanzó un nuevo suspiro, meditó unos instantes, y por último abrió un cajón que se encontraba justo bajo sus pies colocando sobre la mesa un grueso fajo de billetes de cien dólares—. Esto es todo lo que tenemos, o sea que la mitad para ti y la otra mitad para mí. Aquí nos separamos.

—¿Cómo que nos separamos? —se alarmó ella—. ¿Y adónde crees que voy a ir?

—El mundo es grande. Tienes casi dieciocho años, un pasaporte inglés que te permite residir en Estados Unidos y casi cincuenta mil dólares en billetes de curso legal. Puedes hacer con tu vida lo que quieras, desde suicidarte a matar cuarenta americanos, meterte a puta, o buscar un buen chico, casarte y formar una nueva familia porque la que te arrebataron nunca volverá.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Dar media vuelta, largarme a México y de allí a cualquier lugar en el que la gente no se dedique a poner bombas.

—¡Llévame contigo!

—¡Lo siento, pequeña! —rechazó él—. Te admiro y reconozco que he acabado por tomarte un cierto cariño, pero juntos corremos más riesgo de que nos atrapen, que cada uno por su lado. Tú, aun sin chaleco, sigues siendo una bomba ambulante.

Salka Embarek permaneció un largo rato en silencio, observando alternativamente el riachuelo y al chííta, para acabar por propinarle un manotazo al periódico enviándolo al suelo.

—Puede que tengas razón... —musitó con amargura—. Puede que haya llegado el momento de aceptar que importa más la vida que aún tengo por delante que las muertes que quedaron atrás.

—Eso es muy cierto. Salvo en el caso de algunos grandes hombres, lo que ha quedado atrás no suele servir de nada.

Salka Embarek se apoderó al poco de una mochila, introdujo en ella el dinero, alguna ropa y sus objetos de aseo personales, y se inclinó para besar a Hilu en la frente.

—¡Que Alá te bendiga! —dijo.

—¡Qué él te acompañe!

La muchacha abandonó el vehículo, recogió la caña que había quedado apoyada en el pescante y permaneció de pie en el centro del aparcamiento observando cómo al poco la autocaravana se ponía en marcha para dirigirse a la autopista y perderse de vista entre el intenso tráfico.

Una vez más se había quedado sola.

Absolutamente sola, sin familia, sin amigos y sin tan siquiera compatriotas que hablaran su idioma.

Pero había algo de lo que muy pronto tomó plena conciencia: todos le habían abandonado; todos, incluidos los obsesivos fantasmas del pasado.

Era una mujer joven y sana en el centro de un país joven pero enfermo.

Lo primero que hizo fue dirigirse al río y lanzar al agua el sedal, tal como su nueva amiga le había enseñado.

A la sombra del único árbol de la extensa llanura, un copudo castaño de gruesas ramas y espesas hojas, Tony Walker aguardó a que el negro vehículo se detuviera a su lado con el objeto de que Wolf Lukas se apeara para continuar luego e ir a detenerse en el lugar de costumbre.

Resultaba difícil reconocer en aquel ser hundido, demacrado y con los ojos enrojecidos, tal vez por el llanto o tal vez por las largas horas de insomnio, al altivo y antaño prepotente Consejero Delegado de la Dall & Houston.

—¿Qué ha ocurrido? —fue lo primero que dijo, más como una súplica que como una verdadera pregunta.

—¡Dímelo tú! —fue la seca respuesta—. Son los datos de tu ordenador los que circulan por las agencias de información y redacciones de todo el país, no los del mío. ¿Dónde lo guardabas?

—En un apartamento, cerca de la oficina.

—¿Y quién tiene llave de ese apartamento?

—El único juego lo tengo yo. Y se trata de una puerta blindada que no ha sido forzada.

—En ese caso, ¿cómo se entiende? ¿Has llevado a alguien allí?

—Sólo a Rita.

—¡Dios sea loado! —exclamó Tony Walker—. ¡Maldito imbécil! ¿Por qué no me lo advertiste?

—¿De qué te iba a advertir? —casi sollozó el atribulado ejecutivo—. Nos veíamos allí muy de tarde en tarde y aprovechaba para que me lo limpiara, pero te juro que cuando estaba nunca encendí el maldito ordenador. No hay forma de que supiera a qué nombre figuraba.

—¿Seguro?

—¡Te doy mi palabra!

—¿Entonces, cómo diablos se ha podido saber cuál es ese nombre?

—He estado pensando en ello, y lo único que se me ocurre es que lo dedujera por los recibos del alquiler, del teléfono o de la cuota de Internet.

—¿Quién los pagaba?

—La oficina central.

Su interlocutor no pudo evitar llevarse las manos a la cabeza, dar un corto paseo hasta el castaño, lanzar un sonoro bufido y exclamar por último:

—¿Pretendes hacerme creer que alguien que maneja miles de millones no ha sido capaz de pagar de su propio bolsillo tres miserables recibos que seguro que juntos suman menos que una simple cena? ¡Me niego a creerlo!

El Consejero Delegado de una de las empresas más poderosas del mundo pareció resignarse a la evidencia de su estúpido error y palideció aún más de lo que ya estaba.

—Debió de ser por la costumbre... —barboteó a duras penas—. Durante los treinta últimos años nunca, que yo recuerde, he tenido que pagar nada de mi bolsillo. Me bastaba con firmar y todas las facturas pasaban directamente a la empresa.

—Supongo que incluso las de las putas cuando te hacían uno de tus dichosos *pompinos* en cualquier ciudad a la que no te acompañara Rita —Tony Walker fue a buscar apoyo en el árbol, negó una y otra vez con la cabeza con gesto de absoluta increduli-

dad, y al poco musitó—: ¡Resultas patético! Diez años en La Casa Blanca, e incluso la posibilidad de que algún día tú mismo aspiraras a la presidencia, convirtiéndote en el hombre más poderoso del planeta, se han ido al traste porque eres tan vago y tan inepto que ni siquiera te molestaste en abrir una simple cuenta corriente a la que enviaran esos recibos. La verdad es que no me explico cómo diablos has llegado hasta donde estás...

—Por favor, no me presiones más.

—¿Presionarte? Aún no sabes lo que es la auténtica presión. ¿Cómo pudieron averiguar también la clave de acceso a tus ficheros.

—¡No tengo ni idea!

—¿Cuál era la palabra clave?

—Pompino.

—¡Esto es el colmo! —masculló una vez más el furibundo Tony Walker—. ¡El colmo de los colmos de la estupidez humana! Aunque por lo visto es algo de lo más común, porque a nuestro viejo amigo Paul Wolfwitz le echaron de la Presidencia del Banco Mundial por culpa de su amante. Debe de ser que lo da eso de llamarse «wolf»...

Consultó su reloj, alzó la mano agitándola en el aire en dirección a los vehículos que aguardaban, y casi de inmediato éstos se pusieron en marcha para perderse de vista en la interminable monotonía de la árida llanura.

—¿Qué haces? —se alarmó Wolf Lukas.

—Les he ordenado que se vayan. Ya no los necesitas.

—¿Pero cómo te atreves? —le reconvino el otro intentando dar muestras de un último asomo de autoridad—. Son mis guardaespaldas y mis coches.

—Te equivocas. Esos guardaespaldas y esos coches los paga la empresa, y tú ya no perteneces a la empresa. Hace tres minutos que el Consejo de Administración te ha sustituido, y dentro de

diez sus abogados presentarán una demanda contra ti por malversación de fondos, prevaricación, abuso de confianza y conspiración contra la vida del Vicepresidente de los Estados Unidos.

Wolf Lukas se derrumbó como si de improviso le hubieran segado las piernas. Se quedó sentado en el suelo, babeante y mirando sin ver a quien le había comunicado tan nefastas noticias.

—¡No pueden hacerlo! —barboteó—. No pueden hacerlo...

—Pues ya lo han hecho, y lamento comunicarte que estoy totalmente de acuerdo. Debería estar prohibido ser tan estúpido. ¡Y tan soberbio!

—¿Tu quoque Brutus fili mii?

—Ni yo soy Brutus ni tú eres César. Somos un par de cretinos que lo tuvimos todo al alcance de la mano y lo perdimos todo por pura estupidez. ¿Y sabes lo más curioso del caso?, Mariel me lo advirtió, en una ocasión me dijo: «Ese traje le queda demasiado grande a tu jefe, tarde o temprano acabará metiendo la pata y por eso prefiero permanecer en la sombra».

—¿Y qué voy a hacer ahora?

Mientras entraba en su vehículo y cerraba la puerta, Tony Walker señaló:

—Detrás del árbol te he dejado una soga y una banqueta. Me han prometido que si las utilizas tu familia no sufrirá las consecuencias; si no lo haces y echas a correr por esa llanura, a los diez minutos te cazarán como a un conejo y tal vez los tuyos lo pasen muy mal. ¡Así que tú decides!

Arrancó, hizo un desganado gesto de despedida con la mano y se alejó dejando tras sí una nube de polvo.

Media hora después, de las ramas del viejo castaño colgaba un nuevo fruto.

Severino Maldonado hizo honor a la justa fama de soldados valientes, decididos y perfectamente entrenados del ejército paraguayo, demostrando que no en vano había sido elegido el mejor tirador de sus Fuerzas Especiales, ya que cuando la policía le localizó en un edificio en ruinas de Nueva Orleans, plantó cara a casi doscientos hombres y causó estragos entre quienes cometieron el fatal error de ponerse al alcance de su fusil de mira telescópica.

Durante dos días y dos noches corrió, saltó, se arrastró, nadó, buceó y se infiltró entre las líneas enemigas en lo que constituyó una exhibición de su fabulosa capacidad para la guerra de guerrillas, y no cabía duda de que en el caso de haber podido ver cómo se desenvolvía, quienes le entrenaron se hubieran sentido francamente orgullosos por la calidad del trabajo realizado.

El muchacho casi barbilampiño, que representaba mucha menos edad de la que tenía y que había conseguido atraer la atención de Salka Embarek por su aparente tristeza y desamparo, le puso tan alto precio a su vida que quienes le acosaban estuvieron a punto de llegar a la conclusión de que nunca podrían pagarlo.

Tuvieron que enviar desde Miami helicópteros especiales equipados con visores nocturnos, cámaras de infrarrojos y detectores de calor capaces de localizarle incluso en el interior de una

casa de cuatro pisos, pero ni aun así consiguieron acorralarle, puesto que en cuanto sus perseguidores se las prometían muy felices considerando que habían conseguido completar el cerco, se les escabullía de entre las manos como si se tratara de un auténtico fantasma.

Cuando se le agotaron las municiones, tanto las propias como las que había conseguido arrebatarse al enemigo, con una pierna rota, un brazo dislocado y sangrando por media docena de heridas consintió al fin que una ráfaga de ametralladora le partiese en dos por la cintura.

En el momento de morir gritó algo que nadie entendió.

Hablaba en guaraní.

Alejandra Zanaj se mostraba tremendamente feliz, Jessica Delmónico se mostraba muy feliz, Nelson Miller se mostraba aceptablemente feliz, y Gregory Gregorian se mostraba satisfecho, pero en absoluto feliz.

A su modo de ver, el trabajo había quedado incompleto.

La bien urdida conjura destinada a perpetuar en el poder a unos indeseables capaces de pasar por encima de centenares de miles de cadáveres sin el menor reparo había sido evidentemente neutralizada y puesta al descubierto de tal forma que probablemente nadie intentaría volver a ponerla en práctica, sobre todo desde que corría el rumor de que el Vicepresidente renunciaría a su cargo alegando que el atentado de la universidad había quebrantado de forma harto considerable su siempre precaria salud.

Pero el hecho de haberle cortado la cabeza a la bestia pero no haber logrado cercenarle de igual modo el brazo armado había sumido a Gregory Gregorian en un profundo desasosiego.

¡Mariel!

Aquel maldito nombre continuaba obsesionando a quien había sido capaz de desenmascarar a docenas de astutos delincuentes y tenía a gala aclarar hasta el último detalle de cuantos casos en los que había tomado parte.

En su opinión, un trabajo en el que quedaran cabos sueltos nunca sería un trabajo bien hecho.

Efectivamente, el todo era siempre más importante que las partes, aunque la certeza de que hubiera conseguido dar jaque mate al rey, pero la maldita reina continuaba dando saltos por el tablero, le obligaba a sentirse en cierto modo frustrado.

Alejandra Zanj le había contratado para que se castigara a los causantes de la muerte de su marido, pero se veía obligado a admitir que de todos cuantos habían tomado parte en semejante crimen, tan sólo uno había acabado colgando de una soga, y no precisamente a la sombra de un patíbulo, sino de un copudo castaño.

Cierto que su ejecutor material, Tom Cícero, pasaría algunos años en los sótanos de un rancho de Arizona, y cierto que su máximo responsable había visto cómo sus sueños de alcanzar la presidencia del país por la vía rápida habían fracasado, pero dos personajes tan esenciales como Tony Walker y Mariel habían quedado impunes, y eso le molestaba sobremanera.

Reconocía no obstante que el primero no era más que uno de los tantos eslabones de la larga cadena que había conseguido romper en mil pedazos, y que por lo tanto, solo y aislado, había dejado de constituir una amenaza.

Probablemente pasaría el resto de su vida en cualquier isla lejana en la que nadie hubiera oído hablar de que, por quinta vez, se había intentado asesinar a un presidente americano.

Cuanto más lejos, mejor.

A Gregory Gregorian quien en realidad le interesaba, o quizás debería decirse le obsesionaba, era sin lugar a dudas Mariel, puesto que, como bien había señalado Jessica, su inteligencia significaba un reto que alguien como su marido nunca lograría ignorar.

—No se puede dejar en libertad a un tipo tan peligroso como él —argumentó Smith una noche en que el matrimonio se reunió

a cenar con Alejandra Zanaj y Nelson Miller—. Esta vez ha fallado, pero no fue culpa suya, sino de quien le contrató, que demostró no estar a la altura de las circunstancias. ¿Qué demonios puede volver a tramar una mente tan diabólica como la suya?

—Ese ya no es tu problema, querido —matizó su esposa colocando su mano sobre la de él—. Y si lo vemos desde el lado positivo, ya le has causado un buen número de quebraderos de cabeza. ¡A saber! —comenzó a contar con los dedos al añadir—: Has propiciado que le robaran un camión que contenía casi treinta millones de dólares, le has quemado un rancho con otro tanto dentro, has conseguido que la policía se cargue a su francotirador, has hecho que retengan a su experto en amañar accidentes, y le has obligado a perder a su principal cliente por la vía rápida del ahorcamiento. ¡Pobrecito mío! ¡Lo único que te falta es sacarle una muela o saltarle un ojo!

—No es como para tomárselo a broma —se indignó su marido—. Ese malnacido es una serpiente que siempre puede aparecer donde menos se espera.

—Las serpientes siempre aparecen donde menos se espera —intervino un sonriente Nelson Miller—. De no ser así, no serían serpientes, y me encantará continuar colaborando contigo si intentas echarle el lazo. Al fin y al cabo no tengo nada mejor que hacer, siempre, claro está, que no me agarren con las manos en la masa.

—Creo que pronto no tendrás que preocuparte por eso —le tranquilizó Gregorian—. He hablado con algunos viejos amigos del FBI, les he hecho comprender que tu colaboración en este caso ha sido primordial, y parecen dispuestos a revisar tu condena siempre que te comprometas a no volver a meterte donde no te llaman. Incluso podría darse el caso de que recurrieran a tus servicios en determinadas circunstancias porque admiten que resultaría absurdo desperdiciar tanto talento.

—Te agradezco lo primero, pero no lo segundo —fue la sincera respuesta—. Una cosa es portarse bien y otra muy diferente colaborar con el FBI. Entiendo que tú lo tengas que hacer porque lo exige tu trabajo, pero yo sigo estando contra el sistema, y el FBI y la CIA son de lo peor de nuestro nefasto sistema.

—Veré lo que puedo hacer por un cabeza hueca que prefiere continuar en el ostracismo a dar su brazo a torcer.

—¡Mira quién fue a hablar! —le espetó el californiano sin el menor miramiento—. ¿No eres tú quien piensa continuar buscando a Mariel sin que nadie te lo pida.

—¡Yo se lo pido! —intervino de inmediato Alejandra Zanj—. Estoy de acuerdo con él y considero que el caso de Stanley no quedará definitivamente cerrado hasta que a ese cubano hijo de puta lo metan en el trullo. Y continuaré luchando contra él, pero ahora con su propio dinero.

—¿El del camión frigorífico?

—¡Exactamente! Ese camión y ese almacén, que aunque esté a nombre de una compañía fantasma no cabe duda de que pertenece a la Nevada Opus 38 Films, ¡que menudo nombrecito se han buscado los muy puñeteros!, nos demuestran que íbamos por el buen camino. Existe una relación directa entre la producción de películas para lavar dinero y nuestro amigo Mariel; eso, su propio nombre y la certeza de que padece una rara enfermedad que le obliga a huir de los aires acondicionados son datos que no podemos ni debemos olvidar... —se volvió a Smith para concluir—: El contrato sigue en pie... ¡Vamos a por él!

Tumbada al sol en la piscina de una fabulosa mansión que dominaba desde casi cien metros de altura la playa de Malibú, Marie Lacombe, única propietaria y alma mater de los famosos laboratorios de productos de belleza *Lacombe*, contemplaba la inmensidad del océano Pacífico que estaba haciendo justicia una vez más a su nombre, mientras se entretenía en pasar revista a los acontecimientos que durante los últimos tiempos habían alterado su por lo general sosegada existencia.

Los telediarios de la mañana habían anunciado la inminencia de la «aún supuesta» renuncia del Vicepresidente a su cargo, así como el recrudecimiento de la violencia en una guerra que, pese a las promesas del Ejecutivo, cada día tenía menos visos de concluir de una forma mínimamente aceptable.

Nadie parecía poner en duda la evidencia de que las tropas americanas tendrían que abandonar Irak con el rabo entre las piernas, igual que habían abandonado Vietnam.

Se demostraba así la vieja teoría de que Estados Unidos tiene por costumbre ganar aquellas guerras en las que intervenían cuando se les llamaba, pero perder aquellas que iniciaban cuando una partida de descerebrados políticos decidían desde sus cómodos despachos de Washington que podían conseguir por medio de la fuerza lo que no conseguían por medio de la inteligencia.

Sus intervenciones en Corea, Bahía Cochinos, Nicaragua, Vietnam y ahora Irak habían significado sonoros fracasos por mucho que hubieran intentado maquillarlos los medios de comunicación.

—Asunto zanjado —se dijo con una sonrisa resignada—. He dejado de ganar sesenta millones de dólares y me han desmantelado la organización, pero lo cierto es que a mi edad ya no necesito ni más millones, ni más organización. Creo que ha llegado el momento de que la Corporación pase a mejor vida.

Evocó luego los lejanos tiempos, hacía ya más de medio siglo, en que la fundara con un grupo de amigos allá en su amado caserón de La Habana Vieja, y no pudo evitar tener un recuerdo para cuantos habían ido desapareciendo con el transcurso del tiempo.

Otros, Nick el Griego, Bruno el Fulldejetas, Pepe el Miserias y el chulo Emiliano Céspedes, aún rodaban por el mundo, y sonrió de nuevo al imaginar qué cara pondrían al descubrir que su viejo compañero de andanzas juveniles, Mauro Rivero, se había convertido veintiséis años atrás, y gracias a un cirujano capaz de hacer milagros, en una interesante y casi atractiva mujer que había sabido amasar una inmensa fortuna a base de industrializar las recetas de belleza de su madre y de poner la Corporación al servicio de cuantos estuvieran dispuestos a pagar sumas astronómicas.

Desde el tiránico Fidel Castro al supuestamente democrático Vicepresidente de los Estados Unidos, docenas de indeseables habían requerido sus servicios, debido a lo cual se sentía francamente orgullosa por el hecho de que en todo ese tiempo cientos, tal vez miles, de enemigos se hubieran dedicado a la tarea de perseguir a un hombre fantasma, sin que se le hubiera pasado por la mente que tal hombre había dejado de existir veintiséis años atrás.

Ninguno de ellos había caído en la cuenta de que Mariel lo mismo podía significar Mauro Rivero Elgosa que Marie Lacombe,

y esa era una pesada broma digna de su talento, porque fuera lo que fuera que ocurriera de ahora en adelante, nadie podría discutirle que había demostrado ser el más astuto del país.

El sol comenzó a declinar en el horizonte y una racha de viento que agitó el agua de la piscina hizo que la mujer se estremeciera ligeramente.

Allí estaba, fiel a su cita de cada tarde, su peor enemigo.

Allí estaba aquel al que nunca había conseguido vencer.

Allí llegaba, implacable, el que conseguía que se le entumecieran las manos y las piernas se le tornaran tan pesadas como si estuviera arrastrando zapatos de cien kilos.

Ese era el único que le encontraba donde quiera que se ocultase.

¡El frío!

Frío y soledad al no ser capaz de amar a una mujer mientras fue hombre, ni a un hombre desde que era mujer habían encauzado su vida empujándola en una dirección que tal vez no hubiera seguido en otras circunstancias.

No sabía, y procuraba no planteárselo, qué hubiera sucedido de no padecer tan rara enfermedad, o de haber sido capaz de amar a alguien.

A aquellas alturas no valía la pena pensar en ello.

Hubiera deseado tener una familia, hijos y alguien que heredase aquella casa, los laboratorios, la productora de cine o tanta desmesurada riqueza como había logrado acumular, pero eso era algo que la caprichosa naturaleza le había negado.

Le había dado una mente privilegiada, pero al propio tiempo un cuerpo en exceso caprichoso.

Un cuerpo más propio de un animal de sangre fría que de un auténtico ser humano.

Abandonó la hamaca y se encaminó a la casa en busca del calor de sus paredes.

Sabía que a partir de aquel día comenzaba una nueva vida.

Más tranquila, más relajada, más solitaria y aún más triste, mucho más triste.

Lo único que conseguiría alegrarla, sería que sonara el teléfono y una criatura que ahora tenía la edad que tendrían sus nietos, si es que hubiera conseguido tener hijos, le dijera que le gustaría que se fueran juntas a pescar truchas.

